



**COLECCION**

**DE**

**SERMONES PANEGÍRICOS.**

La presente obra se publica con la correspondiente  
censura y aprobacion de la Autoridad Eclesiástica.

---

Es propiedad de la Agencia general de la Librería, la  
cual se reserva el derecho de reproduccion en lengua  
extranjera, á cuyo fin se han depositado los ejemplares  
que la ley previene.

---

JAEN, 1858.-Imp. de Francisco Lopez Vizcaino.

B-909

COLECCION  
DE  
**SERMONES PANEGÍRICOS**

PREDICADOS

POR EL DOCTOR

**D. MANUEL MUÑOZ Y GARNICA,**

PREDICADOR DE S. M., COMENDADOR DE LA REAL ÓRDEN AMERICANA DE ISABEL LA CATÓLICA, CANÓNIGO LECTORAL DE LA SANTA IGLESIA DE JAEN, ETC. ETC.

---

TOMO I.

---



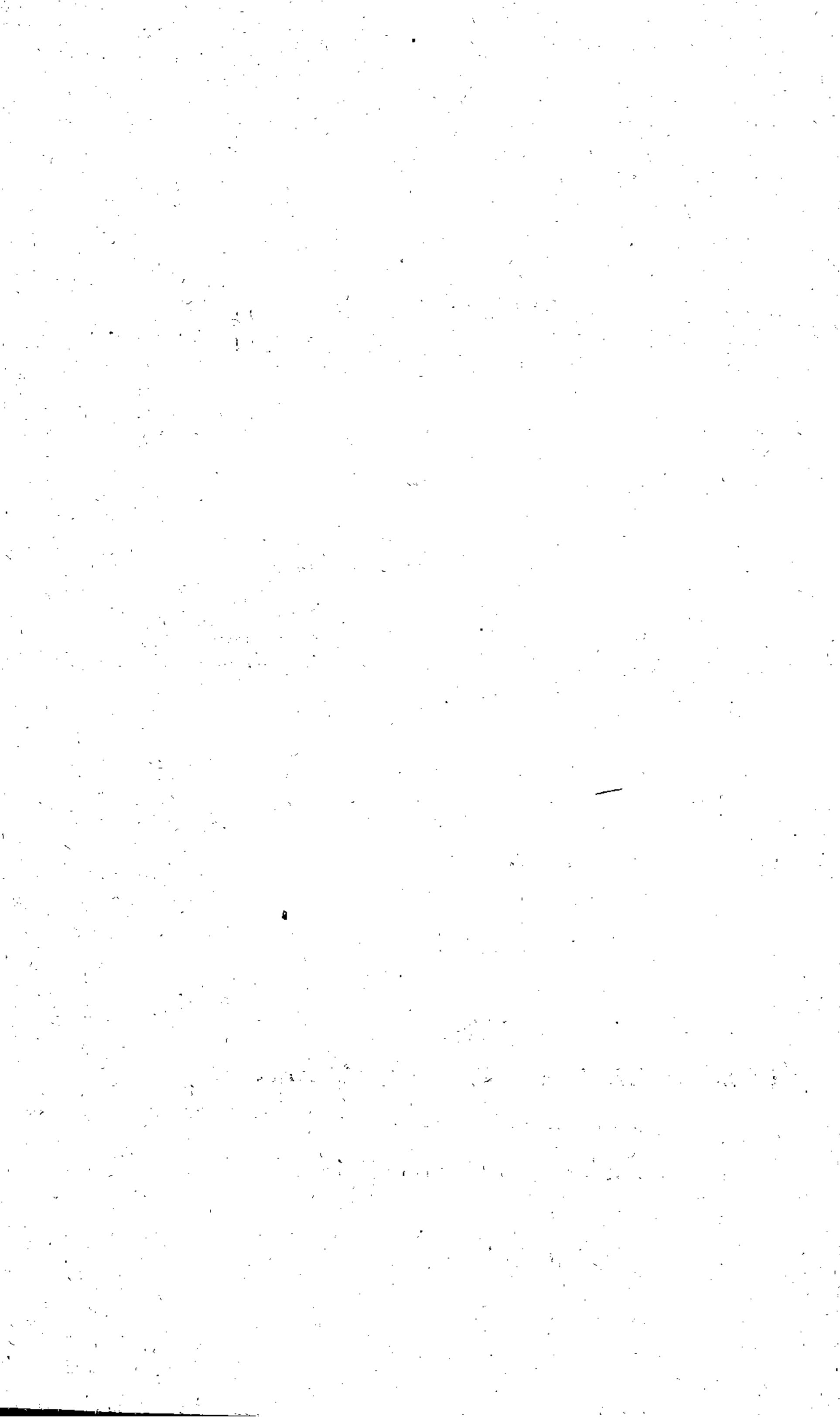
*Reg.<sup>o</sup> 11.399*

MADRID:  
AGENCIA GENERAL DE LA LIBRERÍA,

PRECIADOS, 38.

PARIS.—RUE L'UNIVERSITÉ, 26.

—  
1858.



## ORIGENES DEL PANEGÍRICO.



Tratando de la formación de las *Actas de los Santos* de donde resultó el *panegírico*, decíamos en nuestro *Estudio sobre la Elocuencia Sagrada* (cap. X): «La *Imitación de Cristo*, que es el mas alto grado de la perfección cristiana, sirvió de ejemplar modelo á las virtudes de los santos; por esto la elocuencia sagrada, que habia tomado del misticismo su carácter práctico, aspiraba desde luego á ofrecer para imitación de los fieles el sublime tipo de los héroes de la religion cristiana. De aquí la necesidad de fundar el panegírico. Entiéndase bien que en esto se arriesgaba mucho: de nó conocerse la vida de los santos se podia caer en el escollo de las suposicio-

nes y conjeturas, en el terreno de la invencion, forjando para el cristianismo una mitología, á estilo de las fábulas sagradas que la antigüedad tuvo. Para el pueblo siempre servirian las leyendas piadosas, como poco mas ó menos siempre sirven los romances de caballería; pudiera abusarse de su credulidad con una superchería inocente: pero ni era honroso para el ministerio apostólico admitir sin exámen las tradiciones religiosas, ni dejaba de ser espuesto el conformarse con las leyendas, para que en una edad menos poética, menos devota, en la edad de la crítica, leyendas y tradiciones fueran desbaratadas con escándalo de los fieles, y menoscabo de la doctrina. Hé aquí por donde se vino á la formacion de las *Actas de los Santos*, extraordinario monumento digno de la grandeza del siglo XVI.

Alguno dirá:—¿No hubo panegíricos hasta que se publicaron las *Actas de los Santos*? ¿No hubo actas hasta el siglo XVI?—Trabajos parciales, incompletos, se dieron desde los primeros siglos de la Iglesia para perpetuar la gloria de los mártires, de las vírgenes y confesores de Jesucristo: y la lectura pública y solemne que se hacia de las actas de los mártires puede considerarse como el fundamento del panegírico. Los fieles acudian á los templos á oír estos patéticos recitados: el Pontífice tenia su trono en el presbiterio, y estaba rodeado de los sacerdotes y ministros, y entre la multitud compuesta de los hijos de los mártires, hermanos

de los héroes coronados, y espectadores de los últimos combates. Un lector hacia comunmente el recitado, pero no pocas veces hacia la lectura el Pontífice, para lo cual se levantaba de su asiento apoyado sobre los diáconos. El nombre de Cristo era exaltado y glorificado por los fieles con alabanzas que salian del corazon, cantos majestuosos y suaves melodías que se permitió intercalar en los recitados. ¿Qué prestaria á estos ecos el génio de Grecia y Roma? A los que gusten ir lejos para descubrir misteriosas afinidades, diremos que las melodías religiosas vinieron de las edades mas remotas, porque bajaron del cielo. Despues de recitar el *encomium*, como se decia, ó panegírico, en honor del santo coronado en los cielos, confundíanse en un mismo eco las voces de los ángeles y de los hombres. Las ovaciones de que fueron objeto los mas oscuros mártires superaron en brillo y majestad á las coronaciones y triunfos con que la Grecia glorificó á sus héroes. Grecia cristiana sobrepujó al paganismo, y ella misma fué mas grande en los himnos y elogios que consagró á los santos en sus basílicas, que en los homenages que rindió á sus varones ilustres en la escena. Tanto en Oriente como en Occidente la elocuencia y la poesia cristiana fueron alentadas con las inspiraciones mas puras: nuestro Prudencio no es inferior á Píndaro, y son mas apreciadas las sencillas peroraciones calcadas sobre antiquísimas colecciones canónicas y martirologios aprobados,

que muchas de las obras tenidas por maestras de los retóricos y panegiristas de la gentilidad.

Tan pronto como se cuidó de recargar los panegíricos con adornos postizos, echóse á perder este género de elocuencia; porque todo lo bueno rechaza la afectacion. Mas ¿qué habia de suceder una vez introducida la costumbre de leer delante de los fieles muchas actas sacadas de colecciones no aprobadas por la Iglesia? Además, «los sofistas se apoderaron de la cátedra; Juliano fué lector, y los retóricos fueron obispos. La antigua simplicidad pareció sosa á los declamadores de los gimnasios» (1). Asi fué perdiendo el *encomium* aquel encanto de su belleza primitiva, y nó tendrían pequeña parte en su decadencia los atavios de la elocuencia profana que empezaron á usarse antes y despues de la paz de la Iglesia, para alimentar la vanidad de algunos Emperadores. Algunas veces renunciaron á la apoteosis de los Césares, pero jamas perdonaron la ostentacion de los panegíricos. Jamas se olvidaban de coronar su busto en los dias de cualquiera solemnidad, ni faltaba tampoco el orador que habia de ensalzar hasta las nubes las glorias del nuevo Augusto, despues de agotar todos los recursos de la elocuencia y de pedir la inspiracion á todas las musas. Los retóricos y oradores quisieron introducir el clasicismo, sin reparar que su estilo estaba cor-

(1) El R. P. Dom Pitra en su *Dissertation sur les anciennes collections hagiographiques*.

rompido, y que aquel clasicismo estaba degenerado: de aquí las hipérboles, la monotonía, los periodos afectados, los indigestos preámbulos, todo lo cual fué tomado de los estragados oradores que tenían la lisonja por oficio, y aplicado á las actas de los santos en cuyas colecciones habia tan severos modelos. Por fortuna era tan sublime el heroismo de los mártires, que todas las hipérboles quedaban por bajo y muy inferiores á la realidad: pero si las exageraciones y los exordios mas enfáticos no alcanzaron á ofender en la parte principal del *encomium*, sí dañaron mucho en los accesorios, y echaron á perder las bellas formas que iba sacando el panegírico de las detalladas narraciones en cuya armazon se iba modelando.

Aunque indirectamente, nos parece que esta redundancia produjo algo bueno. Realzando figuras y sucesos mas pequeños, y sin poder conseguir que el martirio abultara mas de su tamaño, pronto se apoderó la elocuencia de otros asuntos que podia engrandecer, de otros santos cuya memoria fuera justo y posible ensalzar: hablo de los santos confesores y de las vírgenes. No puede dudarse que la elocuencia fuera por este nuevo sendero bien encaminada, porque ella en rigor no lo habia escogido: no hacia mas que seguir á la Iglesia que despues de émpapar sus vestiduras en la sangre vertida en los anfiteatros iba á orearlas á los desiertos y á perfumarlas con el aroma vírgen de sus flores. Hallábanse en los

desiertos animosos combatientes, y su continua oracion habia arrancado del cielo el favor necesario para sostener virtudes increíbles, de puro heróicas. La virtud de la paciencia, la virtud de la caridad, la virtud de la fortaleza, la virtud de la castidad, la virtud de la humildad, todas las virtudes, en una palabra, y todas las acciones de estos solitarios habian sido elevadas con generoso esfuerzo á tal grado de santidad, que bien merecia este sacrificio incruento honores semejantes á los que la Iglesia tributaba á los mártires. Seria menester ensayar un nuevo panegírico, un otro género de leyendas, por las nuevas palmas y coronas que esmaltaban el campo de la Iglesia. Como la vida de los santos confesores suele ser un combate sin tregua, una larga agonía, el *encomium* pudo alargarse sin pesadez, porque á cada sacrificio se hace interesante, y los sacrificios se repiten á cada momento: las virtudes se distinguen, las victorias son frecuentes, las tentaciones arrecian, las visiones, el éxtasis vienen en su auxilio; ofreciendo la historia de un santo que muere tranquilamente en su lecho, accidentes tal vez mas extraordinarios que la de los mártires, en quienes el momento de una muerte violenta suele ser el mas grande y acaso el único momento de esa sublimidad dramática, de que los meros confesores han ofrecido muchos ejemplos en las difíciles y críticas situaciones de su santa vida.

*La vida de los Padres del desierto* es un excelente reper-

torio de estos discursos: y eso que no es posible formarse una idea cabal, porque no son conocidos mas que algunos fragmentos: desconocido está el resto como para complacer á los austéros cenobitas, que no quisieron la gloria ni las alabanzas de la posteridad. No faltaron elogios á la memoria de S. Efren, S. Atanasio, S. Hilarión, S. Antonio y otros en los primeros siglos de la Grecia cristiana. S. Martin introdujo este culto en Occidente: y además de las oraciones fúnebres como la que citamos en nuestro *Estudio sobre la elocuencia sagrada* (cap. XIV.) de S. Gregorio Nacianceno, y del panegírico de S. Honorato predicado por S. Hilario de Arles, y de las oraciones fúnebres de S. Ambrosio, no podemos menos de hacer especial mencion de los panegíricos de S. Pedro y S. Pablo que S. Juan Crisóstomo intercala en sus obras maestras. Si no tenemos muchos mas modelos que consultar, no ha sido porque faltara diligencia de parte de los panegiristas, ni celo piadoso, ni devocion á los santos restos de los humildísimos cristianos á quienes el Señor amó con tanta misericordia y enriqueció con tales dones de su gracia: porque los panegiristas eran por lo comun santos tambien, ocuparon altas dignidades en la Iglesia que les obligaban al celo por una parte, á la circunspeccion por otra; y como fueron amigos, ó discípulos, ó contemporáneos de los santos, se presume que nó les faltó conocimiento de los personajes, ni medios de aclarar los sucesos inciertos

ú oscuros de su vida. Pero ¿qué no harian para permanecer ignorados despues de su muerte los que como S. Gregorio Nacianceno declararon al morir que nó querian dejar su nombre en ningun lugar, sino quedar, hasta en la tumba, como un extranjero entre gente desconocida? El santo que escribia la vida de otro dejaba en ella un monumento; al paso que de sí mismo dejaba á lo más escrita á retazos una breve y descarnada monografía. Otros sacaban de estas monografías magníficos elogios, y así se propagó la gloria de los patriarcas del desierto quizá por mas de cinco siglos, desde el IV hasta el IX, desde S. Atanasio hasta el venerable Beda. Y ya que por ser tantas las dificultades no haya sido posible obtener un legendario completo, no ha sido poca fortuna el conservar tantas preciosidades, cuando se perdió enteramente el libro de las *Vidas de los monjes ilustres* escrito por Timoteo, arzobispo de Alejandria, y *La Historia amiga de Dios ó la Disciplina de los ascetas*, del célebre Teodoreto. El *Viridarium* ó el *nuevo paraiso*, el *Libro de los santos hombres* ó la *Exposicion de los doce Padres*, estos y otros muchos trabajos como *églogas ascéticas*, *historias*, *praderas místicas* y *jardines de delicias*, de algunos de los cuales se hacia lectura pública en las Iglesias, están diciendo de cuántas fuentes y raudales iba tomando sus jugos el panegírico, de cuántas flores su aroma, de cuántos siglos su génio, de cuántas literaturas su forma, de cuántos escritores su estilo, de cuántos

santos y sábios la inspiracion y el pulimento. Comprendemos perfectamente la rábia y furor con que los iconoclastas y los árabes persiguieron estos monumentos: destruyendo estos libros destruian las más completas apologías de la Religion, y por esto nos falta tanto de lo antiguo. La Providencia vino en nuestro socorro por los medios que suele: cuando el fuego devoraba en parte las ilustres memorias de los anacoretas del Oriente y Occidente, nuevos solitarios en la Tebaida y en otras partes seguian las pisadas de los antiguos nó olvidados monjes, ofreciendo en su santa vida los prodigios de Pablo y Antonio, suministrando nuevos materiales á la leyenda, y al panegírico que se haria de sus virtudes, para que se perpetuara en la Iglesia el culto de los santos, que nó pueden faltar, y mucho menos por el recurso de las persecuciones, á que asi los hereges como los infieles apelaban.

Vamos alargando insensiblemente este escrito preliminar, y en verdad que no teniamos tál intencion al tomar la pluma. Hechos á la costumbre de estos estudios, y deseando por otra parte preparar el ánimo de los que se ejercitan en la predicacion para que acepten la nueva forma que conviene dar al panegírico, damos libre curso á nuestras ideas, á riesgo de deslumbrar á nuestros lectores, lo que tampoco nos proponiamos, con la ostentacion de un preámbulo que nó sea proporcionado á la humilde *Coleccion* que les ofrecemos.

Lo dicho hasta aquí versa principalmente sobre las actas de los mártires y leyendas de santos, de cuya lectura se hizo en Grecia y en toda la Iglesia de Oriente una parte del culto. Amantes los sábios y académicos cristianos de aquellos estudios filosóficos que comenaron en las escuelas de Atenas ó de Alejandría; espíritus elevados que no sabian plegarse al culto público de nuestra Religion como la gente ignorante y sencilla, que sigue obediente la voz de Dios sin pararse á escuchar la suya; avezados á discusiones sábias y metódicas; obligados á pensar y sentir hondamente, y más si pasaban como muchos pasaron casi repentinamente de las tinieblas de la gentilidad á la claridad del Evangelio, de catecúmenos á sacerdotes, de simples legos á obispos y pontífices, estos sábios y santos eran arrastrados por el atractivo de las meditaciones abstractas que eran el cotidiano alimento de su espíritu, y por las emociones ya dulces, ya violentas, pero todas gratas á su corazón. El enigma de nuestra existencia y la necesidad de buscar el reposo en la fé, atormentando el espíritu y obligándole á tocar todas las grandes cuestiones de que nó se puede huir, ya se eche por los senderos de la naturaleza, ya por las vias de la Religion, debieron hacer del panegírico de los santos un asunto el más digno de los oradores cristianos, capaz de todos los primores de la elocuencia: cuadro bellísimo que al remate de una vida gloriosa acabada en honroso certámen, contendria la so-

lucion de todos los problemas filosóficos y teológicos, el contraste de todas las verdades de la eternidad y del tiempo, en el que se perderian las vanas sutilezas y sofistería de los retóricos y filósofos paganos. «Yo vine á ser una carne inerte, decia pensando á solas S. Gregorio Nacianceno, sin alma, sin pensamiento, sepultado en mi madre. Asi colocados entre dos tumbas, nosotros vivimos para morir. Ya la vejez me cubre de blancos cabellos; pero si la eternidad, como se dice, debe recibirme, ¿no os parece que esta vida es la muerte, y que la muerte es la vida?.... Alma mia, ¿qué eres tú? ¿de dónde vienes? ¿Quién se ha encargado de llevar este cadáver? ¿Qué poder te ha sujetado con las cadenas de esta vida?.... Si tú has nacido á la vida al mismo tiempo que el cuerpo, ¡qué funesta union para mí! Yo soy la imágen de un Dios,.... y la corrupcion me ha enjendrado. Hombre hoy, bien pronto ya no seré hombre sino polvo: hé aquí las últimas esperanzas. Pero si tú eres alguna cosa celeste, ¡oh alma mia! enséñamelo. Si tú eres, como lo piensas, un soplo y una centella de Dios, repugna la mancha del vicio, y yo te creeré divina (1).»

Si los santos se preocupaban hasta tal punto con las mas levantadas meditaciones ¿qué otra cosa se necesitaba para dar al panegírico toda la grandeza que está pidién-

(1) Sanct. Gregor. Nazianzen. oper. t. II.

do? S. Gregorio se entretenia en estos soliloquios una tarde, sentado á la sombra de un bosque, abandonado á las bellas inspiraciones de su edad melancólica y de su imaginacion ardiente; y cuando volvía á la ciudad, veníase, ya riendo de la locura de los hombres, ya sufriendo los combates de su espíritu agitado. Cuando fuera S. Gregorio á recapitular las virtudes de un mártir, á escribir una homilía, á tributar en la cátedra sagrada los últimos honores á la memoria de un confesor de la fé, con estas ideas, y con la fuerza de su sentimiento, y con su grandiosa elocuencia ¿qué diría?

Materia para componer excelentes discursos daban los trabajos de Casiano, (*collationes*) el *Paraiso* de Sofronio, las *vidas* de algunos Padres de S. Gerónimo, las *Reglas* de S. Basilio, los *Hechos* (*res gestæ*) que escribió S. Damian, y sobre todo la *Historia Lausiaca*, así dicha por estar dedicada á Lauso, de los célebres Paladio y Teodoreto. Tengo á la vista las ciento cincuenta y una *Vidas* de que se compone la *Historia Lausiaca* (1), y dá lástima que el obispo Paladio cayera en el pelagianismo, como lo dicen á una voz S. Gerónimo, S. Gelasio y S. Epifanio. Inspiran gran confianza tales escritos, asegurándonos el autor haber seguido las huellas de los santos: *quos et ipse vidi.... cum quibus versatus sum in*

(1) Magna Bibliotheca veterum Patrum, t. XIII, p. 893, edicion de París, año 1,644.

*Egipti solitudine, et in Libia, et Thebaide, et Syene,.... deinde in Mesopotamia, Palæstina, et Syria, in partibus Occidentis, et Romæ, et in Campania.* En estos viajes y trabajos necesarios empleó toda su vida para escribir aunque en breves capítulos las de tantos solitarios: y aun después de lo que escribió, compuso el prólogo del *Nuevo paraíso ó Prado espiritual*, libro escrito por el monje Juan Moscho, que contiene doscientas diez y nueve *Vidas*. Bosquejos son no mas, como las de Paladio, pero bastantes para el tejido del *encomium*. Sacar de aquí la edificacion de costumbres, levantar el espíritu de los fieles, se haría sin duda alguna, hallándose tan estendidas las ideas sobre la muerte y la inmortalidad, que profesaba S. Gregorio Nacianceno y todos los griegos conversos. El *vade post me* que rectamente aplica Paladio, entiendo yo ser el estímulo para llevar á los lectores á la imitacion de los santos.

Un tesoro de gloria se encierra en los preciosos documentos de actas, leyendas y vidas con que facilitaron el panegírico de los santos las Iglesias Orientales. En el Occidente la santidad tiene tambien su génio, y Roma toma algo de la sencillez griega, no tanto de su aticismo, sobrepujando alguna vez en estas leyendas á los modelos que dejaron los oradores atenienses. Si encerraba las reliquias de los mártires en cajas de plata esmaltadas con piedras preciosas, ¿cómo pudiera consentir que la lectura de los martirologios nó inspirara sino

disgusto y desden? La negligencia en este punto disminuiría la gloria de los santos, oscurecería la fama de la Iglesia, disimularía la victoria de Cristo (1).

El decreto pontifical de S. Dámaso tocante á esta materia dió nuevo impulso á los trabajos de los coleccionistas, y en él se hacen ciertas reservas que dan á entender lo que la crítica se iba perfeccionando. «No se reciban, dice el Santo Pontífice, las actas compuestas por los hereges ó adulteradas por los ignorantes. Recibimos con todo honor las Vidas de los Padres Pablo, Antonio, Hilarion, y todos los anacoretas, y las que escribió el bienaventurado Gerónimo ú otros Padres ortodoxos.» No entra en nuestro plan hablar del *Pasionario romano*, ni de varias cartas y actas, ni de los trabajos que dió S. Gerónimo en el martirologio, ni de otros decretos pontificales, que dando por resultado la reunion de los notarios de Roma, crearon el primer tribunal de canonizacion. Si volvemos los ojos al centro de la Iglesia romana en que se preparan tan prolijos trabajos, con tanta conciencia y sabiduria, es solo para hacer sentir la influencia que tuvo en el panegirico de los santos la crítica que en las nuevas leyendas resplan-

(1) *Nonne videtur indignum, dum illa thecis argenteis vestiantur, pretioso lapide adornentur, si sordide ista et negligenter habeantur.... Vita sanctorum negligenter habitata gloriam eorum diminuit, Ecclesie famam obnubilat, Christi victoriam abscondit. Radbert, Prolog. ad Acta SS. Rufini et Valerii.*

dece, sin menoscabo de la dignidad del estilo, en parte tomada de los oradores romanos. Este debería de ser uno de los fines *de estas lecturas*, como decia S. Dámaso en el citado decreto, *nè sermo confusus et horridus non instruat, sed offendat auditorem*; «no sea que no instruya, antes ofenda al oyente un recitado confuso y bárbaro,» como decia Radbert. Y el objeto se logró como se pensaba. S. Agustin se llevó á Inglaterra y á su Iglesia de Cantorbery hasta ciento ocho de estos preciosos manuscritos cuya lectura y esposicion panegírica sirvieron para aumentar las glorias de su apostolado. Y describiendo tan elocuentemente nuestro poeta Prudencio las *Coronas* de los mártires, adornando S. Dámaso sus altares con elegantes inscripciones en prosa y en verso, escribiendo S. Paulino la *alabanza de los mártires* (que se ha perdido) y S. Hilario los himnos que se le atribuyen en honor de los apóstoles y mártires, se está viendo cómo la oratoria, la poesía, todas las formas del panegírico, en una palabra, se iban enriqueciendo con las nuevas leyendas: y como hubiera más crítica, mas escrupulosidad, podrá decirse de los nuevos panegiristas que la gracia y la verdad estaban en sus labios. No tardaron en hacerse sentir los efectos. Ya hemos dicho que S. Agustin de Cantorbery se llevó muchos manuscritos que hasta el siglo XIV se conservaban en una biblioteca, de los cuales aun hoy se conservan tres, cuya autenticidad está comprobada por

los modernos anticuarios: S. Adhelmo encontró en el siglo VIII un monasterio de vírgenes donde como enjambre de abejas recogian la miel de las santas Escrituras y comentarios de los Padres, y esto le movió á escribir apologías en prosa y verso que se estendieron en Alemania. La Iglesia de Africa se unió intimamente á la de Roma para rechazar las actas apócrifas, obra de los maniquéos, y S. Agustin en su homilia segunda sobre S. Esteban se felicita de la autenticidad del acta de este santo en que fundaba su panegírico (1). En las Galias se seguia el ejemplo de Africa, y lo mismo en España, donde los priscilianistas solian hacer las falsificaciones que en Africa los maniquéos. Finalmente, son tantas las actas y legendarios que se multiplicaron por todas las Iglesias de Occidente hasta los tiempos de Beda que escribió las *Vidas de los Padres de Inglaterra* y mucho despues, que nó sabriamos dar razon de todos estos trabajos con la brevedad y ligereza que nos proponíamos. Pero los predicadores y misioneros tenian ya que luchar en estos tiempos con las heregías, con la idolatría, con la barbarie, amparada por la constitucion social de las naciones evangelizadas con varia fortuna; y la civilizacion cristiana de que eran agentes infatigables estaba pidiendo un nuevo género de elocuencia, como su vida pedia otro linage de sacrificios. No basta

(1) Oper. t. V, serm. 315.

sacar la doctrina de los ejemplos: es menester exponerla, analizarla, comprobarla. Falta la caridad, y es menester que la virtud llene los huecos. A las costumbres rudas y feroces hay que oponer nó la vida del héroe cristiano que la entrega á la espada ó al hacha, sino la vida íntima, el alma generosa con toda su caridad, el corazon que prodiga sus afectos. El solitario deja su retiro por el bullicio de las ciudades: ya tenemos una llaga social; y las guerras intestinas, y los tumultos, y la barbarie estan demandando otros remedios. El panegírico se interrumpe y falta del todo. Las agrestes improvisaciones del misionero le suceden, y en cambio, las actas y las *flores de los santos* se recargan de palabras tan vulgares, como escogidas y armoniosas fueron las de otros tiempos. De tál modo iban las dos cosas juntas, corriendo la misma suerte en su prosperidad y en su decadencia. Más adelante, con las nuevas milicias de los Carmelitas, Franciscanos, Domínicos y Agustinos, el panegírico reaparece. Estas órdenes religiosas dieron muchos santos, anudaron tradiciones, y como trabajaron y dieron asiento á la reforma social, como restauraron el espíritu eclesiástico y pregonaron en los púlpitos, en las cortes, en las ciudades y en los campos las glorias de la religion, reaparecieron los santos en sus tronos. El pueblo cristiano, ni mas ni menos que en los primeros siglos se conmovia con la lectura del *encomium* en las viejas basílicas del Oriente, así se conmovió de ale-

gria con el relato de los triunfos que los santos alcanzaron por la práctica de las virtudes mas difíciles, y con una muerte gloriosa. Los santos titulares, los santos patronos ó protectores, los antiguos anacoretas del yermo como los modernos fundadores ó reformadores de las órdenes monásticas, he aquí las figuras mas amables y mas venerables para el pueblo creyente: he aquí su familia, he aquí su cielo, he aquí su todo, con Jesucristo y su Madre santísima, y la celeste turba de los ángeles de su guarda. Así el panegírico vino á ser y sigue siendo de un gusto popular; y nada puede justificar tanto en esta materia la buena eleccion del género y del estilo como el asentimiento y universal aplauso de las grandes masas. El giro es acertado, hasta un punto que los sábios no hubieran podido discurrir: como que es reproducir las suaves emociones que experimentaban los fieles de los primeros siglos, rodeando el presbiterio en que se sentaba el Pontífice bajo las bóvedas de una magestuosa basílica. Restaurar la fé, restaurar el espíritu eclesiástico, restaurar las piadosas costumbres, ah! toda restauracion es en la Iglesia de muy buen efecto: su belleza no seria siempre nueva si al mismo tiempo no fuera siempre antigua. El panegírico, sea en sermones, sea en leyendas, es lo que completa la instruccion religiosa del pueblo. En todas partes ha dado igual estimacion á las *Memorias de los Santos*, á las *Vidas*, *Sentencias y Sermones de los monjes*, al *Sanctilogium*, al *Speculum histo-*

riale, á la *Biblia de los Pobres*, al *Mar de los ejemplos*, á los *Apotegmas* de S. Francisco, á las *Palabras de oro* de Gilles, como al *Libro de los hermanos Predicadores* y al *Año cristiano*.

¿Diremos por esto que nada quedaba por hacer en favor del panegírico? No ciertamente. Ya no se podia decir de los panegiristas lo que S. Paulino de Nola escribia á S. Gerónimo:—*vuestro estilo es semejante al de Cicerón*:—estaba corrompido y adulterado: y lo que un obispo de Dalmacia hizo con Adam de París, que fué rogarle que limara y pulimentara algunas actas para la inteligencia de su clero y de su pueblo, eso mismo hicieron otros, y por todas partes se hacia sentir la necesidad de una reforma. Algunos desatan la lengua en improperios contra la *Leyenda de oro*, juzgándola indigna de los santos y de los cristianos. No me he detenido á verla para juzgar de la exageracion ó inexactitud de tales apreciaciones. Sin duda por conformarse á los antiguos monumentos, á las actas escritas con mayor sinceridad, será esta censura de los modernos: es de sentir que entre los críticos se encuentre algun que otro nombre ilustre. Hemos seguido la historia del panegírico en muchas de sus vicisitudes: conocemos las dificultades que le ha presentado cada siglo y cada suceso, y cuando le hemos visto dar un solo paso, hemos creído que adelantaba extraordinariamente. Pero si nó es justo calificar de esta manera á los escritores hagiógra-

fos, creemos, como decia Melchor Cano impugnando á Luis Vives, que «nuestros héroes fueron superiores á su fama: para ensalzar este heroismo faltó el génio: al génio faltóle la elocuencia (1).»

Elocuencia y génio encontramos en las *Actas de los santos*, cuyo pensamiento pertenece al siglo XVI, aunque la egecucion corresponde al siguiente siglo. Lipo-  
mani, Surio y otros muchos abrieron el camino: fueron los precursores del inmortal Rosweyde. Diríase que habia llegado la hora de cumplirse esta profecía de S. Basilio: «Levantáos, pintores ilustres de nuestros vencedores atletas.» Decia Rosweyde publicando las *Vidas de los Padres del desierto*: «¿Qué necesidad habrá ya de ir errantes por las profundidades del Egipto para buscar á Pablo y Antonio, de cruzar los desiertos de la Palestina para visitar á Hilarion y Epifanio, ni de penetrar en las grutas de la Siria para sorprender á Efren?» Fueron muy penosos los trabajos de Paladio y de Juan Moscho, y espantan las relaciones que nos hacen de sus viajes, entrando en algunas cuevas donde hallaban arrimados á las paredes los cadáveres de algunos heremitas como si estuvieran vivos. Por algunas actas, mas de veinte opúsculos y folletos comenzó Rosweyde, y luego anunció la publicacion de diez y siete tomos en folio que contendrian las *Vidas de Cristo* y de la Vir-

(1) *De locis theologicis*, Lib. XI. cap. 6.

gen, fiestas de santos, *actas litúrgicas*, *actas sinceras*, y martirologios. El P. Bolando sucedió á Rosweyde: perfeccionó el plan: lo hizo mas vasto: para estenderlo ideó entablar una correspondencia: deberían sostenerla todos los miembros de la compañía de Jesus: así fueron tantos los colaboradores. Los continuadores fueron á cuál mas ilustres, y esta grande obra se ha llevado á cabo á costa de los mayores sacrificios. De ella dijo el Papa Alejandro VII: «Ninguno ha hecho ni emprendido hasta aquí una obra mas útil ni mas gloriosa para la Iglesia.» Esta es la razon porqué á partir de las *Actas de los santos* tomamos principalmente el origen del pánegírico. Además, concurrieron muchas causas á favorecer este género de elocuencia, á saber: la formacion y perfeccionamiento de las lenguas vulgares, la escuela mística formada por los hombres de santidad y de génio, la reforma de las órdenes monásticas, la tendencia espiritualista que tomaron las ciencias, y el desarrollo de todos los elementos que constituyen la moderna civilizacion. Maury explica el progresivo desarrollo de estos documentos, aunque en términos exagerados que no apruebo, entre otras razones, por la veneracion que me inspiran los sencillos trabajos de la antigüedad: dice así: «Toda la antigüedad vivió de fábulas sagradas. El cristianismo tiene tambien su mitología. (1) En los

(1) Falsedad insigne. Calificacion mas dura merecería el autor de tal despropósito y de los que siguen, si

primeros siglos tenemos Evangelios apócrifos: en las edades siguientes, pasionarios y leyendas: mas tarde, romances de caballeria, síntomas innumerables y diversos de una misma enfermedad, que debemos combatir en la edad presente, edad de crítica y de razon práctica y social.»

«Es de ver cómo nacen las leyendas, cómo se desarrollan y se hacen populares por fases previstas y en un progreso no interrumpido, cuyos términos serán un día leyes de la ciencia. Lo que las caracteriza es la consagración de un tipo moral, de un modelo divino, propuesto á la humanidad para ejemplo. Este tipo es Jesucristo, hijo de María; los héroes cristianos serán hechos á su imágen y semejanza. Despues, hace falta un ideal de la madre, de la esposa, de la vírgen: María, la Virgen-Madre, reúne estos maravillosos caracteres. Al rededor de estos dos arquetipos se desarrollan largas séries de tipos secundarios (los santos). Cada edad, cada generacion, cada condicion de la nueva sociedad tuvo su modelo ideal (1).»

Estos nuevos, mas completos y mas sábios trabajos han facilitado al orador sagrado el conocimiento de los personajes históricos: pero en las *Actas*, donde lo esen-

no supiera todo el mundo que los franceses desatinan por decir cosas extravagantes.

(1) *Essai sur les Légendes pieuses du moyen âge*, París, 1843.

cial es fijar los nombres, la pátria, la época, los hechos, la vida y muerte de los santos, no podia estar todo aquello que para el panegírico se necesita; porque aparte de las aplicaciones morales que han de hacerse de las ejemplares vidas de los santos para edificacion del pueblo cristiano, hay que hacer un estudio paralelo de los hombres y de las cosas contemporáneas; señalar la influencia que tuvo cada uno en su siglo, haciendo sensibles así las grandes necesidades de la sociedad ó de la Iglesia, como los eficaces remedios ordenados por la Providencia en tiempo oportuno. Entonces se les podrá considerar *quasi lucernæ in caliginoso loco*: como lámparas resplandecientes en un lugar de tinieblas. Así se podrá enseñar y mover al pueblo cristiano, con el ejemplo y la doctrina; ejemplo comprobado y justificado segun las reglas de la crítica mas depurada, doctrina sacada de las fuentes mas puras. Las *Actas* no pueden ofrecer tanto: toman un dia, buscan un santo, lo colocan en su nicho, ponen sobre su cabeza la aureola de gloria que le corresponde, y lo dejan solo: aquella gloria no cruza sus rayos con los que parten de otras aureolas: las virtudes de aquel santo ni se agrupan con las de otros, ni hacen contraste con los vicios de su siglo: aquella figura se deja ver inmóvil y aislada, y para darle movimiento y conseguir que su historia ó su retrato ofrezca alguna perspectiva, á veces es menester ensayar algun trabajo de topografía, de cro-

nología, de sincronismo, que luego no suele aprovecharse en el discurso panegírico: porque si bien es necesario caminar sobre seguro, no todas estas investigaciones interesan al auditorio, ni son propias de tales casos. El personage, los grados de su santidad, las virtudes que en él descuellan, el carácter del siglo, la interpretación de las miras de la Providencia, el principio vivificante de la Religion como se muestra en la vida y muerte de los santos, con ejemplos y doctrina para inspirar el amor de Dios y exortar á la práctica de la virtud, he aquí lo que se busca en el panegírico: esto es lo que se quiere; esto es lo que satisface, y esto es sin duda lo que debe de ser. Sería indigno de la oratoria sagrada gastar el tiempo en discutir si el héroe, objeto de la devoción, nació un año antes ó despues, disputar sobre su genealogía, sobre su nombre ó el de su patria, sobre las circunstancias de su nacimiento y otras cosas así: esto corresponde á las *Actas*. Pero hoy, cuando nos ocupamos de un santo, lo primero que se pregunta es: ¿cuál fué su virtud mas eminente? ¿Cómo se le conoce en la historia? ¿A qué época pertenece? ¿Cuál fué su influencia en el siglo? ¿Qué señales nos quedan de su paso por el mundo? Y esto no se encontrará en las *Actas*, por mas que debemos á la sabiduría y paciente laboriosidad de los Bolandos algunos episodios y digresiones, disertaciones especiales y tratados sobre puntos muy importantes á la historia eclesiástica. La devoción y el

gusto se han hecho mas exigentes, y el panegírico ha de ser un discurso de Religion, (así los hizo Bourdaloue, aunque convirtiendo los panegíricos en sermones puramente morales), descartando cuestiones impertinentes, menudencias de la biografía y pueriles trivialidades, como las de cierto panegirista, que haciendo el elogio de S. Agustin, se empeñó en averiguar porqué se le dió el sobrenombre de *el gran Padre de la Iglesia*.

El siglo XVI y el XVII produjeron admirables predicadores, señaladamente en España, Italia y Francia. Avila, Granada, Malon de Chaide, S. Juan de la Cruz, Nieremberg, Carranza, Salmeron, Fuentidueña, S. Pedro Alcántara, S. Francisco Javier, Alfonso Lobo, Toledo, Fernando de Santiago, Zárate, Marquez, Estella, Yepes, Roa y otros muchos que seria largo referir enaltecieron con sus discursos la cátedra sagrada. *Maravillosa, encantadora y persuasiva* pareció á los italianos la elocuencia de los españoles, cuando tan buenos los tuvieron por lo menos hasta S. Felipe Neri. Bossuet, Bourdaloue, Fenelon, Massillon, Flechier, Mascaron, Bridaine, Newille son la gloria perdurable de los franceses.

Junto con los predicadores vinieron los preceptistas. Fray Luis de Leon publicó *El perfecto predicador*, (se ha perdido) como Segnerí *El cristiano instruido*. Arias Montano escribió en 1569 sus *Libros de Retórica*. En 1541 publicó un fraile gerónimo una *Retórica en lengua*

*castellana*; Fray Luis de Granada escribió otra *Retórica* en 1576; en el mismo año escribió Estella su *Modus concionandi*; Valdivia escribió en 1588 *de sacra ratione concionandi*; Gimenez-Paton su *Elocuencia española en arte* en 1621; el P. Juan Bautista Escardo su *Rethorica christiana* en 1647, y otros predicadores envejecidos en las taréas del púlpito dieron á luz trabajos semejantes, que nó mencionaremos si la ocasion no lo pide. ¡Qué manera de facilitar la composicion de toda clase de discursos, asi los panegíricos como los morales! Por si algo faltaba, ademas de las repetidas impresiones que se hicieron de los escritos de los santos Padres, un fraile dominico, Combalesi, coleccionó las oraciones de santos y las homilías, publicando en ocho tomos en fólío la *Bibliotheca concionatoria Patrum*, para que los predicadores pudieran «esponer la fé, desenvolver los Evangelios, alabar á los santos, y reformar las costumbres (1).»

La crítica habia purificado las *Actas de los santos*; la construccion de las lenguas modernas ya tan enriquecidas favorecia el desarrollo de la elocuencia; abundaban los grandes oradores; no escaseaban los sábios preceptistas; dábanse á la estampa las homilías y panegíricos de la sábia antigüedad: ¿cómo es que vino á tanta decadencia y aun envilecimiento la cátedra sa-

(1) *Unde publica concione, seu privatá monitione christiana mysteria celebres, fidem exponas, Evangelia evolvas, sanctos coelites laudes, mores informes etc. In Præfatione. Edicion de Paris, 1662.*

grada, apoderándose de ella los hombres mas ignorantes, presuntuosos y atrevidos, cuyo estrago, que duró lo menos dos siglos, apenas pudieron contener los predicadores sensatos y de celo evangélico, ni las criticas mas sangrientas que tamaños desaciertos é irreverencias provocaron?

Sea esta la última de nuestras investigaciones, de que ya entrados en materia no podemos prescindir, siendo asi que la corrupcion del púlpito dañó muy principalmente al panegírico, como se verá.

El culteranismo perdió la oratoria. Vino á ser un tejido de sutilezas vanas, de antítesis, de metáforas exageradas, de paradojas y retruuecanos, una ristra de conceptos disparatados, de chistes groseros, de textos de Escritura violentamente traídos y mas violentamente aplicados, juegos de palabras sin ningun objeto moral; y de este vértigo, de esta locura fueron tomados los predicadores ignorantes y el vulgo, extraviado por ellos. El sermón mas alabado era aquel en que el predicador tronaba y relampagueaba sin saber lo que decia, mezclando fábulas de los gentiles y cuentos de cocina, vomitando refranes y versos, buscando sonsonetes, cortando clausulas, citando muchísimos autores gentiles y no gentiles que tan bien conocia él como su auditorio, corriendo parejas la ceguedad del orador y el desatino de los oyentes. Los sermonarios de Menot y de Maillard, algunos sermones de Richardat, están diciendo

que de la misma enfermedad que los españoles adolecían los franceses: y mucho antes que España y Francia, la Italia ofreció un ejemplo tristísimo de lo que puede el mal gusto, cuando una vez se apodera de la oratoria. Entre nosotros, Séneca, Plinio, Aristóteles, trozos de las sátiras de Horacio, agudezas de Juvenal, mentiras de la mitología, hacían el gasto de los sermones; é inflamados con la osadía del Barbadiño que tiró de muerte cual si fueran záfios y carcuezos á los predicadores de mas ilustracion y de mejor fama, los bizarros panegiristas que tuvimos en tiempos tan infelices, se hicieron sordos á la voz de la razon, y no vieron nuestra afrenta.

En prueba de lo que decimos sobre la corrupcion de la elocuencia sagrada entre los franceses, afeada, como entre nosotros, por la mezcla de una erudicion sagrada y profana que degradaba la majestad de la Religion, citaremos las siguientes palabras de La Bruyère: «S. Cirilo, Horacio, S. Cipriano, Lucrecio, hablaban alternativamente: se hacia decir á los poetas lo mismo que á S. Agustin y á todos los Padres: se hablaba en latin y por largo rato aun delante de las mujeres (1).» Condenando Bossuet el mal espíritu de los predicadores que buscaban con sus extravagancias los aplausos del público, sin cuidarse de afligir y mover á los pecadores, se-

(1) *Caract.*, chap. xv.

gun lo advierte S. Gerónimo: *Lacrimæ auditorum laudes tuæ sint*, (1) dice que «deben buscar, no el fuego fátuo de su espíritu, ni la música que deleita, ni los movimientos que aturden, sino los resplandores que hieren, el trueno que espanta, el rayo que hiende los corazones. Y ¿dónde encontrarán ellos tales cosas si no hacen resplandecer la verdad, si no hacen hablar á Jesucristo mismo? (2)» Muy grandes serían los males, de tal corrupcion originados, cuando el gran Bossuet, hablando sobre «la palabra de Dios,» dedicó un sermón casi entero, el de la dominica segunda de Cuaresma, á condenar el empleo de las metáforas exageradas y las vanidades de una pomposa y afectada elocuencia. No se diga que el púlpito español cayó solo en tal degeneracion y abatimiento: la corrupcion era general. De los pocos predicadores que en Portugal se salvaron del contagio, fué uno el P. Almeida; y así como Bossuet se propuso por tema en su sermón de Cuaresma condenar estas vanas declamaciones, así Almeida, predicando un sermón en la fiesta de S. Felipe Neri, «Tiemblo, oyentes míos, dice, y me horrorizo, cuando considerando el ministerio apostólico, veo la mentira entronizada en el templo de Dios, y cuando veo que los ministros de la Iglesia, adornados de las sagradas vestiduras en este tremendo lugar, oráculo del Espíritu Santo, despues de

(1) *Epist.* xxxiv, *ad Nepot.* t. 4.º part. II, pág. 262.

(2) *Sermons*, t. 4.º pág. 407. Paris, 1772.

invocada su gracia, y en la real presencia de Jesucristo, en vez de predicar al pueblo cristiano las verdades evangélicas, les venden novelas de su fantasía por Evangelios sagrados, arrastrando con horrible sacrilegio al Espíritu Santo en sus Escrituras, para servir á la mentira, á la ambicion, á la vanidad: ¡Santo Dios! Cuando esto pondero, me vienen á la memoria unas palabras de Isaías que me hacen temblar, y conmueven todas las entrañas de mi alma. *Tú, dice Dios por Isaías, me has hecho servir á tus pecados. (1) ¡Ay de aquellos (clama Dios por Ezequiel contra los malos profetas, que eran los predicadores de aquel tiempo), ay de aquellos profetas que..... ven cosas vanas, y adivinan mentiras, probadas con mi autoridad..... y porfían en confirmar su dicho..... afirmando que así lo dice el Señor, cuando yo no he dicho tal!..... yo descargaré sobre ellos mi mano, sabrán quien yo soy..... pues engañaron á mi pueblo (2).»*

Duro, muy duro parecerá el lenguaje usado en esta ocasion por el P. Almeida; pero no tanto, si se considera la intencion que ponía en este panegírico, como se puede apreciar por estas palabras que tomamos del principio: «Yo pues, considerándome en este púlpito como ministro del Altísimo, y tomando bien el peso de esta estola que llevo sobre mis hombros, creo firmemente

(1) *Servire me fecisti in peccatis tuis, cap. XLIII, v. 24.*

(2) *Væ Prophetis insipientibus, etc., cap. XIII, v. 3, 6, 9, 10.*

que no me son lícitos en esta acción otro fin ni otras intenciones que las de la Iglesia (1)» Así solían predicar los que se lamentaban de la decadencia del púlpito, y se afanaban por restaurar la elocuencia sagrada para mayor honra y gloria de Dios. En todas partes las mismas antítesis, las mismas reticencias, los mismos enigmas, las frases epigramáticas, el tono de madrigal, el neologismo, las palabras alambicadas, y aquella especie de frenesí epiléptico, al que se fiaba todo el éxito de un discurso.

Con razón exclamó el P. Nieremberg: «No ha tenido la Iglesia de Dios mayor persecución que la que ahora tiene con esta forma de predicar que hoy se observa en ella (2).» Diéronse otros á remediar el daño, aunque trabajaron con poco fruto. Fr. Juan de Segovia, dominico, y predicador de los buenos, escribió en 1573 una *Retórica evangélica*, «para reprimir abusos,» como nos dice. En el mismo sentido escribió Fr. Tomás de Trujillo *In præfatione ad Thesaurum concionatorum*, por el año 1579. El P. Antonio Vieyra, que predicaba en Lisboa para condenar las sutilezas y metafísicas de Mendoza y de Silveira, para execrar las temeridades de Guevara, fué á Italia, donde los Berninis y Maronis figuraban como los corrompedores del buen gusto, aliado del P. Juan Pa-

(1) Sermones, t. 3.º, pág. 178.

(2) *Los varones ilustres de la Compañía de Jesus*, tomo II.

blo Oliva, que por muchos años estuvo resistiendo el bravo torrente del culteranismo. Vieyra, hombre de génio, rio de elocuencia, blanco predilecto de los furores de el Barbadiño, predicó en 1655 el sermón de Sexagésima, en el que confundió á su sabor la charlatanería de los predicadores mas estragados. La parábola del sembrador es el asunto de dicha dominica: y lamentándose de la esterilidad de la predicacion, que es la semilla del Evangelio, dice así inquiriendo las causas: «¿Será uno por ventura el estilo que se usa en los pulpitos? ¿Un estilo tan nuevo, un estilo tan dificultoso, un estilo tan afectado, y un estilo tan opuesto á toda arte y á toda naturaleza?... ¿Será por la materia ó materias que toman los predicadores? Úsase hoy el modo que llaman apostillar el Evangelio, en que toman muchas materias y no siguen ninguna... ¿Será por ventura la falta de ciencia que hay en muchos predicadores? Muchos hay que viven de lo que no cogieron, y siembran lo que no trabajaron... Hay muchos sermones que no son comedia siquiera, sino farsa.... ¿Es posible que somos portugueses, y habemos de oír un predicador en portugués, y no habemos de entender lo que dice?» Indignado Vieyra da golpes á uno y otro lado, y concluye su sermón de esta manera: «Vea el cielo que aun tiene en la tierra quien se ponga de su parte: sepa el infierno que aun hay en la tierra quien le haga guerra con la palabra de Dios: y sepa la misma tierra que

aun está en estado de reverdecer y de dar mucho fruto.» A este modo en Francia el ilustre Flechier hizo un sermón de la Magdalena, que todo él es una sátira fina contra los malos predicadores. Afligido nuestro venerable Avila con el desenfreno de los desbocados predicadores que por espíritu de temeraria presunción ó con fin de granjería seguían tan malos caminos, decía en carta á un predicador enseñándole el espíritu de que debería guardarse: «No tiene nuestro Señor tan olvidado su rebaño que permita prevalecer mucho tiempo el engaño de la mala yerba por buena. La doctrina que no va conforme á la enseñanza de la Iglesia Romana.... cierto perecerá con sus autores, aunque sean mas que tiene el mar gotas de agua, y mas altos que las estrellas del cielo.... Vmd. haga lo que hace, y busque oraciones que lo pidan al Señor, que él tornará por su verdad, como lo ha hecho en otros mayores conflictos, y abajará toda ciencia que con soberbia se ensalza, con la firmeza de la piedad cristiana (1).» Por último, firmes los malos predicadores en su errado sistema, obstinados, embriagados con los aplausos del vulgo, atentos á su vanidad, codiciosos de los provechos, habiendo pasado de apóstoles á cómicos y de cómicos á energúmenos, atrajeron sobre sus cabezas el rayo, que lo mismo fué para ellos el

(1) *Obras del V. Avila*, tomo 8, primera parte del Epistolario espiritual, pág. 193, 195. Edición de Madrid, 1759.

*Fray Gerundio de Campazas* del P. Isla, en cuya sátira quedaron retratados y escarnecidos (1).

Decíamos que semejante corrupcion habia dañado con preferencia á los discursos panegíricos, y habia para ello muchas razones capitales. Como los Gerundios, (pues ya no se les llamó de otro modo desde que el P. Isla escribió la historia del famoso predicador de Campazas) llevaron las exageraciones hasta el extremo, cuando predicaban de un santo cualquiera, era cosa corriente empezar con la mosquetería de comparaciones y ridículos cotejos, entablado cuestiones de preferencia que siempre se resolvian ó al principio ó á la postre á favor del santo de quien se predicaba. Aun hoy ó hasta hace muy poco tiempo duraba algo de este resabio: pero entonces estas preferencias dividian en celos á las cofradias y á los pueblos, mientras que todo panegirista de este jaez se creia obligado á probar con razones y argumentos de su caletre que el santo de aquel dia era el mayor santo del cielo. «No te pongas á disputar de los merecimientos de los santos, cuál sea mayor en el reino del cielo. Estas cosas muchas veces causan contiendas y disensiones sin provecho.... Yo no soy Dios de discordia, sino de paz.... El que quisiere disminuir algo de los santos, á mí me apoca y á todos los otros de mi reino. Todos son una cosa por el vínculo de la caridad, todos

(1) Empezó á publicarse en 1758.

de un voto, todos de un querer, todos se aman en uno.» Esto escribía el autor de *La Imitacion de Cristo*; pero esto no se leía; y aunque lo hubieran leído, en lo de *las disensiones sin provecho*, los Gerundios se hubieran reído grandemente de la bobería y simplicidad de Tomás de Kempis.

La extravagancia de tales predicadores llegó á bautizar de nuevo á los santos, aplicándoles nombres tan altisonantes y revesados que nadie los conocería. «Asi como hay Lexicon para el griego, decia Vieyra, y Calpino para el latin, asi es necesario que haya un vocabulario del púlpito: yo á lo menos lo tomara para los nombres propios, porque los cultos tienen desbautizados á los santos, y cada autor que alegan es un enigma. Asi lo dice el *cetno penitente*, asi lo dice el *Evangelista Apeles*, asi lo dice el *Aguila de Africa*, el *panal de Claraval*, la *púrpura de Belen*, la *boca de oro*. Hay tal modo de alegar!»

Metian en los panegíricos, de Florilogios y Polianteadas, el farrago á cargas; todo broza, nada de sustancia, como quien no sabe qué decir, y le da lo mismo una cosa que otra. El fraile discretísimo que introdujo el P. Isla para ver de desengañar (que no pudo) al hijo de Anton Zotes, le decia á este propósito: «Un predicador que siquiera se tomase el corto y necesario trabajo de leer las vidas de quienes predica, no incurriria en semejante pobreza; pero ¿cómo no ha de incurrir en esta y

mas crasas ignorancias, cuando muchas veces quien tiene menos noticia del santo á que se predica es el mismo predicador, haciendo vanidad de tomar asuntos tan abstraídos, que un mismo sermón se puede predicar á S. Liborio, á S. Roque, á S. Cosme y S. Damian, á la Virgen de las Angustias, y en caso necesario á las benditas ánimas del purgatorio.»

Los metafísicos y que habian hecho algunos estudios tiraban por la escolástica y el *ergo*, que no hay mas que decir. Si hubieran leído estas palabras de S. Juan Crisóstomo: «Los Apóstoles no sometieron á los argumentos silogísticos la palabra de Dios que ellos anunciaban; predicaron sencillamente sin añadir nada de su propio espíritu, y lo mismo que ellos debemos hacer nosotros:» no se hubieran enmendado por la creencia en que estaban de que habian alcanzado el siglo de oro, y que los cultos escolásticos eran otros tantos soles, y prodigios de sabiduría. «Riete de las vejeces de nuestro Padre Maestro,» decia un teologuillo á Fr. Gerundio viéndole un poco acobardado, y así unos á otros se alentaban para rechazar toda autoridad que en la estimacion de las personas doctas fuera digna de respeto.

Tomaron del teatro los títulos de las comedias: *Fineza contra fineza: El escondido y la tapada: Para vencer amor querer vencerle*: estos son los títulos de algunos sermones. En la portada de los panegíricos se escribia: *Eco sagrado—Encomiastica oracion—Racional*

*carroza—Guirnalda del nuevo Salomon—Pilades y Orestes.—Nada mas ridiculamente conceptuoso y embozado ni mas pedantescamente escrito que el siguiente título: —Panegíricos aplausos del aclamado mártir de la Francia S. Gines Arelatense, venerado como sagrada idea y cristalino espejo del Hércules mas glorioso de la Europa y Leon invicto de España el Sr. D. Felipe V. el animoso, (q. D. g.) atendido entre las alevés borrascas que la emulacion mas ciega movió contra los justisimos derechos de su real Corona.*

Tiempo es ya de acabar; porque si hubiéramos de escoger textos y lugares estrambóticos en los siete tomos abultados á que monta la coleccion que hemos llegado á reunir, (tal, que ni el mismo P. Isla la hubiera logrado mas preciosa) no acabaríamos jamás. El culteranismo pasó, herido del ridículo por una parte, anatematizado por otra, condenado por los sábios Prelados, rectificado el comun sentir que ya niega sus favores y sus aplausos á semejantes despropósitos, por la fuerza del tiempo que todo lo arrastra, por la fama imperecedera de los buenos oradores sagrados del siglo XVI y siguientes, y porque Dios no permitiría, como decia el V. Avila, por el bien de la Iglesia, que la mala yerba creciera tanto hasta sofocar la semilla del Evangelio.

Pero si el panegírico, de que ya no puede hacerse el abuso que se hacia, por no conocerse ya los sermones llamados *de circunstancias*; si el panegírico, para el que ya

no puede encontrarse un hombre tan falto de seso que proponga un tema tan baladí como el que propuso el Ldo. Flechilla, no está hoy tan decaído y estropeado como en aquellos tiempos de las *liciones verbosas* como decia Fr. Lorenzo de S. Juan, *braves paroles* como llamaba á tales discursos Montaigne, sí necesita de mucho para levantarse, y reclama el auxilio de todos los que se interesen por la gloria de los santos y por el lustre de la cátedra sagrada. Hoy no hay escuela entre nosotros: es menester crearla. Yo no tengo fuerzas para ello. No es lo mismo decir lo que falta, que suplirlo. He consultado, he pedido pareceres, y doy el mio á los que me lo piden, aunque lleno de desconfianza. Más me gusta secundar una idea que tomar la iniciativa: para esto se necesita estar muy poseidos de que sobran fuerzas para hacerla triunfar. Oiganme por Dios los buenos predicadores que tenemos, los ilustres profesores de oratoria sagrada, y cuantos pueden contribuir á llevar los estudios por donde conviene llevarlos para la restauracion del púlpito entre nosotros. Solo asi se levantará y á duras penas un magisterio necesario, el magisterio del sacerdocio, cuyo remedio urge aplicar á la dolencia que nos aflige, que es la de recusar todo magisterio, sacudir el yugo de toda enseñanza que no tardaria en repugnar el pueblo indiferente y abandonado, si en su indiferencia y desprecio de toda autoridad buenamente se le dejára. Empeño y fuerza deben hacernos los santos, de quienes

el pueblo no ha retirado su devocion, en especial los santos españoles, cuyas glorias han sido siempre las glorias de España, en los tiempos en que florecieron. Considérese que las cuestiones que ahora se agitan ó se reproducen tienen relaciones con las de otros siglos, ó son las mismas; y los santos las resolvieron, ó prepararon su desenlace, ó perecieron en la demanda. Cuadros viejos de épocas mas ó menos lejanas, apenas se necesita otra cosa que retocarlos, para excitar la curiosidad ó el interes de la generacion presente, que de este modo sabrá lo que valen y aprenderá en ellos. Aplicados los medios que hoy abundan, el panegírico podría llegar á ser el género mejor cultivado, y un arbitrio excelente para hacer penetrar en el pueblo la sólida instruccion que se le debe procurar á toda costa.

¿Creerás tú, lector amado, que me prometo mucho de la *coleccion de panegíricos* que doy al público? No ciertamente. Llenando las circunstancias y requisitos que tales discursos piden, una coleccion en que ordenadamente se contuvieran los panegíricos de los Apóstoles, de los primeros mártires y cabezas de las Iglesias, de los santos Doctores, de los patriarcas del desierto, de las vírgenes, de los santos misioneros, de los santos fundadores y reformadores de las órdenes monásticas, de los héroes de la caridad y de las grandes figuras de la vida contemplativa, seria una coleccion preciosa. Los santos formarían un ciclo divino en el que se dejarían

ver y admirar todas las obras de Dios. Pero mi *Coleccion* no puede ser asi. El que ha de predicar mucho no tiene eleccion de asuntos; mi coleccion es desordenada; mi deseo era dejar que ella misma se hiciera con el tiempo, y luego recoger los apuntes, porque ya apenas se puede hacer otra cosa, ordenarlos y publicarlos si parecia conveniente. No lo han querido asi los que me favorecen con sus suplicas, y á ellos me doy con esta negligencia, que solo el consentirla es ya para mí parte de sacrificio.

## SERMON

### PARA EL DIA DE TODOS LOS SANTOS.



*Quasi lucernæ in caliginoso loco.*  
EP. II. PETRI, C. I, V. 19.

*Como brillantes antorchas en un  
lugar tenebroso.*

Señores: saquemos una preciosa ventaja del tristísimo estado á que hemos llegado por la perversión de las ideas y de las costumbres en los tiempos que alcanzamos. La fé se debilita; la caridad se resfria; la esperanza se pierde; ya no se abren los corazones como en otro tiempo á los consuelos de la Religion; pero en cambio, es facil encontrar en cada pueblo, en cada círculo, en calles y plazas, alguno de esos predicadores del

error cuyos discursos yo no quiero repetir. Para estos no hay nada verdadero, ni bueno, ni santo; todo es preocupacion, fanatismo; la vida se reduce á comer y beber; la muerte es un sueño; despues de la muerte no hay nada; no se sabe lo que es Dios ni interesa saberlo; y los que no oyen otra cosa, siendo de suyo inclinados al mal como criaturas flacas, comienzan á no vivir del alma sino de los sentidos; á dejar el alimento de la Religion por un alimento nocivo; gustan de los errores que favorecen el desarreglo de la carne, y cobran repugnancia á las austeridades de la virtud. Finalmente, dándose el parabien por haberse hecho superiores á la enseñanza de la Religion que tiene de á dominarnos, á subyugarnos, para que nos libremos de nosotros mismos, empiezan á vivir como béstias para morir del mismo modo. Cuánto mal están causando, no diré estas doctrinas, sino estas necedades, lo estamos tocando por desgracia; si el mal progresa, yo no sé qué va á ser de nosotros; si nos estamos con los brazos cruzados sin hacer lo que debemos, es poco el infierno para castigar nuestra apatía; y si la masa general se còrrompe, aqui estamos demas; lo que es menester es que vengan conquistadores y

déspotas para reclutar en la pátria de los santos y de los héroes soldados mercenarios, esclavos y béstias de carga, que esto vendriamos á ser el dia en que ya no quedára rastro de lo que fuimos con tanta gloria en mejores tiempos.

La Religion santa de Jesucristo se compone de verdades dogmáticas y de verdades morales; misterios y preceptos; artículos de la fé, y mandamientos de una ley santísima y eterna. Practicar las virtudes no es otra cosa que llenar los deberes de cristianos, asi prestando nuestro asentimiento á lo que el mismo Dios nos revela y nos enseña la Iglesia, depositaria de su doctrina, como obedeciendo á lo que nos manda este oráculo infalible de la Religion, que en el tiempo y en la eternidad nos salva y nos santifica. La soberbia del espíritu y la concupiscencia son los dos resortes que escitan á la rebelion: el hombre que se figura encontrar en el primero el principio de su elevacion y como el arranque que le llevará sin Dios y sin la Iglesia católica á la posesion de la sabiduría, cae de improviso en las tinieblas de la ignorancia; y el que se figura encontrar en el segundo el origen de una felicidad tranquila, sin remordimientos y sin hastío, cae en el envileci-

miento, en el cielo de sus brutales pasiones, convirtiéndose en infierno el paraíso que había soñado. No vengo hoy á enseñar los fundamentos de la Religion á los espíritus indiferentes ó altaneros, ni á demostrar la necesidad de la fé, ni á probar la santidad y justicia de la moral de Jesucristo, fundamento de todas nuestras obligaciones. Si todos nos igualamos en querer nuestro engrandecimiento, nuestra elevacion, nuestra perfeccion; si todos estamos animados de los mismos deseos; si queremos una misma dicha, sin sombra de dolor ni de remordimiento; si nuestra alma y nuestro corazón arden en estos mismos inextinguibles deseos, ¿qué mejor argumento pudiera yo ofrecer en este día que la felicidad del justo en la tierra y su eterna dicha en la Patria celestial? Si queremos elevarnos sobre toda sabiduría, tengamos la fé de los santos; si queremos ser dichosos, vivamos como ellos; si no queremos que tenga fin esta dicha porque suspiramos, sigámoslos al cielo; y si queremos vivir en la posteridad por largos siglos, practiquemos la virtud y seamos como los justos, para que alcancemos vivir en la memoria de los hombres. Dios nos ofrece en este día una enseñanza

que no se puede resistir: la enseñanza del ejemplo. Aquí no alcanzan los denuestos, ni las invectivas, ni las temeridades del orgullo, de la irreligion ó de la licencia: el ejemplo de los santos es lección para todos; y no hay ciego que no sea iluminado, no hay soberbia que no se vea confundida, no hay error que no sea rectificado, ni desengaño del que no pueda reportarse algún provecho. Pues que ha habido santos, puesto que hay almas justas y espíritus innumerables á quienes no parece cosa temeraria caminar tras la perfección y la dicha que todos los hombres codician, luego es posible llenar esos deseos de perfección y de engrandecimiento que yo experimento viéndome postrado y hundido por mi soberbia, dirá el hombre irreligioso; luego es posible la felicidad por que yo suspiro aun desde el fondo de esta oscura caverna, revolviéndome en este lecho asqueroso formado de todos los vicios y de todos los crímenes, dirá el hombre infeliz, héroe de todas las rebeliones, víctima de todos los pecados. Ved aquí mis queridos hermanos, con cuánta razón el Príncipe de los Apóstoles S. Pedro, comparaba á los santos con las lámparas que difunden su luz brillante y hermosa en un lugar te-

nebroso. *Quasi lucernæ in caliginoso loco.* Expuestos en este día á la veneracion de los fieles, no tenemos necesidad, para haceros el bien, de sustentar estas ó aquellas doctrinas, ni de proponeros estas ó aquellas cuestiones: con decir —ved aquí el ejército innumerable de los espíritus que viven en Dios y de Dios; ellos estuvieron en un cuerpo como el nuestro sujeto á los pecados, y hoy gozan de una eterna bienaventuranza,— teneis una leccion edificante y completa. Los santos son una demostracion viva de la felicidad y de la perfeccion cuya posibilidad se nos hace sentir por el deseo: si estamos cansados de vanos experimentos, sigamos el ejemplo de los justos, que es experiencia cierta. No teneis que dudar; en la oscuridad del abismo en que se sepultan por sus miserias y pecados, para iluminarlos no hay mas que decirles: —mirad á los santos; ellos son como lámparas que derraman una brillante claridad en este lugar de tinieblas.— Permita Dios que no salgais de esta Iglesia sin tener una noticia clara de la felicidad temporal y eterna de los bienaventurados, para que desprecieis con espíritu de fortaleza la engañosa felicidad con que nos brinda el mundo. *Ave María.*

Fuera de la divina revelacion no puede alcanzar el hombre la perfeccion ni la dicha á que aspira. La doctrina de los filósofos antiguos está llena de groseros errores, como lo estuvo su vida de crímenes y torpezas. «Dios los entregó á la ignominia de sus pasiones, como nos dice S. Pablo.... á su reprobado sentido.... fueron llenos de iniquidad, de malicia, dolo, homicidio y envidia: soberbios, desobedientes, hinchados, inventores del mal, sin afectos generosos, sin misericordia (1).» Esta pintura cuadra admirablemente á los filósofos antiguos. No busquemos los santos entre los ateos, entre los es-

(1) Ad. Rom. I, 24, 32.

cépticos y epicúreos, entre los estóicos y los académicos. Llegar á la perfeccion sin conocer la verdad, sin noticia del verdadero Dios, por sola la razon y sus naturales impulsos, resistiendo á la revelacion, haciendo una religion del conjunto de todas las creencias bárbaras, y una moral de la naturaleza que toma por preceptos las que son verdaderas transgresiones de la ley eterna y divina, es cosa imposible. Hay mucho que admirar en los talentos, escritos y oraciones de Platon, Sócrates, Confucio; en casi todos los antiguos legisladores, en Ciceron y Séneca; pero no en su vida; nó en sus costumbres; y en cuanto á su sabiduría, tampoco son admirados, sino porque se tiene en cuenta el límite que, sin la luz de la revelacion, atajaba el vuelo de sus atrevidas especulaciones. Estos filósofos no fueron perfectos; no fueron santos: no los tomeis por modelos, como quisieran hacer hoy mismo con algunos mas detestables ejemplares, los que tributan un culto nada ilustrado á ciertas reminiscencias del paganismo. Más digo: estos filósofos no fueron criados para la perfeccion, ni para la santidad: pues ¿con qué fin fueron criados? A lo que responde S. Agus-

tin: *para ornamento del siglo*. No fueron lámparas encendidas que disiparan las tinieblas que rodeaban al mundo: no fueron sino ráfagas, luz de meteoro que cruzó rápidamente, y todo quedó en la oscuridad hasta que Jesucristo, presentándose en medio de los hombres, dijo: «Yo soy la luz del mundo: el que crea en mí no andará mas en tinieblas, sino que tendrá la luz del Señor.» Desde entonces, la fé tuvo mártires y confesores; las virtudes mas heróicas, imitadores celosos, observantes austeros; la causa de la verdad tuvo defensores esclarecidos; la moral, sábios y santos intérpretes; dieron las vírgenes el ejemplo de raras y desconocidas virtudes; los mendigos fueron despreciadores de riquezas; los dichosos del siglo huyeron de las ciudades para vivir en el desierto en la contemplacion de Dios; los que amaban el regalo quisieron las persecuciones; y los que vivian en los deleites tuvieron por mas gustosa la penitencia. La inocencia de la vida ó el dolor del arrepentimiento, ved aquí, donde está irrevocablemente colocada la perfeccion de la criatura, su santidad, su dicha temporal y eterna. Los santos, que creen en Jesucristo venido, y viven y mue-

ron en el ósculo del Señor, se dan la mano con los de aquellos tiempos anteriores á Jesucristo, que hicieron las obras de la ley, y murieron creyendo en el Mediador que habia de venir; y estos y aquellos, juntanse á los celestiales éspíritus que reinan siempre en la gloria; y esta innumerable milicia tiene puestos los ojos en los mortales que van subiendo las asperezas del alto monte de la celestial Sion, sosteniendo batallas con el siglo, batallas con sus sentidos, batallas con su carne, resistiendo toda vana solitud, gastando sus flacas fuerzas y pidiendo sin cesar los auxilios de la gracia, suspirando por vivir eternamente en la compañía de los Angeles y santos, y clamando á la muerte que es mensajero de Dios, tan temido como deseado, para cuantos tienen fé en el dichoso reino de la gloria. Ah! si la vida cristiana no es la perfección de la criatura, será preciso que se nos diga si es posible una ley mas santa que la ley del Evangelio; si una vida ejemplar y una muerte cristiana no son la mayor dicha que puede apetecerse en este mundo, pónganse en cotejo los héroes de la irreligion con los héroes de la virtud: ¡ah! No pongais siquiera á los mártires de nuestra santa Re-

ligion al lado de los filósofos epicúreos ó de los académicos, ni al lado de los corrompidos y flojos ciudadanos de las repúblicas griegas; no pongais á nuestros santos confesores al lado de los escépticos y ateos, á nuestros santos anacoretas al lado de sus sibaritas, ni á nuestros santos doctores junto con los sábios gentiles que no conocian al verdadero Dios, y sabian tan poco sobre el alma humana y el origen del mundo: no pongais á nuestros Angeles al lado del demonio de la fatalidad, á nuestros santos inspirados al lado de los agoreros gentiles, á nuestros mortificados cenobitas junto con los amigos de la crápula y del deleite, á nuestras santas vírgenes al lado de sus impuras bacantes. Y si esto juntais á modo de contraste, ¿quién no se horroriza? Esto consiste en que no nos podemos equivocar. Conocemos al verdadero Dios; tenemos á Jesucristo, mediador entre Dios y los hombres: se nos ha dado la revelacion de la verdad; conocemos el origen de la vida, el misterio de la muerte y nuestro último fin; y llevados del natural deseo de la perfeccion y de la felicidad, no podemos, no queremos, ni sabemos ser perfectos ni dichosos sino por la santidad. No está en otra parte

la perfeccion del hombre: no hay otra dicha; de modo que el imaginarla es la mayor de las locuras. ¿Quisierais una prueba mas sensible ya que no puede haber otra mas fuerte? Pues bien, pecadores; ved á cuántas estais de perfeccion, de felicidad, de esa vida dichosa que quereis gozar sin turbaciones, sin remordimientos, con la paz del alma, suave deleite interior y bien ordenado para nuestra dicha en medio de los sinsabores de este mundo, y apartando luego vuestros ojos, ponedlos en los santos: ¿nó es verdad que lucen como brillantes antorchas para que aprendamos el camino de la perfeccion, y no andemos equivocados en la tenebrosa cárcel de este mundo? *Quasi lucernæ in caliginoso loco.* La doctrina que han predicado, los tormentos que han sufrido, las persecuciones de que han sido el blanco, el suave aroma de sus virtudes, todo lo bueno que han hecho constituye su perfeccion y es su mejor corona. Por sus fatigas apostólicas somos nosotros herederos de su fé y venimos á adoctrinar una generacion cristiana: está su sangre en el cimiento de todas las basílicas, y los que buscan la soledad y retiro de los claustros van atraidos por el olor de sus pre-

ciosos unguentos; vírgenes y sacerdotes van al otro lado de los mares siguiendo las pisadas de santos misioneros; los héroes de la Religion que desafiaron las iras de los tiranos y de los verdugos y los horrores de los campamentos, sufren animosos las persecuciones y se exponen á todos los peligros, animados por el ejemplo sublime de tantos varones esforzados. No hay, Señores, virtud imposible, ofreciéndonos la Iglesia la elocuente enseñanza de los justos, que llegaron á la perfeccion por los caminos de la santidad: y por esto nos invita á seguirlos. Cuando la Iglesia no nos los propusiera como ejemplos y dechados de perfeccion para que no la buscáramos en ensueños de mentida felicidad, en quiméricas grandezas, nosotros veriamos en la santidad el carácter augusto que realza de una manera ideal la dignidad y excelencia de la criatura. Necesitamos de los santos: si la naturaleza propende al mal, conviene que veamos en el ejemplo de los que como nosotros fueron concebidos en el pecado, hasta dónde llega un esfuerzo de la gracia: si nuestro propio sentido nos pierde por imaginar un otro destino para el hombre en una constitucion arbitraria, convie-

ne que meditemos en la serena felicidad, en aquella libre y pura existencia de los justos, cuya dicha consistia en padecer por Cristo, en confesar á Dios en los tormentos, en hacer bien á los ingratos, en amar á los enemigos, en pelear consigo mismos, en batallar toda la vida. En cualquiera profesion necesitamos proponernos algun modelo para seguirlo y formarnos segun su estilo y escuela; ¿y nó lo necesitaríamos para escoger la regla de la vida? Lo que dá tan buenos resultados en el ejercicio de un arte ó de cualquiera industria, con mas razon los dará en la ciencia práctica de la vida humana: y si son tanto mejores los discípulos cuanto mejores son los maestros á quienes se han propuesto seguir, ¿de quiénes aprenderemos sino de los santos la inapreciable sabiduría de la vida y de la muerte? Sujetos estamos á sus mismos trabajos; queramos ó no, asistimos á la escuela del infortunio; á todos se nos dá la misma enseñanza; tenemos la misma doctrina, pasamos por semejantes pruebas; ocupamos un lugar en el teatro de este mundo, y el lugar que se nos destina es tan apropósito para la lucha y el triunfo, como el lugar que tuvieron los que pelearon y salie-

ron vencedores: ¿pues qué nos falta? Buscar la perfeccion y felicidad de los justos, que como brillantes antorchas esparcen una luz hermosa en este lugar de tinieblas, donde los pecadores habitan. *Quasi lucernæ in caliginoso loco.*

La Iglesia quiere infundirnos deseos de buscar la perfeccion; la Iglesia nos excita á ello presentándonos en la solemnidad de este dia un Dios infinitamente santo, y que santifica innumerables muchedumbres de espíritus puros y de otros espíritus sujetos por algun tiempo á cuerpos mortales. Acordáos, nos dice esta cariñosa madre, que vosotros estais destinados á poseer el reino de Dios, á uniros con Dios y ser participantes de su vida por toda una eternidad: pero tened presente que no llegareis al punto de esta union inefable si no sois una imagen de Dios por virtud de la santidad que diviniza las almas. Se dirá acaso: ¿cómo imitar á Dios? Pero si la santidad infinita de Dios es un modelo desproporcionado á nuestra debilidad, si el ejemplo es tan alto que en vez de infundir deseos hace desmayar, pongamos los ojos en esas criaturas bienaventuradas que distaban de Dios lo mismo que nosotros, y llegaron á ser los

cortesianos del cielo no pensando que tal imitacion fuera imposible. Lo que fué posible, por ejemplo, en los tiempos de la ley ¿cómo no ha de serlo en los tiempos de la gracia? La fé de Abraham, la fé de Sara, la fé de tantos otros que tuvieron por ciertas las promesas del Señor llevólos á la santidad. «En fé murieron todos estos, dice el apostol S. Pablo, sin haber recibido las promesas, mas mirándolas de lejos, y saludándolas, y confesando que ellos eran peregrinos y huespedes sobre la tierra (1).» *¿Cur non poteris quod isti et istæ?* ¿Porqué no podrás, dice S. Agustin, lo que pudieron estos y estas? El Cristo apareció entre nosotros; hemos visto la gloria del Unigenito; y ¿no ha ser nuestra fé tan viva como la de Moises, que estuvo firme como si viera al invisible? Más quiso ser afligido con el pueblo de Dios, que gozar las delicias temporales del pecado. Quiso mas bien la pobreza, la humildad y el oprobio que le hiciera semejante al Cristo que habia de venir, que los teso-

(1) *Juxta fidem defuncti sunt omnes isti, non acceptis repromissionibus, sed á longè cas aspicientes, et salutantes, et confitentes quia peregrini et hospites sunt super terram. Ad Hebr. cap. xi. v. 13.*

ros de los egipcios. La fé de Gedeon, la fé de Barac, de Sanson, de Jephthé, de David, de Samuel, y de todos los profetas, dió márgen á tantas victorias que no pueden relatarse en las Escrituras. Por no poder contarlas se dice como á bulto: «por fé conquistaron reinos, obraron justicia, alcanzaron las promesas, cerraron las bocas de los leones, apagaron la violencia del fuego, evitaron el filo de la espada, convalecieron de enfermedades; fueron fuertes en guerra, pusieron en huida ejércitos extrangeros, y las mujeres abrazaron á sus hijos que les devolvió el sepulcro. Unos sufrieron afrentas y cadenas, otros fueron apedreados, otros anduvieron errantes, cubiertos de pieles, desamparados, angustiados, y asi murieron.» Estos de quienes nos habla la Escritura santa eran Josué, David, Daniel, Elias, Eliséo, Job, Ezequías, Tobías, Miqueas, Isaias, y otros varones insignes por su santidad, de quienes nos dice el apostol S. Pablo: «de los cuales el mundo no era digno: anduvieron descaminados por los desiertos, en los montes, en las cuevas y en las cavernas de la tierra.» Y si estos que *no recibieron la promesa* salieron tan esclarecidos y probados con el tes-

timonio de su fé, ¿cuánto más no lo podríamos ser nosotros, *habiendo dispuesto Dios alguna cosa mejor á favor nuestro?* (1)

Por lo mismo que Dios es santo, la santidad puede bajar á nosotros como de su inagotable fuente. En el hecho que una cosa cualquiera es separada del uso ordinario de la vida y consagrada al servicio de Dios, se dice santa. La Religion consagra los templos porque los destina al culto del verdadero Dios. Por esto se comprende cuál debe de ser la santidad del cristiano, es decir, del hombre criado para conocer y amar á Dios, servirle y gozarle por toda una eternidad. Rescatado por la sangre de Cristo, esta sangre lo santifica: consagrado á Dios por el Bautismo, los juramentos mas solemnes lo alistán en esa milicia de los mártires y de los santos confesores de la fé. Pertenece á Dios de todas maneras. San Agustin no consideraba mas que nuestra obligacion para con Dios por habernos creado, cuando decia: «somos la obra de sus manos, él nos ha hecho todo lo que somos, y puede exigir de nos-

(1) *Deo pro nobis melius aliquid providente. Ad Hebr. cap. xi, v, 40.*

otros que seamos enteramente suyos:» y S. Bernardo hablaba de lo que le debemos por habernos creado y redimido cuando dice: «Todo lo que teneis, todo lo que sois, todo lo que podeis, debe de ser consagrado á Dios que os ha creado, que os ha redimido, que os ha consagrado á su servicio.» (1) Se discurre mal cuando se piensa en las dificultades que ofrece la santidad, puesto que estamos obligados á ella por una ley eterna, y no cabe decir que la ley divina señala preceptos imposibles. Ninguno desconoce esta ley. Esta ley está grabada en el fondo de nuestras almas con caracteres que no podrán desfigurar todas nuestras rebeliones. Obligacion de cumplirla tuvieron nuestros primeros padres; y si faltaron á ella y quedaron impuros y como vasos profanados que arrebató la idolatría para su torpe culto, Jesucristo vino á purificar estos vasos de toda inmundicia y profanacion, á hacernos santos y agradables á los ojos de su eterno Padre, como dice el apóstol S. Pablo: «Jesucristo se ha entregado á fin de rescatarnos de toda iniquidad

(1) Serm. 2. *de verbis Apost.* Hé aquí las palabras de S. Agustin: *Totum te exigit, qui totum te fecit.*

y de purificarnos, para hacerse un pueblo particularmente consagrado á su servicio, y fervoroso en las buenas obras (1).»

Ya no somos nuestros, sino de Dios, y no nos es permitido vivir segun nuestras desarregladas inclinaciones y deseos. Tenemos un Señor que nos ha rescatado de la esclavitud del demonio para hacernos hijos de su amor, y que es tan celoso de los derechos que tiene sobre nosotros, como que nos ha logrado á buen precio, y precio infinito (2). «¿Nó sabeis, preguntaba S. Pablo á los fieles de Corinto, que vuestros miembros son templo del Espiritu santo? Pues glorificad á Dios y llevadle en vuestro cuerpo:» que era como expresar la obligacion de santificarnos, pues no se dá gloria á Dios ofreciéndole vasos impuros.

Aquí queremos dar una nocion mas clara de la santidad; porque si debemos santificarnos es preciso saber qué cosa sea la santificacion.

Renunciar al pecado, al amor desordenado de

(1) *Qui dedit semetipsum pro nobis, ut nos redimeret ab omni iniquitate, et mundaret sibi populum acceptabilem, sectatorem bonorum operum.* Epist. ad Tit. cap. II, v. 14.

(2) *Empti enim estis pretio magno.* I ad Corinth. cap. VI, v. 20.

las criaturas y unirse á Dios, volver hacia él nuestras afecciones y deseos y poner en él nuestro soberano bien; nuestra alegría, nuestro consuelo, nuestra bienaventuranza, esto es llegar á la santidad. No decimos de penitencias extraordinarias, de acciones heróicas y otras cosas singulares, porque hay santidad que no lleva consigo unos mismos frutos de virtudes, sujetas como estas á las pruebas mas rigorosas. Además, la santidad no consiste en esto; la santidad es un carácter que se imprime en el alma; ella inspirará en todo el curso de la vida acciones heróicas ó no heróicas, pero conformes á los deseos de un corazón recto, y mostrarán que la conducta del verdadero cristiano ha de consistir en apartarse del mal y hacer el bien.

Huir del mal es el primer paso que hay que dar en la obra de nuestra santificación. El pecado mortal mata el alma de un solo golpe: hay que huir, pues, de los pecados mortales. Renunciar á los deseos y apetitos que nos desarreglan y son causa de que cometamos tantos, este es el primer grado de la libertad cristiana. Pero no basta con abstenerse de los grandes pecados, si se piensa que se puede vivir en santidad siguien-

do el impulso del amor propio, queriendo dar satisfaccion á nuestras pasiones. El buen cristiano no se limita á evitar las acciones criminales; aborrece toda falta, grande ó pequeña; más teme desagradar á Dios que hacerse merecedor de un eterno castigo; y aunque conozca cuán difícil ó qué imposible es librarse del pecado en una vida como la nuestra, sujeta á tantas tentaciones y miserias, «no obstante se esfuerza por disminuir su número y debilitar en él la concupiscencia, esta inclinacion desdichada que nos lleva sin cesar hacia los bienes presentes, y que es la raiz de todos nuestros pecados (1).»

Despues de evitar el mal es necesario hacer el bien. Límpiase el corazon de todo pecado para que sea un templo del Espíritu Santo: habite en él la caridad que es el mismo divino amor, principio de todas las buenas obras que llenan la vida de los justos. Nada es digno á los ojos de Dios sino lo que este divino amor inspira. El cristiano, el buen cristiano cumplirá fielmente sus deberes tomando por regla la ley santa del Señor,

(1) Bossuet, *Instructions pour les fideles de son diocèse*, tom. II.

acercándose á los Sacramentos que Jesucristo instituyó para dispensarnos por ellos infinitas gracias, y procurará recibirlos con aquella reverencia y con los sentimientos de piedad y religion que Dios pide de nosotros. De esta manera logrará afirmar las virtudes, podrá renunciar á sí mismo y á sus inclinaciones naturales, será el enemigo de su amor propio hac'éndose siempre violencia, y lleno del espíritu de Dios comprenderá cuánta es su nada ó su bajeza, creciendo en humildad por este desprecio de sí mismo. Del sentimiento de su humildad ó de su indignidad, viene el temor de no corresponder dignamente á los beneficios y gracias que el Señor le dispensa á manos llenas; y por esto anda siempre vigilante, obrando su salud, como dice San Pablo, con temor y temblor. Pero este sentimiento de su indignidad y de sus pocas fuerzas, que le abate, no excluye un otro sentimiento que le hace confiar dulcemente en la gracia del Salvador. Él le consuela, le fortalece, le anima; y solo Dios pudiera conservar la paz del alma en medio de las agitaciones de esta vida, en el oleage de las mas violentas tentaciones. Mientras él procure conocer cuál es la voluntad de Dios para

cumplirla, mientras quiera consultarla meditando en las Santas Escrituras, recogiendo su espíritu en la oracion, suscitándose imagenes vivas, ejemplos y copias de la perfeccion cristiana á que han llegado muchos que no tuvieron otro norte sino hacer la voluntad de Dios, él tambien la hará sin que acierten á impedirlo las tentaciones y combates en que el Señor ha puesto su honor y su corona. Y no quedará en esto. Vencidas las tentaciones de pecado, él irá en seguimiento de todas las virtudes: despues de cumplir á la letra todo lo que es de precepto, querrá cumplir lo que es de mero consejo; y ordenando la caridad, el celo de su propia santificacion se estenderá hasta santificar á sus hermanos. Procurando, segun Dios, la utilidad y aprovechamiento de sus prójimos, ocultará ó disimulará el bien que hace: pensando en la piedad que le falta, en la caridad que se resfria, en su devocion que decae, en la flojedad de su reconocimiento por tantos beneficios como ha recibido de la mano de Dios, se librárá de caer en la vanagloria, funesta complacencia que ahoga los gemidos del corazon arrepentido, y que sofoca un sentimiento necesario, la humil-

dad, sin el cual no se concibe qué cosa sea la virtud. Apesar de todo caerá en una multitud de imperfecciones; unas las conocerá y otras nó; pero él cuidará de purificarse de todas; y esto le dará fuerzas para sufrir con paciencia todos los males que han de venir, si ha de imitar á Jesucristo que fué un *varon de dolores*.

Asi han vivido los santos en todo tiempo; y nosotros no los seguiremos sino haciendo los mismos esfuerzos para llegar á la santidad. La multitud de bienaventurados, posesionados del reino de los cielos, está compuesta de espíritus mas ó menos encumbrados, entresacados en la tierra de diversos estados y condiciones, porque no hay ninguna en que la santificacion sea imposible. Los que han vivido en medio de las riquezas y de la opulencia no han tenido puesto su corazón en los bienes terrestres: desprendidos de las cosas sensibles han elevado su alma hasta Dios, y ó se han valido de sus bienes de fortuna para atesorar en el cielo, ó conservaron á pesar de sus tesoros la pobreza de espíritu. Esforcémonos por imitarlos y seguirlos: ellos tuvieron las mismas pasiones que combatir, los mismos obstáculos que vencer: todos hemos si-

do redimidos á precio de sangre, y en todos puede la gracia obrar los mismos saludables efectos. No hay virtud imposible: seamos santificados; y cuando háyamos empleado nuestra vida en huir del mal y obrar el bien, entonces comprenderemos la grandeza de los bienes que se nos han prometido. El deseo de alcanzarlos es un goce anticipado de la gloria.

Pasemos, Señores, de estas consideraciones, que todavia nos presentan la perfeccion de los justos confundida con las tentaciones y las pruebas, y la mayor suma de felicidad que es posible en esta vida en que abundan las miserias y los trabajos. La muerte franquea las barreras de la eternidad, como la eternidad abre las puertas de la gloria. «¡Oh condicion feliz del hombre en el cielo!» exclama S. Buenaventura. Conoce y ama á Dios: el amor es aquí inseparable del conocimiento; porque siendo lo que alli se ve la suma perfeccion y la suma belleza, no se puede conocerla con evidencia clara sin amarla con un amor intensísimo. Dios y el alma se dan, se comunican con una tal efusion de luces y de afectos, vastas corrientes que salen de la vida en su principio y que á él vuelven, en una circulacion á

la vez instantánea y eterna, para que se realice el misterio de la bienaventuranza sin fin. Olvida lo que era el triste viador en este lugar de destierro: como el hierro echado en el fuego se hace de su misma naturaleza, dice S. Agustín, así se hacen semejantes á Dios los santos abrasados en la hoguera de su amor infinito. Ya no vereis que el espíritu vague entre el cielo y la tierra: «uniéndose á Dios, como dice S. Pablo, se hace un espíritu con Dios (1).» La gracia, según expresión del Apostol, restaura la imágen de Dios en el hombre: sobre las ruinas del hombre viejo reforma el hombre nuevo, el hombre de la creación primitiva, formado antes en la justicia y en la verdad de Dios. No hay remedio: ó es menester abrazar esas teorías degradantes del materialismo, que rebajan al hombre á la vil condicion del jumento, ó si el hombre tiene un destino mas noble y adecuado á la excelencia de su noble espíritu, destello de la Divinidad, si el hombre ha de llegar á su último fin, el último fin es Dios; y entonces el poder del entendimiento que tiene el Padre, los tesoros de la sabiduría que tiene el Verbo, y las inefables

(1) II ad. Corinth. VI.

delicias del amor del Santo Espíritu se comunican al bienaventurado, que se hace semejante á Dios y «partícipe de su naturaleza divina» segun la expresion de S. Pedro (1); porque está lleno de toda la plenitud de Dios. Gozan los bienaventurados en el cielo de la paz y de la alegría, que son los dones correspondientes al deseo innato de la perfeccion y de la felicidad. Las pasiones guardan silencio y los afectos están en reposo, porque se tiene la posesion del bien: no se conoce el anhelo que mortifica, porque al Sumo Bien nada le falta; ni su posesion causa fastidio, porque es infinito; ni el porvenir inspira cuidados, porque no hay temor de perderle. Demas está la vigilancia para que el pensamiento no se estravie, ni los afectos se corrompan; acabó para siempre la lucha entre la razon y la concupiscencia, entre los falsos placeres y la virtud, entre Dios y el mundo: ya no hacen falta las lágrimas de la penitencia, ni el cilicio, ni el saco, ni la ceniza: ya no hay crueles remordimientos como los que en este mundo «hacen infelices á los hombres en los brazos de la feli-

(2) Epist. II, I.

cidad misma (1);» porque el hombre viejo quedó en el sepulcro; todo es santo en la gloria, y el pecado vino á ser imposible.

Así como la perfeccion alcanzada dá por resultado el bien de la paz, así la suprema y segura felicidad de que disfrutaban los bienaventurados con la posesion de Dios, los llena de un gozo inmenso. Aun en la tierra podemos formarnos una idea de la felicidad eterna de los justos como de la perdurable desventura de los réprobos, de sus delicias inefables como de sus acerbísimos dolores. ¿Qué mayor desgracia puede sucedernos que estar lejos de Dios, no buscarle, no mirarle, no quererle ver ni oír, siendo despreciadores de su ley? Pero ¡qué dichosos son aun en esta vida, los que le buscan, los que le aman, y oyen la voz del Amado que los atrae con suavísimos acentos! Son iluminados y consolados; les basta un solo rayo de la gloria para despreciar todas las vanidades de este mundo; y luego, tras el desapego á las cosas terrenales, viene un amor tan grande á las del cielo que al

(1) El P. Ventura de Raulica, *Escuela de los milagros*, t. II. pág. 56.

rayo de esta luz se distinguen con los rasgos de la belleza infinita, que ya su vida se convierte en una aspiracion incesante hacia los bienes eternos. El alma se eleva; Dios la atrae; este mundo parece un destierro; y el espíritu, inflamado por santísimos amores, clama por su libertad. O bien se abisma en Dios; se llena de su idea, quedando absortos los sentidos; y obrando Dios en el hombre de un modo sobrenatural, dá tantas luces al entendimiento, tantas delicias al alma, tantos consuelos al corazon, y abstrae la vida de lo sensible con tal abundancia de gracias, que ignorando ya las almas justas en qué mundo se encuentran, exclaman como muchos santos exclamaron: «basta, Señor, basta; no mas delicias!» Y si la imperfecta aprehension del Sumo Bien inunda con tantas delicias el alma de los justos en la tierra, ¿cómo será el gozo que siente el alma á la clara vision de Dios? Es tanta la dicha de los santos en la Patria celestial, que bastará para formarnos alguna idea lo que dice S. Agustin: «si cayese en el infierno una sola gota de las celestiales dulzuras de la gloria, bastaría para endulzar la amargura de los condenados.» (1)

(1) Serm. 7 de *Transfig.*

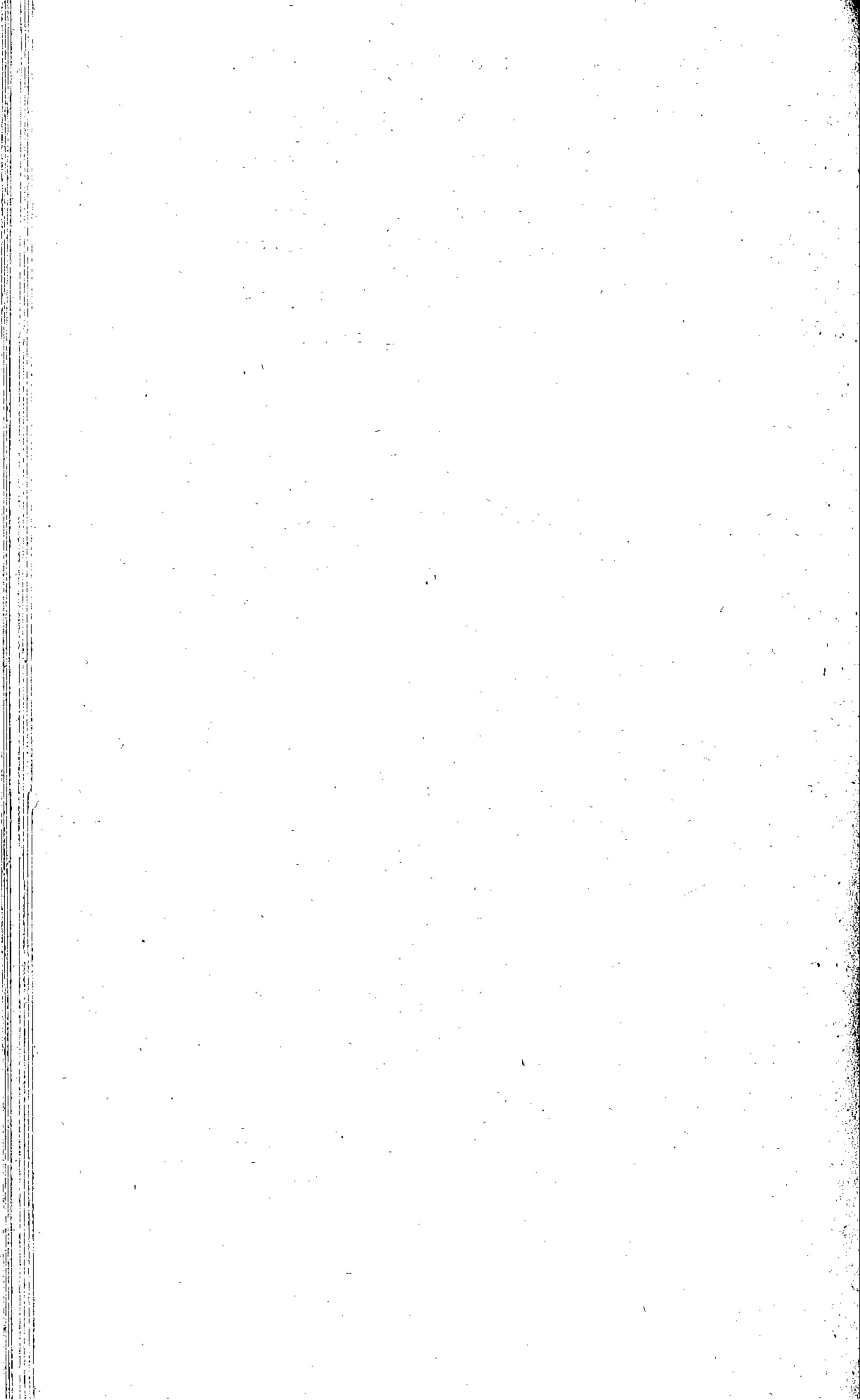
Mis queridos hermanos, yo siento la necesidad de haceros una reflexion utilísima. El hombre vive engañado en órden á los medios de buscar la perfeccion y felicidad á que aspira. Nuestra Religion le brinda con una dicha verdadera, y el hombre se alimenta de vanas apariencias; queriendo lo real, abraza lo quimérico; toma las sombras por la luz, y busca dentro de sí mismo, en su espíritu, en su ciencia, en su naturaleza, en sus intereses, en sus tendencias siquiera sean las mas corrompidas ó las mas extravagantes, las condiciones de esa suprema felicidad que solo se respira en los collados eternos de la celestial Sion. Pongamos los ojos en Dios y seremos inundados de luz y de alegría; pongamos los ojos en aquellos espíritus sublimes que mas se le acercan por razon de su santidad, y percibiremos el reflejo de esa luz increada, capaz de consolarnos y de guiarnos en este lugar de tinieblas. ¿Qué se diría de un hombre, que empeñado en fabricarse un mundo ideal, cerrára los ojos para no tomar nada de la tierra fecunda, iluminada por el sol, embellecida con flores y frutos, alentada por el aire de la vida y por la dulce corriente de los fluidos que nos penetran?

Que no habia hecho sino amontonar sombras en su cabeza por huir de la realidad. Salgamos, Señores, de la mezquina y tenebrosa region de nuestro pensamiento; sírvannos los santos de guia, porque el Señor les ha dicho: «vosotros sois la luz del mundo:» subamos mas arriba; porque el reflejo de estas antorchas ¿no anunciará el sol? La vida de los justos en la tierra ¿no anuncia una otra vida correspondiente á las ideas de eternidad, de inmensidad y de perfeccion que son la bienaventuranza? Ah! por fortuna, Señores, ese otro mundo existe, y es el complemento de todas las aspiraciones mas santas, y el fin de todas las revelaciones, cuyo sentido se nos muestra en la confusion de algunos rasgos incompletos. Podemos vivir en la tierra vida perfecta y santa, acercándonos á la divina naturaleza por la gracia; y vivir de Dios despues de la muerte del cuerpo; y verle, y tocarle, y entrar en su comercio y vivir de su vida, tan intimamente á lo menos, como vivimos de la naturaleza y de la humanidad. Negar esa tan rica y esplendida creacion de Dios en Dios y en el seno de la eternidad; destruir la Jerusalem de los cielos para trasladar á los espacios de lo infinito los áridos

desiertos de esta vida, como quieren los escépticos; y sustituir á la bienaventuranza de la gloria las sombras y fantasmas de que llenan su cabeza los mortales, esto es indigno de nosotros. Nuestra nobleza, nuestro destino, reclaman un mundo mejor. Los buenos gozarán en la inmortalidad de una vida enteramente perfecta y enteramente dichosa: los delirios del hombre enfermo no pueden ser el porvenir de la humanidad, ni su felicidad, ni su esperanza: con esos delirios no puede hacerse un cielo, ó se hará cuando mas un cielo pagano, region de tinieblas donde las almas mas privilegiadas tendrían que decir como el Aquiles de la fábula: «¿Que nó estuviera yo aún sobre la tierra?... Mejor lo quisiera que reinar sobre todas estas sombras.» Aunque la vida del hombre sobre la tierra fuera enteramente dichosa, la muerte nos diria al oido que hay otra vida mejor. Yo me represento la muerte como el punto de partida del que nacen muchos caminos que irradian en todas las direcciones del universo, unos arriba, otros abajo, otros en su nivel, terminando todos al fin en el gran centro de la vida, donde se acaban para siempre todas las transformaciones y mudanzas.

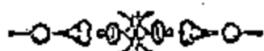
Los cuerpos vuelven á la tierra, y al fin de los tiempos, la resurreccion les dá el destino de las almas: otras almas vuelan al purgatorio, y una expiacion misericordiosa las remonta al cielo: otras se precipitan en el infierno, y otras suben desde la tierra al paraiso de la gloria. Mirad, Señores, que esto es lo positivo, como que es la obra de Dios, y no puede faltar: no valen sueños ni quimeras; esta ley es como el eje del universo; á su rededor todo se agita; pero llega la muerte, y lo infinito nos absorve: Dios nos recibe en el reino divino de su amor, ó nos rechaza á las tinieblas exteriores. Dejemos, mis queridos hermanos, los consejos de los réprobos, y sigamos el ejemplo de los justos para ver á Dios nuestro amoroso padre, y reinar en la gloria en compañía de los Ángeles y santos que eternamente le bendicen y le alaban. La perfeccion á que se han elevado y el santo gozo de que se hallan poseídos nos obligan á considerar su muerte como el paso á una transformacion gloriosa. Nuestra muerte puede ser igualmente dichosa, si imitando á los santos procuramos formarnos segun estos ejemplos; y si queriendo alcanzar la felicidad eterna por que suspiramos, seguimos las pisadas

de los santos que son para nosotros lámparas refulgentes en este lugar de tinieblas. Alabemos, mis queridos hermanos, al Dios de misericordia de quien procede esta luz bendita, para que merezcamos alabarle eternamente en la gloria. Amen.



# SERMON

## PARA EL DIA DE SAN EUFRASIO.



*Ego sum vitis, vos palmites: qui manet in me et ego in eo, hic fert multum fructum. Joan. cap. xv, v. 5*

Yo soy la vid, vosotros los sarmientos; el que está en mí y yo en él, este lleva mucho fruto.

Señores: dice la Divina Sabiduría; «Honra á tu padre, y de los gemidos de tu madre no te olvides. Acuérdate que no hubieras nacido sino por ellos, y correspóndeles del modo que ellos hicieron tambien por tí (1).» Estas palabras del

(1) *Honora patrem tuum, et gemitus matris tuæ ne obliviscaris. Memento quoniam nisi per illum natus non fuisses: et retribue illis, quomodò et illi tibi. Eccli. cap. vii, v. 29, 30.*

sagrado libro del Eclesiástico presuponen cumplida á la letra la estrecha obligacion de todos los padres respecto de sus hijos. Pensar que luego de darles el ser los abandonen, no los eduquen, no formen su corazón, no miren por ellos, es una temeridad. La Religion condena tan bárbara conducta, que es no menos repugnante y contraria á la naturaleza. No son tantos los ejemplos de padres desnaturalizados, como los de hijos ingratos y desconocidos á los afanes y desvelos de la paternidad. La Religion y la naturaleza condenan asimismo tan indigno proceder, y los malos hijos deben de temer la maldicion de sus padres y las iras del cielo. La sociedad se conmueve en sus cimientos por el olvido de los unos y la irreverencia de los otros: estos crímenes, que crímenes son, aterran y sublevan en seguida hasta la conciencia pública, que estalla en voces de reprobacion y pide una satisfaccion á la justicia y á la moral ultrajadas.

¡Con cuánto dolor habreis visto á muchos padres descuidados y abandonados de sus hijos! En estos tiempos de rápidas elevaciones, ¡cuántos hijos dejan á sus padres en el rango mas inferior de donde salieron ellos, y no los mientan,

y los tienen como por de otra familia, esfuerzándose por olvidarse de sus principios, cual si fueran ignominiosos en el hecho de ser un poco mas oscuros! Piensan muchos hijos que en tomando estado de matrimonio, deben cuidar de la propia familia que ellos constituyen, y que ya no están obligados al cuidado de sus padres. ¿No ven que esta es mala doctrina para sus propios hijos? ¿Los creerán desobligados, como ellos se creen respecto de los suyos? El pago que ellos dan, ese mismo merecen. Cuando los hijos son muchos, se ve que unos á otros se echan la carga, y no faltan quienes digan que para lo que ellos recibieron de sus padres, sobrado hacen con darles alguna vez un bocado de pan. ¡Oh hijos impíos! ¡Crueles mas que las fieras! Los que honran, socorren y obedecen á sus padres vivirán una vida larga sobre la tierra, dice el Señor. *Honora patrem tuum et matrem tuam, ut sis longævus super terram* (1). Por el contrario, los que los desprecian y desconocen serán desgraciados y merecen

(1) Exod. cap. xx, v. 12. Igual promesa se nos hace en el cap. v, v. 16 del Deuteronomio; en el cap. xv, v. 3 de S. Mateo, y en la carta de S. Pablo á los fieles de Efeso, cap. vi, v. 1, 2, 3.

pena de muerte, *Ne vultu quidè m ledenda est pietas parentum*: ni con el semblante enojado se ha de ofender jamás el honor y respeto que se debe á los padres, dice S. Ambrosio (1).

Este punto de doctrina cristiana me sirve de oportuna introduccion á la materia de que voy á hablar. Del conocimiento de esta ley natural y divina de honrar á los padres se sigue la obligacion que tenemos de honrar á Dios primeramente, considerado como autor de la naturaleza y autor de la gracia, y despues, á aquellos ministros suyos á quienes confió la santa mision de engendrarnos en la fé, y comunicarnos un nuevo ser, mucho mas precioso y excelente que el primero. De poco nos serviria haber nacido á este mundo si nó conociéramos otra vida mas que esta transitoria, ni otra felicidad mas que la del tiempo. La distancia que hay de lo temporal á lo eterno, de lo corruptible á lo incorruptible, señala la diferencia entre una vida fugaz y una vida sin fin. El bienestar y las riquezas que debemos á nuestros padres son nada en comparacion del reino de los cielos que nos pro-

(1) Lib. viii in Luc. n. 4.

mete Jesucristo: vá mucho de la vida que de ellos recibimos, á la vida espiritual que han infundido en nosotros los ministros y enviados del mismo Dios.

A evangelizar esta antigua provincia de la Bética envió el Señor al glorioso S. Eufrasio. Él es nuestro padre espiritual: luchó con la idolatría; peleó por la verdad; fué uno de los centinelas avanzados de la civilizacion; insigne corifeo de una causa santa. Él nos predicó la *buena nueva*; su palabra causó una mudanza tan completa, como parecia inesperada segun los cálculos de la mundana falaz sabiduría. Hijos de aquel amor, de aquella doctrina, de aquella sangre esparcida como simiente en un suelo al parecer ingrato, aquí estamos como *sarmientos nacidos de la cepa*; y venimos en este dia á restaurar la memoria que guardamos con toda veneracion, de los singulares beneficios que hemos recibido, de quien nos dió el ser y la vida de la gracia. Y como esta regeneracion es la gloria de los padres y la gloria de los hijos, por esto considerarélos frutos gloriosos de la predicacion del Evangelio en lo que se refiere á nuestro Apostol, y en lo que se refiere á nosotros. Ya veis, Seño-

res, que en el principio de nuestra raza encontramos ilustres antepasados: y si como vástagos lozanos hemos de responder á nuestro origen, será menester que demos pruebas de muy buenos cristianos, para que el padre espiritual de quien nosotros venimos, no se sonroje de ver congregados al pié de su cátedra los enfermizos y macilentos vástagos de una ruin descendencia. Deseo alentaros á ello, y lo espero confiado en los auxilios de la divina gracia. *Ave Maria.*

Que debemos amar y honrar á Dios y á sus ministros es una verdad de Religion, una de las primeras verdades, y ademas, una verdad de razon, que ella misma se impone, porque á su fuerza nada se resiste. No creo que sea necesario para exigir este debido homenaje citar las palabras de la Escritura: *Honora Deum ex tota anima tua, et honorifica sacerdotes* (1).

El Señor es como el labrador que planta la viña, ó como la vid de donde nacen los sarmientos que se entrelazan y estienden por toda la tierra. *Ego sum vitis vera et Pater meus agricola est. Ego sum vitis, vos palmites* (2). Mi Padre es el labra-

(1) Eccli. cap. vii, v. 33.

(2) Joan. cap. xv, v. 1, 5.

dor; yo soy la vid; vosotros sois los sarmientos. El Señor vino al mundo á plantar esta viña; escogió obreros y ministros que trabajasen en ella, y la regasen con su sudor y su doctrina. A unos hizo sus apóstoles, á otros profetas, á otros doctores, á otros dió poder sobre los demonios, virtud para curar las enfermedades, gracia para conjurar los males y peligros de todo género; á otros concedió la interpretacion de sus palabras, el don de lenguas, y en suma, tantas y tales gracias como solo Dios podia conceder, y como era preciso para vencer la obstinacion del mundo y torcer su reprobado sentido (1).

De aquí nace la obligacion que tenemos de honrar, obedecer y asistir á nuestros obispos, á nuestros pastores, y en general á todos los sacerdotes y ministros eclesiásticos que sirven en los altares y en los templos para dar gloria á Dios, cantar sus alabanzas, y ofrecer sus oraciones y sacrificios por todo el pueblo. Semejante obsequio y sumision no es cosa voluntaria y como de gracia, nó; es una obligacion de justicia. No haré á vuestra ilustracion y buen

(1) Epist. I ad Corinth. cap. xii, v. 8, 9, 10.

sentido la ofensa de demostrarlo. Ni dejamos de estar obligados á los ministros malos y pecadores, como lo eran los escribas y fariseos, de quienes dijo Jesucristo: *Omnia quæcumque dixerint vobis servate et facite; secundum autem opera illorum nolite facere* (1). No distinguió el Señor entre buenos y malos cuando dijo: «el que os oye me oye; el que os desprecia me desprecia (2).» Y si de la obligacion en que estamos no se nos relaja por la mala calidad del ministro, ¿cuánto mas estrecha no será tratándose de los sacerdotes mas eminentes en santidad y doctrina, de los héroes de la Religion, de los amigos predilectos del mismo Dios, que tales deben ser los bienhechores mas desinteresados del género humano? Si en algo se estima la ley del Evangelio, de que son tantos los panegiristas como los hombres que la conocen, ¿á qué reverencia no tendrán derecho los apóstoles del Santo Evangelio? ¿Y los que por instruirnos y confirmarnos en la fé padecieron martirio? ¿Y el grande San Eufrasio, discípulo de Santiago, enviado

(1) Matth. cap. xxiii, v. 3.

(2) *Qui vos audit me audit: qui vos spernit me spernit.* Luc. cap. x, v. 6.

por S. Pedro á plantar esta primera viña del Obispado de Jaen, y á convertir los habitantes de este pais donde eran tan abominables las costumbres como la idolatría que profesaban? Señores, despues de Jesucristo, este es el primer padre que conocemos en la fé y en la Religion. Esta es la primera piedra del edificio espiritual de esta Iglesia: todo lo demas se ha edificado sobre este cimiento: todo lo que en adelante se edifique será cimentado en la misma base. *Attendite ad petram de qua excisi estis* (1): decia el profeta Isaias á su pueblo: «atended á la piedra de donde fuisteis cortados,» y á la cantera de donde se sacaron las piedras; es decir, atended á vuestro padre Abraham que es vuestro primer padre, y á quien hizo Dios las mas solemnes promesas para vuestra salvacion. Asi debemos considerar nosotros el apostolado de S. Eufrasio; obra muy admirable, mucho mas admirable si nos hacemos cargo de las dificultades de su mision, obra extraordinaria, divina, ponderando los frutos de su predicacion y de su martirio.

Al lado de los hechos tan maravillosos de los

(1) Cap. xi, v. 2.

operarios evangelicos que van estendiendo por el mundo la ley de gracia, todas las proezas son acciones comunes, todas las hazañas son pequeñas. José, el amigo y el ministro de Faraon, fué famoso solo porque libró al Egipto por algunos años del hambre, y abrigó en aquel pais á su padre y á sus hermanos. Moises redimió á su pueblo de la esclavitud; pero veíase con claridad que estaba de su parte todo el poder del Altísimo. Josué le sucedió en el mando y llegó á entrar con los Israelitas en la tierra de promision; pero iba asistido visiblemente del Señor de los ejércitos, y hasta el sol peleaba por su causa. ¿Qué fuerza no tendría, cuando hasta las voces y trompetas de sus soldados fueron poderosas para derribar las murallas de Jericó? Sublime es la figura de Aaron; pero lo que mas la distingue es el ser una sombra figurativa del sacerdocio de la nueva alianza. Viniendo á los profetas, Elias no es mas que un hombre austero y celoso por la gloria de Dios, á quien hacen terrible sus amenazas, y el fuego que baja del cielo para defenderle de las iras de los reyes de Samaría. Heredero del mismo espíritu, su discípulo Eliseo siguió su mismo camino. Isaias, de la sangre de

los reyes de Judá, es comparado á una espada de dos filos, y á una saeta escogida y colocada en su aljaba, para denotar la proteccion que tiene de su Dios. Jeremias es enviado á predicar á su pueblo, pero prometiéndole antes el Señor que sería como una muralla de bronce, y como una ciudad fortalecida é inconquistable por mas que hicieran sus enemigos. Lo mismo se puede decir de Ezequiel, el de las visiones aterradoras, y de los demas profetas. Todos estos y otros santos personajes de la ley escrita, sacerdotes, reyes, legisladores, caudillos, fueron muy ilustres; fueron sabios de su ley, poderosos en su representacion, temibles, como armados con las armas del cielo. Mas ¿qué progresó la Religion hebréa con un Daniel, con un Tobias, ni con otros insignes varones que celebra la Escritura? A duras penas se pudo conservar en el pueblo judío el dogma de la unidad de Dios, manteniéndole aislado y en guerra con los demás pueblos, y de vez en cuando la idolatría asomaba la cabeza entre horribles tumultos. Todos estos varones que he citado fueron á la verdad muy ilustres por la santidad de su vida, por su fé y los otros dones con que el Señor los enriqueció; pero de ningun-

no de ellos se cuenta que haya convertido reinos ni provincias al conocimiento del verdadero Dios. Todos enseñaban, gobernaban y defendian á un pueblo de sus mismas creencias; y á excepcion de uno ú otro, todos murieron honrados y pacificos en sus mismos lechos, en una *feliz vejez*, que es la frase consagrada.

¡Cuánto va de estos varones ilustres en santidad y doctrina á los Pablos, Titos y Timoteos, y, por ahorrar camino, á los siete varones apóstolicos que el Dios de las misericordias envió cerca de nosotros para plantar la fé y hacer valer el nombre de Jesucristo en las provincias de España! Digna de eterna admiracion será siempre la conversion del mundo al adorable y santísimo nombre de Jesus. Empréndenla hombres rústicos, pobres, sin recomendacion alguna temporal: salta á los ojos la desproporcion de los medios para un fin tan alto: causa sorpresa el valor, la confianza, la generosidad con que estos hombres, débiles en la apariencia, van llenos de la gracia á la conquista del mundo. Ellos obedecen al mandato de su soberano Maestro que les ha dicho: «Id por todo el mundo; predicad el Evangelio á todas las criaturas. Yo os envío como

ovejas en medio de los lobos; y no solo como ovejas, sino como corderillos simples y como palomas sin hiel. No habeis de llevar prevencion alguna de camino, ni de comida, ni de vestido. Sereis aborrecidos de todos por mi nombre, y os perseguirán, azotarán y calumniarán frecuentemente; pero con todo esto no habeis de desistir de vuestro empeño, temiendo antes al que tiene poder sobre vuestras almas y vuestros cuerpos, que á los que mandan sobre vuestros cuerpos solamente (1).»

¿Qué os parece, Señores, de estas promesas para traer discípulos? ¿Sería cuerdo esperar de una doctrina humana, que de tal modo se anuncia, que tuviera séquito entre los hombres, haciéndose prevenciones tan contrarias á los sentimientos de la carne? Pues lo mismo que si fueran aventureros que van á los paises en que se crian el oro y la plata y las piedras preciosas á montones, así vinieron á nuestra España los esclarecidos varones apostólicos Torcuato, Tesifon, Segundo, Indalecio, Cecilio, Hesiquio y Eufrasio, codiciosos

(1) Matth. cap. x y xi. Cap. xiv, v. 10. Cap. xxi. v. 15, 16.

de nuestro bien, hambrientos de nuestra dicha, sedientos de nuestra salvacion (1). Al dar vista á

(1) «El tiempo en que estos siete santos aportaron á España, ordenados ya Obispos, parece no poderse anticipar al año sesenta y dos de la era vulgar cristiana.» Florez, España Sagrada, tom. III, pag. 147. Fueron discípulos de Santiago, como consta del Breviario de Clemente VIII, de un texto del Papa Calixto II, del *Comentario de la traslacion de Santiago* que publicó el monje Juan Bosco, con otros Breviarios y documentos antiguos. Véase á Florez en su citada obra, tomo IV. Fueron enviados á España por S. Pedro; y luego que desembarcaron, caminaron á pié, *itineris prolixitate confecta*, hasta dar vista á Guadix (entonces Acci), segun el himno del oficio gótico:

*Accis continuò proxima fit viris*

Su mision y el principio de su itinerario constan del himno del *Misal Mozárabe*:

*Urbis Romuleæ jam toga candida  
Septem Pontificum destina promicat  
Missos Hesperia quos ab Apostolis  
Adsignat fidei prisca relatio.*

*Hi sunt perspicue luminis judicis  
Torquatus, Tesifons, atque Hesicius  
Hic Indalecius, sive Secundus  
Juncti Euphrasio, Cæcilioque sunt.*

Suarez en su *Historia del Obispado de Guadix y Baza*; Terrones en la *Vida, martirio, traslacion y milagros de S. Eufrasio, y Andujar ilustrada*; Orbaneja en la *Vida de S. Indalecio y Almería ilustrada*; Rus Puerta, el P. Vilchez, Gimena, Florez, Masdeu, Pedraza y otros escritores son fuentes mas ó menos puras en donde se hallarán muchas noticias. Toda persona ilustrada tiene conocimiento de las falsificaciones de documentos que estragaron la historia, y sabe cuántas dificultades sirven de embarazo á la crítica tratándose de hechos y circunstancias remotas, que muchos, sin embargo, han querido puntualizar.

Guadix, (entonces *Acci*) fueron recibidos como Jesucristo les habia anunciado. Hallábanse á la sazón sus habitantes entretenidos en las fiestas supersticiosas de sus Dioses, como si dijéramos, en plena idolatría, en un día de sus abominables fiestas. Aquellos santos, llenos del espíritu del verdadero Dios, tiraron á afeár la superstición de los gentiles, manifestando con signos exteriores el dolor de ver tal ceguedad. Los idólatras los persiguieron; y cuando sus perseguidores pasaban por cima de un puente para darles alcance, fortísimo como era se desplomó, y perecieron ahogados. Este prodigio de la divina asistencia, el terror de un pueblo supersticioso como los pueblos gentiles, la devoción de una dama principal, Luparia, que recibió casi á un tiempo la gracia de la fé y el bautismo de mano de uno de estos santos obispos, fueron el dichoso principio que tuvo en esta provincia la predicación del Evangelio. Sobre las ruinas de los ídolos levantóse la primera Iglesia, y desde allí se desparramaron los varones apostólicos, sembrando la semilla de la divina palabra por las ciudades y regiones que á cada uno correspondieron, como pastores que habian de traer con

su cayado manadas de ovejas al rebaño de Jesucristo.

¿Qué les daba tal confianza? ¿Era prudente contar con otros prodigios tan extraordinarios como el de Acci? ¿Estaban armados de la honda como David para derribar en tierra al Goliat de la idolatría? ¿Venian rodeados de armas y de soldados como Escipion y Metelo para asolar las ciudades de Ilturgi y de Cazlona? Nada de esto. Pobres, desprovistos de todo lo humano, *sine virga, sine pera*, fueron entrándose por estas provincias en donde apenas se tendria alguna noticia del cristianismo, á no ser por los edictos de persecucion que los emperadores romanos publicaban pensando exterminar la nueva raza. Es probable que fuera la antigua Mentesa la primera ciudad de este reino en que comenzó á esparcir San Eufrasio la semilla del Evangelio. Objeto de curiosidad para unos, de escándalo para otros, blanco de la persecucion por parte de todos, nuestro apóstol sufriría todos los ultrajes que no se hacen esperar mucho tiempo cuando se trata con gentes barbaras, cimentadas en la barbarie por la misma religion que ellos tenian, si se llama tener religion admitir el culto de todas

las falsas divinidades indígenas y extranjeras, facilitando á todas las patrañas y ficciones carta de naturaleza. Los odios estaban reservados para los apóstoles de la Religion verdadera: á todo error, á todo culto sensual, á toda superchería, á todo soñador se le abrian las puertas de par en par, y con mas ó menos indiferencia todo se acogia: pero se entraban por las ciudades á predicar á Jesucristo crucificado algunos de estos varones apostólicos, portentos de santidad, dispuestos á perder la vida por amor á Dios y á los hombres, y la saña de todas las pasiones se concitaba contra ellos. Buenas eran las divinidades de Efeso, de Atenas ó de Cartago; podian figurar dignamente al lado de las de Roma: pero que se hablara de Jesucristo, que se predicara en su nombre, esto no se podia tolerar. El hombre cierra sus ojos á la verdad y á los beneficios: por orgullo no quiere creer que ha sido iluminado y socorrido: se encuentra bien en una region de tinieblas y abocado á un precipicio. Seguirá al que lo meta en mas densas oscuridades y lo arrime al borde de mayores riesgos. Toda la resistencia que se ha hecho al cristianismo, menos la que nace de una ignorancia de buena fé, no se

explica si no porque el hombre, caido de su primer estado, disputa con obstinacion el triunfo á que tiene derecho la verdad. Luego, la moral predicada desde las cátedras del error por todos sus apologistas permite tanta licencia y anchura, que en el interes de las pasiones los errores ocuparán siempre un lugar de preferencia, mientras que la verdad será siempre postergada. Cualquiera puede imaginarse las afrentas y denuestos que sufriría San Eufrasio, los azotes, las cadenas, las varas, y los mayores insultos á su dignidad. Todo sería de reparar en él: el vestido, el lenguaje, las costumbres. Su mansedumbre contrastaría con el genio de estos naturales, montaráz y belicoso. Tendríanle por loco; pasaría por un hombre extravagante; y predicando el amor de los enemigos, sería á los ojos de este pueblo feróz lo que hoy llamamos un utopista. Rodando entre los magistrados y la plebe, el que lo tuviera por sacrílego le apretaría con golpes mas recios, aparentando arder en santo celo por su religion. Descansaria algun tanto en las prisiones: que estas suelen ser el descanso de los mártires, mientras llega la hora de salir al anfiteatro ú al potro (1).

(1) San Juan Crisóstomo habla en estos términos de

Si á pesar de haber llegado al conocimiento del Evangelio, si creyendo en la verdad de la Santa Religion que profesamos, vemos qué distantes están muchos hombres de corregirse, y la fuerza que oponen á las predicaciones mas fervorosas; ¿qué sería entonces, cuando hasta los pecados eran parte del culto, y los vicios obtenian publicas alabanzas? Pero nuestro obispo no se desanima por estas contradicciones. Es sarmiento que está bien adherido á la cepa, y conviene que sea bien purgado y mortificado para que su virtud reluzca y dé los mas esquisitos frutos. Si nó con milagros, con su paciencia, con su caridad, con su amor á la verdad de que es fiel intérprete, dejará confirmada la santidad de la Religion que predica, y autorizado el carácter de los enviados de Dios. Los mismos gentiles llegaron á admirarse de aquel espíritu divino, muy superior á cuanto ellos podian concebir de grande y extraordinario entre los hombres. Sucedia

las persecuciones de San Eufrasio. *Tempus animadvertite, fratres, quo dignitatem hanc beatus Euphrasius est assecutus.... Tunc autem nihil erat hujusmodi; sed quocumque quis oculos verteret, ubique precipitia, barathra, et bella, et pugna, et pericula. Imperatores, et Reges, et populi, et civitates, et gentes, et domestici, et alieni credentibus insidias tendebant. Serm. de S. Ignatio.*

lo que al eslabon con el pedernal: de los golpes saca luz, y se excitan de una piedra brillos mas hermosos que los del diamante. Viéndose aflijido nuestro apóstol, no se queja; viéndose despreciado no se agravia; viéndose fatigado no se rinde. No era un hombre como los demas; y esta elevacion de su alma, elevacion tan inverosimil, elevacion imposible á todo hombre que no sea cristiano, fué un rayo de luz que empezó á alumbrar la ceguedad de sus perseguidores. Desde que sospecharon que un espíritu supremo fortalecería el alma de aquel hombre inofensivo y humilde, pusiéronse en camino de alcanzar el misterio de su divina embajada. Lo primero que han experimentado en su corazon los idólatras ha sido un cierto impulso de humanidad y de compasion hacia los mártires, que los ha ido disponiendo á recibir con gusto su doctrina, y la gracia de su conversion.

Ellos podrian prolongar su resistencia cuanto quisieran, y matar en la garganta de nuestro santo apóstol la voz del apostolado: «mas ¿quién podrá separarme, diria con San Pablo, del amor de Cristo? Ni la angustia, ni la tribulacion, ni el hambre, ni la desnudez, ni la persecucion, ni la

espada, ni otro mal de la tierra. Cierto estoy de que ninguna cosa me puede separar de este amor: nó el temor de la muerte, nó el amor de la vida, nó los ángeles malos, ni cuanto hay de espantoso y temible en las alturas del cielo ó en las profundidades del abismo (1).» Aquel fuego que ardia en su pecho le confortaba en sus tribulaciones; levantaba las manos al cielo en demanda de socorro; distraía el ánimo á las cosas celestiales; suspiraba con el anhelo de alcanzar bienes que los gentiles no conocían: ellos vieron que jamás imploraba la proteccion de unos Dioses inútiles y vanos; que ansiaba hacerlos partícipes de una dicha tan verdadera, que no hay otra como ella para dejar el corazon harto: era para todos benéfico, les curaba de sus enfermedades, los consolaba en sus aflicciones, sin buscar para sí el honor, la conveniencia, el descanso, ni ventaja alguna de la tierra (2). Ablandóse con esto la

(1) *¿Quis ergo nos separabit á charitate Christi? Tribulatio? an angustia? an fames? an nuditas? an periculum? an persecutio? an gladius?... Certus sum enim, quia neque mors, neque vita, neque angeli, neque principatus, neque virtutes, neque instantia, neque futura, neque fortitudo, neque altitudo, neque profundum, neque creatura alia poterit nos separare á charitate Dei, quæ est in Christo Jesu Domino nostro. Ep. ad Rom. cap. viii, v. 35, 38, 39.*

(2) Eusebio en su *Historia Eclesiástica*, cap. vii,

dureza de los gentiles, consistiendo la primera victoria de San Eufrasio en inspirar á las mas populares sentimientos de humildad; y de rechazo, aversion contra los magistrados despiados y crueles, y que eran mas notados por sus sanguinarios instintos. Ejerció mucha influencia la predicacion de una doctrina tan santa en un pais maltratado por la guerra, presa de la rapacidad de sus gobernantes, juguete de las mas inhumanas pasiones. No valieron las artes de los magos del gentilismo, diestros en todo género de ficciones, para desacreditar la verdad de la Religion bajada del cielo. Nuestro apóstol habla de Jesucristo en público y en secreto; confiesa su santísimo y adorable nombre en presencia de los príncipes de la tierra; y expone sin humano artificio á la consideracion de todos una doctrina que no teme el exámen, y que pide ser anunciada con ingenuidad y sencillez, propios arreos de la verdad. Ver á San Eufrasio penetrar con sus compañeros en Acci, verle despues predicar en Mentesa, pasar luego á establecer su silla epis-

lib. 9, alaba la generosidad de los cristianos para con los gentiles, á prueba de las epidemias y otras calamidades en que resplandecia su caridad.

copal en Iliturgi, ir de Tucci á Cástulo, y llevar á sus habitantes la buena nueva (1), recorrer el pais en todas direcciones, instituir sacerdotes y trabajar sin descanso hasta que cayera su cabeza á una señal de Neron, es un triunfo que no se hubiera conseguido si á la fiereza de estos naturales no hubiera arrimado nuestro apostol con éxito tan venturoso la lima de su mansedumbre. Él plantó la viña y vió crecer y multiplicarse los sarmientos. Catequizaba infieles, bautizaba neófitos, imponiales las manos para que bajase sobre ellos el Espíritu Santo, absolvía de los pecados, y repartía entre los fieles el pan de los Angeles. Fueron maravillosas las conversiones á la fé de Jesucristo, y nuestro apóstol se empleaba en asistir y fortalecer á los convertidos, para que no desfalleciesen á vista

(1) Hallamos en el tomo vii, trat. 12, pag. 145 de la *España Sagrada* del P. Florez el fundamento de esta conjetura. Dice así: «Cuando los apostólicos esparcieron por España la simiente del Evangelio, pertenecia Cástulo á la Tarraconense: y aunque la ciudad de Iliturgi donde puso la silla San Eufrasio era de la Betica, con todo eso podemos confesar que desde Iliturgi pasó la cristiandad á Cástulo, por obligarnos á esto la inmediatecion de una ciudad á otra, pues no dista mas que cinco leguas: y como no habia otro Apostólico tan cercano, á solo San Eufrasio debemos deferir la solicitud de anunciar el Evangelio por los contornos de su Diócesi, y por consiguiente, en la ciudad de Cástulo.»

de los peligros unas plantas tan tiernas, que eran en estas ciudades las primicias de la Religion. ¿Quién podrá estimar en lo justo las dificultades de semejante empresa? Mas podemos contar como un triunfo que adelantó considerablemente en este pais los progresos de la civilizacion cristiana, la libertad de que gozó San Eufrasio en medio de sus persecuciones; libertad que le permitió recorrer los campos y ciudades de la Betica, y aun salir á otras provincias, llevando á todas partes el desprecio de los falsos Dioses, el conocimiento del verdadero Dios, la regla de un culto santo, la pauta de las costumbres puras. Porque no fué solamente Iliturgi el teatro de su mision como se ha dicho; antes bien debió de estar allí muy poco tiempo, atendido el género de vida de un varon apostólico que vino á agitar los ánimos y poner los cimientos de la Iglesia: y mucho mas cuando ya no era Iliturgi, destruida por los romanos, aquella antigua y famosa ciudad digna de ser preferida para este honor, ni despues de San Eufrasio hay noticia de otros sucesores de su dignidad en esta cátedra: lo cual es una prueba de la prontitud con que se trasladaba nuestro apóstol de unos á otros lugares,

de la diligencia con que proveia á las Iglesias de todo lo necesario, de la milagrosa multiplicacion de los fieles, de la fuerza con que brotaban los místicos vástagos del árbol de una Religion toda espiritual, entre las malezas de la idolatría en que todo era carnal y grosero.

Cansado y lleno de años, San Eufrasio oyó el edicto de Neron que condenaba los cristianos á la muerte. La fama de sus triunfos le hizo mas odioso á lo mas granado y principal de aquella gente. «Él destruye, decian, el culto de nuestros Dioses; él no permite dar honores divinos á los Césares; él abomina los sacrificios mas dignos y aceptos á los Dioses, los sacrificios de reses y víctimas humanas; él nos predica una nueva ley que ajusta el freno á nuestras costumbres; no perdona medio para quitar todo prestigio á una religion tan antigua. Cúmplase el edicto de Neron sobre la cabeza de este extranjero que hace mofa de las solemnidades de nuestra religion, que no son á la verdad dignas de desprecio: con ellas fué rechazado Anibal de los muros de Roma, y los galos del Capitolio.»

Pero la muerte de San Eufrasio, decretada y ejecutada al mismo tiempo que la de sus com-

pañeros en la conquista espiritual de las diversas provincias de España, ¿detenia ó frustraba los progresos del cristianismo? No, Señores. Si, como dice Tertuliano, «la sangre de los cristianos es semilla,» el martirio, así como para el apóstol era una palma, para la Iglesia naciente era una corona. Lo que asegura las conquistas de la Religion es la sangre de los martires depositada en los cimientos de la primera Iglesia. El árbol de la Religion pide riego de sangre. La oliva plantada en Acci por los varones apostólicos que florecia y daba fruto en los aniversarios de su martirio, parece ser una imágen de la Iglesia que recobra nueva vida de su bendita memoria, ó la mística vid que ellos plantaron en un campo labrado con sus manos, beneficiado con su doctrina, regado con sus sudores, abonado con su sangre. «Si acabada la vendimia enferma y se seca la vid, decia el profeta Isaias, ¿qué alegría puede quedar en el pueblo? (1).» ¿De qué nos hubiera servido la predicacion de nuestro apóstol, si al morir á manos del tirano nó nos hubiera dejado abundantes frutos para nuestra salvacion?

(1) *Luxit vindemia, infirmata est vitis....* cap. XXIV, v. 7.

Como de una luz se enciende otra y otras mil, así de uno salieron muchos varones apostólicos, muchos sacerdotes, muchos fieles, muchas Iglesias. A no ser así no se podría explicar el incremento y extensión del cristianismo en estas provincias al llegar el siglo III. Sin transmitirse á los conversos la perseverancia y el ardiente celo de sus evangelizadores, no hubieran difundido en tan poco tiempo por España el conocimiento de la Religión, imitando el espíritu propagandista de los cristianos de Oriente que corrió en breve por toda la Grecia, el Egipto y el Asia Menor. Es gloria de San Eufrasio ver salir á los pocos años la milicia que él organizó formando ya un cuerpo compuesto de diversos grados, los que formaban entonces la gerarquía eclesiástica. Obispos elegidos por los presbíteros y diáconos, que ejercían su autoridad con sujeción á las sencillas tradiciones cuyo origen se estaba tocando con la mano; diáconos, fieles, catecúmenos, esta era la Iglesia que se levantaba triunfante, mientras el paganismo sufría pérdidas de que para dicha del mundo no podría reponerse jamás. Bien pronto los obispos necesitaron valerse de auxiliares y cooperadores; y estos fueron los presbí-

teros, que bendecian, predicaban, imponian penitencias y desempeñaban otros cargos espirituales. La piedad se estendia, y se encargó á los diáconos que recogieran las oblaciones de los fieles. Ellos leían el Evangelio en los templos, publicaban los nombres de los idólatras convertidos, instruian á los catecúmenos, y eran como el nervio de una sociedad ya constituida, que afluia á la Iglesia, que aspiraba á estenderse y arraigarse. Si aqui no habia salido de las catacumbas, habia aparecido de repente bajo la mano de Dios, que pudo en otro tiempo hacer de las piedras hijos de Abraham. Centros subalternos con el nombre de parroquias llevan su accion á las mas insignificantes aldeas; y todos los preceptos de la ley, y todas las prácticas cristianas, y todas las ceremonias del culto se adoptan por los nuevos cristianos: de manera que ya se puede ver delineada la sociedad religiosa, entrándose en el trazado las líneas, que parten del órden civil por el lado en que se tocan una y otra sociedad, unos y otros poderes. Las virtudes ya conocidas en aquel tiempo, son como el germen de las instituciones monásticas, de todas las instituciones religiosas, que tampoco tarda-

ron en aparecer. Los fieles recitaban los Salmos de David; se hicieron populares los himnos sagrados de nuestro poeta Prudencio, y aquellas felices inspiraciones de su musa con que ridiculizaba las costumbres de los gentiles y combatía sus errores. Al amanecer y á la entrada de la noche se daba gracias á la Providencia rezando ó cantando: era inocente y muy alegre la vida de los cristianos en el seno de sus familias, donde se tributaba á Dios un culto sin ritos, que salía del corazon y era casi continuo. Los niños aprendieron interesantes pasages de los sagrados libros, como el abandono de Agár socorrida en el desierto por querubines, pasage que tiene alguna semejanza con el socorro que vino á prestar nos San Eufrasio. Los ancianos gustaban de las parábolas del Evangelio; y la del sembrador, de tantas y tan hermosas aplicaciones para los que viven en el campo, en su sentido espiritual era el mismo prodigio que se estaba realizando ante sus ojos. Finalmente, hasta hubo en esos dias cristianos tan fervorosos que fueron como peregrinos á Jerusalem, deseosos de conocer los lugares de la pasion y muerte del Señor, y de purificarse en las aguas del Jordan.

¿Nó se ha cumplido á la letra y con una rapidez asombrosa la palabra de Cristo, *qui manet in me et ego in eo hic fert fructum multum?* «El que permanece en mí y yo en él lleva mucho fruto?» Y sin embargo, he dicho muy poco, Señores, en cuanto á los frutos de la predicacion de San Eufrasio; porque es decir poco sacar algunas noticias de las obras de Eusebio, Paleótimo y otros historiadores. Todo lo que no sea registrar los cánones del celebre Concilio de Iliberi celebrado al principio del cuarto siglo de la Iglesia, es quedarse no mas que un tanto iniciados en el conocimiento de la grande obra de San Eufrasio; no poderla admirar de lleno; no comprenderla (1). Diré lo que sea necesario en alabanza de nuestro héroe, porque suya era la obra; y para conocimiento de los que siendo amantes de su Religion gusten de penetrar en el secreto de la misteriosa vitalidad que el cristianismo encierra. Util enseñanza, estímulo y aviso á los que deban trabajar para restaurar la Religion en las almas, las con-

(1) La ciudad de Iliberi estuvo asentada en la vertiente meridional de la sierra Elvira, junto á Granada. Se disputa en qué año tuvo lugar el famoso Concilio Iliberitano. Segun la opinion mas fundada y seguida fué del año 300 al 304.

sideraciones que nos ocurre hacer deben disuadir á los adversarios del Catolicismo de sus equivocadas ideas, de sus insensatos proyectos. Si son capaces de la buena fé con que es necesario entrar en el estudio de las mas grandes cuestiones, verán que es una locura resistir á Dios, y una arrogancia ridicula querer destruir en un dia la obra de tantos siglos. ¿Quieren ellos para la sociedad la servidumbre antigua ó la moderna, la idolatría de los antiguos Dioses ó la de nuestras pasiones, el culto de la razon, del oro ó de la carne? Apóstoles del paganismo ó de la incredulidad, censores de nuestras miserias para convertirlas en objeciones contra una Religion santa y divina, panegiristas de todo error, de cualquiera secta con tal que en alguna parte del mundo esté disputando á la Religion de Jesucristo el imperio de las almas, ¿qué quieren? ¿El bien de la humanidad? El mundo agradece sus buenos deseos y las filántropicas intenciones de que hacen gala: pero nuestras pasiones, que están por seguir la corriente que les franquea con todo desahogo la predicacion del sensualismo, no quieren separarse del rumbo que les traza la razon del cristiano, iluminada por Dios, ilustrada

con su divina palabra, y fortalecida con todas las pruebas que bastan y sobran para fortalecer en nuestras almas las convicciones religiosas.

Esta Iglesia tan estendida y arraigada á pesar de tantas contradicciones no salió de repente, con la espontaneidad de una obra improvisada. Sujeta á las dificultades del espacio, á las vicisitudes del tiempo, á fuerza de siglos es como ha realizado su perfeccion histórica y tradicional. Ved como hoy se apresta á la conquista por un lado y cómo sostiene por otras partes la lucha, y comprendereis que ella tiene hoy el mismo sentimiento respecto de la propaganda, que hace mas de diez y ocho siglos. El apostolado de San Eufrasio se comprende hoy lo mismo que el de los misioneros de la China ó de la Australia. El tipo de los misioneros no ha variado; el carácter de los mártires de hoy no discrepa una línea siquiera de la elevacion de los proto-mártires: lo que ha variado es el lugar de la escena: ántes era aquí; ahora tenemos muy lejos las fronteras. Vivimos en el pais clásico del catolicismo: las avanzadas de nuestros misioneros distan de nosotros millares de leguas. Y tan cierto es que por la misericordia de Dios somos cristianos, y que el

haber nacido cristianos es una gracia y un privilegio, como que esas fronteras en cuyas opuestas vertientes se encuentran los adoradores del verdadero Dios y los idólatras antiguos ó modernos, son la línea divisoria, ya la formen las montañas ó los mares, las aduanas ó las bayonetas, entre la civilizacion y la barbarie.

Asombro causa considerar lo que hizo San Eufrasio dos siglos antes que Constantino triunfara del paganismo, y diera á la Religion cristiana tan extraordinario impulso: mucho antes que se entreviera la uniformidad que el cristianismo alcanzaría á fuerza de trabajo, con una lentitud inevitable: y es tan preciso que se ofrezca la imágen de la unidad para extender una doctrina, que si falta, bien puede decirse que hay que vencer el mayor de todos los obstáculos. San Eufrasio predicó mucho antes de fijarse el dogma en el concilio de Nicéa, pudiendo apenas entender algo de las disputas sobre el símbolo, que luego se volvieron cismas, heregias y luchas ardentísimas. Despues de celebrado el concilio Niceno, aún quedó mucho que hacer para establecer la gerarquía, la disciplina, el órden, el gobierno: pero San Eufrasio creó tal espíritu en estas provin-

cias, que bien puede decirse que adelantó acaso dos siglos la conquista espiritual de la Bética. Lo que sabemos acerca de la promulgación del Evangelio y del establecimiento de la Iglesia en estas provincias, convence de que entre nosotros no salió el orden lentamente del caos. Aquí se *condensaron los tiempos*, por valernos de una frase que ha hecho efecto, y se adelantaron los trabajos de la conquista. Si así no fuera, ¿qué explicación tendría la celebración del concilio Iliberitano apenas empezó á correr el cuarto siglo de la Iglesia? Convocada esta asamblea antes de ser promulgada la persecución de Diocleciano, y reunida después, los obispos y presbíteros de estas Iglesias fundadas por San Eufrasio que tomaron parte en sus sábias deliberaciones, fueron muchos. Del distrito de esta Diócesis hubo cuatro obispos; Secundino, Camerimno, Pardo y Januario; y cuatro presbíteros, á saber; Mauro, Tito, Leon y Turrino (1). Los cánones que señala-

(1) El Concilio de Iliberi fué celebrado por diez y nueve obispos, veinticuatro presbíteros, y muchos diáconos y legos. Secundino era obispo de Cazlona (junto á Linares) Pardo, de Mentesa (la Guardia) Camerimno, de Tucci (Martos) y Januario, de Fiburia (Sabiote). El presbítero Mauro era de Iiturgi (Santa Potenciana) Tito, de Noalejo (Ajune) Leon, de Martos; y Turrino de Cazlona.

ban tan severas penas á los que se contaminaran por la participacion de las ceremonias de un culto idolátrico, las precauciones que se adoptaban para asegurar la fé de los neófitos, las pruebas por que habian de pasar los catecúmenos, la calificación de delitos, y todo lo que sirve para el buen orden de la sociedad, está previsto y definido con gran sabiduría. Cuatro de estos sagrados cánones se refieren al matrimonio, y ellos solos son bastantes para eternizar la fama de los Padres del concilio. El cuidado de las vírgenes cristianas voluntariamente reclusas para guardar su castidad, la solicitud por el decoro del estado eclesiástico, el modo de traer los fieles á las Iglesias para ponerlos á salvo de las heregías, lo relativo á las penitencias, las cautas disposiciones que se tomaron para recibir á los desconocidos en la comunión cristiana, lo que mira á la policía eclesiástica en los cementerios y en el adorno de los templos, todo esto indica el incremento de la Iglesia, pues no tendría tantas cosas á que atender sino hubiera órdenes numerosos en aquella sociedad, si fueran desconocidas las instituciones monásticas, si la vid que plantó San Eufrasio entre malezas no hubiera

dato en poco tiempo tan abundantes frutos.

Véase con cuánta razon dijimos que San Eufrasio adelantó la conquista espiritual de la Bética. Preparar el terreno que habia de rendir tan pingües cosechas, dejar en pos de sí el rastro de virtudes desconocidas hasta entonces, hacer posible la celebracion de un concilio, el primer concilio español, antes que tuvieran lugar los ruidosos acontecimientos que se miraron como decisivos en la empeñada lucha del cristianismo y el paganismo, esto es verdaderamente anticipar los frutos de la predicacion del Evangelio. Y no tuvieron todos los pueblos esa dicha. Con decir que el primer concilio general de Nicéa reprodujo en sus cánones cinco del concilio Iliberitano; que el primero de Arlés reprodujo siete; que el de Sárdica adoptó uno; y que uno de los concilios de Toledo adoptó otro á la letra, se prueba que nosotros ibamos delante. Aquí se venia á tomar; la Religion tenia aquí un centro, un foco: y no fuera tan ilustre ni tan nombrada la asamblea de Iliberi, si bisoños en materia de Religion, los obispos y presbíteros allí congregados empezaran entonces á establecer nuevas reglas de disciplina. Era mucha su per-

feccion para un estreno. ¿Cómo creer que fuera el primer ensayo?

Y no es de admirar que diera tanto de sí la vida de San Eufrasio, cuando tanta virtud se ha atribuido á sus reliquias; cuando tantos milagros atribuyó la devocion á su memoria. Su sepulcro fué convertido en un templo, como en Toledo el de Santa Leocadia. Ello es que han transcurrido muchos siglos, la Iglesia ha sufrido mil tempestades, y ni se ha borrado la memoria del mártir insigne que fundó esta y otras sillas episcopales, ni deja de fructificar en nuestro suelo la semilla del Evangelio que él esparció, desempeñando la mision que habia recibido de lo alto. Tantos y tan esquisitos son los frutos que produce, que pareceria extraño en un tiempo de dissipacion como el que alcanzamos, á no entender que la Religion tiene mucha fuerza; que la Religion es para las almas de una necesidad imperiosa. La Iglesia tiene el sentimiento de sus propias fuerzas, y sus enemigos piensan destruirla con poco mas que hagan. La Iglesia descansa sobre firmísimas y añejas tradiciones, que sus enemigos ignoran ó desdeñan. No abrigo otro sentimiento sino el de la compasion hacia esos infe-

lices obcecados que no parecen hombres sino máquinas de guerra mal montadas y peor servidas; que muchas veces hacen la explosion contra el mismo que les arrima el fuego: pero si es que quieren saber lo que hacen, deténganse un poco á examinar los frutos de la predicacion de San Eufrasio; miren lo que fué su apostolado, y el de los santos obispos que fueron á todas partes. Consideren la mudanza verificada en creencias, opiniones y costumbres; y si no se sienten agradecidos á los trabajos de su mision y á la misericordia de Dios que quiso libertarnos de las tinieblas, por lo menos verán que es una locura, cuya explicacion está en la ignorancia, pretender derrocar en un dia de efervescencia ó de iracundia la obra de tantos siglos, llevada á cabo á costa de tantos trabajos, de tantas virtudes, y de tan preciosa sangre. Mostrémonos nosotros agradecidos, y seamos intérpretes fieles de los sentimientos religiosos de un pueblo esencialmente católico, que dá testimonio de su fé, de su religiosidad, en todas las ocasiones que se ofrecen. Aprovechemos esta tambien celebrando tan glorioso aniversario; que de este modo honraremos á Dios, y otros aprenderán en nuestro ejemplo

cuánto valga la paternidad espiritual, una vez que nosotros, como sarmientos unidos á la vid, discípulos del santo apóstol, verdaderos hijos de Jesucristo redimidos á precio de su sangre, nos entregamos á las demostraciones mas afectuosas de nuestra piedad, en un dia de tantos recuerdos como este. Ojalá os haga fuerza este discurso con el que me habia propuesto hacer alguna cosa por el mayor lustre de esta Iglesia, y por la salvacion de vuestras almas. *Amen.*

# SERMON

## PARA EL DIA DE SAN GERÓNIMO.



*Quia misericordia tua magna est  
super me: eruisti animam meam ex  
inferno inferiori. Ps. LXXXV, v. 13.*

*Porque tu misericordia es grande  
sobre mí; y sacaste mi alma del in-  
fierno mas profundo.*

Señores: la sabiduría y santidad de San Gerónimo rayaron tan alto y de tal manera resplandecieron, que no se puede contemplar esta gran figura sin quedar absortos y admirados. Se ha dicho que crece con el transcurso del tiempo: lo cierto al menos es, que mientras mas se le conoce, mas se le admira. Floreció del cuarto al quinto

siglo de la Iglesia (1); y en una edad en que hubo milagros patentes, como todos saben, coincidiendo la ruina del Imperio romano con la exaltacion del cristianismo y sus maravillosos triunfos, no queda duda de que Dios suscitó este varon insigne para que obrára unido con otros la transformacion que el mundo debia sufrir, abolidos los últimos restos del paganismo destronado.

Un hombre puede ser el representante de una época entera: San Gerónimo fué como el compendio de la civilizacion cristiana en su siglo. Su genio con toda su vehemencia era el genio de aquella edad; habia dentro de él dos hombres peleando; la carne y el espíritu: y esta contienda era la que sostenian el pagano y el cristiano, el hombre viejo y el nuevo. La gracia decidió de la suerte de San Gerónimo, como decidió de la suerte del mundo en aquellos dias. Lo mismo decimos de su ciencia; y viendole dejar á Roma por el desierto, al paso que nos señala en esta huida el modo de renunciar al mundo por buscar á Dios, aquel arrebató se considera

(1) Nació hacia el año 340 de padres nobles y ricos en Stridon, de la Dalmacia, pais semibárbaro.

como un aviso que dió San Gerónimo de la tempestad que iba á descargar sobre el Imperio. Retiróse á la Palestina para llorar y hacer penitencia, como los antiguos profetas apartaban sus ojos de las ciudades cuyo exterminio predecian. Ya veis, Señores, con qué fidelidad estaba el siglo representado en este grande hombre: y si Dios lo habia destinado á ser uno de los regeneradores de aquella sociedad, tenia que ser así. Unos pasan del desierto á la ciudad, otros de la ciudad al desierto, como Dios quiere; segun conviene. El hombre es instrumento de Dios, nunca señor absoluto de sí: y á medida que es mas grande, aparece como mas sujeto á los planes de la Providencia.

Vosotros, Señores, experimentais sin duda alguna la misma lucha que San Gerónimo; será mas ó menos fuerte, pero esencialmente es la misma. ¿Quereis ver de lo que es capaz la voluntad bien enderezada? Si en último caso de lo que se trata es de sujetar las pasiones á la recta razon, de vivir segun la ley Dios, nó de los sentidos, el modelo que os propondré no puede ser mas excelente. Puede ser que los hombres del dia experimenten hacia este gran santo aque-

lla admiracion que no se escatima en estos tiempos hacia los grandes caractéres. Gracias á Dios, hoy se comprende esto muy bien. Hoy desean casi todos los hombres distinguirse, influyendo sobre los espíritus por medio de la palabra, por la accion, por las doctrinas; y aunque de la flaqueza de los mas no hay que prometerse cosas extraordinarias, no por esto deja de ser general la adhesion á los grandes hombres, la admiracion de sus elevados sentimientos, y en cierto modo, el sentido para distinguir lo grande de lo que no es grande. Muchos se consuelan de su inferioridad, en que apenas se atreven á creer, pensando que á ellos solo les faltó una ocasion favorable: echan la culpa á la pequeñez del teatro en que Dios los ha colocado, nó á la pobreza ó mezquindad de sus almas. En esto se ve cuánto malos han causado las ambiciones, y el espíritu de imitacion, y la sed de gloria, multiplicando las victimas y disminuyendo el número de los hombres verdaderamente dichosos. Es una crueldad tirar á debilitar el espíritu cristiano que hace felices á todos los hombres grandes y pequeños, con el que pueden ser bienaventurados los pobres de espíritu. Póngase fuego en estas aspira-

ciones que todos creen ideales, sublimes; excítese con el condimento sabroso de la alabanza al que sin él se abrasa con la hidrópica sed de la gloria y vive entre tormentos, y habremos hecho de él, cuando menos un desgraciado. Al decir que el alma de San Gerónimo necesitaba de Roma ó del desierto, el crítico que se apodera de este modelo para definirlo en dos palabras, arroja sobre la multitud hambrienta de palabras conceptuosas y de imágenes fuertes dos dardos que van al corazon, ó dos chispas que deslumbran los ojos. Y sin embargo, Señores, podríamos quitar tantos accidentes á esta gran figura del cristianismo, despojarla de tanto brillo y adorno sobrepuesto por los apasionados de las formas, de modo que vinieramos á quedar en lo justo, es decir, en el hombre pecador, en el hermitaño de Belen. Él se mantuvo alejado de los honores eclesiásticos; él no tuvo ninguna de las grandes ocasiones que se ofrecieron á San Juan Crisóstomo en Antioquia, á San Atanasio en Alejandria, á San Ambrosio en Milan. Estos obispos tuvieron que sostener luchas porfiadas con los príncipes y con los pueblos: de las grandes cuestiones políticas y de los negocios árdulos en

que intervinieron, resultaron conmociones populares que aplacaron con su elocuencia. El prestigio de sus virtudes fué algunas veces el solo escudo que los puso á cubierto de las persecuciones. Como quiera que sea, esto levanta los caractéres: es menester que pasen por las pruebas de alguna situacion difícil, y fueron en extremo dificultosas las que dieron la celebridad á estos ilustres prelados de la Iglesia. Otra fué la suerte de San Gerónimo. Errante y solitario apenas se le vió en la Côte, en los funerales de los príncipes, ó en alguna soberbia ceremonia. No fué, como San Agustín, el preceptor de un gran pueblo; y hasta en la traduccion de los libros sagrados, no tuvo tanta ocasion de mostrar la grandeza y valentía de su génio, como su laboriosidad y su paciencia. Él brilló apesar de todo, y el resplandor que despedía iluminó el macilento semblante de algunos anacorétas y de muchas vírgenes, que sin él hubieran quedado en la oscuridad: su celebridad eclipsó la de algunos emperadores y pontífices: Stilicon, Honorio, Alarico, hacen poco viso al lado de San Gerónimo. Tanto puede elevarse el hombre por la gracia de Dios. Pero desde que se busca la grandeza

por otros caminos que los de la Religion, parece la tierra condenada al oprobio de la esterilidad. No esperemos que el mundo nos revele nuestro destino: es regular que él vaya por un lado y Dios por otro. Esforcémonos por conocer la voluntad de Dios: debemos de ser lo que él quiera que seamos, nó lo que quiera el mundo, de quien en vano recibiremos gloria que no sea efímera, esplendor que no sea pasajero; si es que la elevacion que nos promete no es una lastimosa caida. ¡Cuánto no tenemos que aprender en el espejo de esta vida tan austera, que se consume en los arenales del desierto, y en las medrosas celdillas circunvaladas de sepulcros! Asi sea como lo espero de los auxilios de la divina gracia. *Ave Maria.*

La ruina de Jerusalem, anunciada por Jesucristo, no fué el triunfo de Roma gentil sobre los pueblos que creían en la unidad de Dios y en la divinidad del Mesias. Que perezcan en defensa de aquella ciudad casi todos sus habitantes; que las llamas abrasen su templo; vuelva Tito victorioso y recíbasele en triunfo por los romanos que no ven sino despojos y trofeos en los vasos sagrados, en el velo del Santuario y en el libro de la ley que vienen á ser para Roma como una prueba patente del esterminio de la nueva raza; no importa. El llanto de Jesus sobre la ciudad deicida de la que no quedaría piedra sobre piedra, viose claramente con el suceso ser una prue-

ba de la verdad: Roma no hacia nada enviando unos soldados para que ejecutaran la sentencia de Dios en una ciudad del Asia, mientras se empeñaba la lucha en todo el mundo, que daría por resultado la destruccion del viejo politeismo.

San Gerónimo fué á Roma en los dias en que todo indicaba la proximidad de un cambio en los destinos del mundo. Las ideas orientales habían penetrado allí; la confusion de cultos iba en aumento, al par que la indiferencia religiosa y que los vicios. En vez de creer, los paganos no hacian sino comentar fábulas antiguas, entretener al pueblo con vanas ceremonias, que algo añadian al caos de las opiniones: Solo aquella Religion salida de la Judéa podia reanimar el espíritu del hombre, y dar la vida á la sociedad. Ninguna otra tenia la santidad que hace posible la virtud; ninguna como ella era tan fuerte para ligar los hombres entre sí con los suaves vínculos de la fraternidad, de la igualdad, de la caridad, de la justicia; solo aquella Religion divina podia hacer una sola de todas las naciones del mundo; y aprovechándose de la paz que reinaba en el Imperio, sus predicadores, sus mártires, sus santos volaban á la conquista moral llenos del Espíritu

de Dios, que vino del cielo sobre ellos en forma de abrasadoras llamas. El paganismo no conservaba sino aquel endeble prestigio que consistía en ser, digamoslo así, la religion oficial, y cualquiera puede conocer de qué poco serviría para detener los progresos del cristianismo aquella especie de hipocresía, último refugio de una religion absurda y abominable.

San Gerónimo, educado en Roma por sus sabios maestros Donato y Victorino (1) aprendió latin y griego, retórica, y aquel amor á las ciencias sagradas que fué creciendo con el estudio y con las prácticas de la Religion. Si el amor de Dios, si aquella sed de contemplacion que le hizo abrazar las verdades eternas, el pensamiento de la muerte y las representaciones mas vivas de la eternidad, no hubieran preocupado su grande alma, hubiera sido víctima de aquellas pasiones tan ardientes, razon de las quiebras en su juventud, y estímulo que le hacia redoblar en el desierto las mas rigorosas penitencias. Quien le vea bajar á los sepulcros de los mártires habiendo recibido el Santo Bautismo

(1) El P. Sigüenza cree que su único maestro fué Donato. *Vida de San Gerónimo*, lib. primero, discurso segundo.

de manos de Liberio, llevar en su cabeza las visiones de Ezequiel y precipitarse en los subterráneos diciendo con David: «desciendan al infierno los vivientes,» comprenderá la sublime elevación de aquella alma sombría, á quien no pudo retener el foro, ni la academia en donde brilló su elocuencia, ni la sociedad romana cuyas delicias fueron desde su juventud punzantes recuerdos, ni la nobleza de la clase á que pertenecía, porque no era el patriciado lo que su alma codiciaba, sino la estola de la inmortalidad á precio de la servidumbre de Cristo. Acuerdo del cielo fué que el santo se diera á los estudios en esta edad, y que pudiera ser uno de los fundadores de la ciencia teológica, conocida en Grecia, pero casi desconocida en la Iglesia latina por aquel tiempo. Tuvo amigos como Pamaquio, Bonoso, Heliodoro y otros, ejemplares modelos de santidad y sabiduría, sus compañeros en esta obra, sus cólegas en el gobierno de la Iglesia, sus discípulos, sus émulos, sus corresponsales, unidos con él en santos deseos, en sus viajes, en sus trabajos, en sus vigiliass, en sus penitencias, y hasta en su muerte. Ninguna creencia ha contactado jamás con el apoyo de una reunion de sábios

tan eminentes consagrados á la defensa de sus principios, como la Iglesia católica: la lucha del paganismo que moría y del arrianismo que se levantaba estaba pidiendo defensores tan intrépidos de la fé ortodoxa como San Gerónimo, San Juan Crisóstomo, San Ambrosio, San Agustin y otros Padres de la Iglesia en Oriente y Occidente. La ignorancia, por una parte comun á los latinos; y por otra, la compresion que mas adelante intentó ejercer el apóstata Juliano, para que los oscuros é infamados galiléos no pudieran adquirir el pulimento y bello estilo de los escritores griegos cuya lectura les habia prohibido, hicieron necesario que la Iglesia encontrase en sí misma aquella superabundancia de fuerza propia, nó comunicada, que fué el privilegio de San Gerónimo y de las lumbreras cristianas de su tiempo. Juliano no pudo salir con su intento: pero aparte de esto, los sábios cristianos pudieron suplir esta falta; y bastóles responder á la vocacion divina para enseñar en las escuelas cristianas lo que mas podia cautivar los espíritus en las escuelas de Atenas. Familiarizado San Gerónimo con la lectura de Aristóteles, Teofrasto y Plinio, con los historiadores Suetonio, Josefo, Tito Livio,

Justino, apasionado de Ciceron, versado en el estudio de los poetas á quienes conoció en la escuela de Donato (1), no puede dudarse tuviera tanta autoridad como el que mas, para decir que habia mas filosofía en pocos renglones de Moises, de Job, de Salomon, de Isaias, que en todos los filósofos juntos (2). Las formas de la literatura pagana podian ser bellas; mas ¿porqué los griegos mas ilustres dejaban las escuelas en que las habian aprendido? ¿Tan poco valia aquella gloria de los oradores, de los filósofos, de los académicos? Nó la forma, sino el fondo es lo que satisface las ansias del espíritu: y por poco que Dios le alumbre, siempre preferirá la hermosa doctrina de Jesucristo al veneno de que están impregnados los errores mas extravagantes, aunque para seducirnos se nos presenten en una copa de oro. Así se comprenderá con toda claridad que la aparicion de San Gerónimo fué un

(1) Donato escribió unos comentarios sobre las comedias de Terencio y de Virgilio. El santo conoció los de Aspicio sobre Virgilio y Salustio, lo de Volcacio sobre las oraciones de Ciceron, y todo lo mas notable en este género. Así lo escribió en su *Apologia contra Rufino*.

(2) *Proem. in Isai*. En los comentarios sobre Naum dice lo mismo.

medio providencial para obrar en un tiempo crítico la transformación del mundo.

El mismo Dios que le llevó á Roma como por la mano so color de la educación para entrarle en lo mas hondo de los secretos de la sabiduría divina y humana, para llevarle al Sacramento de nuestra regeneración por el camino de algunas Iglesias pobres y con trabajo toleradas del Imperio, y por la oscura vereda de los subterráneos cuyas paredes estaban llenas de inscripciones sepulcrales y de insignias cristianas; este mismo Dios que preparaba la catástrofe de Occidente, sacóle de Roma, años antes de recibir el Bautismo, con el cuidado que se lleva una luz de un lado á otro, difundiendo la claridad por todas partes, alumbrando caminos, y tomando pábulo de las mismas regiones que ha de alumbrar. Las reminiscencias paganas no se borraron nunca de la mente de San Gerónimo: y como Pitágoras á Menfis y Platon al Egipto, así el santo quiso salir de Roma en busca de la sabiduría. Conoció á San Atanasio en su destierro: allí tomó la idea de los institutos monásticos. Recorrió la Francia lamentándose de los estragos que hicieron los bárbaros desde los Alpes á los Pirineos, desde

el Océano hasta el Rhin. Tomó parte en las contiendas contra los arrianos; en Tréveris copió los libros de San Hilario: tomó apuntes para escribir la vida de un monje cautivo; nó le quedó por escudriñar noticia alguna sobre la religion de los druidas, y conversó con los hombres mas doctos, mientras imploraba los auxilios de la gracia para llorar sus pecados. Puede decirse que la reforma completa de su vida no tuvo lugar en Roma, sino en las riberas del Rhin. Aquí fué donde aprendió la lengua celtica de que mas tarde habia de necesitar en el Oriente, entre los habitantes de Galacia, á quienes habia predicado el Apóstol San Pablo. En este viaje, como la industriosa abeja, habia gustado el licor de las flores mas peregrinas en muchas obras cristianas: y con esta riqueza volvió á Stridon, y despues á Roma.

No habia aun abrazado el estado del sacerdocio, no tenia otra mision que la de su fervor religioso y su profunda sabiduría, cuando ya habia servir la influencia irresistible de su palabra al triunfo de aquella Religion cuyos primitivos monumentos vió arruinados por los bárbaros, cuyo símbolo estaba combatido por una

formidable heregía. De vuelta de su viaje, halló al Imperio desmoronado y sin fuerza para perseguir la Religión cristiana; pero aún resistía el paganismo oponiendo las memorias de tiempos antiguos, la pompa exterior de la idolatría, y hasta el aire que en Roma se respiraba. No eran obstáculos insuperables para aquella alma impetuosa: sus palabras de fuego atemorizaban á sus adversarios; y su imaginacion entusiasta subyugó las mas ilustres damas romanas, que quedaron convertidas á su doctrina, distribuyeron sus riquezas, y tuvieron la abnegacion de seguirle al desierto.

Admiremos, Señores, la prevision de San Gerónimo en los males y catástrofes que vaticinaba sobre el Occidente. Él convertia las almas amenazando con el rayo, con el hambre y la peste que venian detras de sus palabras. Corregir ó intentar corregir las costumbres de la sociedad trazando el cuadro de los castigos con que Dios la amenazaba, era sin duda un aviso del cielo. Fué San Gerónimo el profeta de los mas tremendos vaticinios, y se le pinta con la trompeta en el oido, escuchando las temerosas voces que despertarán á los muertos en el dia del

juicio final. ¿Qué podría haber de exageracion en sus temores si ya casi divisaba las bandas de Alarico? El bárbaro haria un bien destruyendo los altares de los dioses del Olimpo y sus estatuas: el saqueo de Roma acabaría con las prácticas paganas, y la espada de un bárbaro arriano sería el sosten de la unidad de Dios, proclamada en la metrópoli del politeísmo. Pero otras irrupciones serian aun mas desastrosas. No se pudo oponer ningun obstáculo á los vándalos; cayeron las ciudades fronterizas; las viejas murallas del tiempo de Trajano quedaron igualadas con la tierra: los vándalos asolaron el Africa; y aunque arrianos como Alarico, no respetaron los templos cristianos ni las imágenes del culto. Lamentábase San Agustin de los estragos causados en el Africa por estas legiones, como San Gerónimo gemia previendo la desolacion de la Italia, la destruccion de Roma bajo la mano del feróz y sanguinario Atila.

De Dios y solo de Dios venia aquella voz que por boca de San Gerónimo llamaba al desierto á tantos infelices cristianos, arrianos ó gentiles, como tuvieron que guarecerse en las grietas de los peñascos, en los mares y en los lagos, mientras pa-

saban los féroces hunos, tan feroces como las otras razas que abortó el Setentrion. De Dios y solo de Dios salia aquella voz que atraia al desierto aquellas almas enervadas por una sensualidad brutal, que ni siquiera era ya un lúbrico refinamiento de las costumbres. De Dios y solo de Dios salia aquella voz que prometía regenerar por el agua y el Espíritu Santo á tantas muchedumbres corrompidas, tantos pueblos decrepitos, tantas almas desesperadas de hallar ningun medio de salvacion, ningun recurso para retardar ya que nó fuera posible evitar la muerte. El medio contra las invasiones era la fuga; la única esperanza de regeneracion era la fé. ¡Qué grande es Dios! Habia revelado el porvenir al hijo de Stridon, y habia convertido el ardor de sus pasiones en el ardor del proselitismo, que era en parte la mision que el Señor le habia confiado.

San Gerónimo parte de Roma; atraviesa el Ponto, la Bithynia, la Galacia, la Capadocia, la Cilicia; desea penetrar en las Iglesias de Oriente, conocer sus doctores y sus solitarios, contemplar de cerca los orígenes de aquella Religion nacida en la Judea, tocar la cima de aquellos montes en que primero brilló la nueva luz de los

cielos, mas hermosa que la luz del sol. En poco estuvo que no pereciera en el camino, como sus fieles amigos Inocente y otro llamado Hylas. Viérase al santo, consumido de la fiebre y del pesar, sin su amigo Heliodoro que seguia la ruta de Jerusalem, sin poder ir al Egipto como sus amigos de allí lo deseaban, sostenido por los cuidados de Evagrio y alentado por aquella pasion del estudio, que era el resorte á que mas obedecia! ¿Cómo pensar que viviera en Antioquía en la dulce ocupacion de las letras, asistiendo á las lecciones públicas de Apolinar, trabajando en la interpretacion de las Santas Escrituras, recobrando sus fuerzas estenuadas en la casa de campo de su amigo Evagrio, donde conoció á un santo hermitaño cuya hermosa vida le hizo apasionarse, mas que ya lo estaba, por el desierto? Él se retiró á los confines de la Siria, donde habia algunos monasterios.

¡Qué alegría para su alma verse ya libre de tantas seducciones, pudiendo remontar el vuelo á lo infinito, vivir vida celeste, huir del tiempo como se habia retirado del mundo, para solo vivir en la eternidad por el pensamiento y por el deseo! Él quiere mortificarse con las penitencias

mas duras; tiénese en odio ú en desprecio; es preciso tratar á la carne como enemiga; que si nó, todo ha de volverse trabas para el espíritu, y no le dejarán levantarse hasta el cielo. Las primeras cartas que le inspiró el desierto parecen escritas á nosotros: mucho bien nos harán todos los que nos hablen de la necesidad de buscar á Dios, y nos pinten enajenados de gozo la dicha que ellos sienten por haberlo encontrado. Asi es como San Gerónimo reprendiendo á Heliodoro la flojedad de no haberle seguido, le dice: «¿Qué haces tú, soldado degenerado, en la casa de tu padre?.... Y luego añade:» ¡Oh desierto embellecido con las flores de Jesucristo! ¡Oh soledad en donde se goza de Dios mas familiarmente! ¿Qué haces tú en el siglo, hermano [mio, con un alma superior al mundo? Creeme; yo veo aquí mas luz (1).» ¡Qué divinos acentos, hermanos míos, y cómo penetran el alma! Bendigamos esa voz que viene del cielo. Es preciso vivir siquiera un tanto apartados del bullicio, donde se pueda pensar y nutrir el espíritu con las santas meditaciones á que convida el retiro. «Yo veo aquí mas luz,» decia San Gerónimo: y todos los hombres de es-

(1) Sanct. Hieron oper. t. iv.

piritu elevado han sacado provecho de la abstracción: todos han visto mas luz. ¿Qué hubiera sido, sino, de aquella alma impetuosa, acometida en el desierto por los ardores de la sensualidad? Devorado por el fuego del sol, revolviéndose en la abrasada arena del desierto, creia asistir á las delicias de Roma. Lloraba todos los dias, y apenas despues de las mas fervorosas oraciones cedia la fiebre de su imaginacion exaltada, estando abrasado de deseos aunque estenuado por los ayunos, haciéndose presentes las deliciosas fiestas de Tivoli y de Albano, aun cuando los terrores del infierno le habian sepultado en una especie de cárcel habitada tan solo por serpientes y tigres. Solo Dios pudiera restituir la paz á su alma tan trabajada por unos combates tan reacios: Dios consoló á su humildísimo siervo que estuvo un dia y una noche entera á los pies de Jesucristo crucificado, hiriéndose el pecho á pueros golpes, y derramando un mar de lágrimas. «Gracias, Dios mio! exclama. Subimos hácia tí, atraidos por el incienso de la oracion!» El amor divino recobraba todo su imperio en aquella alma aflijida y despedazada. Huia espantado de sí mismo: temia la pobre celdilla en que pasó tantas amar-

guras: causábanle enojo hasta las paredes, que él creía cómplices de sus pensamientos: corría á perderse en el desierto, y escogia los valles mas profundos ó las cimas mas escarpadas para hacer oracion. El espíritu del santo hermitaño tomaba el camino del cielo, y se creía arrebatado entre los coros de los Angeles.

Yo pinto sin trabajo las luchas de los mortales que son de todos conocidas; y el espíritu se baña en alegría contemplando el auxilio de Dios que nunca falta á los que le temen, y no quieren dejar de pelear contra sí mismos. No era para San Gerónimo la vida que se pasa en el silencio y en la paz de la contemplacion: la soledad le atormentaba, y su alma tenia que temer mas de sí misma que del mundo. Él no podia encontrar el reposo sino en la agitacion de la vida, y devolvieronle su serenidad y su calma las controversias de Antioquía y los cuidados del sacerdocio. Recorrió la Siria y la Judea, se detuvo en Belen, se aplicó al estudio del hebreo, escribió comentarios sobre los libros santos, y visitó las ruinas de aquellas famosas ciudades israelitas en que se habian cumplido las profecias que él comentaba. Habia mudado de soledad y de celda;

y como en ella conservaba las santas Escrituras junto con las obras maestras de la antigüedad pagana, reprobábase el encanto y fascinación que le causaban los escritores gentiles, como una tentación que ponía en peligro su fé de cristiano. La pasión del estudio, tan buena medicina para moderar los ímpetus de la carne, era para San Gerónimo lo que daba margen á otros peligros y á otros combates de que salió no menos mortificado. Singular privilegio es el de los hombres de genio que quieren á toda costa conservar la santidad ó llegar á conseguirla, y salen de entre unas llamas para meterse en otras hogueras, pareciéndoles que no adelantan en sus propósitos venciendo unas dificultades, á cuyas espaldas otras se levantan mas temibles.

Tenemos que juzgar por otra regla de la que se sirve nuestro siglo, si hemos de apreciar debidamente cuánto hay de generoso y sublime en esta porfiada contienda que sustenta el hermitaño de Belén. Ya que no sea posible materializar al hombre como antes lo estaba, porque el espíritu cristiano es demasiado fuerte para consentirlo, se trabaja con perseverancia para debilitar el influjo de la Religion, y que pase en la

opinion como bueno y lícito lo que la sana moral y la recta razon condenan. Que se tape con excusas el desarreglo de las pasiones, es una cosa muy diferente: la benignidad cristiana puede admitir excusas y disculpas por unos extravios que la misericordia de Dios perdona. En esto no hay violacion de cosa santa; nada se sacrifica: la misma indulgencia es el reconocimiento de una ley quebrantada por la fragilidad del hombre, y como una censura caritativa y suave de sus desarreglos, indignos á la verdad de recomendacion ó de alabanza. Pero que se quiera romper todos los diques y franquear á los apetitos todas las salidas y desahogos para que se muevan sin trabas, con omnímoda libertad, es un escándalo y una ignominia para nuestro siglo: y esta predicacion lanzada á todo viento, esta predicacion que reclama para ser sofocada la represion mas intolerante, porque la mas intolerante es la que mas conviene, es la causa de la corrupcion y deterioro de las costumbres, la que agrava sobre toda ponderacion los males que tan duramente nos aquejan. ¿Estais acaso en disposicion, hombres del dia, de apreciar el mérito de esta lucha que sostuvo San Gerónimo

temeroso de ofender á Dios? ¿No creéis que el celo de la castidad es una extravagancia de los anacoretas alimentada por las melancolías que inspira el desierto, un fiero alarde del orgullo que no se avasalla á pagar su tributo á ninguna flaqueza, ni una excentricidad singularísima y rara que no deba tenerse como regla de las costumbres? Esto sería una dicha, y os haría honor que mantuvierais la superioridad de vuestro juicio por encima de las cenagosas corrientes que llevan hoy en todas direcciones, arriba y abajo, la propaganda de la disolución y del libertinage. Pues ¿cuál sería el celo por la Religión que tuvo San Gerónimo, cuando temió que se mancillara la pureza de su fé con la lectura de los escritores paganos? Pocas ó ningunas precauciones se toman hoy para guardar tan precioso tesoro, descansando muchos espíritus en el supuesto de que conviene conocer el bien y el mal, la verdad y el error, el pró y el contra en todas las materias: excelente medio de llegar á la duda, á la indiferencia, de quitar al espíritu todo vigor, de exponerse á todos los pecados, á todas las caídas que pueden ser el fruto de tan temeraria presunción ó de una vana curiosidad.

El siglo que se atribuye el inalienable derecho de discutirlo todo, el siglo que se atribuye la misión de no dejar creencia con vida y que trabaja por destruir las más necesarias, no comprenderá sin mucho trabajo los tormentos de San Gerónimo, cuando peleaba por medio de la oración y de la penitencia contra los encantos que sentía por la literatura profana. Tampoco será menos difícil de comprender la penosa contradicción de su espíritu y su sentido, en un tiempo en que se pretende justificar la licencia, y abrir á los goces de la sensualidad una puerta franca. Si fuera posible cambiar la opinión asentada sobre la santidad eminente del hijo de Stridon, yo creo que en estos tiempos de decadencia se hubiera dicho que San Gerónimo combatió fantasmas; que serían escrúpulos y pequeñeces los móviles de aquella tremenda batalla que con el auxilio de Dios sostuvo contra los deseos de la carne y contra sus reminiscencias del paganismo. ¿Cómo que-reis apreciar en unos días de fáciles derrotas, la pujanza del espíritu en la época de tan costosos y difíciles triunfos? Ni los trabajos que emprendió traduciendo y comentando los libros santos dejan de separarle infinitamente del espíritu mo-

derno, falto de aquella perseverancia en el estudio y en el trabajo, cuando no se ve á raiz su poco de granjería, ó nó susurra inmediatamente el leve rumorcillo del aplauso. Por todas estas razones opongo al espíritu del siglo esta gran figura del cristianismo, que en nada se le asemeja: y sirva de despertador á los que hayan por costumbre rendirse á todas las seducciones, prestar atento oído á las peligrosas novedades, el espectáculo del santo anacoréta que apresuró la derrota del paganismo, que lo desterró de las costumbres, librando en su carne las batallas que la sociedad cristiana tenia que promover, para quitar de una vez de delante de los ojos los últimos vergonzosos restos de la idolatría.

¡Qué mudadas halló las cosas nuestro santo, cuando despues de ir á Constantinopla para conocer y oír á San Gregorio Nacianceno, volvió á Italia llamado por un Papa español, San Dámaso, que habia convocado un concilio para decidir algunas controversias! Las damas romanas habian renunciado al orgullo de su opulencia, y ofrecian el ejemplo de las mas austeras virtudes. El cristianismo habia penetrado en las almas, é inspiraba grandes sacrificios y rigorosas

privaciones. San Gerónimo, acompañado de San Paulino obispo de Antioquía, y de San Epifanio, obispo de Chipre, aparecía en Roma en la madurez de su edad y de su genio, con el prestigio de una virtud á toda prueba, y con la fama que por sus trabajos y su sabiduría se habia conquistado. Aquí fué donde San Gerónimo dió por fenecidos muchos errores que infestaban las Iglesias: él ilustró á la Santa Sede sobre todas las cuestiones que se agitaban en el mundo: por su mano se pusieron de acuerdo con Roma los obispos de la Iglesia Oriental; él ordenó las confesiones de fé que se propusieron á la aceptación de los apolinaristas y otros herejes; él escribía las cartas que autorizaba el Pontífice respondiendo á las consultas de los sinodos diocesanos celebrados en Oriente y Occidente (1); él en fin era consultado como un doctor de la fé, era el árbitro en todas las disputas, y sus decisiones fueron reci-

(1) «Como viviendo yo en Roma, ya ha muchos años, ayudase á Dámaso, obispo de aquella ciudad, en las cartas que se escribian para el gobierno y establecimiento de las Iglesias, y estuviese á mi cargo responder á las consultas de todos los concilios sinodales de Oriente y Occidente.....» Carta á Geruncia, citada por el P. Sigüenza, *vida de San Gerónimo*, lib. II, discurso v.

das con respeto, por venir de un hombre tan santo y tan sábio, el más apropósito para sentenciar y dar corte á las dificultades y árdulos negocios que ocurrían. En una palabra; San Gerónimo fué para San Dámaso, lo que San Pablo fué para San Pedro. Admirado por los literatos y filósofos, iban á verle para aprender: quién le tenía por ateniense viendo la propiedad con que hablaba la lengua griega: quién pensaba que se había criado en alguna sinagoga viendo cómo hablaba el hebreo, y lo enterado que estaba en los secretos de los mas aventajados rabinos. Las mujeres mas santas y retiradas no dejaron de verle y de tratarle, saliendo muy estremadas en su devoción; y estas matronas eran nada menos que las herederas de aquellos nombres siempre ilustres y gloriosos de Roma, las hijas y descendientes de los Gracos, de Scipion, de Marcelo, de Camilo, que sacrificaban su belleza, su juventud, sus tesoros, para socorrer á los pobres y enfermos que Jesucristo encomendaba á su caridad.

Yo creo innecesario, Señores, seguir todos los pasos de San Gerónimo en el discurso de su larga vida. Por otra parte, los acontecimientos que siguen á la muerte del Santo Pontífice nos

obligan á separarnos de San Gerónimo, y le vemos retirarse de nosotros con la tristeza con que rematado de calumnias escribió estas letras de despedida saliendo de Italia: «Noble Asella, decía, yo os escribo en el momento de embarcarme, triste y con los ojos llenos de lágrimas. Doy gracias á Dios que me ha juzgado digno de ser aborrecido por los hombres.» Después de largos viajes por el Oriente, visitando ciudades y desiertos, aprendiendo del sábio Dídimo lo que no habia aprendido ni en Constantinopla ni en Roma, fijó su residencia en Belen. Allí escribió y estudió á maravilla. Allí le siguieron Paula y su hija Eustoquio, Prisca, Marcela y otras damas cristianas arrebatadas por su santidad y su elocuencia. Allí fueron á consultarle los sábios de Italia, España y Africa. Allí supo los desastres de la Italia, el asedio de Roma por Alarico y sus bárbaros, de boca de aquellas familias ilustres que fueron á la Judéa á mendigar un asilo, pesarosas de no haber creído en las amenazas de San Gerónimo. Terribles golpes sufrió el corazón de este grande hombre viendo las señales de una catástrofe tan espantosa. Sus cartas de aquel tiempo llevan la marca de una tristeza profunda. Los

sarracenos invaden la Palestina, y San Gerónimo se salva milagrosamente. En aquellos dias muere prematuramente la santa virgen Eustaquio, mujer de corazon noble, de admirable espíritu, y San Gerónimo queda congojado y abatido bajo el peso del dolor. Acabado de fuerzas, lleno de años, llorando la pérdida de sus mejores amigos, sin esperanza de alcanzar dias mas tranquilos, dejando á la posteridad un monumento en sus obras, San Gerónimo voló al cielo con sumo dolor de aquellos pobres desterrados que habian huido de sus palacios de Roma. Habian colgado de los sauces sus harpas y sus cítaras, y no pudieron cantar el himno de Sion en tierra extranjera: pero llevaron á la sepultura del solitario de Belen el homenaje de su tierno amor y de sus lágrimas, que son el tesoro de los que viven en el destierro.

¿Nó os conmueve, Señores, la heróica historia de este Padre de la Iglesia, la caida de este gigante á pesar del estrépito con que se desploma el Occidente, el olor de su santidad que trasciende como el de un aroma vírgen, y el ruido de su celebridad estendida por todo el mundo? Los santos son nuestros ejemplares; modelos de

viva perfeccion; y no se les imita sino se les admira. Si se pudiera decir «faltan los héroes de la virtud; ¿cómo quereis llevarnos al heroismo?» la respuesta sería difícil. Pero los héroes abundan; son muchos los que siguen los pasos de Jesucristo; ¿solo nosotros permaneceremos estacionados, sin adelantar un paso en el camino de la perfeccion? ¿Solo nosotros tenemos una voluntad rebelde, y una naturaleza flaca, y unas pasiones impetuosas, y un corazon ulcerado? ¿Solo para nosotros se ha secado la fuente de las gracias y bendiciones, y el cielo, para otros tan propicio, será para nosotros tan duro que no logren nuestras lágrimas ablandarlo? ¿Hemos llegado tan arriba por la senda de la perfeccion, que no sea preciso hacer un esfuerzo para remontarnos mas alto? ¿O faltan accidentes en una existencia verdaderamente dramática, que nos muevan á sostener la batalla contra nosotros, la batalla que ha de emprender todo hombre, si de buen grado no se resigna á bajar de su altura, á perder de su dignidad, á hundirse en el cieno?

Admirar pequeñeces, estasiarse en la contemplacion de personajes microscópicos, de hechos diminutos, de proezas que no merecen es-

te nombre, es nuestra ocupacion. No damos lugar á que las cosas crezcan; empiezan á brotar, y ya son notabilidades y portentos. Lo grande no puede ser alabado dignamente, porque agotamos todos los recursos en alabanza de lo pequeño: así falta el estímulo para la imitacion de lo grande, mientras que lo pequeño no se conoce en su pequeñez real y positiva con la sobrecarga de los elogios. Decia al principio que hoy sabemos distinguir lo grande de lo que no es grande, y por esto hablo así; hablo al buen sentido; este lenguaje se entiende; y no es regular perder en una mala comparacion las ideas de lo alto y de lo bajo, de lo inferior y de lo sublime, cuando abundan los medios para hacer estas distinciones sin correr el riesgo de equivocarse. Admirar las bellas artes decaidas, cantar las victorias de un progreso equívoco, deshacerse en alabanza del génio que está por ver, de existencias vulgares, de mil cosas que suceden todos los dias y que se nos pintan como extraordinarias y originales, esto no puede menos que ser funestísimo, de muy mal ejemplo y de peor enseñanza.

Por acabar este discurso con ejemplos y doc-

trina del siglo de San Gerónimo, nosotros diremos á los admiradores é imitadores de tantas frivolidades en nuestro tiempo, lo que decia San Gregorio Nacianceno á los despreciadores de las glorias cristianas, que no se conmovian con los mas señalados ejemplos de santidad. «En lugar de honrar cosas tan santas, vosotros las despreciáis; vosotros que admiráis la pira de Hércules encendida por mugeres ultrajadas; vosotros que admiráis la hospitalidad de Pelops y el amor que tenía por los extrangeros y los dioses, que han honrado su posteridad con un pedazo de marfil; vosotros que admiráis las incisiones que se hacen los frigios conmovidos con la música de las flautas, y que son tan despreciables á pesar de los tormentos que sufren en los sacrificios que hacen al sol. Vosotros habláis con elogio de estos bárbaros que degüellan á los peregrinos cerca del monte Tauro, de la hija de un rey sacrificada en Troya, de los jóvenes de Esparta que se dejan matar á palos, de un altar rociado de sangre en honor de Diana, de la cicuta que tomó Sócrates, y de aquel que se precipitó de una gran altura despues de haber leído un libro sobre el alma.... Poned los ojos en

nuestros santos, faltos de todo, cuyo cuerpo está seco y gastado para que pueda acercarse mas á Dios: el puro suelo es su lecho, y no se lavan los pies con perfumes segun el pensamiento de vuestro Homero. Poned los ojos en estos hombres tan humildes que están por cima de todas las cosas humanas; que son libres hasta en las cadenas; que nada poseen, y que lo poseen todo; que llevan una doble vida, la una muy descuidada, la otra cultivada con todo esmero. Poned los ojos en estos hombres á quienes la mortificación hace inmortales, que se unen á Dios destruyéndose á sí mismos, que ó no saben lo que es el amor profano ó son abrasados por el amor divino: sus cantos imitan la salmodia de los Angeles; pasan las noches enteras alabando á Dios; su espíritu está en Dios antes que llegue la muerte: aunque ellos sean muy puros, se purifican sin cesar: no ponen límites á los deseos que tienen de acercarse mas á Dios: ellos están en sus cavernas como en el cielo; su soledad hace para ellos las veces de una grande asamblea; y renunciando á todos los placeres, ellos gustan de dulzuras tan inefables que nó se pueden describir. (1).» San Gerónimo pudo exclamar albo-

(1) De una invectiva contra el Emperador Juliano.

rozado como el rey David al acercarse al mismo Dios: *Eruisti animam meam ex inferno inferiori*: Señor, tú has sacado mi alma del infierno mas profundo.

Mas ¿qué digo de vosotros? No, hermanos míos. Vosotros sentis hacia los santos el consuelo de la devoción, y esperais por el mérito de sus virtudes las gracias que habeis menester. Sus lágrimas han servido para borrar muchos pecados: cuando levantan sus manos al cielo en el tiempo de la oración, apagan las llamas de los rencores y venganzas en el pecho de los hombres sin piedad. Los devotos de San Gerónimo no han muerto en la impenitencia: santo de vida tan penitente y mortificada, alcanza de Dios para sus amigos en la última hora la contrición del corazón, y mueren santificados. Creed mis queridos hermanos, que es grandísimo consuelo esperar una gracia particular de cada uno de estos siervos de Dios, cuyas oraciones son nuestra defensa, cuyos meritos son nuestro escudo; ellos pelean por nosotros y contra nuestros enemigos; ellos embotan el filo de las espadas, y detendrán, en fin, algun día la corriente de vuestros pecados, si quereis como San Gerónimo borrar las me-

morias de una juventud descuidada, y perder  
todo lo del mundo para atesorar en el cielo.

Amen.



## SERMON

### PARA EL DIA DE SANTA URSULA.



*Eo quod castitatem amaveris.....  
ideò et manus Domini confortavit te,  
et eris benedicta in æternum. Judith  
cap. xv, v. II.*

*Porque amaste la castidad, por  
esto te confortó la mano del Señor, y  
por esto serás eternamente bendita.*

Señores: despues de una famosa matanza en que perdimos cuarenta mil guerreros, decia uno de los soldados victoriosos al frente de un millon de bárbaros estendidos como una plaga sobre el Occidente: «Por lo que á mí hace, estoy cansado de matar; y me extraña mucho que un pueblo que asi huye delante de nosotros, quiera disputarnos aun sus bienes y sus provincias.» Y si á

las costumbres rudas y groseras de los pueblos del Norte, si á la rabia de una guerra asoladora contra el poder y el territorio del resto de Europa se añade el furor del gentilismo persiguiendo todas las instituciones cristianas, queriendo borrar todas las señales del culto y hasta la huella de las mas sublimes virtudes, entonces se comprenderá muy bien el horrible sacrificio de las once mil vírgenes cristianas, que con santa Ursula recibieron la palma del martirio cerca de los muros de Colonia, de mano de los Hunos, capitaneados por Juliano.

La virtud de la castidad, y su ideal, que es la virginidad, tienen contra sí dos especies de enemigos, con el mismo fin, pero valiéndose de medios diferentes, han fomentado todos los ardores de la concupiscencia. Los ímpetus de la barbarie han sido desastrosos: la Religion se estremecía cuando se ponian en marcha las feroces hordas que todo lo llevaban á sangre y fuego. No se aviene con la castidad los hábitos de una soldadesca indómita, desenfrenada; ni en las terribles irrupciones de bárbaros que ha sufrido la Europa pudiera creerse el pudor puesto al abrigo, cuando ébrios de sangre y estragos, los bárbaros

señalaban desde lejos los templos y monasterios que habian de arrasar, las ciudades que habian de destruir, los tesoros que habian de servir de alimento á su rapacidad. No respetarian ni el sexo, ni la debilidad, ni la virtud, ni el pudor de las vírgenes consagradas al Señor, ni comprenderían el temblor y la solicitud de las castas doncellas siempre alarmadas por las mas pequeñas imperfecciones y descuidos que pueden ofender á esta virtud tan delicada, que se mancha con lo mas leve y á quien estropéa el oréo de una suave brisa. El heroismo que supone el mantenerse apartadas de la corrupcion del siglo, negandose hasta la familiaridad que es lícita y los placeres que no atacan el pudor por lo derecho, sería del todo incomprensible. Las almas de estos bárbaros tampoco tenian aquel temple delicado para percibir en la honestidad de una muger recatada la belleza, que enamora, de un sentimiento tan sublime, ni la fiereza de sus costumbres les permitia conocer siquiera la suavidad del amor, que puede ser honesto y estar bien ordenado. Los hombres de la carne y de la sangre no pueden comprender el esfuerzo de los flacos para no dejarse rendir por las seducciones de una natu-

raleza corrompida, cuyas viles propensiones tiran á ser nuestra ley. La Religion que los bárbaros perseguian, la humanidad que era para ellos una palabra sin sentido, la civilizacion que ahogaban entre sus brazos, la belleza, que no alcanzaba sino á despertar su sensualidad porque la belleza era para estas hordas el mas codiciado de los despojos, nada de esto podia detener el torrente devastador de sus masas. Saltaban los aceros en sangrientos y desiguales choques de la fuerza contra la fuerza; todos los elementos que resistian parecian débiles delante de estas legiones; y hasta que Dios quiso dar á estos elementos débiles la fuerza necesaria para el triunfo, estuvo dudoso y empeñado el lance entre la civilizacion y la barbarie. Dios concedió á las vírgenes la gracia del martirio, que es juntar la mayor fuerza á la mayor flaqueza. No alabamos la virginidad porque la encontremos en los mártires, sino porque hace los mártires, como dice San Ambrosio: *Non enim ideò laudabilis virginitas quia in martyribus reperitur, sed quia ipsa martyres faciat* (1). La naturaleza no la ha incluido en sus leyes, y por esto no la puede comprender el ingenio huma-

(1) *De Virginitate, lib. 1.*

no. Para ser imitada en la tierra, ha tenido que venir del cielo. Las vírgenes que han querido conservar su tesoro á costa de la vida, atraídas por un amor espiritual y mas puro que el que se les ofrece aqui en la tierra, han atravesado las nubes, las estrellas y los Angeles, hasta encontrar en el seno de Dios Padre, el amante esposo que buscaban en los desmayos de un amor divino.

Increible parecia que la Reforma protestante, siquiera por un resto de pudor, fuera tan enemiga de la castidad como lo atestiguan los hechos. Parece imposible que despues de escribir San Cipriano, San Ambrosio y otros padres de la Iglesia magnificos tratados y apologías de esta virtud, saliera Lutero haciendo un llamamiento á las pasiones mas vergonzosas, y alentando á la desenvoltura con su propio ejemplo. La Iglesia hace indisoluble el lazo del matrimonio, y los reformadores lo desatan con sus liviandades: la Iglesia pone un velo sagrado sobre las vírgenes consagradas al Señor, y los reformadores lo desgarran; no respetan el santo asilo en que se guarecen, y se declaran, como los bárbaros, enemigos de los institutos monásticos. Las armas

del día no son el dardo ni la saéta; pero aconsejando á los Príncipes que los despojen de sus bienes y propiedades, escribiendo libros contra el celibato, condenando los institutos religiosos en nombre de otra cosa cualquiera, para que no se vea que hay ojeriza contra ellos porque sean santuarios de la virtud, los deseos de unos y de otros son casi tan bárbaros como los de Atila. Lo que hemos presenciado afrentaría al paganismo: porque los griegos respetaron la castidad en la sacerdotisa de Apolo, los romanos en sus vestales, los galos en sus druidesas, los germanos en sus adivinas, como los peruanos en las *virgenes del sol*. Aunque el paganismo fuera impotente para producir la castidad, siquiera se lo ha creído; y esto al menos dice mucho en su favor: pero condenar la castidad de hecho y llamarla *el peor de los fanatismos*, que *ha empañado*, como dice Mosheim, *la hermosura y sencillez del cristianismo* (1), esto no lo pensarían los bárbaros que martirizaban á las doncellas: ni llegó á tanto la procacidad de los pueblos mas disolutos del Asia.

Mas acortemos reflexiones para entrar en el

(1) Hist. Eccles. del II siglo, 2.<sup>o</sup> parte, cap. 3.<sup>o</sup>

relato de uno de los sucesos mas maravillosos que se descubren en la historia de los primeros siglos de la Iglesia. Por singular y peregrino he consagrado mi atencion con toda escrupulosidad al exámen de todos los documentos en que pudiera rastrearse alguna cosa acerca de una tradicion tan bella. Pidamos á Dios el acierto, para que con motivo de esta exposicion que es una brillante apologia del catolicismo, amemos la castidad que hace los martires, ó que por lo menos presta su vigor á los propositos del hombre cuando quiere hacerse mejor. *Ave Maria.*

Escribiendo el Apóstol San Pablo á los fieles de Corinto, nó dá á las vírgenes precepto, sino consejo: pero de la brevedad de la vida (*tempus breve est*) saca argumentos que persuaden de la necesidad de guardar castidad en todos los estados. «Si alguno viene á mí y no aborrece á su padre y á su madre, y á su mujer, y á sus hijos, y á sus hermanos, y á sus hermanas, y aun á su alma, no puede ser mi discípulo. Y el que no lleva al hombro su cruz y me sigue, no puede ser mi discípulo (1).» San Juan Crisóstomo se

(1) Luc. cap xiv. v. 16.

funda en estos pasajes de la Escritura para preguntarnos: «¿Eres tú dado á los deleites, á la molicie? Mira que el Señor está cerca. *Dominus propè est.* ¿Tienes codicia por el dinero? Ve ahí el reino de los cielos. *Regnum cælorum adest.* ¿Sueñas con el lujo de magníficos palacios? Pues mira que pasa la figura de este mundo. *Præterit figura mundi hujus.* ¿Porqué te ocupas de lo que pasa y te olvidas de las cosas estables y perennes? No busques la voluptuosidad, ni las riquezas, ni las haciendas, ni la comida, ni el vestido, ni la agricultura, ni la navegacion, ni las artes, ni los palacios, ni las ciudades, ni te fijas en cosa transitoria; sino busca otro estado en que puedas hallar la disciplina ó regla de la vida(1).»

Amar á Dios, querer la salvacion, y no ponerse en seguro para no perecer, no ha sido la conducta de los santos. La fortaleza de la gracia que protege contra las sujestiones del sentido ha elevado las almas de los santos, hasta poderse dudar si nó estuvieron como las nuestras, encerradas en un cuerpo de fragil barro. Elías, Eliseo, Juan, Ursula y sus compañeras, ¿en qué se

(1) Lib. de virginitate, cap. 73.

diferenciaron de los Angeles? En que eran mortales por naturaleza: y en esto mismo por lo que se diferenciaron y fueron inferiores, los estimamos dignos de las mayores alabanzas. Ellos vivieron en la tierra; y con padecer las necesidades de una naturaleza corruptible y mortal, alcanzaron esta rara virtud que los asemeja á los Angeles. Dichosos ellos que no tuvieron mujeres, ni hijos, ni techo ni mesa; que asi no los detuvo el siglo con sus impedimentos. Vivieron en la tierra como en el cielo; el cielo fué su techo; la tierra fué su cama; la soledad fué su mesa; y apesar de la esterilidad del desierto, no les faltaron los frutos silvestres, el agua de las fuentes y de los rios, ni la Providencia que por medios extraordinarios los sustentara. Si pensais, Señores, que semejante abnegacion es cosa insólita y que no puede servir de regla, convengo en ello: es cosa extraordinaria. Si fuera comun, diria que el hacerse superiores en tal grado á las flaquezas de nuestra condicion era una cosa fácil. Pero por la misma razon convendreis en que el culto de la virginidad es la raiz de todas las acciones generosas, el principio de la elevacion de la criatura, y la explicacion de todos los bie-

nes. De aquí nace la libertad, la confianza, la fortaleza, el ferviente amor de las cosas celestes, y el desprecio de las terrenas. ¡Qué gastados estan ya los encomios y ponderaciones de la filosofía, considerada hasta el fastidio como el remedio de todos los males, como el recurso para mitigar la fuerza de los dolores y poder reparar todos los quebrantos! El remedio seguro es la independendencia; ¿de qué? la independendencia de todo, la abstraccion, tan absoluta como sea posible. El culto de la virginidad, siendo el mayor de los triunfos contra la naturaleza, es por tanto el que constituye al hombre en un estado de independendencia tal, que con este sacrificio, los demas le son fáciles. La Religion prepara para todos; y asi, la Religion, que es el consuelo en nuestras caidas y la fuerza que ayuda nuestras resurrecciones, cuenta la castidad entre las primeras y mas preciosas virtudes, porque sin la castidad no hay virtud ni obra buena. *Nec castitas est sine bono opere, nec opus bonum est aliquod sine castitate.*

Una doctrina como esta, que no es de circunstancias, que no vale mas ni menos porque se aprecie de esta ó de la otra manera, ha sido

siempre enseñada por la Iglesia, practicada por innumerables almas escogidas, reverenciada por todas las gentes de juicio. En las persecuciones y triunfos que alcanzó la Iglesia de Jesucristo en los primeros siglos, la virginidad fué combatida ferozmente; pero sin que faltaran castas matronas ni coros de vírgenes que siguieran al Cordero adonde quiera que fuese, como vamos á ver.

El cristianismo iba alcanzando victorias en los primeros siglos, no sin grandes trabajos. Era, como sabeis, una revolucion moral, una revolucion profunda, y á ella se oponia el mundo antiguo con sus errores, y ademas, plagado de vicios. Opuso la fuerza, opuso la idolatria pegada á las costumbres, opuso la literatura, opuso todo lo que á una Religion que penetraba en el espíritu pudo oponerle otra religion que no pasaba de los sentidos. Vióse la Iglesia acometida á la vez por los bárbaros, en que habia idólatras y hombres sin religion alguna, y otros muchos hereges arrianos, (que estos eran los que menos distaban de ella), y por el paganismo, aunque por entonces estaba ya muy debilitado. La Religion de Jesucristo prevalecia y se propa-

gaba con una rapidéz asombrosa, viéndose forzados los mantenedores del antiguo culto á hacer sin lucimiento el papel de resistencia á las invasiones triunfantes de la nueva doctrina. En esta coyuntura, muchedumbres de bárbaros dieron una embestida al Imperio romano por los años 406. El caudillo que las mandaba fué á perecer miserablemente en las montañas de la Toscana; y como el proyecto de invadir la Italia no fué solamente la idea de un hombre arrojado, sino que al parecer fué plan concertado con otros muchos pueblos de la Germania, todos estaban detras del infortunado caudillo, y la nueva de su desastre les aumentó los deseos en que ardian de destruir á Roma. El primer impulso de los vándalos y alanos que seguian de lejos aquellas muchedumbres derrotadas, fué volverse hacia el Rhin, pasarlo y estenderse por su ribera izquierda. Hemos dicho, mis queridos hermanos, que la Religion se estremecía cuando se ponian en marcha las feroces hordas que todo lo llevaban á sangre y fuego: una madre que viera caer á sus hijos en las llamas, ó que tuviera que disputarlos al furor de las ondas, no lanzaria gritos mas agudos ni lloraria con mas descon-

suelo que lloró la cristiandad viendo contra-  
marchar á los bárbaros, y revolverse como una  
fiera herida para cebarse en la sangre de algu-  
nas ciudades pacíficas y destruir los estableci-  
mientos de la Iglesia. Las del Rhin no eran sun-  
tuosas como las de Grecia y de Italia; no eran el  
centro del saber, ni del poder, ni de las riquezas;  
eran pobres y débiles en la apariencia; tenían la  
gracia junta con la debilidad de la juventud;  
pero la fé que las habia plantado tenia todo el  
brio que se necesitaba para acometer las mas ar-  
riesgadas empresas, y aquellas Iglesias que pa-  
recian agitarse y temblar como plantas tiernas  
con el viento de la persecucion, estenderian un  
dia sus redes por toda la Germania, se propa-  
garian, se estenderian, sin dejar una floresta en  
que el paganismo pudiera ocultar sus misterios.  
Las predicaciones de Victricio, de San Paulino  
de Nola, de San Ambrosio y otros obispos iban  
trayendo provincias enteras al gremio de la Igle-  
sia; reyes y reinas convertidas pedian reglas de  
disciplina á estos varones apostólicos; y por to-  
das partes, hombres que hacian vida de Ange-  
les hacian resonar con sus piadosos cánticos las  
islas y los bosques, de que se iban retirando las

hordas que los infestaban. Era esta una tierra llena de espinos y de maleza que iba entrando en cultivo poco á poco.

La invasion que estamos describiendo fué un verdadero estrago de las provincias ocupadas por las indisciplinadas bandas de los hunos, alanos y suevos: quemaron ciudades, pusieron en dura esclavitud á sus pacíficos moradores, y saquearon las basílicas. Inspiraban un horror indescriptible estos hijos del desierto, concebidos, como se creia, en el casamiento de hechiceras y de malos genios, y que no conocian mas Dios que una espada hincada en la tierra, ni otro culto que la efusion de sangre (1). Los corazones mas firmes echaban de menos los tiempos de Decio y Diocleciano. Una banda de estos bárbaros se apoderó de una ciudad, sorprendió en la Iglesia millares de cristianos, y los degolló sin piedad. Desaparecieron las Iglesias, los monasterios, las ciudades, los monumentos, las instituciones; parecería que la tierra misma no estuviera segura debajo de los pies. Todas las señales de cultura, ó romana ó cristiana, se borraban al paso

(1) A. F. Ozanam, *La civilisation chrétienne chez les Francs*, chap. II, pag. 47. Edicion de Paris, 1849.

de los trescientos mil devastadores que capitaneaba Atila. Besanzon, Strasbourg, Worms, Langres, Reims, Cambrai, y otras poblaciones fueron destruidas. De Metz no quedó sino una capilla dedicada á San Esteban, pereciendo los sacerdotes al pié de los altares. Los hunos sucumbieron en las llanuras de Châlons, pero tan sangrientas luchas esparcieron el terror y el asombro por todas partes (1).

En medio de tan atroces sucesos, la posteridad, aún conmovida, coloca la bella leyenda de Santa Ursula. Hija de Mauro, rey cristiano de la gran Bretaña, pídelo por esposa un príncipe idólatra, quien amenazaba de muerte al escocés, en caso de no prestarse á sus deseos. Por salvar á su padre aparenta consentir en lo que el bárbaro le propone; pero sentando por condicion que se le permitiría disfrutar de su libertad por espacio de tres años, cuyo plazo gastaria en viajes y correrías, y que se le habian de asignar otras diez vírgenes, siendo seguidas cada una de las diez de

(1) Ozanam cita en comprobacion de estos sucesos las autoridades de Fauriel, de Paulo Orosio, de Prospero de Aquitania y de otros historiadores.

otras mil compañeras (1). Siendo Ursula de rara hermosura, era dueña del corazón de aquel bárbaro, y pudo imponerle condiciones á su antojo. Equipó once galeras, y ejercitóse por los mares navegando, desplegando las velas, remando, y en oraciones y otros ejercicios de piedad. Aquella comitiva que llevaba los mas ricos tesoros de la Europa deslumbraba á las gentes que gozaban de tan vistoso espectáculo desde las riberas. Una tarde se levantó el viento norte, empujó las naves, y huyendo del Océano, llegaron á las embocaduras del Rhin. Advertidas por un Angel, las vírgenes saltaron en tierra, y atravesaron los Alpes para ir en peregrinacion á Roma. Causaron un magnífico trastorno en la Ciudad Eterna. El Papa Ciriaco dejó la tiara para seguir las. Santos obispos y Prelados ilustres siguen el coro de las vírgenes; en pos de ellas se van las Reinas de España, Hungría, Dinamarca y Sicilia, las damas principales de las cortes de Europa; y al ver esta sublevacion general, que tanto irritaba

(1) Los breviarios de Burgos y de los franciscanos y dominicos siguen á Baronio, que nada dice sobre este plazo de tres años que se supone señalado por Santa Ursula.

á los gentiles, instigaron por cartas á Juliano, capitan de los hunos, para que las acometiese ó dispersase con sus huestes (1). Ellas volvian de Italia tan gozosas; ya surcaban las aguas del Rhin en sus navios, y distinguian los campanarios de Colonia, cuando divisaron las tiendas de los hunos que á la sazón habian puesto sitio á la ciudad. ¿Adónde vais tan confiadas, oh santas virgenes, esposas ya de Jesucristo? Si habeis asentado vuestra dominacion sobre un elemento inconstante y bravío, como parece que habeis dominado vuestras pasiones con la fuerza de una abnegacion heróica, tan heróica como la reclama la virtud, ¿nada tendreis que temer de las asechanzas infernales? ¿Podreis estar serenas entre los mares y los bárbaros, y más si os obligan á escoger entre el martirio y la deshonorra? El naufragio de la virtud ó de la vida parece inevitable; pues ¿cómo desplegais las velas al viento?

Bendigo con todo mi corazon la misericordia de Dios que me trae á la memoria un pasage muy precioso de la carta que escribió San Geró-

(1) Esta circunstancia la hemos tomado de un extracto de las lecciones del oficio de Cordoba en el rezo de las once mil vírgenes.

nimo á su caro amigo Heliodoro, y que me viene muy apropósito para continuar el simil del naufragio. «¿Qué haces entre la multitud y el bullicio?» le dice el santo doctor. No aviso yo ni digo esto como quien ó no probó el peligro de las ondas, ó escapó con la nave ó mercancía seguro á la ribera: sino como marinero diestro, que saliendo ahora del naufragio, en el arena, con temerosa voz aviso á los que de nuevo tientan el mar. Allí sorbe y traga el fuego de la lujuriosa Carybdis la salud del alma; acullá la engañosa Scyla, con rostro de doncella, halagando risa falsa, para que dé á fondo la castidad. Aquí la ribera de la gente bárbara, ajena de razon; aquí el corsario demonio con sus aliados, á los que cautiva, pone en fuerte cadena. No os creais de ligero, no fieis, no esteis seguros, aunque se os muestre el mar en bonanza, y que convida; que el aire manso apenas os menea el cabello. Sabed que en esta llanura hay altos montes, y dentro está encubierto peligro grande, dentro está en celada el enemigo: apretad las cuerdas, tended las velas, cargad la antena de la cruz sobre vuestras frentes: tempestad es esta, que no bonanza.» Pero las naves siguieron el curso de las ondas y

el impulso de los vientos; y cercadas las vírgenes por todas partes, ovejas entre lobos, teniendo que escojer entre la muerte y la deshonra, todas murieron. Ursula rehusó dividir su trono con Atila; y herida por un dardo, fué á juntarse con sus compañeras en el cielo. Es fama que las aguas del Rhin se enrojecieron, y que la tierra quedó empapada en sangre. Con tan glorioso fin alcanzaron la palma del martirio las once mil vírgenes cristianas, que segun la leyenda estaban destinadas á unos emigrados bretones. Ahora resumiendo lo que hemos dicho sobre las persecuciones que de parte de los bárbaros y de los gentiles sufría el cristianismo, con todas las instituciones que habia fundado y con todas las virtudes que inspiraba, preguntamos: «¿Estas legiones de vírgenes acosadas por los paganos y cayendo á los golpes de sus flechas, no eran la imágen de aquellas jóvenes Iglesias de la Germania, muertas en flor por las invasiones (1)?»

(1) Esta observacion es del sábio Ozanam. Sigue este eminente escritor católico la leyenda de Sigebert (Chronic. ad ann. 453). Surio esplanó esta leyenda con colores poéticos. Esta tradicion no era conocida cuando se formaron los martirologios de Adon, de Rhabano Mauro y de Notker: por primera vez se encuentra en el martirologio de Wandelbert (siglo noveno). Dice así:

Sin duda que estas vírgenes *coronadas de lirios y de rosas* eran la imágen de aquellas Iglesias exterminadas en un momento de ira, para despues brotar y florecer con nueva vida lozana y vigorosa. Las virtudes no podian perecer sien-

*Tum numerosa simul Rheni per littora fulgent  
Christo virgineis erecta tropæa manipulis,  
Agrippinæ urbi, quarum furor impius olim  
Millia mactavit ductricibus inclyta sanctis.*

No puede decirse que las actas de este martirio no tengan muchos errores; pero la crítica ha pasado muy adelante, partiendo de lo inverosímil de alguna circunstancia, principalmente en cuanto al número de vírgenes. La antigüedad del suceso y la falta de documentos históricos como los pide la crítica con tanta mas diligencia cuanto es menos devota, parece que ayudan á esparcir dudas y á desautorizar la tradicion. En pró de ella están los breviarios antiguos: pero muchos cronicones no merecen fe; ha habido ruidosas falsificaciones como el supuesto hallazgo de Dextro; y hasta la reforma de breviarios que hizo San Pio V, aunque no fuera mas que *ad tollendam orandi varietatem*, como que disminuyó el prestigio de los que quedaron suprimidos, aunque no fuera con la mira de desautorizarlos.

En el martirologio romano, aunque no se contradice el número de las vírgenes, no se habla mas que de Santa *Ursula y sus compañeras: (Ursulæ et sociarum ejus)*, como se dice en la oracion de su oficio. En él se apoya Natal Alejandro para contradecir el número de once mil vírgenes. En algun breviario se han encontrado estos números romanos y estas iniciales—*XI M. V.*— que algunos han leído de esta manera: *once mártires vírgenes*: y les ha parecido mas verosímil. En el diccionario histórico de Caen (1783) se reduce el número á once. A los que reducen tanto el número de estas

do el cristianismo inmortal. Las almas religiosas no pueden vivir sin la castidad, así como el gentilismo y todas las falsas religiones necesitan combatirla. Todos los pueblos, así que se apartaron del verdadero Dios, divinizaron el deleite. En un siglo en que perecían cuarenta mil

santas doncellas decimos con San Agustín: «*Absit ut tanta virginum multitudo ad tam exiguum numerum revocetur* (In Math. serm. 23).» Ozanam dice que se hace mención de un antiguo Misal citado por Grandidier (*Histoire de l' Eglise de Strasbourg*, tom. I. pág. 147), donde se leen estas palabras «*Ursulæ et undecimillæ, et sociarum virginum et martyrum.*» Ozanam se inclina á creer que se han equivocado los que han leído los números y las iniciales XI. M. V. del modo que hemos dicho, y así se expresa: *Mais j' inclinerais plutôt à y reconnaître la fausse interpretation de ces initiales latines XI. M. V. «Undecim Martyres Virgines»* (*La civilisation etc.*, pág. 49)

Ozanam ha encontrado en un calendario de la Iglesia de Colonia, del siglo noveno, publicado por Binterim (Colon. 1824) los nombres de Ursula y sus diez compañeras, á saber: Sancha, Gregoria, Pinosa, Marta, Saula, Britula, Santina, Rabacia, Satura y Paladia.

Creemos haber apurado todas las noticias que pueden interesar á los críticos. En cuanto á los poetas, también se han apoderado de la leyenda; y el inmortal Camoens cantó en bellas octavas el martirio de Santa Ursula y sus compañeras. Así empieza:

De una santa doncella desposada  
Que de otras santas once mil gloriosas  
Entró en el claro cielo acompañada,  
Con coronas de lirios y de rosas;  
De su divino Esposo tan prendada  
Que es una de sus mas fieles esposas

hombres en una batalla y once mil vírgenes en un degüello, era sangrienta de mártires y de verdugos, debió librarse la gran batalla contra la castidad, singular virtud que debia provocar los mismos ódios que la santa Religion de que

Amor, vida y martirio cantar quiero,  
Fiado en el amor que della espero.

Cuenta su navegacion y el arribo á Colonia de este modo:

El viento favorable va llevando  
A las doncellas que le están fiadas;  
Con tal prosperidad van navegando  
Que ya os dejan atrás, aguas saladas,  
Y en las dulces del Rhin estan entrando  
Donde tienen sus vidas limitadas.  
Allí una ciudad ven sobre la arena,  
Que de verlas morir tuvo la pena.

Cinco octavas dedica el autor de las Lusiadas para pintar con arrebatados colores el amor de las vírgenes. Sigue en casi todas la relacion comunmente recibida, si bien usa de algunas licencias poéticas.

D. Bartolomé Cayrasco de Figueroa, Chantre de la Iglesia de Canarias, cantó tambien este martirio, tocando apenas la historia del suceso. No se parecen sus versos á los de Camoens: el estilo es amanerado y los conceptos repugnantes, como esta invocacion á Santa Ursula:

Y vos, *Ursa menor*, que de diamantes  
Poblais el cielo que con ellas brilla,  
Pues como á todos el latin enseña,  
*Ursula* significa *Osa pequeña*.

Otros poetas han tratado el mismo asunto; pero sobre ser de mala manera, inventan mucho y dicen lo que quieren en sus relaciones.

habia nacido. Dios ha negado el triunfo á la fuerza bruta; y si bien era fuerte el vandalismo de los soldados, y licenciosas las costumbres de la plebe, y corrompida la vida de los palacios, y abyectos los filósofos y adoradores de las divinidades del paganismo, la fuerza que tenia la Religion perseguida podia mandar los espíritus é inspirar las mas sublimes virtudes, contra las que nada podian alcanzar las mas rabiosas persecuciones. Sabemos adónde llega el dardo de los hunos y la violencia con que se clava en el pecho de tan nobles víctimas; pero lo que no puede calcularse es la fuerza que tendría, por ejemplo, la palabra de San Ambrosio, que al hablar de la virginidad, (como que este fué el asunto predilecto de sus sermones), atraia hasta contra la voluntad de sus padres, porque asi estaba la sociedad, á las doncellas de Bolonia, de Milan, y hasta de los extremos de la Mauritania. Es irresistible la elocuencia del santo, llena de delicadeza y de ternura cuando sondea las llagas del corazon y aplica con cariñosa mano el balsamo suave que restaña las heridas. San Ambrosio sabia inspirar el deseo de conservar la belleza del alma que ningun viento abrasa, que ninguna en-

fermedad marchita, ni se borra con la edad, ni puede arrebatarnos la muerte. Las vírgenes, edificadas por esta palabra capáz de sostenerlas en la batalla de los sentidos contra el espíritu, desearon conocer sus deberes, estimaron la dignidad de su recato, y tuvieron el valor del martirio; en vez de llorar sus pecados, pudieron llorar los desordenes del mundo. ¿Qué podían hacer los bárbaros y los paganos juntos para destruir las virtudes mas singulares que nacian de una Religion santa y que le prestaban su apoyo? A las violencias de los tiranos respondia el heroismo de los nuevos creyentes: fué aquella una lucha del hierro y del fuego contra la divina gracia, en que se desconceptuaron los Dioses. Simmaco escribia entonces: «Estoy aflijido porque no se ha expiado el funesto presagio de Spoleto. Apenas se ha mostrado propicio Júpiter á la cuarta *mactacion*, y con la undécima no se ha podido satisfacer á la Fortuna publica.» Tal era la diferencia del nuevo al antiguo mundo. Millares de vírgenes volaban al martirio, mientras Simmaco exortaba á las vestales á conservar cuidadosamente su disciplina, y pide el castigo de una de ellas que habia violado su voto.

Las reflexiones que hemos hecho, todas encaminadas á juntar la Religion y la castidad que nace de ella, tomarán mas fuerza de las que vamos á hacer sobre la eterna lucha de la carne contra el espíritu.

Esta contradiccion es una ley de la naturaleza. Se puede triunfar, pero es preciso combatir; podemos evitarnos la humillacion de la derrota, pero no podemos sustraernos á la lucha. ¿Qué sucederá á los flacos, cuando decia el Apóstol San Pablo que veia en sus miembros una ley que repugnaba á la ley de su espíritu, y que le cautivaba en la ley del pecado? Jamás hubo un pueblo en la tierra que se librara de las sugestiones del sentido. La moderacion y la templanza son virtudes raras en todos tiempos; y por esto, rasgos de continencia como los de Scipion hallaron en la historia una página de oro. El fenómeno es igual en todas partes; en los hielos de la Escandinavia, como en las abrasadas arenas de la India. La excitacion rebelde no cuenta para nada con las pulsaciones que dá el corazon en cada segundo, ni con la imaginacion ardorosa de los meridionales, ni ha menester el ayuda de un espíritu extravagante ó supersticioso. Donde quie-

ra que la carne se sobrepone al espíritu, hallamos la huella de pasiones profundas con sus rasgos de brutal fiereza, torpes delirios y melancólicos ensueños, que secando las fuentes de la vida, traen inevitablemente la degradacion de la especie humana. Cuando los pueblos se encuentran en tal estado, humanamente hablando no hay mas que dos medios conocidos para sacarlos de la barbarie ó de su envilecimiento: se mejoran los salvages llevándoles la civilizacion, y como conductor ordinario, la guerra; asi como el pueblo envilecido, esclavo, la tierra corrompida por el deleite, no se abona sino por un medio extraordinario de que siempre se encargan los hombres, y muchas veces, Dios: este medio es el exterminio. Cuando segun la Escritura toda carne habia corrompido su camino, el exterminio tuvo que ser universal, y Dios entonces envió el diluvio: y cuando los bárbaros del Norte invadieron el Occidente de Europa, vencidos nosotros por sus ejércitos, ellos fueron vencidos por nuestra civilizacion. Siempre encontrareis Señores, en los periodos de transicion á que llegán todos los pueblos, que á unos los salva la civilizacion, y á otros los estingue la muerte: los

unos salen del estado salvaje, y á los otros, cuya última hora ha sonado en el tiempo, no los salva nadie: delante de ellos se presenta un soldado, toma el nombre de dictador, cruje la fusta sobre la frente de la vil muchedumbre, unce las gentes á su carro, y arrasa la tierra: sino, Dios rasga las cataratas del cielo, hace llover agua ó columnas de fuego, y se acaba todo. No tardan en venir esos hechos materiales, que asustan por la regularidad inalterable y uniforme de su paso, para dar su sancion á la muerte. Se quitan las fronteras, los rios pierden sus nombres, en el lugar de los palacios se plantan olivares, ó los jardines se convierten en eriales pedregosos. El nuevo derecho político no cuenta ya con los Estados que perecieron; la geografía quita y pone del mapa continentes y mares; y al hacerse nuevos apartados en la historia, como al abrirse nuevas tumbas en un viejo cementerio, se dice á la entrada de un capítulo—tiempos fabulosos; ó tiempos antiguos—y lo que pasó tiene ya poco juego para lo que vive entonces y lo que vivirá despues.

He hablado de la influencia que ejerce una nueva civilizacion en los destinos de la sociedad;

pero no pretendo que la castidad, como una virtud sublime, hija del catolicismo solamente, pudiera derivarse ni de la civilizacion ni del estado salvaje. La barbarie lleva la sociedad á la poligamia; la civilizacion, con su refinamiento, con el culto de las formas y la suavidad de una vida muelle, lleva á la disolucion de las costumbres. No darian aquellas masas de bárbaros once mil vírgenes que volaran al martirio; y mucho menos aquella sociedad voluptuosa y decrepita, donde se divinizaban las mas abominables pasiones como en los templos de Babilonia y de Corinto. No, Señores; por mas que digan los entusiastas apologistas del pueblo germánico, el borgoñon borracho, con sus largos cabellos engrasados de manteca, no era el tipo de la austeridad; y el exceso de la civilizacion, muy principalmente cuando el catolicismo no la guia, cuando no la dirige, el refinamiento de la civilizacion pagana, nunca puede dar de sí costumbres puras y prácticas austéras, que vinieran á ser como un esmalte precioso sobre las riquezas de una sociedad culta, que vive dulcemente, que aspira los perfumes del oriente, se sirve del lujo de las artes, pisa mármoles y alfombras, lleva vestidos recamados

de oro, reina con libertad, y levanta en su cabeza pensamientos de un orgullo babilónico. La virginidad solo pudo producirse por el catolicismo; pero al alumbrar al mundo con sus divinos resplandores, del rincón del hogar doméstico, de las hendiduras de una peña en el desierto, de los claustros y de los castillos feudales, de los palacios como muchas princesas, de la basilica en que predica San Ambrosio como las hijas de unos comerciantes milaneses, de todas partes sale un coro de vírgenes cantando alabanzas á Jesús crucificado, y se arrojan en el furor de las persecuciones. Puesta la cabeza en el altar, se dejan cortar el cabello, visten un traje humilde, y mueren en silencio: se sabe su muerte, como la del pájaro que va herido, y deja caer en la nieve algunas gotas de sangre.

He dicho, Señores, que ni la barbari ni la civilizacion han producido la castidad: y ahora añadiendo que la han combatido con todas sus fuerzas. Por esta razón fué tan espantoso el combate empeñado en los primeros siglos de la Iglesia cristiana, en que pugnaron atrevidamente en Europa el elemento bárbaro con la irrupcion de los pueblos del Norte, el elemento pagano repre-

sentado por una civilizacion gastada, que se negaba, apoyada en las mas desenfrenadas pasiones á retirarse de la escena, y el elemento religioso que entrañaba una civilizacion nueva, la civilizacion católica, haciendo la guerra al antiguo mundo con la vigorosa fuerza de virtudes desconocidas hasta entonces. ¿No veis por una singular coincidencia en el martirio de las once mil vírgenes cristianas, juntarse, para luchar, estos tres elementos? Las denuncian unos generales romanos, puestos á la retaguardia de una civilizacion caduca; ya no tienen aliento para dar mas batallas: derrota tras derrota, perdieron en un combate cuarenta mil soldados; los hunos las acuchillan; y la sangre de los martires es el mas glorioso troféo con que se fortifica el catolicismo. La barbarie y el paganismo pretenden aniquilar la virginidad combatiéndola en una personificacion magnifica; mas sin saberlo, fueron instrumentos de Dios, que quiso, para realzar la santidad y hermosura de esta virtud sublime, ceñir con una corona de honor la frente de las víctimas. Revueltos como estaban en la lucha estos tres elementos, el culto de la virginidad se desprende con el catolicismo, triunfante

contra los rudos ataques del salvaje, y libre de las seducciones de la sociedad gentil. Todas las aspiraciones de la sociedad antigua, despues de llegar á la mujer ideal que sospecharon como por una rara excentricidad de su espiritu, la dejan caer en el mayor envilecimiento. La Madre de Dios; hé aquí la vírgen: y este tipo es el único que ha podido levantar de su abatimiento á la mujer cristiana. Veleda, que segun Tácito fué adorada viva, ni á fuerza de exageraciones resulta ser una vírgen: lo mismo se puede decir de las druidesas y vestales. Dante quiso confundir á la mujer con la belleza eternal; pero despues de levantar tanto el vuelo, la vió como los poetas de la Alemania, sobre un trono, con doce estrellas por corona, y la cabeza del hombre por pedestal. Y si la prostitucion ha tenido templos, ¿qué habían de ser las mujeres en una sociedad donde todo era depravado, hasta la religion? Lo mas que ha hecho en esta parte la sociedad antigua, ó hablando con mas propiedad, algunos filósofos, ha sido huir, como Plinio, de los espectáculos; unos, reprender, reir ó llorar; otros, taparse el rostro llenos de vergüenza, maldecir ó gritar contra los escándalos de una sociedad

que se nos pinta con los mas repugnantes colores: pero producir la castidad, crear una vírgen, esto no lo puede el hombre. Seneca reprende los vicios de su tiempo; Tácito los pinta; Juvenal hiere y punza con su festivo ingenio: su pluma destila la hiel de su corazon y de su alma. Todos ó los mas son corrompidos, y hacen la guerra á la corrupcion. El moralista coge á las matronas del vestido y las arrastra por el cieno: el historiador pinta una época con esta amarga causticidad: «allí el vicio no hace reir:» en rededor del poeta se agitan las bacantes con sus impuras alegrías. Pero de aqui no se pasa. La antigüedad pagana no ha podido quemar un solo grano de incienso sobre los altares de una vírgen en quien creyeran los pueblos, y esta es otra de las razones que explican el encono y la saña que mostraron contra los cristianos, que empezaban su conversion por la castidad, es decir, que empezaban por donde los gentiles no podian concluir teniendo tan sabios moralistas. Asi se vió que en los albores del cristianismo, cuando los fieles oraban, vivian y morian en las cavernas, los gentiles los acusaban de entregarse á una vida licenciosa, achacándoles crímenes horribles, san-

grientos festines de la crapula, en que se divertian ferozmente los cristianos á la pálida luz de una antorcha que alumbraba altares y sepulcros. El mundo pagano sentia su impotencia para producir la castidad, y á falta de otro recurso, calumniaba. A decir verdad, Señores, los cristianos tenian una buena parte en los espectáculos sangrientos y licenciosos del paganismo; pero ¿sabeis cómo? Eran condenados al fuego, y sus cuerpos, untados con resina, servian de luminarias en las fiestas y en los jardines de Neron.

Mas la aparicion del cristianismo no ha quitado la lucha de la carne contra el espíritu: produce la castidad, pero no necesariamente. Si así no fuera, el vigor de los martires que sucumben como Santa Ursula, no seria una cosa tan admirable. El cristianismo no ha mudado la naturaleza del hombre; no ha quitado la lucha; antes bien la ha hecho mas empeñada. En aquellos dias en que millares de vírgenes aumentaban el martirologio de la Iglesia, la guerra contra el espíritu se hacia sentir con un estrépito que ensordecia á los hombres en las ciudades, á los Reyes en sus palacios, á los filósofos en la sole-

dad de su retiro, turbaba al hermitaño, hendía los árboles, y quebrantaba las peñas en el desierto. La lucha tuvo que ser ruidosa, porque el periodo era decisivo para el cambio que se obró en aquella sociedad. Dos mundos peleaban el uno contra el otro, dos civilizaciones, el catolicismo contra el paganismo, la castidad contra la poligamia, el hombre del espíritu contra el hombre de la carne. Veía San Gerónimo con ojos de profeta empañarse de polvo el Capitolio cubierto de oro, las telas de araña sobre los templos de Roma, oleadas de un pueblo inmenso que camina presuroso á doblar la rodilla ante los sepulcros de los mártires, sin hacer caso de los edificios derribados en que se dió culto á los falsos dioses. El profeta lo veía todo; pero el sabio luchaba entre las agonías del paganismo como la literatura de entonces: soñaba con Homero y Virgilio, y al despertar pedia á Dios misericordia y tomaba la Biblia. El santo se retiraba al desierto, y acordándose de los dias de su juventud mortificaba su carne con ayunos y penitencias. Sin embargo, Señores, en aquel hombre espiritual á fuerza de la oracion y del estudio, en aquel hermitaño arrojado en la arena, calenturiento y flaco,

que levanta los ojos al cielo con un fervor enteramente divino, en el laborioso escritor que traduce y comenta mil renglones por día, todavía tiene la carne bastante fuerza para conturbar su espíritu. Qué! Si el cristianismo hubiera mudado la naturaleza del hombre, quitándole imperfecciones que son radicales, ¿hubiera sufrido tan recios combates San Gerónimo cuando estaba «sentado en el suelo, como nos dice, con el alma inundada de amargura, abatida la carne y sin fuerzas, cubierto con un grosero vestido, bronceado el rostro como el de un etiópe, llorando y gimiendo todo el día?» Si habiéndose sepultado en una cueva por miedo del infierno daba llamadas en sus miembros helados el fuego de las pasiones, lejos de haber abolido esta pugna la santa Religion que ha producido la castidad, por el contrario, la ha hecho mas viva y mas recia: el temor del pecado la ha hecho penosísima; y para dar la salud al alma, ha comunicado á todos los afectos que son ó pueden ser contrarios á los vicios, una saludable vehemencia.

Quede pues sentado que la castidad, y su modelo ideal la virginidad, se derivan de la Religion; los enemigos de la una son por esta razon

enemigos de la otra. La contradicción de la carne y del espíritu es una ley de esta nuestra naturaleza decaída: sacuda el hombre el yugo de esta Religión divina que purifica las almas, y la carne se sobrepondrá; quedará el hombre á merced de sus apetitos. Pero que viva de la Religión, y entonces se desatan las ligaduras que tenían al espíritu oprimido: el espíritu revive; el espíritu pelea; el espíritu desfallece, cae y se levanta para volver á pelear contra un enemigo que no duerme. A este precio se alcanza la victoria: se dá en premio del sacrificio. La Religión que profesamos no nos hubiera sacado del abismo en que nos había sepultado la disolución antigua, si no se hubiera puesto del lado del espíritu y en contra de las pasiones sensuales: las abomina, las condena, y presta sus auxilios eficaces al hombre que no quiere dejarse esclavizar por la parte inferior, que es tan innoble. El ejemplo de Santa Ursula y de infinitos mártires que en todos tiempos han soportado las persecuciones y preferido la muerte á los ilícitos placeres que les prometían una vida ignominiosa, prueba cuánto puede elevarse la criatura: el hombre puede optar por la degradación de su

alma que lo asemeja á los brutos, ó imitar en la tierra á los Angeles del cielo. Hagamos un esfuerzo y marcharemos por el camino de la perfeccion: si nos dejamos coger en las redes como torpes y flojos soldados que no conocen las artes del enemigo, ó que á él se entregan atados de pies y manos como viles esclavos, habremos renunciado á nuestra dignidad, y daremos contra nosotros mismos sentencia de muerte. Pero ¡qué muerte, hermanos míos! ¡Qué afrenta! ¡Qué postracion! Ni amor á la virtud, ni deseos santos, ni altas aspiraciones, nada sobrevive. El corazon pierde su calor, la voluntad pierde su energía; la razon se embota, el carácter se quebranta, el frio penetra en las entrañas, y el hombre se muere á toda prisa; antes que su cadaver caiga en el sepulcro, los vicios le han precipitado, enervado por el deleite, en esa sima profunda del deshonor y de la infamia con sus cómplices ó sus víctimas, amarradas con él á su triste suerte.

¡Qué explicacion tan miserable dan de la virginidad los que pretenden probar que provino de la tristeza del clima, de una admiracion estúpida á todo lo que pide un esfuerzo grande,

de la rivalidad de las sectas, del sistema de la preexistencia de las almas, y de las opiniones reformadas de los filósofos platónicos! Si así fuera, el esfuerzo de los que pelean por la castidad no sería laudable: no merecería ser *eternamente bendita* la memoria de los que amaron esta singular virtud. Fenómenos morales que se explican por las influencias del clima, no dejan subsistir el mérito: dejan á la atmósfera la regla y la responsabilidad de las acciones, y acaban con la libertad. Esto no es filosófico, pero es bueno para despojar al cristianismo de una gloria que le pertenece; la de haber inspirado la virtud. Según esta explicacion, el héroe no es héroe; el mártir es un fanático; el que dá su vida por guardar ilesa su castidad no puede en cierto modo hacer otra cosa: en otro siglo hubiera sido mas flojo; en otro pais se hubiera dejado ablandar por el halago; cualquiera circunstancia extrínseca hubiera decidido de su exaltacion ó de su caida, y ni por esto desmerecería, ni merecería por aquello.

No podemos permitir, mis queridos hermanos, que así se abuse de la ignorancia ó de la credulidad de muchos, que hartos fáciles en dejarse

vencer por reflexiones que parecen sacadas con imparcialidad de la observacion y de la experiencia, creerán que ellos viven en un pais donde el pecado se excusa, sujetos á la influencia de un clima que dispensa de la virtud, ó donde la virtud es imposible. Si nos atenemos á tales explicaciones ¿quien no creerá que está viviendo en una region donde la moral no puede tener imperio alguno? Porque aun en este supuesto, ¿quien ha trazado una línea divisoria, partiendo el mundo en dos hemisferios, uno para la castidad, donde será, digámoslo asi, un fruto espontáneo, y otro para los placeres sensuales, de los que nadie podrá libertarse aunque asi lo quiera? Digámoslo muy alto, Señores, porque es vergonzoso que tales doctrinas se propalen con mengua de la Religion y de la sana filosofía, y con evidente peligro de la ruina espiritual de muchos incautos. Las virtudes nos vienen del cielo; y la renovacion de la vida espiritual por la infusion de los dones de la gracia, esta renovacion ó transformación de la naturaleza humana que ha dado de sí tantos ejemplos de austeridad, de integridad y de pureza, no puede haber tenido causas pequeñas, de una influencia que no sabemos

fijamente si ha sido buena ó mala, y que de seguro ha sido incapaz de trastornar hasta tal punto el corazón humano, comunicándole aquella indomable energía que se necesita para renunciar al deleite, y dar la vida por Jesucristo. En todos los climas ha sucedido lo mismo, en la Siria como en el Egipto. En la Persia, en el Asia menor, en Italia, en España, en las Galias, en el Norte, en todas partes se ha conocido la vida ascética; y no hay ascetismo que no tenga la castidad por base. ¿Qué mas? En el clima mas pestilente para la corrupcion de las almas, en medio de las florestas, respirándose un aire que provoca á la voluptuosidad, el cristianismo ha tenido siempre espíritus esforzados, valerosos atletas que se han ocupado en macerar sus carnes, batallando dia y noche con el demonio de la tentacion. Asi es que la revolucion que hizo el cristianismo no ha sido parcial, insubsistente ni pequeña; sino grande, universal, y durará hasta el fin de los siglos: no cambia los accidentes, sino que ha penetrado en el espíritu; y como no es renovacion de algunos pueblos ó de algunas razas, ha enseñado una misma verdad para todos; ha dado una ley para todos; no hay mas que

una moral, que es como decir, para nadie está cerrado el camino de la virtud; todos pueden alcanzarla, y todos estan obligados á seguirla. Apartando los ojos de los santos y de los mártires, y poniéndolos en los flacos y miserables mortales á quienes aflige la contradiccion de la carne contra el espíritu sin que tengan el consuelo de salir victoriosos de sus asaltos, pensarán algunos que bajo este punto de vista, no hemos ganado nada con el cristianismo. Y aun creerán que hemos perdido: porque ¿no sería mejor, dirán, vivir tranquilos aunque esclavizados bajo la ley abyecta del sentido, que nó sostener contra la carne una batalla inutil? No. Ni se debe juzgar así. Para apreciar la importancia de la renovacion del espíritu operada por el cristianismo, no se ha de discurrir de este modo. Ha enseñado virtudes desconocidas, ha dado medios para practicarlas; y para hacernos ver que no es imposible imitarlas en un grado el mas alto que quepa, la gracia de Dios ha presentado al mundo atónito ideales ejemplares de las mas sublimes virtudes. ¿Creeis que citando excepciones no podré desatar la dificultad propuesta? ¿Quereis que hasta los mas flacos pue-

dan sentir los beneficios de esta renovacion del espíritu debida al cristianismo, y que verdaderamente han sido universales, transformando, no diré á unas cuantas almas escogidas, sino á la sociedad entera? Pues bien: estad seguros, Señores, de que semejante transformacion ha sido un cambio completo. Antes la carne prevalecía *hasta publicamente* sobre el espíritu! ahora el espíritu prevalece *al menos publicamente* sobre la carne. Antes se adoraba á los ídolos, agentes activos de todos los desordenes de la carne; hollados y olvidados hoy, adoramos á Jesucristo. Los gentiles eran materialistas hasta en el culto; y nosotros, hombres renovados por el espíritu de Cristo, somos espiritualistas hasta en las pasiones. ¿Quién no ve la diferencia de lo antiguo á lo nuevo por lo que respecta á la castidad? El matrimonio no llegó á ser entre los romanos una situacion estable; del matrimonio nacia el divorcio; y disgustados del uno y del otro, adoptaban la vida libre del celibato. El mal del divorcio se quiso remediar con el mal del adulterio; y los tribunales se hicieron tan débiles por efecto de la general corrupcion, que acusado Clodio como adúltero, se hizo absolver por los

jueces probándoles el adulterio de las principales mujeres de Roma. La mujer repudiaba lo mismo que el hombre (1); y si esta era la situación de la sociedad ¿podrá creerse que la doctrina de Jesucristo no la ha renovado y alterado profundamente? Aquellas mujeres que asombraban por el lujo en los días de la decadencia de Roma, que aparecían con trajes muy ricos delante de los esclavos, que se rodeaban de mujeres y de eunucos, figurando entre sus confidentes y ministros el repostero, el peluquero y el perfumista; aquellas mujeres siempre rebeladas contra las leyes sumtuarias, que se sentían devoradas por el deseo de los placeres, que se embriagaban en espantosos festines de donde salían las envenenadoras, fastidiadas de una vida que se pasaba en la corrupción, en los crímenes, en el desprecio, en las adulaciones y en la pereza, aquellas mujeres no se conocen ya. En aquel tiempo fué preciso dar una ley para impedir que el Estado se

(1) De aquí esta célebre reprensión de Séneca: «ciertas mujeres ilustres no cuentan sus años por el número de los Cónsules, sino por el de sus maridos.... Se divorcian para volverse á casar, y se casan para volver á divorciarse.» Sin duda tuvo presente Séneca lo que se contaba de Mecenas, célebre por sus mil matrimonios y sus divorcios cotidianos.

despoblara por la disolucion de las costumbres. Una cosa asi no la hemos visto nosotros, ni esperamos verla; porque apesar de la resistencia que se opone al espíritu cristiano, la Religion prevalece pública y privadamente, y nuestros materialistas de los tiempos modernos han sido mas espirituales de lo que ellos quisieran ser, y de lo que se colige de sus planes contra los institutos religiosos, y de sus anatemas contra el celibato de la virtud. Alguna de las teorías de hoy contra la virtud es mas bárbara quizás que todo lo que la antigüedad pudo discurrir; pero en medio de todo, si la antigüedad resucitára, los mismos que trabajan por su restauracion se llenarian de espanto y se cubrirían el rostro de vergüenza. ¿A quién no enamora la pintura que hace Tertuliano de la mujer cristiana? Ella va á visitar á sus hermanas en las casas mas humildes; se levanta por la noche para rezar y asistir á las solemnidades de la Iglesia: se acerca al altar, ó penetra en las cárceles para desatar las cadenas de los mártires, y lavar los pies á los santos. Dá hospitalidad al extranjero, y en los festines no canta himnos profanos. No se parece á las bacantes, que hartas de

viandas y de vino no pueden digerir sino á fuerza de nieve, con lo que dan nuevos incentivos á la gula; por el contrario, ella invoca á Jesucristo, y se prepara á la templanza por una salutacion divina. No se presenta en los espectáculos de los gentiles: solo cuando se ofrecen motivos graves se la ve en público: sale para visitar los enfermos, asistir al Santo Sacrificio de la Misa, y oír la palabra de Dios. En los dias de persecucion no lleva brazaletes en las manos que han de soportar el peso de las cadenas: no lleva perlas ni esmeraldas para adornar su cabeza amenazada por la espada de la persecucion. Algunas veces se presenta en el foro y en el pretorio, habla, se defiende, y exhorta al martirio.

Este es el tipo de la mujer cristiana, el cual tenemos que oponer en nuestros tiempos á los sectarios de una escuela que tiene por bandera *rehabilitar la carne y santificar las pasiones*. Ahora comprendereis lo que dijimos al principio de la pugna contra la castidad por el paganismo antiguo y por el nuevo, de que está infestada la reforma protestante. El fin es el mismo, los medios diferentes. Cuando prevalecia la carne, la sociedad se disolvía: de modo que el intentar

rehabilitarla es procurar su disolucion. Bastantes materiales se han allegado; las creencias son atacadas; la Religion es combatida; nuevos golpes sufre la Iglesia; y no hay disolvente que no se haga penetrar en el interior de las familias, donde se hace mas daño. Despues que la Iglesia ha hecho tanto por la sociedad, esto se olvida y se desconoce; porque lo que importa es destruir ó debilitar todas las fuerzas sanas que son nuestro apoyo, que mantienen en honor la castidad, y que aseguran las instituciones católicas que ya hubieran desaparecido, si hubieran faltado las costumbres, en cuya integridad estriban. Todo lo que la Iglesia católica, ilustrada por el divino Espíritu, ha creado, lo sostiene; exigir la castidad en los diversos estados de la vida y adoptar precauciones para garantirla, esto sí que es mirar por nosotros y desvelarse por nuestra felicidad. Defender la virginidad tras el muro de un asilo sagrado, esto sí que es conocer al hombre por dentro y por fuera, en cuanto es capaz de prostituirse y en cuanto es capaz de elevarse. «La Iglesia católica habia conocido estas verdades; y asi, mientras celaba por la santidad de las relaciones conyugales, mientras crea-

ba en el seno de las familias la bella dignidad de una matrona, cubria con misterioso velo la fáz de la vírgen cristiana; y las esposas del Señor eran guardadas como un depósito sagrado, en la augusta oscuridad de las sombras del santuario (1)» Gócese cuanto quieran en el mal que nos han hecho cuantos trabajan por dar á las pasiones toda la libertad y amplitud que nos está matando; pero la obra no puede ser mas inmoral. Infunda Dios en nuestras entrañas un espíritu nuevo que nos haga apetecer el sacrificio en defensa de la castidad, que nos haga admirar el heroismo de las santas vírgenes que por ella despreciaron la muerte. La verdadera civilizacion no puede perdonar á los que de civilizados se precian, el haber profanado el santuario del pudor y de la inocencia, el haber proclamado doctrinas contrarias á la dignidad moral del hombre, y hasta el haber condenado la virginidad como una extravagancia perniciosa, pisoteando un dogma que ha profesado el género humano. ¿Lograrán su intento los que traba-

(1) Balmes: *El protestantismo comparado con el catolicismo* etc. tom. II, pág. 100.

jan por *santificar las pasiones y rehabilitar la carne?* No puede ser. « Ah! si asi fuera, protestemos contra todo lo interesante y bello, ahoguemmos en nuestro corazon todo entusiasmo por la virtud, no conozcamos otro mundo que el que se encierra en el círculo de las sensaciones groseras, que tire el pintor su pincel y el poeta su lira, y desconociendo todo nuestro grandor y dignidad, digamos embrutecidos: *comamos y bebamos, que mañana moriremos* (1).

No temamos, mis queridos hermanos, que apesar de la corrupcion de costumbres, lleguen las cosas á tal extremo. Por lo mismo que el refinamiento de la civilizacion anticristiana renueva contra la castidad los combates del paganismo; por lo mismo que tienen á la mujer en desprecio los que quieren rebajarla de la altura y dignidad á que la levantó el Evangelio; por lo mismo que la degradacion de la mujer es para ella peor que la muerte y el medio mas facil y seguro de destruir la sociedad, por esto mismo es hoy la castidad doblemente necesaria, como el primer encanto de la mujer y la mejor defen-

(1) Balmes: *El protestantismo comparado con el catolicismo* etc. tom. II, pag. 102.

sa de su virtud. Toda flaqueza es para la mujer la muerte; y para la sociedad, cuando menos, un motivo de alarma, ó una pérdida muy sensible. En esto se conoce que la virtud no ha perdido su imperio entre los hombres: en la mujer donde la encuentran, la aplauden hasta los mas corrompidos, y bajan los ojos en señal de respeto. El pudor realza la hermosura; y sin él, como que no es valerosa ni temible la indignacion de la virtud. Es la garantia de la flaqueza; y en faltando, no se concibe tampoco la dignidad del amor. Vale mas y es mas gracioso que el ligero cendal de las Vestales; porque no es el velo puesto delante de la cara, sino la nube en que se detienen los pensamientos profanos para morir en un sollozo. ¿Cómo se enseña y recomienda esta virtud? Yo no se decirlo. Hablar del pudor en ejemplos y lecciones directas es arrancar la flor de los campos pretendiendo estudiarla, ajándola y haciéndole perder su fragancia y sus hermosos colores: no hay mas que alejar á tanta distancia todo lo que ofenda á esta virtud, de modo «que se presente á la imaginacion como una quimera monstruosa (1).» Dios velará por

(1) Cartas sobre la educacion del bello sexo.

nosotros, mis queridos hermanos, y hará que las virtudes, aun las mas preciosas y mas raras, no huyan de la tierra. La educacion cristiana que ha llevado millares de vírgenes al martirio, sabrá conservar y transmitir á las generaciones venideras la virtud de la castidad: la salvará del mal espíritu moderno como la salvó del antiguo paganismo: obrará una reaccion del espíritu contra la carne para que el vigor del alma no se pierda en la embriaguez de los deleites. Esperemos tambien, mis queridos hermanos, que por la misericordia de Dios, la castidad hará todavia mártires y santos: los flacos se confortarán con estos ejemplos, y abandonando las delicias de la tierra suspirarán por las delicias del cielo, que os deseo á todos en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Amen.



## SERMON

### PARA EL DIA DE SAN ILDEFONSO.



*Justorum autem semita, quasi lux splendens, procedit et crescit usque ad perfectam diem. Prov. cap. iv, v. 18.*

La senda de los justos resplandece como luz, y así va procediendo y creciendo hasta el perfecto día.

Señores: el profeta Miquéas clama contra los desórdenes del lujo; condena en los judíos sus maneras voluptuosas, el placer de recostarse en lechos de marfil, el bañarse en aguas perfumadas, el comer la carne de las terneras más gordas, el regalarse con músicas y apurar los goces más esquisitos, deteniéndose en las cosas del mundo cual si fueran estables y duraderas. Vivir así es lo mismo que renunciar á Dios; y aunque la abundancia y superfluidad no tuvieran

mas inconveniente que facilitar la insolencia y prestarle pábulo, deberíamos temer mucho las riquezas, los linajes esclarecidos, los puestos encumbrados, y los dones de la fortuna de que tan facilmente se abusa. «Los que desean ser ricos, dice San Pablo, caen en tentaciones y lazos del demonio, y en muchos deseos inútiles y dañosos, que llevan los hombres á la perdicion (1).» Si lo que se busca por tales aspiraciones es la felicidad, es errar el camino de medio á medio. «Oh hombre, exclama San Bernardo, si te conocieras bien, de tí mismo te disgustarías y procurarías agradarme: mas porque no te conoces estás ufano contigo, y no temes desagradarme. Vendrá tiempo en que ni á tí te agradarás ni á mí tampoco..... A solo el diablo parece bien tu soberbia; el cual por ella se hizo de graciosísimo Angel abominable demonio; y por esto naturalmente huelga con su semejante.»

El bienaventurado Ildefonso, hijo de padres nobles y acaudalados, nació en el siglo sétimo (2). A sus riquezas y esclarecido linaje juntó los otros dones que abren el camino á los honores y

(1) I. ad Timoth. cap. vi, v. 9.

(2) Año 608.

dignidades, y á los antojos de la fortuna: porque su espíritu era manso, sus pasiones dulces; era afable y templado en su porte, y su fiel cronista Cixila pondera la bizarria y gentileza de su persona, y su varonil hermosura. Todas las maneras de bienes que dá el mundo y que puede desear el hombre que vive para la tierra, aqui estan: en dichas excelencias se encierran. Son excelencias de que se abusa; bienes peligrosos; bienes que se convierten en males. Es muy raro que se reúnan todos; pero es mas raro que el que los reúna, sino junta la virtud que es el bien que todos los bienes encierra, se crea verdaderamente dichoso. La virtud que viene de Dios se parece en algo á Dios: es un bien universal como lo es Dios. Es hermosa, honesta, provechosa, perfecta, digna de ser amada, teniendo ella sola la recomendacion que tienen por separado todas las cosas criadas. Y no hay ninguna que en honestidad le aventaje, ni en utilidad ni en hermosura: á todos llevaría tras de sí si se pudiera ver con los ojos; porque «la longitud de los dias con los bienes de la eternidad estan en su diestra, y en su siniestra las riquezas y la gloria (1).»

(1) Prov. cap. iii, v. 16.

La virtud es sabiduría; la virtud es felicidad; la virtud es conveniencia. Nace la hermosura del cuerpo de la conveniencia y proporción; á este modo es la hermosura del alma que por estar proporcionada al fin supremo á que la encamina, enamora los ojos de Dios y de los Angeles, y es muy agradable á los hombres. Bendita es la vida del justo; bendita su muerte. Pueden venir placeres ó tormentos; si está bien arraigada, no se muda. Cuando todo venga mal, aunque el cielo se caiga á pedazos, el justo no tiene *porqué levantar la cabeza* (1). No busquemos tan solícitos, mis queridos hermanos, una sabiduría que despreciaron los sábios; unos honores que desdeñaron los que nacieron en honras; unas riquezas que los mas ricos en virtudes se apresuraron á distribuir; una conveniencia que en nada estimaron; un nombre que ellos hicieron mil veces mas ilustre por la santidad que por la prosapia, ni una felicidad que es pura ilusión y quimera. El grande Arzobispo de Toledo no hubiera sido tan ilustre, ni tan grande, ni tan sabio, ni tan dichoso, ni tan perfecto, ni tan san-

(1) Luc. cap. xxi.

to, si llamado á escoger entre las seducciones de la vida y los atractivos de la virtud, no hubiera escogido la virtud diciendo como el Sábio: «Esta es la que yo amé y busqué desde mi mocedad, y trabajé por tomarla por esposa, é hícame amador de su hermosura. La nobleza de ella se parece en que el mismo Dios trató con ella; y el que es Señor de todas las cosas es su enamorado. Porque ella tiene á su cargo enseñar su doctrina..... Y si la posesion de las riquezas es para ser deseada ¿qué cosa es mas rica que la sabiduría, la cual obra todas las cosas? Y si la sabiduría es la fabricadora de todas las cosas, ¿qué cosa hay en el mundo mas artificiosa que ella? Y si se desea la virtud y la justicia, ¿en qué otra cosa se emplean los trabajos de la sabiduría? Esta es la que enseña la templanza, y la prudencia, y la justicia, y la fortaleza, que son las cosas que mas aprovechan á los hombres. Esta, pues, determiné tomar por compañera de mi vida: sabiendo de cierto que ella partiría conmigo de todos sus bienes, y sería descanso de mis cuidados, y alivio de todos mis hastíos y trabajos (1).»

(1) Sap. cap. viii, v. 2 y sig.

El santo Arzobispo vió cumplidas sus esperanzas. Ó remontábase á los cielos, ó el cielo propicio á sus votos se abatía hasta servirle de escabel: ó hablaba con Dios, ó Dios le hablaba al oído; ó salía á la defensa de la Santísima Virgen insultada por los hereges, ó la Madre de Dios le salía al encuentro llenas las manos de celestiales dones para recompensar su celo y su constancia: si oraba junto á un sepulcro, el sepulcro se abría y se hacían patentes sus secretos: si cantaba en la noche divinas alabanzas, el coro de los Angeles le respondía con melodiosos y dulcísimos acentos. Salió verdad lo que el santo se prometía de la virtud cuando dijo: «determiné tomarla por compañera de mi vida, sabiendo de cierto que ella partiría conmigo de sus bienes, y sería descanso de mis cuidados, y alivio de todos mis hastíos y trabajos.» El mayor bien que podemos haceros es que os apasioneis por la virtud: esta es la ocasión de intentarlo, y no será sin fruto si el Señor me ayuda con su gracia.

*Ave Maria.*

¡Con qué tranquilidad y reposo deja pasar sus dias el hombre que ama la virtud! Libre de los torbellinos del siglo, al hostigo de los vendabales y tormentas, guarecido en seguro puerto, levanta sus ojos al cielo desde los valles de la tierra, y se alienta para seguir su camino. La gracia de Dios le conforta; y cuando sale bien de los peligros y seducciones que echan lazos á sus pies, se alegra de ver caido para su corazon todo lo que en la opinion del mundo parece enhiesto y levantado. ¿Puede llegar el hombre á creerse superior al mundo? Sí: mucho mas que esto. Los santos desprecian el mundo: no le tienen en poco, sino en nada. Sombras de honores, de rique-

zas; sombras de felicidad; apariencias vanas, engaños, mentiras, son para ellos todas las cosas de la tierra; y les vuelven la espalda con desprecio. Fácil es persuadirlo á la razon; pero nó al sentido. Nosotros, mis queridos hermanos, contagiados por el espíritu del siglo, flojos para resistirle, haremos alguna cosa por nuestra salvacion admirando siquiera desde lejos la superioridad moral de los santos, que miraron como pasajeras las cosas del mundo en que tantos ponen su esperanza. ¿Quién no codiciará aquel Espíritu de Dios que así muda las criaturas, comunicando sus dones como el sol su luz, sin gastarse, ó como fuente perenne de aguas vivas que bajan al llano desde los collados eternos? Para esto no se necesitan las riquezas; al contrario, mas bien estorban. Niño era todavía San Ildefonso y renunció á ellas y á todo regalo, contento con tener á Dios. Su devocion á la Santísima Virgen desde la edad mas tierna era algo más que la semilla de una virtud depositada en su pecho por la mano de una madre piadosa: era la preparacion ó consagracion del mas celoso panegirista de la Madre de Dios, pertrechado desde la infancia con divinas armas para salir á la

defensa de sus prerrogativas. Viniendo al mundo despues que Recaredo hizo una pública y solemne abjuracion del arrianismo; estando ya preparada y casi hecha la fusion del elemento godo y del elemento romano que estuvieron en abierta pugna, la aparicion de este gran santo era un buen arrimo para la Iglesia, cuyo influjo era menester levantar sobre los poderes que luchaban á viva fuerza, sobre los reyes que hallaban buenos todos los medios para derribarse unos á otros del trono, sobre los pueblos que destrozados y corrompidos en las borrascas de las elecciones, no querian sin embargo que el mando se trasmitiese pacíficamente estableciendo el derecho hereditario para bien de la sociedad. San Ildefonso fué destinado por Dios para proporcionar á la Iglesia y al Estado todos los bienes que podian dar de sí la fusion religiosa y la unidad política, y él es una prueba de que al clero tocaba regir los destinos de la sociedad y salvarla; el clero era el que sabia; excusado era buscar fuera de la Iglesia la ciencia, el talento ó la virtud. La Providencia que suscitaba los Isidoros, los Leandro, los Eladios, los Justos y los Eugenios, suscitó á San Ildefonso para honrar el Episcopado

que hicieron tan ilustre Braulio y Tajon en Zaragoza, Toribio en Astorga, y otros muchos que son y serán siempre la gloria de España. Hacian falta nuevas y brillantes lumbreras como las que ilustraron los concilios de Tarragona, Barcelona, Lérida, Braga y Toledo, y hé aqui que Dios forma desde la juventud el corazon de San Ildefonso, infúndele un santo amor á esta Religion divina, y llévalo á las mejores escuelas cristianas, que á la sazón florecian, para que en el trato con los santos y sábios de su tiempo aprendiera el modo de ayudar á la Iglesia en aquel trance. Los santos son los que afirman y dilatan el reinado de Cristo sobre la tierra: porfiada contienda es la que se mueve por ganar el imperio sobre las almas; y Dios, á quien de derecho pertenece, hace un milagro todos los dias para librar á su Iglesia de las asechanzas del infierno.

San Ildefonso, inspirado por Dios, fortalecido por la Santísima Virgen, guiado por los Angeles, fué á parar á la escuela de San Eugenio, que fué mas tarde Metropolitano de Toledo: y cuando ya no tuvo que enseñarle, envióle á Sevilla al lado de San Isidoro, el hombre mas sábio de su tiem-

po (1). El concilio octavo de Toledo llamó á San Isidoro *doctor excelente, la gloria de la Iglesia católica, el hombre mas sábio que se hubiese conocido para iluminar los últimos siglos, y cuyo nombre no debe pronunciarse sino con mucho respeto.* El que estudie á fondo sus escritos descubrirá muchos arcanos asi en las ciencias humanas como en las divinas: que si pareciese exagerada la alabanza que hicieron de esta lumbrera de la Iglesia los Padres del citado concilio, podriamos citar los testimonios de historiadores profanos antiguos y modernos, que á una voz le llaman *génio gigantesco, sol que alumbró la España, y ponen muy alto su nombre, considerándole co-*

(1) El obispo Cixila en la *Vida de San Ildefonso* dice asi: *Non impar meritis sanctissimi illius Domini Isidori, de cujus fonte adhuc clientulus purissimos latices bibit: nam directus à sancto ac venerabili Papa Eugenio, Toletanæ sedis Metropolitanò Episcopo ad supradictum Doctorem Spalensem Metropolitanum Episcopum... etc. etc.* El *Cerratense* dice tambien en la *Vida de San Ildefonso*: *Ildephonsus.... Eugenio traditur nutriendus. Quem Sanctus Eugenius bonis moribus et litterarum rudimentis instruens diligenter, capacitatem ejus adtendens, ad Beatum Isidorum, Archipræsulem Hispalensem, transmisit eum, apud quem omnis eloquentiæ doctrina, Artium disciplina, Theologiæ et speculatio ita vigeat, ut omnes qui ad eum confluebant, pro capacitate singulorum instruebat.* Florez, *España Sagrada*, tom. v.

mo restaurador de las letras y de los buenos estudios entre nosotros. San Ildefonso penetró todos los secretos de la sabiduría, y dando gracias á Dios que reparte entre sus escogidos por tan singulares medios el pan de la doctrina, pudo decir con el Rey profeta: «Yo he abierto la boca para pedirlos y me habeis llenado de vuestro Espíritu.» Sus palabras, sus pensamientos, sus acciones, su voluntad, sus deseos, los movimientos de su corazón, su persona entera era de Dios. El gobernaba su lengua; él dirigía sus pasos; él le poseía; y el santo era dichoso porque estaba en las manos de Dios. Segun iba creciendo en ciencia, crecia tambien en santidad; y abismado en las profundidades de la divina sabiduría, desdeñó por entero todas las cosas del mundo, que desde sus primeros años repugnaba. Su espíritu tomaba el camino del cielo; gustaba de las mas graves meditaciones; el reposo de la contemplacion era su embeleso; y en la edad en que hubiera podido aspirar á la gloria que alcanzaron algunos pocos escritores y oradores de su siglo, él se sintió llamado al retiro, á la oracion, al silencio. No era la vida pública con sus agitaciones la que le convidaba; era la vida escondida en

aquellos monasterios que fundó la piedad de San Martin, de San Donato, y que comenzaban á reformar con mas vigor algunos espíritus sobremanera austeros, siguiendo los avisos de San Isidoro. Entró en el monasterio Agalien- se (1) para ejemplo y edificacion de sus hermanos, y para dar á su espíritu toda aquella expansion que necesita cuando ya sabe hablar con Dios, y ha experimentado toda la dulzura de sus amorosísimos coloquios.

Veinte años pasó nuestro santo en mortificaciones, en la oracion y en el estudio (2); veinte años de familiaridades con los Angeles y con la Madre de Dios á quien amaba con todas las fuerzas de su alma; veinte años de una vida muy santa y muy mortificada como si hubiera sido en sus principios muy grande pecador, ó como sino hubiera triunfado en su juventud de las sujestiones que marchitan el lirio de la virginidad: pero estas sujestiones no importunaron á

(1) Fuera de Toledo. Los cronistas dicen que este monasterio se llamaba de San Cosme y San Damian. Los criticos no estan conformes.

(2) *Legendi atque orandi vices inter se sic distinguebat, ut nec lectio impediret orationem, nec oratio lectionem.... Ubi cumque iret eum oratio comitabatur eumtem et redeuntem. Cerrat. vita.*

San Ildefonso por falta de virtud, sino para que mereciera sufriendo las tribulaciones de la carne (1). Veinte años consagrados al culto, á la caridad, á cantar las divinas alabanzas; veinte años pasados en domar los sentidos que no habian sido rebeldes, en suavizar el espiritu que siempre fué humilde, en matar las afecciones terrenas no obstante su natural indiferencia y desapego; veinte años de renovar su tierno amor á la Santísima Vírgen cual si no la amara desde la infancia, confesándose su hijo, su amante, su esclavo, con voces que serian repetidas en los siglos venideros por todos los devotos de la Madre de Dios y por sus mas fervorosos panegiristas; ah! qué vida tan admirable! Ser puros y no cesar de purificarse, ser humildes, obedientes, castos, y no dejar las penitencias; renunciar á los bienes de fortuna para darlos á los pobres ó fundar un monasterio como hizo San Ildefonso, y no dejar por esto de hacer esquisitos y sutiles experimentos con el fin de saber si amaba la pobreza con el desinterés que mas se ajusta al

(1) *Permittebatur tentari.... non ad virtutum defectum, sed ad probationis profectum. Ibid.*

espíritu del Evangelio, todo esto, Señores, es tan admirable, que no pudiéndose explicar ni por la naturaleza, ni por la educación, ni por el influjo de la filosofía, aunque todo esto modifique, es preciso reconocer que fue *obra de la gracia*; palabra sencilla y fórmula corriente de que nos valemos para explicar lo que Dios hace en el hombre sin su concurso, cuando le da luces, lágrimas ó fuerzas para elevarse en el orden moral á la altura de los grandes ejemplos.

Esta vida de San Ildefonso no era la de las prelacías y honores, pero no pudo librarse del cargo de Abad de su monasterio. *Elegi abjectus esse in domo Dei mei* (1), exclamaba con el Rey profeta: yo quise ser el último en la casa de mi Dios, y vivir en ella como despreciado. Temía el santo los peligros y dificultades del mando y su responsabilidad á los ojos de Dios, que como dice la Escritura, *hará durísimo juicio contra los que tienen cargo de justicia* (2). Haber renunciado á sus riquezas, á sus parientes, al mundo, á la celebridad, á la gloria, para ser

(1) Ps. LXXXIII, v. 11.

(2) Sap. cap. VI, v. 6.

conducido por caminos extraños que llevaban á un término semejante, ¿no era quedar frustrada su vocacion? El sacerdote veíase perseguido en el santuario, el monje en su retiro, por los honores y dignidades á que habia renunciado; nada habia hecho con huir del mundo; le cercaban los mismos peligros; y ciertamente que los espíritus vigorosos tienen mucho que temer á las ambiciones, que no los dejarán en paz por mas que se escondan en los desiertos. Dice San Agustin, que la humildad hace de los hombres Angeles, y que la soberbia hace de los Angeles demonios: en quanto á San Ildefonso, que quiso la pobreza y la soledad para solo vivir con su Dios, la prelacia no sirvió sino para poner de manifiesto sus grandes virtudes. De Prelado fué afa-ble con los humildes, compasivo con los flacos, piadoso con los miserables, caritativo con los necesitados, justo con todos. Los que quieran saber hasta qué punto puede mudarse un pobre monje que pasa desde el último lugar al primero, qué es lo que va á ser en adelante un hombre versado en las ciencias que cultiva en secreto, un orador elocuente y fervoroso que pasa meses y años guardando silencio, un escritor

elegante debajo de aquellas apariencias, un disputador y un polemista por mas que fuera enemigo de contradicciones y altercados; los que quieran ver todo esto van á quedar asombrados. Al Abad le tocaba cuidar de la disciplina; pero no dejó por esto el estudio de los sagrados libros. ¿Habria medios de decir oportunamente cuán apasionado era el santo por la música? Hemos despreciado todas las ocasiones: siempre que hemos hablado de su tierna devocion á la Santísima Virgen, era ocasion oportuna; porque ejerció este divino arte tanto poder sobre la tierna alma de San Ildefonso, fué tan apasionado de la música, como que su devocion á la Virgen Maria tuvo en ella un desahogo: compuso Misas y antífonas en su alabanza, que sonaban sobre la tierra como vibraciones del cielo: armonías que entraban por sus oidos le llevaban de un vuelo hasta penetrar en esa ley eterna del orden y concierto del mundo, cuyas relaciones son infinitas; y no era mas pronto arrebatarse el alma con aquella dulzura, cuando ya el corazon quedaba encendido á la llama de santos afectos. El amor de San Ildefonso á la Santísima Virgen fue una pasion que se desbordaba en raudales de elo-

cuencia, en discursos inflamados, en acciones sublimes, en magnificencias del culto, en penitencias austéras y en ardentísima caridad. Ninguna voz de las que han anunciado á Jesucristo ha dejado de exaltar hasta los cielos el dulcísimo nombre de María. La cátedra sagrada ha resonado con sus alabanzas; y aun en los libros en que se ha tratado incidentalmente de la Madre de Dios, las páginas que se le han consagrado han sido las mas sublimes. No hay mas que ver las paráfrasis que hicieron de la salutacion del Angel San Metodio de Tyro, San Atanasio, San Efren, San Epifanio, Severiano, San Cirilo de Seleucia, Cayo Sedulio, San Pedro Crisólogo, Crisipo de Jerusalem y otros muchos, para apreciar en lo justo la piedad del pueblo cristiano y el unánime sentir de los Padres de la Iglesia. Pero San Ildefonso se aventajó con mucho á los celosos panegiristas de la Madre de Dios, que le precedieron en los primeros seis siglos de la Iglesia. Él recojió muchas alusiones del Antiguo Testamento, y representó á la Virgen María en las figuras de Sara, Raquel, Debora, Judit, Ester y otras mujeres ilustres del pueblo de Dios: se aprovechó de la pompa de las imágenes, de

las alegorías y correspondencias que pueden servir para explicar los misterios de la Religion, y compuso elocuentes oraciones, cuyos modelos, podemos decir que no hallaria el santo en los escritores de los primeros siglos. Porque es menester decir lo que alcanzó el santo Abad por su tierna devocion á la Santísima Virgen: él fué el que dió un nuevo giro á los discursos panegíricos en alabanza de la Madre de Dios. Se encuentran fragmentos, pasages elocuentes, tiernos, poéticos, llenos de fuego, en los elogios que nos dejaron de la hija de Judá, los Padres de los seis primeros siglos; pero no se habia tratado de hacer por separado el elogio cumplido de sus virtudes, ni se habia desplegado ante los ojos del pueblo cristiano el cuadro de sus glorias ni el de sus triunfos. Esto fué lo que hizo San Ildefonso primero que nadie; de manera, que desde el siglo sétimo hasta el siglo décimo tercio, desde San Ildefonso hasta San Bernardo, los Padres de la Iglesia hicieron homilias enteras sobre las virtudes, sobre las glorias, sobre las fiestas de María: siendo de admirar que en una época aciaga para las letras, la ciencia y la devocion tuvieran intérpretes y oradores como San Ildefonso, San

Fulgencio y Crisipo. La aparición de estos panegiristas era como una respuesta á San Basilio de Seleucia, que volviendo los ojos á uno y otro lado como asombrado de la escasez de predicadores y de la sublimidad del asunto, que tan buenos los reclamaba, decia: «¿Qué voz será bastante elocuente para cantar á María himnos dignos de ella?... ¿Qué flores de alabanzas buscaremos que sean bastante bellas para tejer su corona?... ¿Qué presentes le ofreceremos, siendo tan inferiores á su dignidad todas las cosas del mundo?...» Crisipo ve que la Virgen María ha sido la ventana del cielo por donde ha pasado la verdadera luz, ó la escala por donde ha bajado Dios á la tierra y por donde los hombres han de subir á los cielos. Será fácil que suba el que crea que Dios ha bajado sobre la tierra por la Virgen María. Es la reparadora del linage humano, y principalmente de la mujer, maldita en Eva, bendita en María. Ahora bien: sea este el asunto de los discursos y homilias, y ya se comprende toda la elevacion de la elocuencia una vez apoderada del dogma cristiano, y expuestas las relaciones de la fé con el misterio de la redencion. No se habla ya de la Virgen María por inciden-

te: su concepcion, su natividad, sus dolores, su muerte, su asuncion, son hechos sobrenaturales que se han derivado del decreto de reparacion del linage humano: y si es un honor incomprendible para la Santísima Virgen el ser Madre de Dios, para nosotros es un consuelo y un honor inmerecido tenerla por madre. La maternidad divina y la maternidad humana juntan, digámoslo asi, el cielo con la tierra: la Virgen María es el nudo que forman estos hechos, estos misterios, estas verdades de tan alto interés para nosotros; y la elocuencia se espaciará siempre en anchísimo campo, cuando al escojer por tema un asunto tan grande como este, pueda verse al hombre en medio del asunto, es decir, dentro del plan de la Providencia, en el órden de la misericordia divina.

Tales fueron los elogios de la Reina del cielo en la boca de San Ildefonso. De la unidad de la Esencia Divina, de la Trinidad de las personas divinas, de la Encarnacion del Hijo de Dios, del pecado del primer hombre, de la redencion del linaje humano saca San Ildefonso las excelencias de la Virgen Maria. Por un lado sus sermones de la Virgen son una refutacion del Judaismo, del

Maniqueismo y del Arrianismo: el santo doctor tremola el estandarte de la Virgen para refutar las heregias de su tiempo y de los tiempos pasados, como el soldado cristiano la lleva delante de sus haces para asegurar la victoria. En nuestros dias se ha escrito un libro muy notable sobre la Madre de Dios, considerándola como explicacion del misterio de la Santisima Trinidad, como revelacion del misterio de la Encarnacion, como medio para llegar al conocimiento de Dios, y en todas las relaciones que la Providencia ha querido establecer entre el orden sobrenatural y nosotros (1). No se puede tocar á la Santisima Virgen María, sin que al punto se resienta la relacion mas elevada del alma con la Divinidad. San Ildefonso descubrió las intimas conexiones de la Virgen Maria, de su culto, de sus festividades, con toda la Teologia cristiana: la exaltacion de su nombre sería lo mismo que el triunfo de la verdad católica, lo mismo que la

(1) Me refiero á *El plan divino y la Virgen Maria* de M. Augusto Nicolás, continuacion de sus *Estudios filosóficos sobre el cristianismo*. Alguno de los sermones de San Ildefonso pudiera sugerir la idea de una obra semejante á *El plan divino*; mas para llevarla á cabo con éxito tan feliz se necesitaba nada menos que el vasto talento y la profunda sabiduria de M. Augusto Nicolás.

exaltacion de la fé; y esto lo alcanzó el santo á maravilla, con grande utilidad de la Iglesia española invadida á la sazón por los infieles, y no menos provecho de la Iglesia universal donde el culto de la Madre de Dios está siempre haciendo milagros.

Nosotros, mis queridos hermanos, hemos consultado los mas famosos monumentos de todos los siglos, hemos recogido las palabras mas bellas que ha inspirado la devocion en alabanza de la Virgen Maria, hemos apurado los símiles y figuras que los hombres de santidad y de genio han empleado para alabar á la Reina de los Angeles lo mismo en los cláustros que en las basílicas, lo mismo en el Oriente que en el Occidente, lo mismo en la edad media que en los tiempos modernos; pero fué tanta la piedad y sabiduría de San Udefonso, y resplandece de tal manera en su vida y en sus elocuentes escritos el carácter de siervo de Maria, que con razon se le ha llamado el nuevo Crisóstomo. Merece ser comparado con un orador tan insigne el grande discípulo de San Isidoro: le somos deudores de un servicio muy señalado, cual es haber hecho antes que nadie elogios completos de la Madre de Dios, crean-

do, por decirlo así, un nuevo género de elocuencia, que tanto poder ha tenido y tendrá siempre para ablandar el corazón de los pecadores.

La tierna devoción del santo Abad era una pasión sublime, tendencia ó alimento de esos espíritus elevados que han vivido mas cerca de la naturaleza angélica que de la naturaleza humana. Pero el santo, que vivía del rocío del cielo, consolado por maravillosas visiones, ordenaba las cosas de la Iglesia, proveía á todas las necesidades, examinaba las costumbres, y con mansedumbre ó aspereza, según convenia, infundía el espíritu de obediencia, el espíritu de temor, el espíritu de caridad, el espíritu de pobreza, el espíritu de mortificación (1), el espíritu cristiano, en una palabra, siempre tan necesario para vivir bien, sobremanera necesario en aquel siglo en que la constitución de la Iglesia era la grande obra de los Obispos, de los Reyes, del clero y aun del pueblo; todos embarazados por

(1) *Res Ecclesie ordinabat; omnibus necessaria ministrabat. Mores omnium circumspectans, qualitates morum attendens, singulis prout necessarium erat se ipsum exhibebat: mansuetis mansuetus: contra vero offensos habebat affectus. Nam*

*Ensis in offensis erat Abbas Agaliensis.*

*Cerrat. Vita.*

pleitos de jurisdiccion, por cuestiones de disciplina, por heregias, y por un sinnúmero de males y de perturbaciones que hacian en extremo difícil y laboriosa la existencia de aquella sociedad.

Vinieron á complicarse los negocios de la Iglesia por la muerte de San Eugenio, Obispo de Toledo (1); y como la fama habia llevado el nombre de San Ildefonso á todas partes, el clero y el pueblo le aclamaron por su Obispo, acompañando esta eleccion en que tan claramente intervenia la Providencia, con canticos y acciones de gracias. El santo se resiste; el santo rehusa este honor; el Abad no quiere dejar su monasterio; se acoge bajo el manto de la Virgen, que hace sus delicias; el santo descubre ya el cielo al remate de aquellos caminos oscuros, pero conocidos, y no quiere dejarlos: el Rey Recesvinto se acerca al monje, y lo conduce al trono que dejó vacante San Eugenio. El pueblo entusiasmado exclama: «no hay otro sacerdote mas santo, ninguno mas digno, ninguno mas elocuente, ninguno mas

(1) Damos indistintamente el nombre de obispo ú arzobispo, porque en realidad, como entonces se llamaba el que hoy decimos Primado de las Españas, era *Obispo Metropolitano de Toledo*.

ilustre, ninguno mas recto, ninguno mas consumado en la sabiduría (1).» ¡Ah, mis queridos hermanos! ¡Cuán cierto es lo que dice San Bernardo: «La soberbia derriba de lo mas alto á lo mas bajo; y la humildad levanta de lo mas bajo á lo mas alto: el Angel ensoberbeciéndose en el cielo cayó en los abismos; y el hombre, humillándose en la tierra, es levantado sobre las estrellas del cielo.» El santo habia renunciado al falso brillo de la gloria humana, pero atrajo sobre sí el resplandor de una otra gloria que podemos llamar divina: quiso mas bien vivir un dia en el atrio del Señor, que mil en las tiendas de los pecadores; pero «la senda de los justos resplandece como luz, dice el Sabio, y asi va procediendo y creciendo hasta el perfecto dia.»

A tiempo es elevado á la primera dignidad de la Iglesia de España el fervoroso campeón de la Reina de los Angeles. Unos hereges que seguian los errores de Helvidio, venidos de la Galia gótica, invaden la España con intento de refutar las creencias del pueblo en orden á la perpetua

(4) *Nec sanctior, nec probabilior, nec eloquentior, nec rector, nec scientia perfectior eo inveniri posset. Cerrat. Vita.*

virginidad de Maria. Refutado este error en Roma por San Gerónimo, al aparecer en España fué deshecho por San Ildefonso. Enardecióse su celo por honra de la Madre de Dios, y escribió un libro maravilloso que bastó para arrancar de cuajo la simiente de la heregia, y para ahuyentar á los helvidianos de España (1). El pueblo católico lanza á todos los aires un grito de alegría; y agradóse tanto de este servicio la Madre de Dios, que se apareció al santo llevando en la mano el libro que San Ildefonso habia escrito en su defensa. Pagóle con esta vision el celo que le abrasaba, el tierno amor que le tenia, aquellos discursos tan elocuentes que hicieron revivir la fé amortiguada por Joviniano y los sectarios de Helvidio, y aquella solitud que mostró en los Concilios de Toledo el acerrimo defensor de las glorias de Maria (2). A un prodigio succede otro: en el dia de Santa Leocadia, el obispo, el Rey, los

(1) El título del libro era: *De perpetua Virginitate Deiparæ Virginis.*

(2) En los concilios octavo y noveno causó admiracion la sabiduría de San Ildefonso. Se cree que el santo propuso ú redactó el canon primero del concilio décimo, en que se instituyó la fiesta de la *Expectacion de Nuestra Señora.*

magnates, el pueblo, acuden al templo: San Ildefonso oraba junto al sepulcro de Santa Leocadia, euando el sepulcro se abre; la santa aparece y habla á San Ildefonso, exortandole á que consagre su talento, su pluma, su elocuencia, en defensa de la Madre de Dios. Aquel sepulcro que se abre parece significar la resurreccion del pueblo cuya fé habia amortiguado la heregía de Helvidio, que volvía á la vida con el vigor que le habia comunicado el apostolado de San Ildefonso. Su corazon se encendia mas y mas con estos regalos celestiales; y asi como el santo se preparaba con ayunos y penitencias para recibir tan dignamente como pudiera los favores del cielo, asi el cielo ordenaba sus Angeles, y estendia como una piel el estrado de sus estrellas, y proyectaba la mas sublime de las apariciones que han alegrado la tierra. El pueblo que acude en masa á cantar los maytines de Nuestra Señora hacia la media noche, retrocede espantado: muchos cayeron al suelo, otros deslumbrados con el golpe de una luz extraordinaria y divina que llenaba toda la Iglesia, quedaron inmóviles: pero el bienaventurado Ildefonso no se detuvo; era una vision mas, aunque

mas magnífica que las otras; mas sobrenatural; una gracia á la altura de su santidad; la gloria en compendio, ó una de esas decoraciones de que necesitan los sentidos para figurarse cómo será el pórtico del otro mundo. El santo penetra en el templo, bajo aquellas bóvedas iluminadas con la luz de la gloria: cúmplase en él lo que dice la Escritura: «La senda de los justos resplandece como luz, y así va procediendo y creciendo hasta el perfecto día.» Con acompañamiento de Angeles que cantan las divinas alabanzas baja del cielo María Santísima, rodeada de resplandores, de donde trae una casulla que da al santo obispo en pago de su devoción, y en señal de los ricos presentes que le aguardan en la otra vida (1). El santo, en vista de aquel prodigio, saluda á la Santísima Virgen como en aquel tiempo se acostumbraba: «Salve,

(1) El Cerratense pone en boca de la Santísima Virgen estas palabras que dijo á San Ildefonso: «*Quoniam mente pura fideque firma in meis laudibus permansisti, et laudem meam in corda fidelium dulci eloquio depinxisti, et lumbos tuos virginitatis cingulo præcinxisti, de vestimentis perpetuæ gloriæ vestimentum attuli tibi quo vestiarius in die et solemnitate mea. In hac sede sedebis. Si quis autem post te præsumpserit hoc vestimentum induere et in hac Cathedra sedere, non carcebit ultione.*»

la llena de gracia. Salve, fuente de luz que iluminais á todos los hombres, y que habeis contenido en vos al que los cielos no pueden contener. Salve, aurora que no puede tener ocaso. Salve, fuente de vida. Salve, ó vos que sois el jardin del Padre. Salve, reina de todos los bienes. Salve, perla preciosa que traspasais todo precio. Salve, viña fecunda que producis tan bellos racimos. Salve, bienhechora nube que refrigerais las almas de los santos. Salve, vos que sois el pozo de agua viva. Salve, puerta cerrada que no se abre sino al gran Rey. Salve, oh montaña de la que se ha desprendido la piedra angular sin el esfuerzo de ninguna mano (1)».....

«Oh mi reina, oh la madre de mi Dios, la sirva de vuestro Hijo, yo os ruego que me alcanceis el espíritu de vuestro Hijo, el espíritu de mi Redentor, para que yo pueda pensar y decir cosas convenientes, cosas dignas de vos.... Que yo celebre vuestras grandezas, como merecen ser celebradas: que yo os ame tanto como mereceis ser alabada; que yo os sirva tanto como

(1) Palabras de un sermón de Crisipo, sacerdote de Jerusalén, inserto en la *Biblioteca de los Padres de la Iglesia*.

vuestra gloria merece ser honrada; porque habiendo concebido y engendrado á un Dios, redentor y hombre todo junto, habeis venido á ser la madre del Hijo de Dios (1)».

La celestial vision desaparece. La Virgen es arrebatada á los cielos en un trono de nubes, entre los coros de los Angeles, como en el dia de su Asuncion gloriosa. Las celestiales armonias van trasponiendo las bóvedas del templo, y espiran en las alturas como un eco que se vá adelgazando y desfallece. ¿Cómo no traer á la memoria aquellas exclamaciones de San Ildefonso en el dia en que la Iglesia nos recuerda su Asuncion á los cielos? «Oh! qué bello y cuán digno de homenages es este dia en que la Madre de Dios pasó desde el mundo al Cristo, sin experimentar dolor alguno, como no lo experimentó en el parto!.... ¡Oh luz de los gentiles, esperanza de los fieles, tabernáculo de gloria, templo celestial que los apóstoles rodearon de una veneracion piadosa, cuyo triunfo celebran los Angeles, y á quien Jesucristo estrecha entre sus

(1) Asi principia el libro que escribió San Ildefonso titulado: *De la perpetua virginidad de la gloriosa Madre de Dios.*

brazos! Dichosa Maria, entrad con alegría en el paraiso, vos que habeis sido levantada desde la tierra por los Angeles; vos que resplandeciendo en medio del coro de las vírgenes con todo el brillo del sol, habeis recibido el principado entre los Angeles! Oh! Que los querubines y serafines acompañen en sus alabanzas á la noble Virgen que el cielo recibe hoy con tanto júbilo; que los mártires vestidos con sus ropas triunfales la proclamen bienaventurada; que las innumerables legiones de santos vengan á celebrarla á porfia; que los coros de las vírgenes la saluden con sus palmas victoriosas (1).» San Ildefonso quedó en el templo como arrebatado en éxtasis; y desde el descenso de Nuestra Señora fué su contemplacion tan continúa y tan intensa, que á ella mas que á otra cosa se atribuyó su preciosa muerte, ocurrida á poco de verificarse un suceso tan memorable y ruidoso.

Pero la cristiandad no ha visto sin mucha pena dormir el sueño de la muerte á un santo obis-

(1) Seguimos á los que atribuyen á San Ildefonso este sermón de la Asuncion de Nuestra Señora. Sin embargo, Mabillon piensa que lo compuso Radbert, el cual floreció en el siglo ix.

po que era el campeón de la fé católica, y un defensor esforzado de las glorias de la Virgen María. ¿Perderia la Iglesia para siempre un apoyo tan firme? ¿Nó trazaría ya tan valientes rasgos aquella pluma bendita que tan bien supo manejar San Ildefonso? ¿Quién restauraría la memoria de los varones ilustres, habiendo muerto el que esclareció la fama de Gregorio, Asturio, Montano, Donato, Eladio, Justo, Isidoro, Braulio, Eugenio, y algunos otros obispos tan distinguidos en santidad como en sabiduría (1)? Y sobre todo, ¿quién continuaría las alabanzas de la Madre de Dios, agostado el jardin que habia dado tantas flores, y enjuto aquel raudal de elocuencia capaz de crear ó levantar de su postracion la oratoria sagrada? ¿Qué cosas tan hermosas finje á veces la piedad! Porque sería un desatino pensar que faltára en la Iglesia el espíritu de San Ildefonso, que aseguraba al mundo la proteccion de la Santísima Virgen, se ha supuesto que el santo pasó en espíritu á la Siria á comunicarse y dar la vida á un niño, á San Juan Damasceno, heredero de la piedad y de la elocuencia del santo arzobispo

(1) San Ildefonso escribió á ejemplo de San Gerónimo y de San Isidoro un libro titulado *De viris illustribus*.

de Toledo. Nació el mismo año en que murió San Ildefonso (1); y porque fué tan ardiente panegirista de la Madre de Dios, fué conocido con el sobrenombre de *Chrysorrhoeas*, que significa *rio de oro*. El genio se trasmite. A los siervos de Maria no les ha faltado el espíritu de San Ildefonso: se trasmite y se transmitirá en las obras de la elocuencia sagrada, para sostener la devoción del pueblo cristiano á la Madre de Dios. San Ildefonso vive todavía: su primera metamórfosis fué San Juan Damasceno.

Pues si dones tan raros se transmiten, tambien pasarán las virtudes de unos á otros, y podremos ser imitadores de este gran santo. Es cosa extraña lo que sucede. ¿Habeis visto vosotros que por muy sábio ó muy grande que bajo otros conceptos haya sido un hombre, no haya habido infinitos que presuman de haberle imitado y aun excedido? Aunque el ejemplar haya sido de lo mas sublime en su género, ¿quién ha dejado de probar á ver si podia acercarse hasta él por solo el temor de quedar deslucido? ¿Y cuántos se creen elevados con poco trabajo á la misma al-

(1) San Ildefonso murió el 23 de enero del año 667.

tura, y aspiran á ser continuadores de sus planes, cuando nó reformadores de la escuela que fundó, pensando corregir las obras magistrales en que con ojos de lince han columbrado todos los defectos? Pues la santidad es de mas precio que la sabiduría; vale mas que el génio y todos los dones, y todos somos llamados á la santidad; que es como decir, todos podemos llegar á la santidad; lo que no sucede con los otros dones. Desatentado camina el que va en busca de una felicidad sin sombra de dolor, de un bienestar inalterable, de una celebridad [pensando gozarla sin envidias, de un nombre, de una posicion y de una suerte que todos respeten, y que basten para hacer la vida dichosa. No queremos abrir los ojos á la realidad; no queremos aprender. Vemos que no han sido dichosos los que han ido por estos caminos, y seguimos obstinados poniendo nuestros pies en sus mismas huellas. Vemos al génio en tinieblas, extraviado; y con saber hasta la caida de los Angeles malos, el genio es un ídolo; y tiene altares que le ha levantado la mano del hombre. La pasion de las riquezas hace al avaro abominable; y aun sabiendo la historia del rico avariento, esa sed hi-

drópica cón nada se harta. La perfeccion está en la virtud: ¿hay por ventura alguien que lo ignore? ¿Qué repugnancia á seguirla! La degradacion está en seguir la corriente de las pasiones: ¿qué ceguedad en dejarse arrastrar por ellas! Muchas veces no es la instruccion aquello de que mas necesita el hombre; lo que necesita es pensar en lo que sabe; aprovecharse de lo que sabe; y si no se corrige, más cuenta le tendría no saber nada, que de este modo habria lugar á disculpar con su ignorancia algunos excesos. No se dice de los amigos de Dios que hayan recibido la ciencia del mundo, sino la ciencia de los santos: *dedit illis scientiam sanctorum* (1). El santo obispo de Toledo pudo por la nobleza de su linage haber dejado un nombre; pero ¿hubiera sido tan ilustre? ¿Le hubiera convenido el mundo tanto como el monasterio? ¿Seria tan ensalzado su nombre habiendo sido de los soldados de Sisenando y Chindasvinto, como lo fué entre aquellos pobres monjes? Habia de haber expuesto mil veces la vida por su patria ó por su Rey; ¿y qué mercedes pudiera hacerle un Recesvinto? Pero salió á la defensa de la Madre de Dios, y vió la gloria so-

(1) Sap. cap. x, v. 10.

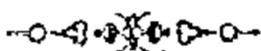
bre la tierra: prueba del grande amor de la Virgen Santísima, de quien dice San Andres de Creta: *quæ sol et máxima pro minimis reddere*. El libro en que San Ildefonso refutó á los Helvidianos fue un monumento que resistió lo que no han podido resistir otros monumentos, al parecer mas sólidos, de la locura, del lujo, de la vanidad ó de la soberbia humana. La gloria de los cronistas é historiadores de entonces no es comparable á la suya: el rastro de luz que dejan los hombres que mas se distinguen, pronto se borra, y á duras penas les alumbrá hasta que caen en el sepulcro; pero «la senda de los justos, como dice el Sábio, resplandece como luz, y así va procediendo y creciendo hasta el perfecto dia.» Sirven las riquezas, como decia San Pablo, para caer en tentaciones y lazos del demonio, y en muchos deseos inútiles ó vanos: ¿de cuántos pesares se librarán los santos renunciando á lo que llamaba San Gregorio el *precioso estiércol que dan los mares y la tierra*? «Al que Dios hiciere rico, decia San Cipriano, nadie tenga por pobre. Ya no podrá padecer hambre ni pobreza el pecho que estuviere lleno de la bendicion y abundancia celestial. Entonces te parecerán estiércol las casas

vestidas de preciosos mármoles, y los maderamientos guarnecidos de oro, cuando entiendas que tú eres el que principalmente conviene ser adornado: porque es mejor casa el templo vivo en que Dios reposa, y donde el Espíritu Santo tiene hecha su morada. Pintemos, pues, esta casa, y pintémosla con inocencia, y esclarezcámosla con lumbré y resplandor de justicia. Esta nunca amenazará caída por antigüedad ni vejez, ni perderá su lustre cuando el oro y el color de las paredes se desfloraren. Caducas son todas las cosas afeitadas y compuestas; mas esta permanece con el color siempre vivo, y con honra entera y claridad perdurable (1).» El mundo pasa; sus placeres, sus honras, sus aplausos, no son mas que humo y ruido; la ciencia del mundo hincha; solo la virtud permanece, solo la virtud perfecciona. El amor de la virtud es el que inspira santas obras; y despues de probar á los justos en la tribulacion, el cielo suele consolar en la tierra á los mortales otorgándoles favores mas ó menos maravillosos, y estos favores son un preludio de la eterna bienaventuranza que os deseo á todos en el nombre del Padre, del Hijo, y del Espíritu Santo. Amen.

(1) Epist. II ad Donatum.

## SERMON

### PARA EL DIA DE SAN BERNARDO.



*Vox clamantis in deserto: parate  
viam Domini. Luc. cap. iii, v. 4.*

*Voz del que clama en el desierto:  
preparad el camino del Señor.*

Señores: voy á hablaros de San Bernardo en quien se han reunido los títulos mas gloriosos de muchos Padres de la Iglesia. Como San Ambrosio, predicó la penitencia á los pueblos y á los reyes: como San Gerónimo, fué en su tiempo *el oráculo del universo*: como San Gregorio *el Grande*, dirigió la Iglesia por medio de sus cartas, tan llenas de celo como de sabiduria: y como San Agustín, fué el intérprete de la Iglesia en las cuestiones con los hereges, y un buen

expositor de las ciencias eclesiásticas. «Parece que Dios tuvo el placer de reunir en San Bernardo, dice un historiador, todos los dones de la naturaleza y de la gracia; la nobleza, la virtud de sus padres, la belleza del cuerpo, las perfecciones del espíritu: vivacidad, penetracion, fino discernimiento, juicio sólido, un corazon generoso, sentimientos elevados, un caracter firme, recta y constante voluntad. Añadid á estos talentos naturales los mejores estudios que se podian hacer en su tiempo, sea en las ciencias humanas, sea en la Religion, una meditacion continua de la Escritura Santa, una gran lectura de los Padres, una elocuencia viva, y un estilo excesivamente culto, pero conforme al gusto de su siglo (1),» y comprendereis con cuánta razon le llamó Inocencio IV. *Columba pulchra*, «paloma hermosa;» asi como Benedicto XI. le comparó con la «estrella de la mañana en medio de la niebla,» *Stella matutina in medio nebulæ*, y San Antonino, arzobispo de Florencia le apellidó «gran columna de la Iglesia,» *Magna Ecclesiæ columna*.

Si le cuadra perfectamente el sobrenombre de

(1) Fleury, Disc. 8, n. 4.

*paloma hermosa*, dícelo la inocencia de su vida, el candor y pudor virginal que conservó desde su juventud, y que mantuvo contra el poderoso atractivo de todas las seducciones: dícelo su paciencia en tantos trabajos y la mansedumbre con que toleró los ultrajes que se hicieron á su santo apostolado, abofeteándole por ser un *monje malvado*, acusándole de *falso profeta*, y achacándole *la ruina de todo el orbe cristiano*. Fué *estrella* luminosa que resplandeció en medio de la niebla, es decir, en una época calamitosa, de ignorancia y corrupcion, estando la sociedad plagada de escándalos y heregias, y en peligro de inminente ruina las instituciones católicas que á viva fuerza luchaban con la barbarie. Él fomentaba el espíritu religioso; él lo enardecia; él lo alimentaba con la doctrina mas pura que tomaba de los libros santos, y con sus propias inspiraciones que ponía de acuerdo con la doctrina de los santos Padres. Los resplandores de esta estrella infundieron en las almas el deseo de la contemplacion, tanto, que suspiraron por el cielo. Allí se eleva el santo doctor con atrevido vuelo, como para habitar en las regiones celestes. No digo estrella sino Angel parece el que cuenta

sus gerarquías y descubre sus augustas funciones, el que contempla con sublime elevacion la Magestad divina, y habla de la union del Verbo con la humana naturaleza cual si apartara los ojos del solio eterno de la verdad que le ha iluminado, para convertirlos á la tierra y disipar las nieblas de la ignorancia que oscurecen el concepto de Dios. San Bernardo funda la ciencia en el amor, que es el modo de atraer las miradas y ganar los corazones de los hombres al estudio y amor de lo divino. «Las cosas que hay encima de nosotros, dice el santo doctor en las alturas de su cielo, no son enseñadas por la palabra; son reveladas por el Espíritu; es menester que la contemplacion busque, que la oracion pida, que la santidad alcance lo que la palabra no sabria explicar (1).»

¿Fué San Bernardo en su tiempo la columna mas firme que tuvo la Iglesia? Ah! su aparicion fué un milagro de la gracia. Asi como está escrito en el sagrado libro de Esdras que el pueblo de Dios con una mano edificaba á Jerusalem y con la otra tenia la espada para estar dis-

(1) *Lib. de consideratione. Lib. v, cap. i.*

puesto al combate (1), así San Bernardo reparaba los muros de la ciudad de Dios ilustrándola con su ciencia y su piedad, y peleaba con infatigable energía por destruir las bárbaras costumbres y los errores tan trascendentales de su siglo. San Bernardo era uno de esos espíritus que comprenden el carácter de una época entera, que ven al pormenor y en conjunto todas las miserias de la sociedad, todos los errores, todos los caminos de perdición, y que estudian el rumbo de la enfermedad moral que constituye, digámoslo así, su carácter. La Religión, y solo la Religión cura todos los males: que por esto es mucha torpeza no echarnos en brazos de ella para salir de las calamidades de nuestro siglo, visto y averiguado que no se sale de otro modo, como entonces sucedió y tiene que suceder siempre. Las heregias que habían infestado á tantos espíritus, y el espectáculo tan triste que se ofreció á los ojos de San Bernardo, no viendo sino desórdenes muy lamentables en el clero y en el pueblo, cristianos rebautizados, altares destruidos, templos profanados, cruces abatidas en el polvo, creciente el poder de los infieles, autorizados to-

(1) Lib. II, cp. IV. v. 17.

dos los vicios por la ignorancia que reinaba, y en una palabra, la vida del espíritu como desconocida á fuerza de estar tan desviada de su objeto, todo esto le obligó á exclamar de esta manera: «Las Iglesias estan desiertas; las basílicas sin pueblos; los pueblos sin sacerdotes; los sacerdotes sin honor, y los cristianos sin Cristo! Se despoja á nuestros templos cual si fueran Sinagogas; se quita á los Sacramentos todo lo que tienen de sagrado, y á nuestras solemnes fiestas su augusta solemnidad. Los hombres mueren en sus pecados, y sus almas pasan, ah! desde esta vida al tribunal de Dios sin haber sido reconciliadas por el Sacramento de la Penitencia, ni fortalecidas por la Santa Comunión. A los recién nacidos se les priva del Bautismo, y se les impide acercarse á Aquel que ha dicho muy alto: «Dejad que la inocencia llegue á mí.»

El profeta Isaias clamaba en el desierto, y su voz misteriosa preparaba la libertad del pueblo, cautivo en Babilonia. Justo era implorar la misericordia del Señor, «que holló á los pueblos con su furor, que los embriagó con su indignación, y que derribó sus fuerzas (1).» La liber-

(1) Cap. LXIII, v. 6.

tad del pueblo judío era una figura de la redención del linaje humano por Jesucristo; y al acercarse los días de la salud por el advenimiento del Mesías prometido, otra voz misteriosa clamaba en el desierto: el Bautista exortaba á la penitencia clamando á grandes voces: *Parate viam Domini*: «preparad el camino del Señor.» Así clamaba también San Bernardo, «preparad el camino del Señor,» y exortaba á la penitencia con el acento lastimero de las profecías. ¿Era menester precipitar á los pueblos en masa sobre el Oriente? ¿Era menester ahogar con mano fuerte las heregias? ¿Era menester crear un poder formidable que salvara á la sociedad? ¿Agitar todo el mundo para que reverdecieran las virtudes y el espíritu cristiano? Con una palabra está defendido San Benardo: *Parate viam Domini*; «preparad el camino del Señor.» Esto era menester á todo trance, edificando con una mano los muros de Jerusalem, y con la otra sacando la espada; era menester combatir, y en esto convienen hoy hasta los que no hablan de la salvacion de las almas, y solo consideran la suerte que hubiera cabido en otro caso á la Europa cristiana. A San Bernardo se pueden aplicar aquellas

palabras de Isaias: *Ego, qui loquor justitiam, et propugnator sum ad salvandum*: «Yo soy el que hablo justicia, y combato para salvar (1).»

Esto es, mis queridos hermanos, lo que me propongo demostrar para honra y gloria de Dios y provecho vuestro, como lo espero, confiado en los auxilios de la divina gracia. *Ave Maria*.

(1) Cap. LXIII, v. 1.

La vocacion del desierto es la vocacion de las grandes almas. El solitario habla con Dios, levanta sus manos al cielo adonde le llevan sus deseos, y consigue gastar á fuerza de perseverancia en la oracion y en el ayuno, la indocilidad de la carne y las delicadezas del amor propio. Si hemos de dar fé á los cronistas, el nacimiento de San Bernardo fué precedido de misteriosas señales, en que un hombre de gran virtud y lleno como David del espíritu de profecía, vió al futuro predicador en la comparacion que hizo del *perro fiel* que guardaba la casa del Señor, acometiendo á los enemigos de la fé y curando con

su lengua medicinal las heridas de un gran número de almas (1). Debemos á los que copian del natural todos los rasgos de la belleza física, exactos pormenores sobre las propiedades de su corazón sin doblez, que se retrataba en su rostro; su inocente alegría era una dulce sonrisa de la gracia; su blonda cabellera, la elegancia de su talle, su exterior y compostura reproducían la noble imágen de su padre: así como su alma era pura y angelical como el alma de su madre. Añadid á las gracias y encantos de su juventud la vision que vino á halagar su sueño en una noche de Navidad, apareciéndosele el tierno niño Jesus naciendo de la Virgen María; vedle desde aquella noche mas tierno en sus afectos, mas suave en sus palabras, mas profundo en el conocimiento de este gran misterio, mas fervoroso en sus oraciones, mas espiritual, mas arrebatado por el amor de Dios que le obliga á prorumpir en discursos cada vez mas ricos y abundantes, y comprendereis cuán superiores fueron en San Bernardo los dones de la gracia á los dones

(1) *Gaufridus, Fragm. ex tertia vita Sanct. Bernardi. Guill. Vita et Res gestæ S. B. Joh. Erem. Vita S. B.* Nació en Fontaines, cerca de Dijon, en la Borgoña, por los años de 1091.

de la naturaleza. Amante de la poesía, que cultivó, y de las bellas artes, conocía la sabiduría del siglo sin amarla; porque el cielo le habia dotado de aquel tacto pronto y seguro para conocer y aborrecer no solo lo que se desvía mucho ó poco de la enseñanza católica, sino para mirar con hastío y evitar todo lo que no conduce á ella. Frívolas le parecieron las sutiles controversias de las escuelas; su luz era la Escritura; su alimento la palabra divina; su vida la meditacion; muy grandes pensamientos traía en su cabeza para olvidarse de sus estudios profanos, y ejercitándose en la predicacion, comenzó á dar expansion á sus sentimientos, enriqueció su memoria, adquirió aquellos movimientos proféticos, aquel tono ya imperioso, ya dulce, aquella uncion purísima, y aquella elevacion sublime que le hizo señor de las voluntades y dueño absoluto de los destinos del mundo. Algunos piadosos escolásticos de los que disputaban con él en las escuelas extrañaron primero cómo teniendo tan rara capacidad huía de los centros del saber, así como quedaron absortos luego que le vieron alzarse con aquel magisterio de la palabra, cuya eficacia no dependía de las artificiosas disputas

de la escuela, sino de una fé robusta, de una piedad acendrada por el génio de la Religion. El siglo no enseña á la larga lo que el retiro de la contemplacion en poco tiempo: retirarse á pensar es mas útil para el alma que frecuentar la mejor escuela: asi es que la vocacion del desierto es la mayor de las gracias que Dios concede cuando quiere ilustrar el espíritu, y derramar en él los tesoros de la mas alta sabiduría (1). Es verdad que por muy apartado que busque el hombre el lugar de su refugio le seguirá la concupiscencia de la carne, la concupiscencia de los ojos, y el orgullo de la vida: la primera asaltó á San Bernardo en la edad de las ilusiones, salvándose por milagro; bien que sus biógrafos,

(1) En la Iglesia de Chátillon habia una escuela, que fué donde estudió San Bernardo. A semejanza de esta habia otras que se establecieron en el siglo once en las Iglesias de Reims, Poitiers, Mans, Auxerre y otras ciudades de Francia. Eran públicas, y en ellas se enseñaba la sabiduría del siglo (*saecularis sapientia*). El Concilio de Châlons en 813 mandó que se establecieran. Los obispos de entonces, tan motejados en este siglo de las luces, decian en medio de una época bárbara: «Los que instruyan á sus hermanos brillarán como estrellas en la eternidad.» Pero ni esto poco que decimos ni mucho mas que podríamos decir puede bastar hoy para defender al clero, porque no hay defensa contra las preocupaciones.

considerando sus atractivos y su castidad, dicen que el santo era mas peligroso para el mundo, que el mundo para él. Tentóle tambien la curiosidad de la ciencia; pero ¿cuál es la buena? y se respondía con el Profeta: «la que se reduce á la práctica» (1) ¿Y si la ciencia es la ciencia del bien? «Es culpable, se decia, el que teniendo la ciencia del bien que él debe hacer, no lo hace (2). Las ventajas de su posicion, la cultura de su espíritu, su pasion por las grandes cosas, la facilidad de distinguirse en empresas caballerescas, las ciudades populosas, agitadas como los campos lo estaban entonces, ó al menos las altas dignidades de la Iglesia que necesitaban de hombres de rango y mérito como él, todo parecia tender lazos á su virtud, á su abnegacion, y á aquel espíritu de sacrificio que resaltaba en sus propositos. De todas maneras fué probado el santo, como el oro en el crisol: pero á este tiempo leia en la Escritura: «Hijo mio, cuando entreis al servicio de Dios, preparad vuestra alma á la tentacion y á la prueba, y quedad firmes en la justicia y en el temor del Señor. Humillad vues-

(1) Ps. cx. v. 7.

(2) Jac. cap. iv, v. 17.

tra alma, y esperad con paciencia: prestad atento oído á las palabras de la sabiduria, y no acobardeis en el momento de la prueba.... Quedad unido al Señor... aceptad de buena voluntad todo lo que os suceda: quedad en paz en vuestro dolor... porque el oro y la plata se prueban en el fuego, pero los hombres á quienes Dios quiere recibir en el número de los suyos, los prueba en el crisol de las humillaciones y sufrimientos. Tened confianza en Dios, y él os librará de vuestros males: esperad en él (1).

San Bernardo salió vencedor de todas las pruebas, derramando torrentes de lágrimas. Con ellas creyó ablandar para siempre la dureza de su corazón; desterró de sus afectos espirituales la languidez y el frío; se enternecia de ver una persona virtuosa, ó con la memoria de un muerto ó de un ausente; excitaba su sensibilidad una dulce melancolía, y al punto sentía que el Espíritu de Dios soplaba sobre sus huesos, y comenzaba á llorar: al llanto sucedía la dulzura y serenidad de aquella primavera espiritual que temia haber perdido para siempre, y su alma apasionada

(1) Eccl. cap. II, v. 1 y sig.

se abrazaba con su Dios, en cuyo amor se olvidaba de sí mismo y de todo lo del mundo.

Prendió en San Bernardo aquel fuego divino del que dijo Jesucristo: «Yo he venido á traer el fuego sobre la tierra, y lo que quiero es que prenda (1). No conoció límites el celo de San Bernardo; abrasó á sus hermanos, á sus amigos, á las esposas, á los jóvenes, á los ancianos, á los hijos y á los padres. ¿Cómo resistir á sus exortaciones? Aquel hombre de Dios tan probado en las tribulaciones, conocia admirablemente el corazón humano y el secreto de las operaciones divinas, cuando dijo á un guerrero intrépido en quien no hizo mella la primera de sus amonestaciones: «Hermano mio, le dijo tocándole en el pecho y como fuera de sí con la energía que presta la caridad, yo sé muy bien que solamente la desgracia abrirá tu inteligencia á la verdad. Pues bien, ese dia vá á venir, vendrá pronto; el pecho que yo toco será abierto con una lanza; y la herida que te causará el hierro homicida, será la puerta por donde entre en tu alma la palabra que tú desprecias ahora.» El guerrero

(1) Luc. cap. xii, v. 49.

creyó sentir al momento el golpe de un dardo que le penetraba hasta el corazon; era la palabra de San Bernardo, que le penetraba con el ímpetu de una saeta que viene del cielo.

Por lo poco que he dicho y por la idea que tendreis del estado de la sociedad y de la Iglesia en este tiempo, comprenderéis la necesidad de poblar los desiertos, de edificar las costumbres por el ejemplo de las mas austéras virtudes. Inmensos beneficios deberán proporcionar los monasterios, criando santos, cultivando las ciencias, fomentando el espíritu de oracion, y ofreciendo un punto de apoyo, una tabla de salvacion á las almas que peligraran. Hablamos despues de haber palpado las consecuencias de aquel general trastorno que renovó toda la Europa, sabiendo cuán útiles fueron hasta aquellas tentativas de los cruzados que al parecer fueron frustradas, y pudiendo calcular hasta las ventajas que pudimos obtener mas adelante, y que no obtuvimos ó se han malogrado por la aparicion del protestantismo, que tan funesto ha sido á la causa de la civilizacion europea. Por esta razon decimos con toda seguridad, sin temor de que nadie nos contradiga: Dios llevaba los anacorétas al desier-

to: Dios impelia los misioneros á los azares de su apostolado: Dios guiaba los peregrinos á los santos lugares de Jerusalem y Roma: Dios ponía el estandarte de la Cruz en manos de los caballeros y de las muchedumbres que iban al Oriente á rescatar el Santo Sepulcro. Un solo pensamiento, una sola idea, un solo deseo era el de todos: la unidad de intencion podia solamente salvar á la Europa, y á todos alentaba este solo y único pensamiento: la idea de Dios. ¿Cuál era el grito que en todas partes resonaba? *Dios lo quiere!!!* Habia de grande en la edad media una cosa facil de concebir en el espíritu de un solo hombre, pero muy dificil de comprender en una sociedad: tál era la aspiracion á lo infinito. Y cuando en una época predomina este sentimiento, los espíritus escogidos, que siempre se elevan sobre el nivel comun, apenas tienen bastante con esta elevacion, y quieren elevarse ó abstraerse mucho mas. No les bastarian los desiertos, ni las florestas evangelizadas, ni las bellas escenas de la tierra saturada de las bendiciones del cielo. Entonces debería pedir mas la necesidad de lo infinito, que es á un tiempo el encanto y la desesperacion de la imaginacion humana. Recha-

za las bellezas sensibles y limitadas el espíritu á quien aflige el deseo de contemplar las bellezas invisibles, que se adivinan lejos de nuestro angosto horizonte: por esto visitaba un santo los cielos y el infierno llevado por los Angeles, y San Patricio bajaba al purgatorio. Este mismo impulso era el que llevaba á San Bernardo al desierto: este mismo amor de lo infinito explica el celo de su apostolado; el deseo de la salvacion ponía en su boca palabras encendidas capaces de convertir á los cristianos frios en infatigables misioneros; el celo por la gloria de Dios le daba fuerzas para continuar la obra colosal de las cruzadas. San Bernardo deshacia los pueblos y las naciones enteras, convirtiéndolas en caravanas de peregrinos, de monjes y de soldados: era menester dispersar la sociedad antigua para constituir la de nuevo, y ella se constituiría de vuelta de los santos Lugares, despues de las derrotas y de las victorias: luego replegaría su vida al interior, pero antes era menester desparramarla. Unos al cielo, otros al desierto, otros al purgatorio, otros á Roma, otros á Jerusalem, todos se ponian en camino obedeciendo á su voz, todos marchaban asi que oian de sus labios

aquella voz poderosa que decia: *Parate viam Domini*, «preparad el camino del Señor.» San Bernardo impulsó decididamente aquel gran movimiento que aseguró la independendencia de Europa: á partir de las Cruzadas data la preponderancia de los pueblos cristianos sobre los mulsulmanes; desde entonces comenzaron á estrecharse entre las naciones los vínculos de fraternidad que habian de unir las entre sí como un solo pueblo; en ellas tuvo su principio la ruina completa del feudalismo y la emancipacion de los vasallos: nueva vida en que el espíritu religioso inicia todo lo bueno, en que la Iglesia es un poder gigante, en que los pueblos adelantan por diferentes caminos en la carrera de la civilizacion. ¿Qué pensais, Señores, de tan grande sacudimiento? ¿Y qué pensais del pobre monje que está detras impulsandolo? Despues de tanto como se ha dicho contra los monjes, contra todas las personas de oracion y de vida contemplativa, ¿nó es esto inverosimil? Es cosa extraña que el siglo XII nos ofrezca un pequeño grupo de hombres tan notables como Pedro el Venerable, considerado como escritor, un hombre de Estado como Suger, y un orador como

San Bernardo. Hoy, con haber tantas inteligencias, tantas ilustraciones, tantas espadas, y debiendo ser mas fácil salir de los conflictos del dia que de los conflictos pasados, no encontramos ni al hombre de la paz ni al hombre de la guerra á quien encomendar nuestra salud: hace falta un hombre de genio ó un buen brazo que nos saque de apuros, y deberémos pedir á Dios que lo suscite entre nosotros. Bastaría colocar en un puesto elevado á un hombre de carácter firme, de ideas claras, de buena voluntad y que buscara, no por miras mezquinas, sino muy nobles, una alianza desinteresada con la Religion, para que hiciera prodigios. Así es como crece nuestra admiracion hasta el asombro cada vez que consideramos el destino que cupo á San Bernardo en la grande obra que confió á sus manos la Providencia. Su gran poder consistió en la palabra, y con ella venció los corazones cuando no se conocian las maravillas de la elocuencia clásica: su voz era la *voz del que clama en el desierto*, porque no podian volver sus ecos las tribunas de Atenas y de Roma: el oido no conocia los encantos de la palabra: San Juan Crisóstomo con su elocuencia de oro, San

Agustin con sus acentos patéticos, apenas eran conocidos de algunos pocos sabios. Por esta razon tenemos á milagro la aparicion de San Bernardo, superior bajo cierto punto de vista, á los mejores oradores del Occidente y de la Grecia cristiana. Porque la mision de San Bernardo fué mucho mas ardua; las dificultades con que luchó parecian insuperables; la lengua de los sábios hubiera sido ineficaz para sublevar las muchedumbres que no se conmueven sino toca sus resortes la lengua vulgar, que es la que entienden. San Agustin y San Juan Crisóstomo, ya que los hemos citado, con toda su elocuencia y la belleza de su génio, apenas consiguieron otra cosa que endulzar los últimos momentos de Antioquia y de Hipona, nó preservar de la muerte á sus pueblos, que todavia yacen en el féretro esperando la voz que hizo salir á Lázaro del sepulcro: ellos lloraron amargamente sobre su tumba, pero no los volvieron á la vida. ¿Y qué hizo San Bernardo? ¡Ah Señores! San Bernardo, como los predicadores de los tiempos bárbaros, imitadores, ó mas bien, continuadores de aquella elocuencia sencilla y popular con que San Bonifacio subyugó los pueblos de Alemania, San Ber-

nardo, decíamos, creó pueblos nuevos; y ¿qué pueblos fueron estos? Ah! estos pueblos son nada menos que la Europa. Bendito sea el poder de Dios que pone en los labios de un pobre monje de la edad media la palabra que arrastra al Oriente bajo la enseña de la Cruz mas de trescientos mil hombres, *mas mansos que corderos, como decia el santo, y mas fuertes que leones.* «San Bernardo predica en lengua vulgar (dice un historiador rebosando su corazon en amor pátrio); á esta voz que levanta ejércitos, yo reconozco la palabra de la Francia, puesta al servicio de la civilizacion cristiana (1).»

Ved, Señores, cómo da principio San Bernardo á las tareas de su vida apostólica, arrastrado por esa fuerza que le lleva al desierto.

Los Benedictinos fueron reformados, y su reforma se hizo no menos célebre que lo fué el primitivo instituto: llamóse la reforma de Cluny, porque tuvo su principio en este monasterio. Le gobernaron muchos santos. De Cluny salieron los hombres mas sábios y eminentes, y Pontífices tan ilustres como San Gregorio VII, Urba-

(1) Ozanam, *La Civilisation Chrétienne chez les Francs*, pág. 553.

no II y Gelasio. El esplendor y las riquezas le precipitaron en la decadencia, y no bastó á contenerle en este camino la mano experimentada de Pedro el Venerable. Fue menester trasplantar el monasterio de los benedictinos al desierto de Molesme, en los confines de la Borgoña, y los monjes mas austéros fueron sacados de allí por el piadoso Roberto, y trasportados al desierto de Citeaux. La severidad de la regla gastaba la vida de aquellos santos religiosos: la mortalidad era desastrosa: los superiores morian esperando que Dios enviaria monjes de refuerzo, si era su voluntad que aquella santa congregacion no pereciese. «Sabed hermanos míos, decia á los monjes enfermos un santo Abad moribundo, que dentro de poco tiempo el Señor os hará conocer la magnificencia de su misericordia; él os enviará un gran número de personas ilustres y sábias, que llenarán esta casa, de donde saldrán monjes como enjambres de abejas, y se extenderán por diversas partes del mundo, y levantarán muchos monasterios, fruto de las bendiciones con que Jesucristo mantiene el de Citeaux.....» Un dia vieron los monjes venir á un jóven rodeado de otros treinta, los cuales atra-

vesaron un bosquecillo, se pararon á beber agua en una fuente, y llegaron á la puerta del monasterio. Era San Bernardo y sus compañeros, los cuales cayeron de rodillas á los pies del santo Abad, que los acogió con muestras de un amor muy tierno, con el corazon conmovido y derramando lágrimas de alegría,

*Si incipis, perfecte incipe.* «Si principias, principia bien.» ¿Creia el santo haber comenzado perfectamente? Él se reconvenia preguntándose: *Bernarde, ad quid venisti?* Y esto lo decia viviendo en un profundo recogimiento; más parecia un espíritu que un hombre, porque él pensaba que para entrar en un monasterio, el cuerpo se debia dejar fuera: alli solo tenían entrada las almas. *Caro non prodest quidquam:* «la carne no aprovecha para nada.» De tál modo se convirtió en habito la práctica de la mortificación, que no viviendo sino del espíritu, el santo veia sin ver, oia sin oir, comia sin gustar, y apenas conservaba sentimiento alguno para las cosas del cuerpo (1). Y si haciendo esta vida se pregunta-

(1) Dicen los historiadores que San Bernardo, despues de un año de noviciado, no sabia si el techo de su dormitorio era plano ó abovedado, ni si tenia ventanas el oratorio donde hacia oracion todos los dias.

ba San Bernardo—*ad quid venisti?*—«á qué has venido?» ¿qué diremos nosotros? ¿Para qué hemos sido criados? ¿Para qué somos cristianos? ¿Para qué hemos venido á este mundo? En cuanto á San Bernardo, su mision fué reformar la vida monástica, levantar la casa de Citeaux, ir á sostener la de Clairvaux (Claraval) cuyo nombre tan célebre irá siempre unido al suyo; ir de pueblo en pueblo predicando y removiendo los espíritus, siendo la cosecha de sus ardientes improvisaciones la conversion de los sabios, de los oradores, de los nobles segun el mundo, y de los filósofos que abandonaban las escuelas del siglo para darse á la contemplacion y á la penitencia en los desiertos. Asi convirtió á su hermana Humbelina, y al sábio Suger, ministro de un rey de Francia y Abad del relajado monasterio de San Dionisio, cuya opulencia abatió San Bernardo. Mudó de vida el arzobispo de Sens, á quien el santo instruyó en las obligaciones propias de los obispos (1): renunció á los encantos de la corte, Esteban de Senlis obispo de Paris, y Adelaida, duquesa de Lorena. Entraron en el buen ca-

(1) Le escribió una carta titulada *de officio episcoporum*.

mino Enrique, Príncipe de Francia, y Amedeo, Príncipe de Alemania. Así era como San Bernardo trabajaba en la regeneración de la sociedad, en la reforma de abusos inveterados que lo iban corrompiendo todo. La simonía desconceptuaba al clero; la ambición, la turbulencia y las riquezas acumuladas en algunos siglos habían destruido las antiguas órdenes monásticas, quitándoles el espíritu de piedad; y como de ellas salían los grandes dignatarios de la Iglesia, el lujo y el fausto más escandaloso penetraron en los palacios episcopales. Que las malas pasiones habían de oponerse á la reforma, demás está decirlo: se quería confundir las virtudes humildes é ignoradas con la ostentación de las riquezas y los alardes de una venalidad desprevenida adrede de todo miramiento y recato. San Bernardo empleó la dulzura y la severidad con admirable tino; defendió su obra, ó más bien la obra de Dios; dió con el pié á la soberbia de sus arrogantes detractores (1), y alzando el grito á los cielos, si le hacían cargo de la inobservancia de la

(1) En varios escritos: uno de ellos, el *Tractatus de gradibus humilitatis et superbiæ*; otro, el titulado *Apologia ad quemdam amicum nostrum*.

regla, respondia: «La caridad de Dios es la regla; y la regla de Dios es primero que la regla de San Benito:» si se obstinaban en seguir la vida sensual y perezosa, el santo les respondia con toda libertad diciendo: «En los bellos dias de la vida monástica, ¡quién hubiera creido que aquel fervor habia de caer en una relajacion tan completa! Oh! qué diferencia entre estos religiosos y los del tiempo de San Antonio!» Si escribia los estatutos por que habian de regirse los Templarios, para imprimirles aquel ardor belicoso y el fervor monacal comun en aquel tiempo á las órdenes de la caballería cristiana, se le acusaba como violador de la ley del Evangelio, que es ley de mansedumbre y de paz. Se afectaba desconocer que la Jerusalem de la tierra atraia á los que suspiraban por la Jerusalem del cielo; que estos dos pensamientos no eran mas que uno solo, en el que venian á concurrir el monje y el soldado por la mas feliz de las alianzas, que quisiéramos ver hoy reproducida en la forma mas acomodada al carácter de nuestro siglo. «Id, bravos caballeros! les decia San Bernardo; arrojad con un corazon intrépido los enemigos de la Cruz: estad seguros de que ni la muerte ni

la vida podran separaros del amor de Dios que está en Jesucristo. En todas ocasiones, y en medio de los peligros, repetid estas palabras del Apostol: *vivos ó muertos* nosotros somos de Dios! Vencedores ó mártires, regocijaos, vosotros sois del Señor (1)!» Pero estas exortaciones hacian llover sobre su cabeza diabólicas invectivas. En vano la obediencia á mandatos superiores le arrancaba del desierto para ocupar un asiento en los concilios, y tomar parte en los mas graves negocios temporales pero que estaban tan intimamente ligados con los intereses religiosos, de que no era posible desentenderse: en vano escribia á sus hermanos de religion lo que por él pasaba, y la violencia que en aquello se hacia diciendo: «Tened piedad de mí, vosotros que tenéis la dicha de servir á Dios en un asilo inviolable y lejos del tumulto de los negocios. En cuanto á mí, miserable como soy, me veo condenado á incesantes trabajos, y estoy como un polluelo sin plumas, casi siempre fuera de su ni-

(1) De una exortacion á los Templarios, sacada de la obra que escribió el santo con el siguiente titulo: *Liber de laude nove militiæ ad milites Templi.*

do, y expuesto á las borrascas y tempestades (1). Se le acusaba sin embargo de haber excitado rigores intempestivos: era el bramido de los siete demonios que tenian presa á Humbelina, es decir, los pecados capitales que resistían las invasiones del espíritu religioso: los malos que no querian el bien: la carne y la sangre rebelada contra el alma bajo especiosos pretestos, valiéndose de calumnias y aparentando un celo mas prudente por la Religion: era en fin, lo que hoy sucede, y lo que ha sucedido siempre á todos los reformadores que han querido que la virtud reverdezca con su espiritual belleza y sus austeridades, y que la verdad resalte con resplandores divinos. Las acusaciones contra San Bernardo se estendieron tanto, que muchos obispos, alarmados en vista del poder de aquel pobre monje, elevaron á Roma sus quejas. «Yo no se, decia San Bernardo, si debo temer ó felicitar me porque se me considere como un hombre peligroso, solo por haber dicho la verdad y haber obrado en justicia..... Si yo me hago alguna violencia es en asistir á estas asambleas, porque yo

(1) Epist. 12.

he nacido para la oscuridad del claustro..... He asistido, pero llamado, obligado. Si algunos han extrañado mi presencia, tambien yo he extrañado la de ellos. Nadie como vos (decia al cardenal Haimerie) puede librarme de estos negocios..... Si por vuestra mediacion alcanzo la gracia de que se me deje en mi claustro, yo viviré en paz y dejaré vivir á los que me tienen por ambicioso (1).»

Estas protestas, mis queridos hermanos, eran la expresion de sus sentimientos; no encubrían con disimulado artificio las ambiciones que corroen las entrañas de los que se finjen pequeños vendiéndolos la soberbia. San Bernardo habia renunciado las grandezas del mundo por vivir desconocido en la casa del Señor: su profesion era la humildad, la obediencia, la pobreza voluntaria: dos veces estuvo á la muerte á causa del fervor con que se entregaba á la penitencia, y sufrió con alegria meses enteros la compañía á que se le habia obligado, *de un hombre sin razon*, como decia el santo hablando de un empirico, que con el encargo de curarle su enferme-

(1) Epist. 48.

dad no parecia sino que estaba á su lado para llevarle la muerte en posta. El santo amaba las vigili- as, los ayunos, el silencio, el trabajo de manos, escribia, predicaba, y soportaba hasta la miseria y extrema pobreza con paciencia y alegría, como se vió en el monasterio de Claraval. Sus delicias estaban en el desierto: él llamaba al claustro *un verdadero paraíso*: aseguraba que habia aprendido mas en los bosques que en las escuelas, y que la mayor felicidad de este mundo consistía en habitar juntos los hermanos con perfecta concordia, y vivir en la estrecha union del corazon y del espíritu (1). Ni tenia que salir de su soledad para nada, cuando allí iban á buscarle los teólogos, los sabios eminentes de todas partes. A su celdilla, que en lo pobre y estrecha se parecia al angosto y desmantelado atahud en que se encerraba por entonces á los leprosos, acudian los escritores y controversistas á consultarle acerca de sus trabajos literarios. No dió la última mano Pedro el Venerable á sus tratados teológicos y á sus poesías sagradas sin tomar el parecer de San Bernardo, ni dejó San Norberto

(1) Epist. 142.

de buscar el auxilio de sus luces para fundar el orden de los hermanos Premostratenses. Ricardo de San Victor le consultó sobre sus escritos enviándole un tratado acerca de la Trinidad; lo mismo hizo Hugo aunque se le conociera por el nombre de *el segundo Agustin*. ¿Qué podía San Bernardo buscar en el siglo interviniendo en los negocios temporales, de cuanto puede halagar el orgullo y las ambiciones humanas, que nó lo tuviera en el desierto? Él renunció las mas altas dignidades oponiéndose á las aclamaciones unánimes del clero y del pueblo que le querian por obispo: los sábios le buscaban en su celdilla para oír la voz del oráculo, y el Abad de Claraval respondia á las consultas con estilo tan humilde y afectuoso, que mas bien pareceria ser él quien consultaba, como se deja traslucir por esta carta en que con admirable llaneza le decia Ricardo de San Victor: *Queris á me, Bernarde, quid mihi videatur*, etc. etc. Hoy, Señores, cuando tantos presumen de sábios, y cuando es achaque de los que en realidad lo son aspirar á ejercer una especie de dictadura, ¿quién no reconocerá en la humildad de San Bernardo uno de los caracteres mas inequívocos de la humildad cristiana

siempre inseparable de la verdadera sabiduría? Desde el desierto se correspondia con todos los hombres de talento de aquella época: vivian en estrecha amistad por el dulce comercio de las letras; y de este modo la fé que vino á ser la base y fundamento de las ciencias, fué tambien un medio excelente para avivar la caridad, y fortalecer la armonía que reinaba entre los espíritus. La elocuencia de San Bernardo se distinguia no menos por la profundidad de la idea que por la belleza de la forma; su voz era flexible, y lo mismo daba los tonos melodiosos y suaves que los mas ásperos y terribles; tocaba las fibras del alma, y los que le oian quedaban en dudas sin saber si el que hablaba era un hombre ó un angel del cielo. Todos los que obedeciendo á aquel tono imperioso y profético deseaban *preparar los caminos del Señor*, dejábanse arrastrar por aquella voz que clamaba en el desierto: allí se alimentaron con la pura doctrina que depositó el santo en su *Tratado de la gracia y del libre albedrío*, basado sobre las instrucciones de San Ambrosio y San Agustin: allí se edificaron con el ejemplo de los antiguos anacorétas y de los primeros benedictinos: allí se enardecieron con

sus vehementes explicaciones del *Cantar de los Cantares*; allí derramaron copiosas lágrimas ante los altares de la Virgen María, de la *clemente* de la *piadosa y dulce Virgen María*, como la invocaba San Bernardo de quien lo aprendió la Iglesia: allí finalmente se alimentaron con el *grano* que separaba de la *paja*, con el *espíritu* de las Santas Escrituras que él desnudaba de la *letra insipida y esteril*, con la *miel* que separaba de la *cera*, con la *médula* que sacaba de los *huesos* (1).

¡Oh dulce, casta y santa sociedad la de aquellas inteligencias elevadas, la de aquellos corazones estrechamente unidos, cuyos fuertes vínculos parecieron sagrados á la misma muerte, que se detuvo un momento como dudosa antes de herir con su guadaña al santo Abad de Clavaul!.... «¡Oh padre caritativo, padre amadísimo, le decían llorando los monjes al rededor de su lecho de muerte: ¿quereis abandonar vuestra familia? Tened piedad de nosotros que somos vuestros hijos: tened piedad de los que habeis

(1) *Ego vero, quemadmodum accepi á domino, in profundo sacri eloquii gremio spirituum mihi scrutabor et vitam.... quidni eruam dulce ac salutare epulum spiritus de sterili et insipida littera, tanquam granum de palea, de testa nucleum, de osse medulam?... (in Cant. cantic. serm. 75).*

alimentado, educado y dirigido como una madre tierna. ¿En qué vendrán á parar los frutos de vuestros trabajos? ¿Qué vendrán á ser los hijos que habeis amado tanto? (1)» El santo se conmovió vivamente; y levantando hacia el cielo una mirada de angélica dulzura, exclamó: «Yo no se á cuál de los dos he de volverme; si al amor de mis hijos que me inclina á permanecer aqui abajo, ó al amor de mi Dios que tira de mí hacia arriba (2).» Aquise vió realizado lo que dice la Escritura: «el amor es fuerte como la muerte:» pero el santo se volvió á la parte de Dios, y aquel instante fué el último de su vida. Los cantos funerales entonados por setecientos monjes interrumpieron el silencio del desierto, y el mundo supo con asombro la muerte de San Bernardo (3).

(1) Pedro el Venerable escribiendo en el año 1140 á San Bernardo, le decia: «Si el hombre tuviera derecho á disponer de su vida, yo querria mas bien estar cerca de vos y unido á vos con un lazo indisoluble, que ocupar el primer rango entre los mortales ó estar sentado en un trono.» Tan tiernamente se amaban.

(2) *Tunc vero ipse flens cum flentibus, et columbinos oculos in cœlum porrigens, etc.* Gaufr. pag. 1179.

(3) Murió el 20 de agosto de 1153, hacia las nueve de la mañana, á los 63 años de su vida. 44 años pasó como monje: y de estos, 38 ejerciendo la dignidad de Abad. Dejó 160 monasterios, fundados en Europa y

Por fortuna, Señores, á la muerte del santo Abad de Claraval, el desierto ya habia florecido; la espada de los Cruzados habia herido en el corazon al Mahometismo; el poder de la Iglesia se habia enseñoreado de las facciones que conspiraron contra él en Italia, y era tan fuerte que podia tomar la defensa de todos los oprimidos y hacer que no prevaleciera la injusticia. Hirvieron las heregias, y ofrecia ocasion de fomentarlas la relajacion de costumbres, lo mismo en el clero que en el pueblo. San Bernardo refutó los errores de Abelardo, quien obedeciendo al santo Abad de Claraval, retiróse al claustro despues de condenar sus propias doctrinas, para llorar sus inolvidables desdichas y disponerse á una muerte edificante. San Bernardo, vigilante centinela de la Iglesia, persigue, destruye á los entusiastas discipulos de Abelardo, como Arnaldo de Brescia. No se contemplan seguros ni en Francia, ni en Alemania, ni en Roma: San Bernardo se presenta en Tolosa, centro de los hereges, y huyen despavoridos. Gime la Iglesia á Asia. Llegaron á ser 800. Los Cistercienses, Trapenses y Bernardos que hoy se conocen perpetúan la vida de su patriarca, y se consideran como descendientes de la Abadía de Claraval.

causa de las sutilezas de una sabiduría presuntuosa que ensaya atrevidas novedades; pero San Bernardo la consuela restableciendo la sana doctrina que se venia anunciando desde los antiguos dias. Los desastres de los Cruzados en Oriente dejan á la Europa á merced de los infieles: ¿dónde está San Bernardo? ¿Qué piensa ese monje tan célebre? Dice el rey Luis VII de Francia. Decidid esta cuestion, le dice Suger, el ministro del rey: hablad, le dice el Papa Eugenio III. «La desgracia del Oriente, dice San Bernardo, es tan grave, que solo nuestros enemigos pueden alegrarse de ella. La causa es comun á la Cristiandad... Yo he leido que el hombre de corazon siente aumentarse su valor segun aumentan las dificultades: yo añado que el hombre de bien crece y se hace mas grande en la adversidad. Jesucristo es vivamente perseguido; él es herido, si vale decirlo asi, en la pupila de sus ojos: él sufre en los mismos lugares donde ha sufrido otras veces. Santo Padre, ya es tiempo de sacar vuestras dos espadas.... Yo oigo una voz que dice: «voy á Jerusalem para ser de nuevo crucificado!»... Vos no podeis taparos los oidos; debéis decir como San Pedro: *cuando todos se es-*

*candalizaren, yo nunca seré escandalizado....* El peligro es inminente y demanda pronto socorro. El celo que me anima me hace hablar con confianza y atrevimiento (1).» Hoy no tendría San Bernardo que defender su conducta por los desastres de los Cruzados; aquellas expediciones fueron el episodio de una lucha entre el Cristianismo y el Mahometismo, que vino á resolverse mas tarde en favor de la Religion de Jesucristo y en provecho del Occidente. Antes de las guerras santas, el Mahometismo invadia los Estados cristianos de España, Sicilia, Africa y de toda el Asia: el Catolicismo le atacó en el corazon, y ha venido á ser el árbitro del mundo. En cuanto al Mahometismo, quedó sin fuerza y sin aliento para invadir extraños territorios, y languidece y muere dentro de sus límites. Aquella voz de San Bernardo, *parate viam Domini*, «prepara el camino del Señor,» era una especie de profecía que no podian entender los que veian los caminos de la Tierra Santa cubiertos de cadáveres de los cruzados. Los que presenciaron las victorias de Saladino no esperaban que un

(1) Epist. 256.

dia se estrellaría el poder de los musulmanes en las mismas puertas de Viena ante la piadosa intrepidez de Juan Sobiesky.

Oigamos tambien nosotros, mis amados en Jesucristo, esa voz de alerta que á menudo repite la Iglesia para que no muramos en nuestro pecado. «*Parate viam Domini*, preparad el camino del Señor.» Ahora como en los tiempos de San Bernardo, debemos volver los ojos hacia el Oriente, donde se prepara una de esas sorprendentes soluciones cuya magnitud apenas podemos apreciar, ni aun considerando las muchas ventajas que ha de reportar el Catolicismo. No hay que prevenir la espada ni llevar al pecho la cruz roja de los caballeros cristianos, sino levantar las manos al cielo para que la Providencia en su misericordia infinita no detenga ni distraiga el curso de los sucesos, sino que los dirija para mayor honra y gloria suya por los *caminos* ya de mucho tiempo *preparados*. *Parate viam, Domini*: «preparad el camino del Señor;» es decir, contemplad la decadencia y disipacion de la heregia protestante, y unid vuestras oraciones á las de toda la Iglesia que se felicita de los triunfos alcanzados por el Catolicismo en las mismas ciu-

dades de donde salieron los rayos que no pudieron herir la augusta majestad del Pontificado. Ved al Protestantismo cómo se prevale de nuestras discordias y se goza en nuestras desgracias, desembarcando en nuestras costas libros perniciosos y envenenados para sembrar las dudas en materia de Religion, y aumentar en un pais que todavia es religioso y sensato las causas de perturbacion y los gérmenes de la anarquia, tan pronto como ha visto que la revolucion sacaba su horrible cabeza cuyos cabellos parecen serpientes ensortijadas, como una cabeza de las antiguas furias. *Parate viam Domini*: «preparad el camino del Señor,» para que libre á nuestro pueblo que dió á la Iglesia tantos dias de gloria, de esta ignominia, la mas insoportable de las ignominias, despues de haber sufrido otras que no han podido destruir las convicciones religiosas ni el espíritu de nacionalidad. *Parate viam Domini*: «preparad el camino del Señor,» á fin de que no se dejen deslumbrar los espíritus desprevenidos por las doctrinas que aquí empiezan á cundir con apariencias de católicas, y que si llegasen á predicarse en las cátedras harian la desgracia de la juventud

en quien la patria tiene fijos sus ojos, y perderian sus almas. El racionalismo, tantas veces condenado por la Iglesia, se presta á infinitas aplicaciones, ya en el órden científico, ya en el terreno de la política, ya en el órden social; y no solo arrastra tras de sí á los enemigos de la Religion, sino á todos los espíritus inquietos y descontentos, cuya mision parece ser la de propagadores del mal sobre la tierra. Dotado San Bernardo del espíritu profético y de la prevision humana como santo y sábio que era, él se opuso al racionalismo que envolvian las doctrinas de Abelardo, y mas claramente las de sus discípulos; racionalismo que intentó aplicar Arnaldo de Brescia fuera del órden científico, atacando ya las bases de la sociedad, proyectando en la revolucion de Roma un movimiento contra la autoridad temporal semejante al que el espíritu de insurreccion excitaba contra la autoridad espiritual de la Iglesia. San Bernardo tenia especial cuidado con aquellos hereges que «intentaban perpetuar en los siglos venideros sus perniciosas doctrinas (1);» y dando por muertos al Arrianismo, al Pelagianismo y al Nestorianis-

(1) Epist. 331.

mo, no obstante que eran los errores sembrados en los tratados teológicos escritos en aquel tiempo, adelantando la vista, él conocía en la tendencia de ciertos errores y de las mas acaloradas disputas escolásticas, el espíritu del libre examen, hijo del orgullo, y bandera de las exageradas pretensiones de la razon humana. El santo preparó los caminos del Señor; preparémoslos tambien nosotros, pues estamos rodeados de peligros, y hemos alcanzado los dias de prueba que desde lejos distinguia San Bernardo. Hace algun tiempo, el peligro no era conocido de todos, como sucede cuando el mal y el error estan contenidos en la esfera de una teoría; hoy el mal es conocido de todos porque ha descendido de la teoría á la práctica. Preparemos el camino del Señor, que es el que puede detener el torrente que amenaza todos los dias desbordarse sobre la sociedad alarmada. Es menester predicar una cruzada espiritual, y preparar las legiones, y hacer un llamamiento á todos los que se precien de españoles y caballeros, no para ir á la Palestina, sino para propagar el espíritu de la Religion y la práctica de las virtudes cristianas, sin que deje de ser muy necesario trabajar en este sentido

hasta en las poblaciones que parecen mas pacificas, y en donde sea comun práctica la virtud de la beneficencia. La experiencia tiene demostrado que con estas condiciones y á pesar de ellas, y en medio de la paz, las doctrinas heterodoxas adelantan terreno y se infiltran en los espíritus; y pueden pensar algunos que no han perdido la Religion dejando de pedir á la Iglesia sus Sacramentos, porque se conduelen de las miserias del pobre y le socorren con liberalidad, haciendo gala de sentimientos compasivos, ó como otros, con intenciones torcidas, queriendo pasar por los amigos y bienhechores del pueblo. Ya veis, mis queridos hermanos, que van pasados siete siglos desde la muerte de San Bernardo, y el desenvolvimiento del error se ha verificado segun sus predicciones: abierto y expedito está el camino del Señor cuando un hombre inspirado por Dios pronostica con tanto acierto el giro que tomarian las doctrinas en las edades futuras. Preparad los caminos del Señor, que desea venir á vosotros, que desea sacaros de las tinieblas de la ignorancia y del pecado, y que para guiaros al desierto de la contemplacion pone una estrella mas en el cielo de los santos.

Aunque colocados á tanta distancia, nosotros podemos alcanzar los resplandores de esta estrella; podemos tener el consuelo de oír á San Bernardo y de consultarle á menudo, como los sabios que iban á buscarle á su pobre celdilla en el monasterio de Claraval. Sus dulces y tiernos escritos, inspirados por el Espíritu Santo, pueden mantener el fervor religioso: la cátedra sagrada resuena todos los días con los preciosos comentarios y piadosas meditaciones del doctor *melifluo*. Tienen los pecadores entera confianza en las palabras de San Bernardo, porque están penetrados de la sustancia y vitalidad que encierran, en el hecho de estar excitando siempre la vida del espíritu. San Bernardo vivirá siempre: el transcurso de los siglos añade peso á su testimonio, y garantiza su inmortalidad. Nunca morirá esa palabra ni la veremos debilitarse, porque es la misma que blandió el santo como una espada sobre la cabeza de los príncipes de la tierra y sobre los pastores del pueblo cristiano, sobre los infieles, los solitarios, y los hombres del siglo. Las almas que siguen las inspiraciones del amor divino y que buscan en el amor las sabias reglas de su dirección moral, quieren oír y regalarse

oyendo la doctrina de un santo que abrasado con celeste fuego, decia como San Pablo á los fieles de Corinto: «Mi boca se abre y mi corazon se dilata por el tierno amor que yo os profeso (1).» Los amantes devotos de la Virgen María buscan ansiosos sus discursos ó se contentan con oír citar en la cátedra sagrada algunas de sus palabras; nunca se le cita demasiado; saben que el santo amaba á la Purísima Virgen con delirio, y el que mas la ame, ese será el mejor interprete de sus virtudes. ¿Quién se cansará de oír sus elegantes paráfrasis de la *Salve*, cuando el santo decia a proposito de las exposiciones que hizo del Evangelio para honrar á la Madre de Dios? «Los que me acusen de haber hecho un trabajo superfluo, han de saber que no lo he hecho tanto por interpretar el Evangelio, como por aprovechar la ocasion de hablar de lo que yo amo (2).» ¿Quién no sigue el vuelo de la infatigable abeja que va recogiendo el jugo de las flores para componer una miel esquisita, es decir, que va tomando de los Libros Santos tal abundancia de dulzuras para alimentar las almas amantes y

(1) Epist. II, ad Corinth. cap. VI, v. 7.

(2) Homilia super *Missus est*.

conducirlas á los tabernáculos eternos? Ah! no temais, Señores, que desfallezca ó se gaste con el tiempo esa palabra tan dulce que buscan las almas tiernas y apasionadas por lo divino, ni esa palabra dura y terrible que hendió los corpulentos cedros, ni los ecos pardos de aquella misteriosa trompeta que echaba en cara á Judá sus iniquidades. San Bernardo es hoy como en otro tiempo el anatéma del siglo: San Bernardo es hoy como en el siglo XII. el consuelo de las almas que buscan á Dios en el desierto de la contemplacion mística. A todos nos dice: *Parate viam Domini*: «Preparad los caminos del Señor.» Para unos esta voz fuerte es como el llanto de Jeremias, y su palabra vibra en los aires como una amenaza: para otros, para los que suspiran por los celestes amores, esta palabra viene impregnada de la suave uncion de los apóstoles y profetas; es como el ambar que destila la Esposa en el seno de su Amado, embriagado de delicias. Salió cierto el pronóstico de aquel buen siervo de Dios que anunciando el nacimiento de San Bernardo, dijo que seria *perro fiel* para guardar la casa del Señor de los asaltos del ene-

migo, y cuya lengua medicinal curaría las heridas de muchas almas.

¿Qué mas pudiera yo deciros? Ahi teneis sobre los altares del Dios vivo al gran predicador del desierto, verdadera perla de la Religion, espejo del órden monacal, estrella que brilla en el firmamento y alumbra la Iglesia de Dios. «Las palabras que he citado, podré deciros con San Buenaventura, son emanadas del corazon de San Bernardo. Meditadlas si quereis gustarlas; sobre ser espirituales y cordiales, estan llenas de fuerza para excitarnos al servicio de Dios. Bernardo es el hombre que propongo á vuestra imitacion; está dotado de la mas sublime elocuencia; su espíritu está adornado de la ciencia y de la santidad (1).» «Su boca ha sido un vaso precioso, decia Santo Tomás de Aquino, una boca de oro..... Él ha embriagado al mundo entero con el vino de su dulzura..... Yo comparo á San Bernardo con un vaso de oro á causa de la santidad de su voluntad; yo le comparo á una multitud de perlas á causa de la multiplicidad de sus virtudes; yo le comparo á un vaso precioso

(1) *Meditations sur la vie de Jésus-Christ.* Chap. XXXVI.

á causa de su casta virginidad..... El tenia las nueve piedras preciosas de que habla el profeta Ezequiel. Estas piedras significan los coros de los Angeles, porque, en efecto, San Bernardo poseia las virtudes y llenaba los officios de todos los coros celestes (1).» En el mismo sentido se expresaba el piadoso Gerson, suponiendo que San Bernardo estaba en la sociedad de aquellos espíritus de fuego que la Escritura llama serafines; y por esto le pedia que tomara un carbon encendido, y purificara sus labios con el mismo fuego con que fueron purificados los de Isaias (2).

(1) Fragm. de un panegírico.

(2) Nos asociamos á todos los testimonios que han pronunciado en favor de San Bernardo los escritores mas distinguidos. Un ingles se atrevió á ofender su memoria, y Pedro, Abad del monasterio de Reims, salió defendiéndole en 1160 y desafiando al extranjero con esta gallardia: «¿Quién se atreve á poner en duda la santidad de Bernardo? ¿Quién soy yo para salir á su defensa? Su vida, su fama, sus escritos, sus milagros, su fé, su esperanza, su caridad, su castidad, su abstinencia, su mortificacion, sus palabras, su semblante, sus actitudes, todo, en una palabra, daba testimonio de su santidad..... Él fué el discípulo amado del Señor, en cuyo honor ha construido, nó una basílica, sino todas las basílicas del orden de Citeaux..... Si tú te atreves á tocar la pupila de los ojos de la Virgen María, escribe contra Bernardo.»

Guillermo, obispo de Paris, decia en 1230: «Asi como Dios reveló sus misterios á Moises, cuya frente

Seamos todos purificados, Dios mio, como lo deseamos, como lo pedimos y nos atrevemos á esperar de tu misericordia. Hasta aquí hemos

brillaba con una claridad tan viva que ofuscaba á los hijos de Israel, así Bernardo, iniciado en los secretos del cielo, alumbró la Iglesia con una luz celestial.»

«Este es, decía el obispo Theobaldo, el que confundía los hereges, atraía los cismáticos, destruía los errores y reprimía las potestades.»

«¿Donde encontrar una devoción y compunción como la de San Bernardo?» decía el doctor Enrique de Hesse.

Un monje, haciendo su panegírico, le aplicaba los siguientes pasajes de San Pablo y del Eclesiástico: *Vas electionis est iste: Non est inventus similis illi.*

Fray Luis de Granada habla del *dulcísimo* Bernardo ponderando su santidad en el libro II de la *Religion cristiana*.

Pedro Canisio escribió: «En tiempo de Lotario II y Conrado III florecía Bernardo de Clairvaux, hombre de la mas alta celebridad en Francia, en Alemania, en Italia, no solo por su doctrina divinamente inspirada, sino por la santidad de su vida. Ningun monje, al decir de Lutero, jamás ha escrito mejor ni vivido mejor.» En efecto, Lutero lo consideraba superior á todos los doctores: *Bernardus omnes Ecclesie doctores vincit*. Todos los novadores han sido de un mismo sentir. Bucero le llama un hombre de Dios. Ecolampadio decía: *Excellerat Bernardus exactiore iudicio omnes sue ætatis viros*. Calvino decía: *Bernardus abbas in libris de Consideratione ita loquitur, ut veritas ipsa loqui videatur*. Daniel dice de sus meditaciones: «Son un río del paraíso, una ambrosía para las almas, un alimento angélico, la medula de la piedad.» *Quis suavius Bernardo scripsit? cuius ego meditationes rivum paradisi, ambrosiam animarum, pabulum angelicum, medullam pietatis, vocare soleo.*

vivido retenidos por los engaños del mundo: ven á nosotros, pues ya queremos prepararte el camino. Quisieramos poder seguir el vuelo de esa paloma inocente que ha hecho su nido en los tabernáculos eternos; quisieramos ser guiados por el resplandor de esa estrella que pusiste en medio de la niebla: quisieramos ser sostenidos por esa fuerte columna que con admiracion del mundo sirvió de poderoso arrimo al edificio de la Iglesia: quisieramos obedecer á esa voz que nos llama al desierto sin que fueran parte á estorbarlo nuestra fé tan débil y los impedimentos del siglo. Nó volar confiados en nuestras fuerzas ni en la direccion del primer viento que sople; nó seguir el relámpago fugaz de cualquier meteóro de efimero y engañoso brillo: nó descansar sobre fragiles cimientos, nó escuchar la voz de nuestras pasiones ó de nuestros intereses, ni las pérfidas sugestiones de los que no quieren nuestro bien ó no pueden ponerlo á nuestro alcance. Aquí permanecerémos, Dios mio, postrados ante vuestros altares, hasta que derrameis sobre nosotros vuestra gracia y seamos consolados. Divino Bernardo, comunícanos una parte de tu dulzura angélica, un rayo de tu

sabiduría, la ternura de tu piedad, una lagrima de las muchas que derramaste compungido, y el espíritu de meditacion y recogimiento que tanto necesitamos para conocer la enormidad de nuestros pecados, y la infinita bondad del Dios á quien hemos ofendido. Morir bien, aprender á bien morir es lo que deseamos despues de haber malgastado la vida que ya no podemos empezar de nuevo. ¡Y cómo enciende nuestros deseos aquella santa muerte de que tú moriste, elevándose tu alma graciosamente á los cielos en forma de paloma, ó siendo arrebatado en un carro de fuego como Elías! Tú que eres comparado á un cedro de mil brazos, á una viña fecunda, á un vaso de honor; tú que eres la gloria de Israel y la alegría de Jerusalem; tú que encantas á las almas piadosas y confortas á los débiles, ayúdanos y confórtanos para que hallemos gracia delante del Señor. Pasemos de las tempestades de este mundo al puerto tranquilo. Tu tránsito ha sido feliz: ¡ay de los pobres desterrados que quedan llorando en el desierto! Pasemos del trabajo al reposo, de la esperanza á la recompensa, de la fé á la luz, de la peregrinacion á la patria, del tiempo á la eternidad,

y desde este mundo á Dios Padre, Dios Hijo y Dios Espiritu Santo, que vive y reina por los siglos de los siglos. Amen.

# SERMON

para el día

## DE SANTO TOMAS DE AQUINO.



*Sapientiam ejus enarrabunt gentes, et laudem ejus enuntiabit Ecclesia. Eccli. Cap. xxxix, v. 14.*

*Publicarán las naciones su sabiduría, y su alabanza la Iglesia.*

Señores: toca al sabio, como se nos dice en el sagrado libro del Eclesiástico, examinar la ciencia de los antiguos sabios y profetas, conservar la narracion de los varones ilustres, y penetrar en el sentido oculto de sus parábolas y proverbios. Mas para esto es necesario levantar el corazón á Dios, y orar en la presencia del Altísimo: y si Dios se complace y agrada en la oracion del

alma abatida ante el excelso trono de la Majestad Divina, la llenará de sabiduría comunicándole su propio espíritu. El sabio comunicará en secreto con su Dios de quien recibe la luz, y vuelto á los hombres la reflejará sobre ellos haciendo manifiesta la disciplina de su doctrina (*ipse palam faciet disciplinam doctrina suæ*), y se gloriará en el Testamento del Señor. Muchos alabarán su sabiduría, que no se oscurecerá á pesar de los siglos: su memoria será eterna, y se buscará su nombre de generacion en generacion. Correrá de boca en boca por todas las naciones, y la Iglesia publicará sus alabanzas.

A estos que reciben la luz de la sabiduría del mismo Dios y la comunican á los hombres, dijo Jesucristo en su Evangelio: *vos estis lux mundi*: «vosotros sois la luz del mundo.» La luz viene del Padre de las luces; la luz viene de lo alto; y aquellos que buscan ser iluminados para iluminar á los que estan en tinieblas, han de levantar sus ojos á los montes segun el dicho del Profeta: *Levavi oculos in montes unde veniet auxilium mihi*. Los que no se humillan para orar á Dios, los que no se acercan á los caminos por donde pasa Jesucristo para pedirle ser iluminados con

las veras con que se lo rogaba el ciego de Jericó, los que no se le acerquen para que el Divino Médico toque sus ojos y derribe sus escamas como el ciego de nacimiento, no verán la luz. Y si no la reciben, ¿qué rayos reflejarán? Serán ciegos que irán guiando á otros ciegos, y unos y otros caerán en la misma fosa. No alcanzarán el sentido oculto de los proverbios; no alcanzarán los arcanos de la infinita sabiduría; tendrán ojos y no verán, oídos y no oirán; y cercados y bloqueados por el orden de las sensaciones que es de lo que vive y se alimenta su inteligencia arrastrándose por el suelo, serán hombres *carnales*, en expresion de San Pablo, que no conocen las cosas del espíritu de Dios. Ni su memoria vivirá siempre, ni resistirá á la prueba del tiempo, como tampoco su sabiduría: la discusion la convertirá en menudo polvo, y la mano atrevida de un rival ó de un émulo recién venido al mundo con la noble mision de desterrar preocupaciones y aniquilar hipótesis rancias y absurdas, cogerá puñados de ese polvo y se complacerá en esparcirlos al viento. ¿Y qué diré de esa sabiduría, suponiendo que sea contraria á la sabiduría de Dios? La condenará la Iglesia, que es oráculo de ver-

dad, y está asistida por las luces del Espíritu Santo; y la experiencia tiene demostrado, Señores, que toda doctrina á que la Iglesia responde-*anatema*- no subsiste, no puede subsistir. La ciencia de Dios no puede morir: emana de una fuente perenne. La ciencia del hombre no puede prevalecer; al instante se agota, como el pobre y apocado arroyuelo que nace de una *cisterna disipada*. Decir que el hombre tiene la ciencia y que no la tiene la Iglesia, es caer de un golpe en el caos de las opiniones: y si no la tiene el hombre ni la Iglesia ¿quien la tendrá? ¿Dónde está el criterio? Existe la verdad, que es Dios, y está en Dios: Dios la ha revelado: ha hecho á la Iglesia depositaria de un tesoro de tanto precio; y por este medio es iluminada, enriquecida y abastecida la inteligencia del hombre. Se debe trabajar en adquirir la sabiduría, no en producirla; quieren producirla los soberbios; quieren adquirirla los humildes: los soberbios, sin tomarla de Dios; los humildes *levantando sus ojos á los montes* como el Profeta: los soberbios la vuelven contra Dios; los humildes dan testimonio de Dios: los soberbios la toman de manantiales infectos, de cisternas disipadas; los hu-

mildes de la inagotable fuente de la sabiduría infinita. ¿Cómo quereis que el soberbio se levante si toma la ciencia de tan bajo, ni que el humilde se sumerja en lo profundo cuando comunica con Dios y bebe la ciencia de lo infinito? *Non potest civitas abscondi super montem posita.* dice San Agustin: «no puede ocultarse la ciudad que está puesta sobre un monte.» A los que la buscan en Dios es á quienes Dios ha dicho: *vosotros sois la luz del mundo*: sois bienaventurados porque no habeis estado en consejo con los impíos; sereis como el arbol plantado en la corriente de las aguas que dará su fruto en sazón, y no perderá ninguna de sus hojas; porque habeis meditado la ley del Señor, habeis sometido á ella la voluntad, habeis predicado el precepto del Señor, y habitais en espíritu en la cumbre de su monte santo. No sucederá así con los impíos, que serán dispersados, barridos, como el polvo que arrebatara el viento de la superficie de la tierra; y no resucitarán; y el Señor que conoce el camino de los justos, conoce tambien el camino de los pecadores: y este camino perecerá, y el nombre de los impíos perecerá eternamente.

Síguese de aquí que la iluminacion sobrenatural del hombre obra en él una transformacion que lo eleva, haciéndole participar de la naturaleza angélica, realzando y ennobleciendo la naturaleza humana. La superioridad del individuo cede en beneficio de la especie; y por esto los pueblos católicos llevan tantas ventajas á los que no lo son. En el individuo puede ser la transformacion lo que ha llegado á ser en muchos; un milagro de la gracia, un prodigio estupendo. Los místicos son los que han explicado mas al vivo la sobrenatural transformacion de los justos diciéndoles *-abrasados Serafines, hombres angélicos, ó Angeles humanos-*.

Partiendo ahora de esta verdad evidente, á saber, que el contacto de Dios eleva al hombre, que la gracia lo transforma, ¿cuál es el tiempo oportuno y la mejor coyuntura para que los favores del cielo descendan á la tierra? En todo tiempo. *Spiritus ubi vult, spirat*: «dónde y cuando quiera sopla el espíritu de Dios.» «Si el Señor quiere, se dice en el Eclesiástico, llenará al justo con el espíritu de la sabiduría; y el sabio enviará como una lluvia las palabras de su sabiduría. Para el que no quiere levantar su corazon

á Dios y rehusa el celestial rocío, y se rebela contra la verdad eterna que alumbra al mundo, para ese sí permanecerá cerrado el cielo. Por esto decia Moises: «espérese como una lluvia mi palabra:» y la Verdad Eterna dijo por Isaias: «mandaré á mis nubes que no lluevan sobre la tierra.» El Papa San Gregorio, tan dado á explicar los fenómenos de la gracia por los de la naturaleza, nos enseña cómo es iluminado el hombre y el universo: el sol se levanta á la mayor altura del cielo; es decir, llega á su mas alto punto la ciencia de los Doctores; el alma se alimenta y se refrigera con la lluvia de la predicacion, y se aumenta el calor de la fé. Enciéndese la luz del éter, y el calor produce frutos de buenas obras: prende en el corazon la llama de la erudicion sagrada, y el espíritu luce con mayor claridad. Cada vez se hace mas patente la sabiduría del cielo, y la luz interior que crece de dia en dia, rejuvenece al alma y le hace respirar en una especie de primavera (1).

¿No hay siquiera una estacion contraria, en que no se dé la iluminacion superior por la gracia, como las cosechas, que no se dán indistin-

(1) *Ex lib. Moraliurn, lib. ix, cap. 6.*

tamente en todas las estaciones ni en todos los terrenos? ¿Se dará la luz en las tinieblas? Sí; y cuando las tinieblas no la comprendieron, Dios envió un hombre para que diera testimonio de la luz; *ut testimonium perhiberet de lumine*. Dios suscita á un hombre, lo saca de las tinieblas, lo ilumina de repente, lo transforma, lo inflama, y la sabiduría dá sus frutos en breve tiempo, no costándole nada obrar el prodigio de una rápida florecencia. Ya brilla la luz sobre el candelero; el santo habita en las mas altas cumbres, y refleja los rayos de la sabiduría divina sobre los pueblos que contemplan la celestial vision, mudos de asombro. Tal fué el efecto que produjo en la edad media la aparicion de Santo Tomás de Aquino, á quien Dios suscitó para que iluminara al mundo. Al verle rodeado de los esplendores de una aureola divina, todos le tuvieron por un Angel, y le dieron este nombre. Es el que mejor explica lo que pasa en la criatura, cuando Dios le comunica su gracia y la transforma. Pidamos nosotros la que se necesita para tratar este asunto dignamente, y sea por la intercesion de la Reina de los Angeles. *Ave María*.

Es tanta la nobleza de los Angeles, que Jesucristo ha sido llamado el *Angel del gran consejo*, por razon de su oficio, no por su naturaleza. Son los Angeles el esplendor de la Iglesia triunfante, y los alcazares y defensas de la Iglesia militante: y como Santo Tomás (siguiendo los símiles empleados por los Doctores de la Sorbona, por Alberto Magno y Paulo v.) ha sido el principal Doctor de la Iglesia, el sol de la Iglesia, el defensor de la Iglesia, ha venido á convenir con los Angeles en su oficio; porque el *angélico Doctor* la ilustra y la defiende, siendo además su principal ornamento.

Hemos dicho lo que pasa en la criatura cuando es elevada por la gracia de Dios; cómo se ilustra con una luz superior, y cómo la refleja sobre el mundo. Mas ¿cuánto ha de esforzarse para corresponder al divino llamamiento? Ninguna cosa hay tan admirable como esta porfiada lucha en que Dios y el mundo se disputan la posesion del hombre. La gracia de Dios no quita la libertad, ni la corrupcion de la naturaleza estingue las aspiraciones de la criatura que quiere elevarse. La herida mas grave que sufrió nuestra naturaleza por el pecado fué la sublevacion de la carne contra el espíritu; de modo que la castidad es la virtud que mas realza á la naturaleza decaida. No os admireis de que á Santo Tomás de Aquino se le tuviera por Angel, cuando ni adrede, valiéndose de diabólicas trazas, se le pudo hacer esclavo de la concupiscencia: dado este paso, ¿porqué no sería reputado entre los Angeles? Por su continencia virginal fué trasladado Elías al paraiso terrestre, segun San Gerónimo: «antes de la muerte fué declarado inmortal;» *Elias ante mortem pronuntiatur immortalis.* Para la virtud que sale ilesa de entre las mas pérfidas asechanzas, el premio es la exaltacion á

un grado superior. Santo Tomás dejó la vida terrestre por la de los cielos: subsistiendo en él los principios constitutivos del hombre, tenía sobrepuesto ó infundido algo que no era propio del hombre; rasgos y caractéres de la naturaleza angélica bañada en luz, y resplandeciente con una hermosura celestial. «Vosotros ya no vivis de la carne, sino del espíritu,» (1) decia el Apostol San Pablo á los Romanos. «Lo que nosotros seremos, decia San Cipriano á las vírgenes, ya lo habeis vosotros empezado á ser (2).» La gloria de la resurreccion se anticipa; la vida se hace inmortal antes de la muerte; las flechas y saetas que derriban la carne de los flacos sirven á los fuertes de escudo y parapeto; la ciencia universal de los Querubines se comunica á los espíritus que son dignos por su heróica virtud de franquear las tinieblas de este mundo; el amor de los Serafines abrasa el corazon de los que buscan á Dios, así como merecen alcanzar el poder de los Tronos y Dominaciones, los que habiendo quebrantado la cabeza de la hidra, son señores de sí mismos y esclavos de Dios. Esta participacion

(1) Cap. viii.

(2) *De habit. virg.*

de la naturaleza angélica, de que son pruebas la iluminación superior de Santo Tomás de Aquino, su ciencia universal, su castidad immaculada, su ferviente amor al Santísimo Sacramento, le eleva mucho mas, hasta participar de la naturaleza divina: porque los Tronos son un reflejo de la omnipotencia del Padre; los Querubines, de la ciencia y sabiduría del Hijo; los Serafines, del amor del Espíritu Santo. La Trinidad se comunica al hombre en carne mortal, siempre que crucifique su carne de pecado y haga de la inocencia, si la ha perdido, una especie de reconquista. Santo Tomás de Aquino por el mérito de su castidad, por el fuego de su amor tan santo, por su profunda sabiduría y por la autoridad de que se vió investido como el principal Doctor de la Iglesia, *præcipuus Ecclesiæ Doctor*, se hizo muy semejante á los Angeles del cielo; á propósito de lo que citaremos las siguientes palabras de Tertuliano haciendo el elogio de las vírgenes: *De familia angélica deputantur*. Son tan semejantes á ellos, que «se reputan por de la misma familia.»

Cualquiera diría que el descendiente de los Condes de Aquino (casa emparentada con los re-

yes de Sicilia y Aragon) y de unos príncipes normandos que fueron en otro tiempo los conquistadores de Nápoles y Sicilia, viviría gozando de las ventajas de su posición y de la nobleza de su nacimiento, sin pasar de ser un buen cristiano y un cumplido caballero, como los de aquella noble juventud que educaban los monjes del Monte Casino. Pero al verle pasar de la escuela al claustro, ir á Nápoles teniendo apenas diez y ocho años para tomar el hábito de los *hermanos predicadores*, hay que pensar otra cosa. Los ruegos de su familia desconsolada no le distraen de su propósito; su madre le sigue á Roma; sus superiores le envían á la Universidad de París: allí van sus hermanos Landulfo y Reinaldo para traerle por fuerza, y lo trajeron bien asegurado: le encerraron en un castillo; y no pudiendo distraerle de su vocación religiosa, intentaron rendir dulcemente por la sensualidad al que no habian podido vencer por la violencia. Entraron en el castillo á cierta dama, mas peligrosa por su desenvoltura que por su belleza, persuadidos de que la vocación se perdería en perdiendo la gracia. Este ardid era ya el último esfuerzo: un recurso de la brutalidad mas refi-

nada: todo fué inútil; aquella mujer envilecida salió afrentada del castillo. El santo la ahuyentó con un tizon, en seguida trazó con él una cruz en la pared, cayó de rodillas para adorarla, y dar gracias á Dios derramando copioso llanto. Los Angeles le ciñeron los lomos con un cíngulo, y desde entonces fué insensible á los estímulos de la carne. Por esta gracia quedaba ya superior á los Angeles, segun la opinion de algunos padres de la Iglesia: porque «vivir en la carne, dice San Juan Crisóstomo hablando de las vírgenes, y vivir fuera de la carne, no es llevar una vida terrena, sino una vida celeste. Es mucho mas adquirir la gloria angélica que tenerla por naturaleza (1).» El Santo fué puesto en libertad, como San Pablo salió antiguamente de la ciudad de Damasco: pudo decir como el Apostol de las Gentes: *demissus sum in sporta*; porque asi salió del castillo, recibéndole sus hermanos de Religion al pié de sus muros, como á un Angel que bajara del cielo.

Nápoles y Roma creyeron ver al santo debajo

(1) *In carne præter carnem vivere, non terrena vita est, sed cælestis. Et si vultis scire, angelicam gloriam acquirere majus est, quam habere. Serm. 345.*

del humilde exterior del casto novicio; las Universidades de París y de Colonia, adonde fué enviado para seguir sus estudios, adivinaron en él al futuro Doctor de la Iglesia. En las escuelas era conocido por el sobrenombre de *el gran buey mudo de la Sicilia*: pero su sabio maestro Alberto el Grande anunció que los mugidos de aquel buey resonarían en todo el mundo. Preparóse por la virtud á recibir los dones de Dios; el silencio le hizo elocuente; la castidad le hizo santo; la humildad fué la fuerza que atrajo la sabiduría: de la escuela pasó al magisterio; de la oración en que recibía la luz de los cielos pasó á las cátedras y á los púlpitos para reflejarla sobre las naciones desde un lugar encumbrado: finalmente, no hubo disciplina ni arte que el santo no esclareciera, así en las ciencias divinas como en las humanas; y en tál grado, que se atribuye á los libros que escribió una autoridad casi infalible, porque se cree que fueron dictados por el Espíritu de Verdad (1). El santo amaba

(1) Guillermo de Tocco dice que Santo Tomás escribió en París su comentario sobre las epistolas de San Pablo, y que el Apostol le asistió. «*Scripsit super Epistolas Pauli omnes.... in quarum expositione Parisiis visionem præfati Apostoli dicitur habuisse.*»

no la ciencia que hincha sino la que edifica; y la amaba con tanto ardor, y el cielo se la comunicaba en tan copiosos raudales, que los sabios que le oían y con él disputaban, inclinaban la cabeza sobre el pecho, asombrados de aquel prodigio de erudicion, deslumbrados con el esplendor de aquella luz que jamás habian visto resplandecer en las academias de Francia ó de Alemania. ¿Dónde estudiaba? ¿Quién era su maestro? Jesucristo. ¡Cuántas veces repetia el santo en presencia de su divino Maestro aquel dicho del profeta! «Porque habeis desechado la ciencia os desecharé tambien, y no sufriré que ejerzais mi Sacerdocio (1).» El santo estaba turbado: pero mientras levantaba su corazon á Dios para recibir la iluminacion de la verdad, cumpliase en él aquella obra de renovacion espiritual que desnudándole de las tinieblas é imperfecciones del hombre, le investía con la claridad de los Angeles, segun lo que escribió Malaquías: «Los labios del sacerdote serán los depositarios de la ciencia, y en su boca se buscará el conoci-

(1) Oseas, cap. iv. v. 6.

miento de la ley; porque es el Angel del Señor de los ejércitos (1).»

Santo Tomás de Aquino, en quien se reunió la ciencia de San Agustin, de Aristóteles y Platon, superó los genios de la antigüedad pagana y cristiana. Explicando su método ha dicho un crítico: «Santo Tomás de Aquino discurre en el cielo, nó sobre la tierra: deduce; pero deduce del cielo, nó de la tierra (2).» ¿Cómo podría discurrir en el cielo sino hubiera sido exaltado de la tierra entre los coros de los Angeles, á causa de su eminente santidad? El pecado es el que hace vanos los pensamientos del hombre; su corazon insensato se llena de tinieblas; de los que se creen sabios siendo estúpidos, dice el Apostol San Pablo que «tienen la verdad cautiva en la injusticia.» Si oyerais vosotros que una voz humana pronunciaba estas palabras: «La gloria no es otra cosa que la luz misma de la naturaleza divina:» ¿buscariais en la tierra la boca que las habia pronunciado, ó levantaríais los ojos al cie-

(1) Cap. II. v. 7. Preguntándole qué ventajas sacaba de la oracion y lectura de las vidas de los santos, respondía: *Ego in hac lectione devotionem colligo, ex qua facilius in speculationem consurgo.* Act. Sanct. pag. 167.

(2) *Gratry, De la connaissance de Dieu*, tom. I, pag. 278.

lo para mejor entenderlas del Querubin que recibiera en su frente la llama de la luz inaccesible? Pues estas palabras son del Doctor Angélico; para que veais con cuánta propiedad se dice que *discurría en el cielo, nó en la tierra*. Porque era santo discurría de tan alto; que los que obran la iniquidad, tienen la verdad *cautiva en la injusticia*, y su *corazon insensato está cercado de tinieblas*. De estos dice la Escritura: *evanuerunt in cogitationibus suis*: «se desvanecieron en sus pensamientos:» del que es iluminado con la luz de la gloria se dice: *curru raptus ad caelum*: «fué arrebatado en una carroza hasta el cielo.» Cuando Dios ilumina á los primeros, creen que el mundo corporal es el que los ilumina, que la iluminacion viene de los sentidos, que los sentidos son el principio de la luz, y que la luz debe reflejar sobre sí mismos; y por esto el hombre se adora debiendo adorar á Dios que es el que le ilumina: de aquí resulta su caída y su ceguera. Pero cuando Dios comunica su luz al hombre de corazon sano y bueno, sujeta el sentido á la razon y la razon á la fé que interiormente le alumbrá; del espectáculo del mundo se eleva á Dios; la razon despliega sus alas y se eleva hasta Dios; no ve ni en él ni

en las criaturas ninguna bondad, ninguna perfeccion, ninguna propiedad del ser que no venga de Dios: quita los límites al ser y á las perfecciones y está viendo el ser infinito y las perfecciones infinitas en Dios, por quien todo es. Inmensos horizontes se descubren á la inteligencia que toca la altura de los Angeles; y el rayo de luz bendita que la hiere, no produce incendios ni ceguera al caer sobre la tierra. Hay un gran obstáculo para elevarse hasta Dios; y este obstáculo es el pecado. La santidad que tanto lo teme, no tropezaré en este impedimento que detiene el vuelo y en donde quiebra la luz en sentido inverso; no caerá en la necedad ó ceguera que se puede decir pecado, como dice Santo Tomás: *stultitia peccatum et.*

Ved aqui, Señores, la ciencia de los santos: todo es sobrenatural; todo es divino. ¿Será esta ciencia inútil, de puro espiritual y elevada, al comun de los hombres? Los paganos, los hereges, los infieles, los hombres carnales y groseros, cuya inteligencia está envilecida y limitada por afecciones puramente terrestres, ¿qué provecho sacarán de una enseñanza que para ellos ha de ser incomprendible? Parece que sus maes-

tros no han de ser Querubines; los hombres son los que están mas á su alcance.

«Pues que hay hombres, dice Santo Tomás, que no admiten la autoridad de la revelacion, es menester recurrir al uso de la razon natural, estando obligado todo hombre á someterse á ella.... Hay en Dios verdades que todas las fuerzas del espíritu humano no pueden alcanzar... Hay otras que la razon natural puede comprender, tales como la existencia y la unidad de Dios y otras de la misma especie, que los filósofos, conducidos por la luz natural de la razon, han demostrado..... El sabio debe ocuparse de estas dos clases de verdades divinas, unas accesibles á la investigacion de la razon natural, otras inaccesibles..... En Dios la verdad es una y simplicísima; esta distincion no es relativa sino al entendimiento humano, que tiene dos maneras de conocer la verdad de Dios.»

Así abate sus alas hasta tocar la tierra el Querubín que penetra en las alturas de la gloria; y en esto mismo se ve que Santo Tomás, tal como la posteridad lo ha juzgado, es el genio mas poderoso que ha visto el mundo, el escritor en quien han aparecido mas estrechamente unidas

la ciencia y la santidad, la razon y la fé. En la *Suma Teológica*, el Santo Doctor «ha traducido en Filosofía la sencillez del Evangelio (1).» En la *Suma Filosófica* investiga por la via racional todo lo que la razon puede alcanzar acerca de Dios. En Lóndres, en París, en Roma, en Nápoles, en todas partes era consultado el oráculo; era la luz de los Capítulos generales y de los Concilios, el voto de apelacion en Roma, el que desataba todas las dificultades y pulverizaba todas las heregias. La Abadía del Monte Casino, el Arzobispado de Nápoles, las más altas dignidades de la Iglesia llamaron á la puerta de su celda para tentar su ambicion; él les negó la entrada, y resistió los honores como resistió los placeres de la sensualidad en el encierro de su castillo. Era mas necesario que enseñara en los púlpitos y en las cátedras; que escribiera para refutar las fábulas de los gentiles y demostrar las verdades cristianas; que tegiera aquella *cadena de oro* (catena aurea) sobre los cuatro Evangelios con las principales sentencias de los Padres; que comentara los salmos de David, y los

(1) Amelotte, Vie de M. de Coudren.

libros de Isaías, de Jeremías y de los Macabéos. Hasta los comentarios sobre toda la filosofía de Aristóteles y los sutilísimos tratados del ente, de la esencia, de la verdad, ¿no eran asuntos dignos de su preclaro ingenio? De la *Suma Teológica* en que trató de la naturaleza de Dios y sus perfecciones, del incomprensible misterio de la Trinidad, de la creación, de los Angeles, del hombre en el estado de la inocencia, del pecado original, del sumo bien, del fin último, de los actos humanos, de los pecados, de las leyes, del Decálogo, de las virtudes y vicios, de la Encarnación, de los Sacramentos y de los novísimos, ¿qué podremos decir nosotros? No se puede añadir ni una palabra al elogio que hizo el Papa Juan xxii cuando dijo que en la Suma se contenían «tantos milagros cuantos artículos» (*tot miracula quot articuli*). Ah! no eran los honores para Santo Tomás de Aquino; Jesucristo le ofreció todos los dones que quisiera porque había escrito *bien de él* (*benè scripsisti de me Thoma*) y él no quiso otras mercedes sino al mismo Dios (*Te ipsum*). La antigüedad nos le representa con la pluma en una mano, con el Santísimo Sacramento en la otra, con un libro abierto, y con

un sol en el pecho de donde parte la luz que ilustra la Iglesia. El sol es el blanco de las saetas de los hereges, pero el santo confuta á los pasados y á los futuros. Él refuta victoriosamente el Arrianismo, como los errores de Macedonio y Eutiques, y la heregia de los Maniquéos; y aunque todavía tardarían en aparecer Lutero y Calvino, ya dejaba demostrada contra ellos la libertad del albedrío, y dilucidados los dogmas que habrían de ser el blanco de sus ataques. La doctrina de Santo Tomás destruirá el Racionalismo de nuestros dias; y á menudo se sacan á luz sus sabios y luminosos escritos, para que los sanos principios del derecho fijen las opiniones extraviadas por el delirio y perturbacion que producen las revoluciones modernas. Los filósofos encuentran en los escritos de Santo Tomás las verdades naturales; los Teólogos, los sublimes misterios de la Religion; los casuistas, decisiones morales; los controversistas, argumentos victoriosos; los expositores, esplanaciones de la Sagrada Escritura; los predicadores, materia para componer sus discursos; así como los Concilios de Viena, Florencia, Letran y Trento, hallaron en ellos doctrina tan só-

lida, que á ella ajustaron sus definiciones. Esta fué la obra de Santo Tomás de Aquino: y si los Angeles, como dice San Agustin, «dan vueltas al rededor de la Iglesia y la circuyen con un muro,» el Doctor angélico los imitó en el oficio; porque la rodea muy solícito, levanta nuevos muros, construye atrincheramientos y defensas, y repara los antiguos baluartes.

Entre los medios de defensa empleados por Santo Tomás en apoyo de la Religion y de la ciencia, tiene acaso el primer lugar la filosofía. Maestra de los errores, émula de la impiedad, academia de los vicios, fué convertida por el Santo Doctor, de filosofía pagana y herética, en filosofía cristiana. Desde entonces fué un antídoto contra el veneno de los sofistas, y sobre todo, una verdadera ciencia. Si una cosa es ser hombre, y otra cosa es ser cristiano, la filosofía, para ser buena y sana, debe de considerar al hombre en estos diversos estados, hablando á la razon, disponiéndole á la Religion, y perfeccionándole en ella. Como hombres, deben obrar segun el dictámen de la recta razon: como cristianos, deben obrar con sujecion á la ley del Evangelio para responder á su vocacion. Ahora

bien, la filosofía de Santo Tomás es muy útil para perfeccionar la razón, para distinguir el bien del mal, lo verdadero de lo falso, inspirar amor á la virtud, horror al vicio, y deseos de la bienaventuranza. Es excelente para formar buenos filósofos y buenos cristianos; y por esto han salido de sus escuelas tantos hombres de santidad y sabiduría. Santo Tomás tenía por cierto lo que muchos siglos antes dijo Tertuliano: «ninguno es sabio ni grande sino es cristiano (1).»

No entraremos en mas detenidas consideraciones, que pueden parecer impropias de este lugar. Tocamos solamente las mas sencillas, y ellas nos persuaden de la justicia con que fué llamado por sus contemporáneos Doctor Angélico, filósofo cristiano, martillo de los hereges, Aristóteles bautizado. Todos convienen en que fué un hombre superior á Platon, no obstante que Platon trabajó en las tinieblas del mundo antiguo, y Santo Tomás bajo el sol del Cristianismo, sostenido por el trabajo y experiencia de muchos. Hasta en las cosas terrestres que ilustraba el santo, se percibia no poco de los

(1) *Nemo sapiens est nisi fidelis: nemo major nisi christianus.* Lib. de Præs. hæc. Cap. 3.

esplendores celestiales: hasta su filosofía era la filosofía de un hombre inspirado. No hay, no puede haber exageración en las alabanzas que le prodigó la antigüedad, ni en los epítetos conceptuosos en que ha buscado el entusiasmo un desahogo; muy al contrario, los modernos filósofos cristianos, y los más distinguidos entre ellos, encuentran insuficientes esos elogios, al ver cómo se abisma el ingenio en las sublimes profundidades de la filosofía Tomista. «Falta á Santo Tomás de Aquino, dice un filósofo eminente, el haber sido comprendido! Hay en él alturas, profundidades, precisiones que la inteligencia contemporánea está lejos de poder sospechar, y que se comprenderán tal vez, pasadas algunas generaciones, si la filosofía vuelve á levantarse, si la sabiduría reaparece entre nosotros. Aristóteles ha dicho en alguna parte que las artes y la filosofía han sido muchas veces descubiertas y muchas veces perdidas; que de ahí vienen estos restos de la sabiduría antigua que nos transmiten las tradiciones. Yo lo creo también, pero en otro sentido. La filosofía ha sido descubierta por Platon y Aristóteles, por San Agustín, por Santo Tomás de Aquino, por

el siglo xvii, pero se perdió en los intervalos. Hoy, entre nosotros, evidentemente está perdida. Nosotros leemos los antiguos monumentos sin comprenderlos; nó conocemos la lengua; nó penetramos su sentido..... Cuando el hombre cae en la noche de los sentidos, pierde la sabiduría; cuando vuelve al camino de la virtud, la vuelve á hallar. Pero cuando un hombre abdica la sabiduría, no por eso olvida los discursos que la divina sabiduría ha puesto en su alma, las palabras que ha grabado en su memoria: solo que estas palabras no tienen aureóla, no tienen vida, no tienen atractivo, no tienen sentido..... Tál es el estado del pensamiento contemporáneo en orden á la filosofía de los pasados tiempos, y de la sabiduría de los grandes siglos; ella tiene todos los monumentos, pero no tiene la inteligencia, y mucho menos la fé» (1). Pero si no podemos comprender toda la sabiduría con que el Angélico Doctor ha defendido y defiende al presente la Iglesia de Dios, sí sabemos que las montañas se riegan con las aguas que caen de las alturas, y que este riego ha fertilizado la

(1) Gratry, *De la connaissance de Dieu*, tom. 1, pag. 328, 329.

tierra (1). Sí sabemos que las obras de Santo Tomás de Aquino son *el Tesoro de la Religión* (2), por el testimonio de los Doctores más hábiles, y de los cristianos sencillos á quienes fueron de tanto provecho: todo lo que haya escondido en las alturas y profundidades de la ciencia, nos lo revela el siguiente pasage de San Pablo que el angélico Doctor repetía tan á menudo: «nuestra conversacion es en los cielos.»

Tanto se habia elevado el santo, recogido en la oracion, flagelando su carne, meditando y escribiendo cosas tan divinas, que al llegar para él la hora de la muerte, era tanta la serenidad de su rostro y de su alma, que parecia estar ya gozando de las visiones de la gloria. En los últimos momentos, accediendo á los deseos de los Religiosos que le rodeaban como en otro tiempo los hijos de los Patriarcas cerca de Jacob, compuso una breve exposicion del Cantar de los Cantares. A vista del Santísimo Sacramento pronunció la devotísima oracion *Adoro te devotè latens Deitas*; algunas veces se le oía prorrum-  
pir en estas palabras que una fé vivísima, ani-

(1) *Rigans montes de superioribus suis. Ps. ciii, v. 13.*

(2) Croiset, Vid.

mada de la caridad, ponía en su boca: «En breve el Dios de todos los consuelos, este Dios bueno, este Dios Santo, este Dios Salvador me colmará de sus misericordias, y cumplirá mis deseos. En breve estaré plenamente harto, cuando parezca en su gloria, y me presente con sola la justicia que nace de él. Beberé en el torrente de sus delicias; me embriagaré con la abundancia que hay en su casa; porque en él está el manantial de la vida, y me hará contemplar la verdadera luz en su luz misma (1).» El Angel batía las alas suavemente, y creyeron verle los Religiosos que remontaba su vuelo dejando tras de sí una huella luminosa, que por una parte tocaba la tierra y por otra se perdía mas allá de las nubes.

La noticia de su muerte ocurrida en edad temprana afligió sobremanera á los hermanos Predicadores, reunidos en Leon para celebrar Capítulo General: «¿Quién podría pensar, decian aquellos venerables Religiosos, que la divina Providencia permitiría que recogiera sus rayos aque-

(1) Tournon, *vida de Santo Tomás de Aquino*, tom. 1, pág. 333. Nació el santo hacia el año 1226 ó 1227, y murió el 7 de marzo de 1274.

lla estrella de la mañana que presidia al dia? Pero no ha sufrido eclipse: aún alumbrá á toda la Iglesia (1).» Los hermanos predicadores anticipaban en este fúnebre y sentido elogio las alabanzas de la posteridad, porque escrito estaba: «publicarán las naciones su sabiduría, y su alabanza la Iglesia.» A la Iglesia, oráculo de verdad, maestra de los pueblos en la fé, pareció *maravillosa* la doctrina del Santo Doctor, y *divina* su sabiduría (2): y lo mismo sintieron Alejandro iv, Urbano iv, Clemente iv, Gregorio x, y Clemente vi. que hablando de Santo Tomás decia: *Docebat eos de Regno Dei.* Urbano v, Alejandro vi, Pio iv, Pio v, Sixto v. y en suma, todos los Pontífices han calificado su doctrina de celestial, divina, inspirada, segura, excelente para fortalecer la razon, avivar la llama de la fé, impugnar todos los errores y servir de sustentáculo á todas las verdades. No hay mas que una voz para decir que abraza toda la sabidu-

(1) *¿Quis posset existimare Divinam Providentiam permississe Stellam matutinam præminentem in mundo... luminare majus quod præerat diei, suos radios retraxisse?*

(2) Palabras de la oracion de la Misa, y de una bendicion que se encuentra en el antiguo Pontifical Romano impreso en Venecia en 1543.

ría de los Doctores Gregorio, Ambrosio, Agustín y Gerónimo, y confirman esta sentencia los Concilios segundo de Leon (1274) el de Viena (1311) el de Constanza (1413) el de Florencia (1439) el quinto de Letran (1512) y el último de los Concilios generales celebrado en Trento (1). La Suma de Santo Tomás tenida como el oráculo de la Teología, fué explicada sin intermision en la Universidad de Paris, y casi adorada (2): y la misma escuela hablando por boca de un Obispo, llamó al Santo Doctor *luz refulgente, piedra preciosa, fuente de los Doctores, luciente estrella y clarísimo espejo* de aquella célebre Universidad. La de Salamanca obli-

(1) *Concilia omnia tam generalia quam provincialia quæ post D. Thomam acta fuerunt, canones suos juxta doctrinam S. Doctoris præcipue ediderunt. V. Thomas Pius á Ponte, Societatis Jesu.*

En el sermón que predicó en Trento el día de Santo Tomás el teólogo español Fray Juan Gal'o, enviado al Concilio por Felipe II, decía así á los Padres: *Non potuit (D. Thomas) Ecclesiasticis interesse Conciliis morte præventus, verùm ecce superstes atque in æternum victurus vobis adest: bona sua, spirituales doctrinæ thesauros, hereditario jure vobis delegavit.*

(2) *Sine intermissione publicè explicata, et (si ita loqui fas est) jugiter adorata in Schola Parisiensi. Card. Perron, in alloquutione habita in consessu generali Statuum Regni anno 1615.*

gaba á los escolares bajo juramento á no separarse de su doctrina (1), mirando la *gloria de Dios, el bien de la Iglesia, la pública utilidad, la paz y tranquilidad del Reino, la recta educacion de la juventud, el provecho de las ciencias, y la veneracion debida á los Padres de la Iglesia y á los mas célebres Doctores* (2). Que con su doctrina resplandece la Iglesia como la luna con el sol; que el Santo Doctor es el compendio de todos los ingenios y un fortísimo atleta; que es el Doctor eucarístico; que su sabiduría es un arroyo del paraiso; y que debe reputarse por un Angel entre los Doctores ó un Doctor entre los Angeles, lo han dicho á una voz las Universidades de todas las naciones del mundo; y en unas inclinando la cabeza al nombrarle escolares y profesores, en otras ligándose con juramento á defender su doctrina, en todas componiéndose discursos panegíricos, se ha trasmitido de siglo en siglo esta veneracion al Doctor angélico y á sus escritos, siendo ahora como antes objeto de

(1) Por decreto de 9 de junio de 1627.

(2) Es curiosa la prohibicion impuesta al Rector de la Universidad de Salamanca, de secuestrar á los escolares que hubieran contraido deudas, el libro de la Suma de Santo Tomás.

entusiastas aplausos (1). Las órdenes religiosas han rivalizado entre sí sobre cuál mas le alababa; y repasando los encomios que hicieron de la doctrina de Santo Tomás los Benedictinos, Franciscanos, Carmelitas, Gerónimos, Premonstratenses, Teatinos y Jesuitas, se vé que ni los mismos Dominicos pudieron llevar mas lejos su adhesion, que los Agustinos por ejemplo, y los de otras Religiones (2). ¿Cuántos sabios desde Alberto el *Grande* hasta San Francisco de Sales y Bossuet, cuántos varones apóstolicos desde San Raimundo de Peñafort hasta el ascético Luis

(1) La Universidad complutense, las de Valladolid, Zaragoza, Toledo, Valencia, Sevilla, Santiago, las de Nápoles y Bolonia, las de Coimbra y Manila, las de Bélgica, Inglaterra y Hungría, y otras muchas han consignado en mármoles ó en sus archivos la veneracion que les ha inspirado el Santo Doctor, verdadero gefe de estas ilustres escuelas. Sería prolijo citar á la letra tantos testimonios.

(2) En los Capítulos generales celebrados por los hermanos Predicadores desde 1279 en adelante, se manda que la Suma de Santo Tomás sirva para la enseñanza. Tambien se manda castigar por los Conventuales, Vicarios y Visitadores, á los que resistieren este mandato ó se distinguieran por hablar ó escribir sin la debida reverencia de la persona del Santo y sus escritos. En el celebrado en 1313 se mandó: *Quod nullus ad Studium Parisiense mittatur, nisi in doctrinâ Fratris Thomæ saltem tribus annis studuerit diligenter.*

de la Puente (1) le han estudiado y le han alabado diciendo como la Puente que este solo Doctor vale por diez mil? ¿Cuántos eruditos y santos Prelados le han tenido por *santísimo entre los Doctores y doctísimo entre los santos*? Aunque parezca menos fogosa y entusiasta la apología que hacen de los escritos de Santo Tomás los modernos filósofos que le han estudiado y comentado, y que han internado su penetrante mirada en los arcanos de una doctrina que juzgan suficiente para que la Iglesia refute todos los errores, no obstante esto, comprenderán el fervoroso arranque y la sublime sencillez con que declaraba lo que sabia un oscuro benedictino del siglo xiii, al instruirse el expediente de canonización: «Yo ví, decia, y Dios me reveló, que el bienaventurado Agustin y Fray Tomás, asidos de la mano, estaban paseando en la gloria del Paraiso (2)». Palabras que de un modo ú otro, mas ó menos bello y sencillo, confirman lo que han dicho

(1) En la introducción á su obra *De la oración mental*.

(2) Palabras del Proceso de canonización, cap. 7, en la declaración del benedictino Fr. Domingo de Brixia.

sus novecientos comentadores (1), siguiendo las autoridades de la Iglesia y los mas claros testimonios, que nos representan al Santo Doctor como Angel, sol, aguila, estrella matutina, maestro de la ciencia y hombre divino (2). «Las naciones han publicado su sabiduría,» y la Iglesia ha recogido todos estos testimonios para «publicar su alabanza,» componiendo con todos ellos un Prefacio para la Misa del Santo Doctor, que es por sí solo la mas elegante y completa de todas las apologías (3). Desde entonces todo se ha podido de-

(1) Doscientos noventa y cinco españoles contaba Nicolás Antonio hasta el año 1680 v. *Bibliotheca nova*, pag. 502.

(2) Segneri, el célebre predicador italiano, llamó á Santo Tomás *sol fulgentísimo* y puso en sus manos *todos los rayos de la divina sabiduría* en el panegirico que hizo del santo, en cuya portada escribió: *L'ingegno Donato à Dio*.

Es magnífico el elogio que hizo otro jesuita, Luis Juglar, diciendo del Santo: *En tibi omnem in uno demum cápite Bibliothecam, en omnem in uno calamo militantis Ecclesiæ Panopliam*.

Baillet recogió los testimonios de todos los criticos en la obra que escribió con el siguiente título: *Les jugemens de scavans sur les principaux ouvrages des auteurs*.

(3) Lo insertamos á continuacion porque creemos que no se encuentra en los Misales Dominicanos de hoy. La insertó en el Misal impreso en Venecia en 1524, y lo tomamos del opúsculo de Jurami titulado: *Testimonia ex catholicæ Ecclesiæ et S. S. Pontificum orá-*

cir, y todo se ha dicho en su elogio: en alabanza del santo y de su doctrina, toda exageracion ha parecido imposible: no se ha conocido la medida, ni se ha creido conveniente detener la pluma, refrenar la lengua, corregir y moderar

*culis, pro commendatione doctrinæ Angelici Doctoris S. Thomæ Aquinatis etc. Dice asi: O felix et inclytus Doctor qui suâ universos doctrinâ errores destruxit, et orthodoxam fidem firmissimis præsiidiis protegit ac defendit! Hujus doctrina tantâ præfulget veritate sermonis, ut qui eam tenuit à veritatis ac rectæ Fidei tramite deviasse numquam fuerit inventus, et qui eam impugnavit, semper habitus sit de veritate suspectus. ¡O certam, præclarissimam atque fulgentissimam Doctrinam! cui veritatis præcones gloriosissimi Petrus et Paulus Apostoli tui, et inclyta semper Virgo Maria cum Filio Domino nostro Jesu Christo pro Mundi salute crucifixó, et universalis et Apostolica Ecclesia testimonium perhibent veritatis: ¡O sapientiæ lucidissimum speculum, Universalis Ecclesiæ lumen præfulgidum, candelabrum insigne, ac lucens, ignorantiae tenebras perlustrans, et hæresum latebras scientiæ claritate demonstrans! ¡O stellam splendidissimam, et matutinam, Mundi hujus tenebras illustrantem! Lætetur igitur Ecclesia tua, Deus, novi hujus Solis irradiata splendore: Prædicatorum Sacra Religio tanti luminis illustrata fulgoribus, jucundetur et plaudat: Religiosorum devotio concrepet: Doctorum turba complaudat: animentur ad studia juvenes: proveci non torpeant: senes delectentur in illis: omnes in humillitate proficiant; singuli contemplationem non deserant, sed mandata Dei seduli exæquantur et compleant. Pro hujus igitur gloriosissimi Doctoris Thomæ Aquinatis honore et gloriâ hodie Majestati tuæ festa persolvimus, et gratiarum et laudum hostiam immolamus. Et ideo cum Angelis etc.*

la intemperancia de la palabra. Todo se ha podido decir; todo se ha dicho, y brilla el angélico Doctor en el cielo de la Iglesia, como el astro del día en medio del firmamento. Él ha sido discípulo y *émulo* de los Angeles; mucho aprendió de los Angeles, pero *algo* pudo enseñarles; ó trajo la Teología de los cielos, ó supo en la tierra lo que se ve en la gloria. San Pablo entendió misterios cuando fué arrebatado hasta el tercer cielo, que no pudo su lengua revelar: Santo Tomás de Aquino reveló lo que supo. La Suma es un compendio de los divinos misterios, y en este compendio se encierra la sabiduría de los Gerónimos, Agustinos, Ambrosios y Gregorios: y como es un compendio de la sabiduría de otros y de la suya, el que conoce á Santo Tomás lo sabe todo; y el que lo sabe todo menos á Santo Tomás, aún tiene mucho que aprender. Porque habla de Dios como si lo viese, y de los Angeles como si fuera un espíritu, y del Verbo encarnado como si fuera la voz del Verbo. Ya no se puede decir mas: y si no hay exageracion en el panegírico que por espacio de quinientos años están haciendo del Angel de la Teología los santos, los Doctores, las Academias, los políti-

cos, los filósofos y los sabios de todo el mundo, nos parece que de aquella luz que se desprendió de la gloria para ilustrar la mente de Santo Tomás de Aquino y darle á conocer los mas profundos arcanos, saltan chispas y centellas que alumbran á sus apologistas y les prestan el calor de la devocion y del entusiasmo, para que hablen del Angélico Doctor con una elevacion sobrenatural, y valiéndose de formas ó ininteligibles ó divinas (1).

Es de grandísimo interes, mis queridos her-

(1) El jesuita Pedro Labbe escribió en abreviatura el panegírico de Santo Tomás de Aquino. Dice así:

*Thomas Angelus erat, antequam esset Doctor Angelicus.*

*Angelorum discipulus, et pæne æmulus fuit.*

*Multa ab Angelis didicit, quædam Angelos docere potuit.*

*Aut Theologiam ad terras deduxit de Cælo,*

*Aut scivit in viâ quod videtur in Patria.*

*Audivit Apostolus arcana verba, sed illa tacuit.*

*Quæ Paulo dicere non licuit, hæc Thomas dixit.*

*Mysteriorum compendium est Summa Thomæ.*

*Inclusit Hieronymos, Augustinos, Ambrosios, Gregorios.*

*Inclusit seipsum, major seipso et minor.*

*Epitomen fecit aliene sapientie, et Summam suce.*

*Didicit omnes, qui Thomam intelligit.*

*Nec totum Thomam intelligit, qui omnes didicit.*

*Augustinus, aliquando obscurus, apud Thomam est clarus.*

*Ubi alii dubitant, Thomas non ambigit.*

manos, ilustrar en nuestros días á cuantos se precian de filósofos y de hombres cultos, sobre el mérito de unos escritos que ya no son tan conocidos como en otro tiempo. Los modernos sabios los conocen, los estudian, y procuran formar su entendimiento con ellos; pero ya nos faltan aquellas falanges de teólogos, aquellos controversistas, maestros y predicadores que disertaban teniendo sobre la ciencia un dominio completo, sin dudas, sin vacilaciones, sin oscuridad, discurriendo sobre un terreno firme, elevándose de la razon á la fé entre las que hay una estrecha alianza, subiendo de la ciencia á la santidad entre las que median relaciones in-

*Ubi omnes desinunt, indè incipit.*

*Indè progressus eò ascendit, quò nemo præiverat.*

*Sequitur præviam fidem, et eam ducit.*

*Sociam facit Theologiam Fidei, et Magistram.*

*Ostendit quidquid illa credit.*

*Neque aliud superest nisi lumen gloriæ post  
Summam Thomæ.*

*De Deo sic loquitur quasi vidisset.*

*De Angelis sic disputat quasi Spiritus esset.*

*Ingenerat horrorem peccati, dum ostendit.*

*Incarnatum Verbum sic explicat, quasi vox Verbi.*

*Siste aliquando, Thoma, pervenit ad summum  
Summa tua.*

*Ire ulterius non potest nisi aliquid quærens post  
omnia.*

timas. Ah! no veremos en nuestros días, mis queridos hermanos, aquella feliz union de los espíritus sujetos á una misma disciplina, no obstante el ruido de la discusion que aguzaba las inteligencias, sin entrometerse en las verdades de la fé. Se ha querido llevar la ciencia por otros caminos motejando de aristotélicos á los escolásticos, desechando la fé como una supersticion de la edad media; y como si no hubieramos perdido bastante con la disminucion de la piedad, de la devocion y de las virtudes cristianas, hemos sufrido además el castigo de nuestra locura y soberbia, habiendo perdido la clave de la verdadera sabiduría, que en vano se buscará en el laberinto de tantos sistemas cuyo fundamento no es la Religion. Siempre que se suponga que la razon es la única luz, la única regla de las acciones, el principio de la ciencia, la fuente del deber, el solo criterio y la explicacion de todas las cosas, será preciso caer en las mismas contradicciones, en los mismos errores, en los mismos males, y en los mismos pecados. Así se explica nuestra decadencia de hoy. La esterilidad del genio, el laberinto de las opiniones, los tormentos del espíritu, que sien-

do criado para la verdad es llevado á los mayores extravíos por una filosofía plagada de errores trascendentales, ved aquí cuánta miseria nos rodea y nos aflige, haciéndonos conocer nuestra inferioridad, que apenas se vislumbra cuando ya nos avergüenza y nos abate.

No participeis vosotros, mis queridos hermanos, del comun sentir de las gentes frívolas y presuntuosas, que no tienen sino algunas frases de desprecio para rebatir, sin saber lo que hacen, las obras monumentales de la sabiduría cristiana. Y supuesto que las del Angélico Doctor Santo Tomás de Aquino se han libertado del anatema que ha caído á plomo sobre los escolásticos, asociáos al clamor de las gentes que alaban su sabiduría, y á la voz de la Iglesia que publica sus alabanzas. Porque las alabanzas inflaman el celo; el celo dispone á la virtud; y la virtud conduce á la felicidad, para colmar los deseos de los que anhelan el bien. Si vosotros amais la filosofía, apetecereis el reposo del espíritu, y no querreis los sistemas incompletos y vanos, ni la sabiduría que consiste en palabras sofísticas. Si vosotros amais la filosofía, amaréis asimismo la virtud; pues ¿cómo no seguir el espíritu de

Santo Tomás de Aquino, que fué el mejor y el mas perfecto de los filósofos, capáz de la contemplacion y de la accion, Angel por la pureza de su vida, Angel en la ciencia de Dios? Yo estoy cansado de esa ciencia que llama bien al mal y mal al bien, y que confunde los errores con las verdades: es una lástima no poder precaverse de esas tristes decepciones cuyos tormentos son peores que la muerte misma. En Santo Tomás de Aquino, la verdad es verdad y el error es error; él no llama bueno sino á lo que puede hacernos mejores, y no está sujeto á vicisitudes. Entra de lleno en el dominio de la ciencia para abrirnos un camino á la virtud; él lo recorre creciendo en santidad y sabiduría; prescinde de su cuerpo antes que la naturaleza lo destruya ó lo quebrante; se eleva hasta Dios partiendo de las cosas sensibles, y remontándose sobre ellas; conserva las formas humanas, pero participa de la naturaleza angélica; y deja lo que es fugitivo y perecedero, por lo que es durable y permanente. En Dios mismo ha visto Santo Tomás la belleza y el orden de las cosas sensibles que se derivan de él; y lleno de este divino conocimiento, lo ha derramado sobre los

que aman la verdad, con una efusion abundante. En Dios mismo ha tomado Santo Tomás, como el discípulo amado en el pecho de su divino Maestro, el amor de los Serafines; y ha reflejado el fuego que le abrasaba sobre los que andaban aquí abajo inciertos ó apenados en sus amores, excitándolos á un amor sublime, y purificándolos por el incendio. Vivamos tambien nosotros de la Religion, mis queridos hermanos, que es la que exalta la fé, y multiplica las fuerzas de la razon: poniéndonos en el camino de la santidad, nos acerca á la sabiduría. Bueno es conservar la memoria de los grandes hombres que han dejado sobre la tierra la señal de sus virtudes y de sus beneficios; pero es mas útil imitarlos viviendo de la Religion de que ellos han vivido, siguiendo los modelos tan admirables que nos presenta la Iglesia. Honremos á los santos, que son nuestros grandes hombres, en su vida terrestre; ensalcemos su sabiduría como la ensalzan las naciones, y publiquemos su alabanza como la publica la Iglesia. Honremoslos mas aún en esa perspectiva de la gloria cuyos misterios casi ha penetrado Santo Tomás de Aquino, como si no hubiera puesto el pié en

nuestros tristes valles, ó como si hubiera tomado derecho el camino del cielo rodeado de los resplandores de la gracia. No es imposible seguir el ejemplo de los santos por mas imperfectas que resulten las copias; porque ellos elevándose á los cielos, sobre los astros, y participando de las perfecciones de la naturaleza angélica, dan la mano á los mortales como invitándonos á seguirlos á las eternas mansiones. Aunque tan lejos de nosotros, pueden distinguirnos y saber si los seguimos, así como nosotros podemos estar unidos con ellos intencionalmente, imitando sus virtudes, y pensando que iremos á Dios conducidos por tan expertos guias. Invocándolos, nosotros nos uniremos á ellos, no solo con la intencion, sino por una correspondencia verdadera; y entraremos en la comunión de los santos, pasando de las sombras á la luz, de la luz de la gracia á la luz de la gloria, de las imperfecciones á la santidad, y de una vida miserable á la vida inmortal y eterna. Asi sea por la infinita misericordia de Dios y por los méritos de nuestro Señor Jesucristo.

*Amen.*

# SERMON

para el día

## DE SANTA RITA DE CASIA.



*Estote ergo vos perfecti sicut  
et Pater vester cœlestis perfec-  
tus est. Matth. Cap. v. v. 48.*

*Sed perfectos como vuestro  
Padre celestial es perfecto.*

Señores: á fines del siglo décimo cuarto, en Italia, en una aldea de la jurisdiccion de Casia, al pié de una peña y entre unos riscos que, segun es fama, se partieron á la muerte del Salvador, nació Santa Rita de tan virtuosos padres, que por pasar su vida en obras de caridad, deshaciendo enemistades y enseñando el amor del prójimo, fueron llamados los *pacificadores de Jesucristo*. La historia no dice si estos

*pacificadores* pertenecian al gremio de aquellos ilustres cristianos que en Italia y en el siglo XIII, componian las discordias y daban la paz, los cuales fueron conocidos con el nombre de *fratri gaudenti* ó caballeros de la Virgen; pero sospecho que asi sería. Fué el nacimiento de Rita repetición de los prodigios que obró el Señor en las Anas, Saras, Raqueles y Rebecas, porque nació de padres ancianos; y consolados en una vision nocturna por la voz de un ángel, comenzaron á ver en aquel brillante astro que aparecía en el cielo de la Iglesia, las maravillas estupendas que habian de asombrar no solo al mundo de entónces en que abundaban las gentes buenas y sencillas, sino al mundo de hoy en que lo más es corrupcion, indiferencia y malicia. Fué Santa Rita, como sabeis, perfecta en todos los estados; reuniéndose en ella la santidad de todos los santos; porque fué santa en los diez y ocho años de su virginidad; fué santa en los diez y ocho años de su matrimonio; fué santa sometiéndose á la voluntad de sus padres, que la ligaron á la suerte de un marido, de condicion muy áspera y terrible; fué santa en la desastrosa muerte de su consorte, que mu-

rió cosido á puñaladas; fué santa en la muerte de sus dos hijos; fué santa en la soledad de su viudez, y santa por último en el retiro del claustro donde pasó los últimos cuarenta años de su vida, ejercitándose en todo género de virtudes y en los rigores de la mas áspera penitencia. Los que han dicho que *Rita* quiere decir *recta* ó *perfecta*; los que presumen haber descubierto en este nombre el anagrama de *Trita* para significar que fué *trillada*, es decir, magullada por la tribulacion, quebrantada por la penitencia; los que se han imaginado percibir en el nombre de Casia el agradable olor de la canela que exalaban como un perfume los vestidos de la mística Esposa; y los que traducen la *preciosa margarita* del Evangelio por la *amarga Rita* cuya santidad iguala al tesoro de infinito precio escondido detrás de las paredes del convento de Casia, puede ser que no hicieran mas que un juego de palabras, que no es seguramente del mejor gusto; pero á la verdad, de no haber exageracion en el sentido, no hallo inconveniente en que se tome este ingenioso laberinto por una cifra en que se contiene la explicacion de todas las virtudes cris-

tianas. Entre los indicios de su santidad se cuenta que á poco de nacer vinieron unas abejas á posarse en sus lábios mientras que dormía, á semejanza de lo que se cuenta de San Ambrosio, y aun de San Bernardo, de quien se ha dicho que una noche, mientras que oraba, la Santísima Vírgen depositó en sus lábios algunas gotas de no se qué suavísimo licor, que parecía ser su misma leche virginal. Pronóstico fué este suceso de la dulzura de Santa Rita, alimentada, como la abeja, del rocío de los cielos, grande en las virtudes, y como ella tambien, rica en frutos preciosos y estimados.

Diré algo de su vida, puesto que vengo á hacer su panegírico; pero si la Iglesia, celebrando con tan solemnes festividades la memoria de los santos, se propone como fin movernos á su imitacion y ejemplo, yo deberé excitaros á buscar la perfeccion cristiana, como la buscó y alcanzó Santa Rita, que fué por el temor de ofender á Dios; temor tan santo, que no llegó á cometer en toda su vida ningun pecado mortal. El ejemplo es difícil de imitar; pero la vida de todos los santos se nos dá como enseñanza y se nos propone como modelo; tan posible es la per-

feccion moral del hombre, que hablamos de la *imitacion de la Virgen*, como de cosa á la cual puede la criatura aproximarse con la gracia de Dios; y por último, para que se vea hasta dónde se puede llegar por este camino, la *imitacion de Cristo* es el mejor título del mejor libro de cuantos se han escrito encaminados á este fin. Muy propia es de la juventud cuando empieza la carrera de la vida tan llena de sinsabores, esta devocion á una santa que puede enseñarle la perfeccion cristiana, por cualquiera camino que escoja. Lo malo será que la leccion no sirva; que la devocion no pase de ser un homenaje de esteril admiracion hácia esta gran figura del Cristianismo; y que por las rosas que hoy se bendicen en los altares de la santa, olviden sus devotos el fruto de las virtudes que la fuerza de la Religion puede enjendrar en sus corazones. Lo que yo quiero hoy es matar vanidades que no son del caso, y hacer del entusiasmo que es pasagero y de una devocion que, á lo que vislumbro, es de buen tono, una devocion verdadera, cual se necesita para imitar las virtudes de una santa tan probada en la tribulacion. No se os vayan los ojos á la rosa que tiene

la santa en su mano, sino á la espina que tiene en la frente: ojalá que acierte á explicarme de modo que lo consiga; mas para esto imploremos los auxilios de la divina gracia por intercesion de la Santísima Virgen. *Ave María.*

El hombre quiere ser perfecto: cuando no lo lleve al deseo de la perfeccion el sentimiento cristiano, lo llevará el orgullo: en el primer caso podrá acercarse á la perfeccion del Padre celestial; en el segundo, será el ángel caido, arrastrado por el demonio de la soberbia. En otro tiempo, la perfeccion no era posible como lo es hoy; pero Jesucristo vino á dar al hombre, lo que despues del pecado, por su natural condicion no podía tener. El mundo se quedó absorto el dia en que Jesús, haciendo de una montaña su gran tribuna, soltó su voz á la humanidad entera y dijo

estas palabras: «Bienaventurados los pobres de espíritu porque de ellos es el reino de los cielos; bienaventurados los mansos, los que lloran, los que han hambre y sed de justicia, los misericordiosos, los límpios de corazón, los pacíficos y los que padecen persecucion por la justicia.» Se dijo á los antiguos: «no matarás» y yo os prohibo hasta la ira. A los antiguos se prohibió el perjurio; y yo os digo que «no jureis ni por el cielo, que es el trono de Dios; ni por la tierra, que es su escabel; ni por Jerusalem, que es la ciudad del gran Rey; ni por vuestra cabeza, porque no podeis cambiar un solo cabello en blanco ó negro.» Se dijo á los antiguos: «-amarás á tu prójimo y aborrecerás á tu enemigo-» y yo os digo: «amad á vuestros enemigos, y haced bien á los que os aborrecen. No andeis solícitos por la comida: el alma ¿no vale mas? Ved cómo no les falta á las aves del cielo, que no siembran ni guardan el fruto en los graneros. No andeis solícitos por el vestido: ved los lirios del campo; pues yo os digo que ni Salomon en toda su gloria se vistió con la magnificencia del lirio: buscad el reino de Dios y su justicia, que todo lo demás se os dará por

añadidura. Sed perfectos, como vuestro Padre celestial es perfecto.

En la letra y espíritu del Evangelio buscó la perfeccion Santa Rita. «Si fuere puesta sobre mis hombros el arca santa de la Religion, decía, seguiré á Jesús para no errar el camino.» Palabras que explican su amor á la obediencia, á la humildad, á la pureza, á la pobreza, y su desapego á las cosas del mundo. Tras una vida de santidad, iban creciendo los deseos de llegar á la perfeccion cristiana, suponiéndose todavia distante: y Dios la favoreció con una vision misteriosa que recreó su alma, infundiéndole los deseos mas vivos de llegar á la cumbre de lo perfecto. Con los ojos del espíritu vió á Dios en lo alto de una escala resplandeciente como la de Jacob, que tocaba en el cielo y en la tierra; y vió muchos angeles que bajaban y subían; y oyó una voz que le decía, que para subir por aquella escala y llegar hasta Dios era menester asemejarse á los angeles en la tierra. La santa quedó llena de alegría; fué llena del espíritu de Dios, y apresuróse á subir por aquel camino del cielo, del que eran las virtudes cristianas resplandecientes escalones.

Ni debe desalentarnos, Señores, el raro privilegio que el divino Esposo de nuestras almas quiso otorgar á Santa Rita, ni debe infundirnos una funesta confianza la diferencia que resulta del paralelo de la sociedad gentil con la cristiana, viendo que en aquella la perfeccion humana era imposible, y creyendo que en la ley del Evangelio, la perfeccion humana es ó necesaria, ó fácil. ¿Sereis perfectos, por ejemplo, solo con amar á los que os aman? Pues yo os digo por San Mateo que eso lo hicieron los publicanos. ¿Qué haceis con saludar á los que os saludan? Los paganos tambien lo hicieron. Las mujeres cristianas desprecian los vanos adornos; pero sabed que esto lo hicieron tambien muchas mujeres gentiles, sin dejar de haber hoy entre las cristianas no pocas que llevan su fatuidad hasta el punto de adornarse como las bacantes en los tiempos del paganismo. No teneis gloria solo con despreciar las riquezas, ó es una gloria que teneis que compartir con Crates el filósofo, que tambien lo hizo. ¿Pensais tener una gloria exclusiva en la paciencia, en los sufrimientos? Pero los estoicos fueron muy pacientes y sufridos tambien. La dulzura de las

costumbres, la afabilidad y el trato afectuoso no son una cosa tan peculiar y exclusiva de la sociedad católica, de modo que no hayan sido de suave condicion, dulces y cordiales en su trato algunos sabios de la sociedad antigua, filósofos ó magistrados del Paganismo. Conoceis la amistad; pero ¿no sabeis que aparte de groseros errores, la amistad de los antiguos llega á causar alguna vez nuestro embeleso, leyendo esos diálogos tan sabrosos, esas cartas respirando ternura y que parecen revivir un corazon hecho polvo hace dos mil años, esa hermosa excentricidad de un Cónsul por ejemplo, que se retira á su casa de campo para escribir sentencias morales, y que olvida los negocios públicos por los placeres de la amistad y de la familia? Ah! vosotros conoceis que esto no basta; es menester tener virtudes; pero ¿de qué género? ¿en qué grado? De los estóicos es de quienes se ha dicho que eran una secta santísima y muy fuerte. *Sanctissimam et fortissimam sectam*. Diréis que es menester amar á Dios; y aunque os asombre, os diré que los estóicos tambien lo han dicho; Marco Aurelio y Epicteto lo dicen á cada paso: ellos solos lo han dicho, es verdad; pero

aun así es muy extraño. De ellos ha dicho San Agustín que llegaron á parecerse á los cristianos en muchos puntos; pero esto no basta; es menester aspirar á la perfeccion; ¿cómo? como los filósofos, como los paganos, como los fariseos, los estóicos ó los doctores de la ley? No ciertamente; como los Santos: porque es menester traspasar la ley natural; levantarse sobre el nivel comun, y hacer con el auxilio de la gracia lo que el hombre puede contrahacer malamente por el talento, por la educacion y la decencia que suelen inspirar las costumbres públicas. Es menester ser perfectos, dice Jesucristo, como vuestro Padre celestial es perfecto. Arduo es el camino que lleva á la vida, pero no estais desamparados de todo auxilio: Dios que nos llama, nos ayuda; *valor alma mia*; decid con Bossuet y con San Pablo: «yó lo puedo todo viniendo mi fuerza de Dios.»

Descartad la perfeccion á que aspira el hombre por su orgullo, que á esta no se puede llegar, y dejad solo esa aspiracion santa á que solo se satisface por la práctica de la virtud. Aquí el hombre se divide; porque una es la tendencia de la carne, y otra la tendencia del espiri-

tu: pero decia Santa Rita de Casia: «cuanto más condescendientes seamos con la carne, más se sublevará contra el espíritu.» Será menester sufrir; y para enseñarnos á sufrir lo que se puede, metía Santa Rita los piés ó las manos en el hielo ó en el fuego. El gran tormento ha de ser carecer de la vista de Dios: ¿«podrás vivir sin ver á Dios?» se decía la santa. El único mal es el pecado: «sufre, se decía, para que el amor que tienes á Dios no tenga fin, ni tu Eterno Esposo padezca ofensa.» De todo lo cual resulta, mis queridos hermanos, que el primer paso para llegar á la perfeccion cristiana, es aborrecer el pecado, es temer á Dios. Oh! y cuán necesaria es esta enseñanza, viendo á tantos insensatos que viven como si nó hubiera Dios, cual si nó hubieran de ser juzgados, como si su única mision en la tierra fuera semejante á la de los brutos, satisfacer los apetitos y morir como ellos! En vez de aborrecer el pecado, lo aman; y buscan las ocasiones de cometerlo; y no descansan sino para aumentar su número; sin qué se conozca que ellos se avergüenzan y se arrepienten, porque con ellos tejen la vida, viviendo y acaso muriendo en el oprobio. Ah!

si lo que Dios no permita, teneis alguno de vosotros una idea tan baja del hombre, que creais que no se envilece viviendo de esta manera, yo vuelvo por vuestra dignidad diciendooos con entrañas de misericordia: -no es ese vuestro destino, mis amados; salid del cieno; debeis aspirar á la perfeccion moral y cristiana á que os llama Jesucristo, y para proceder con acierto, aborreced el pecado como Santa Rita: temed á Dios como ella.

Segura enseñanza nos ofrece San Pablo cuando nos dice: «trabajad con temor y temblor en la obra de vuestra salud:» y qué segura! El Apostol de las gentes, que por el privilegio de su vocacion fué llamado *vaso de eleccion*; San Pablo, el brazo derecho del Apostolado; que estuvo para ser adorado como Dios por los sencillos Lycaonios, y que en la contemplacion de las verdades sobrenaturales mereció ser arrebatado hasta el tercer cielo, vuelve sus ojos á la divina justicia: la inmensidad de Dios, el poder de Dios, la grandeza de Dios, lo terrible de sus juicios le llenaron de espanto: *temed y temblad*, nos dice este elevado espíritu, que mereció ver en un punto y sin las ilusiones del amor propio, toda

la grandeza de Dios y toda la pequeñez del hombre! Asi no estrañareis que Santa Rita inspirara á sus hermanas el temor, diciéndoles; «Advertid hermanas mías, dónde mirais, dónde andais, á quién encontráis y con quién conversais; porque la ocasion es tan peligrosa, que de la vista pasa al corazon, del corazon al pensamiento, y del pensamiento, algunas veces, á la obra aborrecida de Dios.»

¿Luego Dios aborrece el pecado? ¡Qué sorpresa para los que están muy creídos en que es lícito y bueno dejarse llevar y gobernar por los impulsos de su corazon, y por las leyes de la naturaleza! Pero la justicia de Dios es enemiga irreconciliable del pecado; el pecado es lo único que Dios aborrece. ¿Quién no ha oido ni visto los terribles anatemas y rigorosas venganzas con que la santidad infinita se resarce de la injuria con que le ofenden los pecadores? Muertes repentinas, catástrofes espantosas, afrentas, infidelidades, persecuciones, un infierno de dolores vomitando torrentes de amargura preparado allá en los tesoros de la cólera divina; una eternidad de desesperacion y de angustia, donde ni el furor se pasa, ni la copa de la hiel se

apura, ni el aborrecimiento se aplaca, ni la justicia cede de su derecho, donde no hay siquiera la dicha de morir, y donde la vida es un solo dia eterno que no pasa del amanecer, con sombra de horrores sin fin, gemidos sin consuelo, hondo padecer sin alivio ni esperanza! ¡Ah! ¿quién no te temerá ó Dios justiciero y santo? ¿quién no temerá á la santidad de Dios que encuentra manchas en los angeles y mil imperfecciones en las virtudes de los justos? ¿Cómo no temer á Dios temiéndole Santa Rita? Y si el perdernos á todos fuera obra de mucho tiempo, si fuera preciso una de esas catástrofes extraordinarias que se divisan de largo, habría hueco para llorar y pedir misericordia: pero el Señor puede suscitar nos persecuciones y amarguras en un momento: manda al aire que nos sofoque, y al punto quedamos sin respirar; manda á la muerte que nos hiera, y nos hiere; á la tierra ó al mar que se abran sus entrañas, y se abren y nos sepultan; luego al infierno que abra sus puertas, y hémos ya en el abismo sin fin de la eternidad. Dejadme hablar por cada uno de vosotros, mis queridos hermanos; levantad vuestro espíritu al Señor, y decidle si que-

reis dar hoy el primer paso en el camino de la perfeccion cristiana: -Señor, yo temo la miseria y perdicion que hay en mí: me asaltan las tentaciones y pecados, como el ladron sorprende en la noche y durmiendo á los que ha de despojar; lloro mis caidas, y vuelvo á caer; soy víctima de esas funestas pasiones, cuyo fuego jamás se extingue, y que aun cubierto de cenizas, enciende el mas ligero soplo. Sobre todo, Señor, temo mis pecados; estos son la causa de mi turbacion y de mi llanto; porque ¿estoy seguro de que se me han perdonado? ¿Los he confesado como debiera? ¿Los he llorado con un arrepentimiento verdadero? Y cuando se me hubieran perdonado ¿no debería yo temerles? porque el Sábio nos dice: «nó dejes de temer aun á los pecados que te se perdonan.» Yo debo temer, Señor, aun por mis buenas obras, por mis virtudes, si es que yo tengo alguna, acordándome de que los justos las han temido. Tengo fé; ¿nó será resfriada? Tengo valor; ¿nó me acobardaré á vista de las persecuciones? Los buenos cristianos son humildes; pero ¿qué será cuando el mundo los aborrezca? Son sencillos; ¿y cuando la malicia se aumente? Creen en el Hijo del hom-

bre; pero ¿pensais que cuando venga el Hijo del hombre hallará la fé sobre la tierra? Se salvará el que perseverare hasta el fin; pero ¿no sabeis que en esas persecuciones de los últimos dias, nadie se salvaría, dice San Mateo, si Dios no abreviara el tiempo de la tribulacion por amor á sus elegidos?

¡Ah hermanos míos, es necesario temer!.....  
«Advertid, hermanas mías, dónde mirais, dónde andais, á quién encontráis, y con quién conversais; porque la ocasion es tan peligrosa, que de la vista pasa al corazon; del corazon al pensamiento, y del pensamiento, algunas veces, á la obra aborrecida de Dios.» Es necesario temer! Así nos defenderemos de las sugestiones del amor propio, de todo desarreglo, de toda provocacion, de todo peligro; así nos acercaremos á la perfeccion cristiana. Este temor ha llevado á muchos á la santidad; ¿qué es sino el temor el que arranca ese hondo gemido de los pecadores contristados, cuya imaginacion herida va de lo temporal á lo eterno, de la vida en su verdor á la lobreguez del sepulcro, del pecado á la santidad, del infierno á la gloria? Sin el temor, á que debemos tantas exortaciones patéticas, tan-

tos arranques de fuerza y valentía, tantos golpes de luz rojiza sobre tan hermosas y estremecedoras imágenes, ¿qué sería de la gloria que nos conquistaron los escritores ascéticos de inmortal fama y renombre? ¿Habría escrito sin él el Padre Rodriguez los *ejercicios de perfeccion cristiana*? Y ¿qué sería de los cristianos que se alimentan con su lectura? El temor llenó el desierto de anacorétas, y puso el cilicio sobre las carnes azotadas de los penitentes: preguntad á las vírgenes que se retiran al claustro porque no duermen en mullido lecho, porque descuidan el adorno de su persona, porque bajan los ojos y oran continuamente; y os responderán que el temor de ofender á Dios les hace ver mil peligros; el temor las defiende; el temor las purifica, el temor es su tormento, y el temor las tiene crucificadas. ¡Oh; si hay alguno entre nosotros que pueda ser un dia martir de Jesucristo, desde ahora os digo que sin el temor, no confesará el adorable nombre de Jesús sobre el caldoso, como los primeros fieles!

Pero basta de doctrina. Pongamos ya los ojos en el glorioso término á que llegó Santa Rita por el santo temor de Dios, atraída por aquellas pala-

bras de Jesucristo *sed perfectos*, y por la escala que se le apareció en una vision misteriosa. Meditando en la pasion del Salvador, su Amado le hizo merced de una de las espinas de su corona, que como una saéta le disparó y clavó en su frente para martirizarla cerca de veinte años. Ante el sepulcro del Salvador exclamaba: -«O tumba sacratísima! ó arca santa! ó templo celestial, que fuiste digno de recibir tan preciosa joya!»- En estas meditaciones quedaba como muerta: su corazon se derretía en el amor divino, y su vida sobre la tierra tenia ya no se qué de sobrenatural y tan elevado, que mas que mujer parecía un ángel del cielo. Unas veces oía decir: «para tí se dispone el paraíso:» otras ahuyentaba los demonios con la señal de la cruz. Unas veces decía: -estos son mis angelitos- y eran los gusanos que tenía en la llaga de su frente: otras se deshacía en lágrimas meditando en la pasion del Señor, delante del monte Calvario que tenia pintado en su celda. Pedía al Eterno Padre el perdon de sus pecados; al Hijo un rayo de su sabiduría; al Espíritu Santo, el rocío de la gracia; á la Santísima Virgen su humildad; á los Angeles, su pureza; á todos los

Santos, participacion en sus virtudes. Esto junto con la meditacion de los altos misterios de la Religion, con el pensamiento de las mas altas verdades, con el desprecio del mundo, con su arrebatado amor á las cosas del cielo, hacian que Santa Rita de Casia, orando sobre los sepulcros, ostentando en su demacrado semblante las señales del ayuno, de la vigilia y de la mortificacion mas austera, más pareciera un espíritu pronto á escaparse á las etéreas regiones que ya miraba como su patria, que una pobre criatura sujeta todavia á las condiciones de esta vida miserable. Nada hay tan admirable, Señores, como el espíritu de oracion que dominó á Santa Rita; en ella tenía sus delicias, sus tormentos y toda su vida: qué veía, qué oía, cómo se elevaba, cómo se arrebataba, qué dulce calor sentía, cómo se recogía en la noche y amaba su silencio y renunciaba á todos los encantos, á todos los ruidos, á todas las impresiones que pudieran darle noticia del mundo exterior, ella lo dice, y con palabras que asombran. En un libro recientemente publicado que asegura la celebridad á su autor, veo que se prefiere la noche al dia, porque la noche revela mas clara-

mente las obras de Dios. Asi dice: «¿qué se ve á la luz del sol? no mas que la tierra: se oculta el sol, y ya no se ve la tierra; pero miramos al cielo, y se ve la inmensidad (1).» Esto es sublime; pero Santa Rita ha dicho esto mucho mejor, y con una elevacion enteramente divina. Figuraos que ha pasado la noche engolfada en las delicias de la oracion; de rodillas delante de un Crucifijo, en frente del Santo Sepulcro, al pié del monte Calvario. La naturaleza entera reposa, y aquel absoluto silencio, la oscuridad de la noche, favorecen el recogimiento de su alma. Sus sentidos duermen, su espíritu vela; apenas respira, mas su espíritu alienta en otras regiones, en las regiones infinitas, en las regiones inundadas de luz mas pura y de consuelos inefables. Allí habla con su Dios, y no percibe sino la voz del Amado, porque han muerto todos los ruidos del mundo. Pero viene el dia; lo que estaba en reposo despierta con un ligero murmullo que va creciendo lentamente; la naturaleza sale de su letargo; las aves trinan sobre los árboles que menea el viento; el sol dora las cimas de las montañas mas altas, y despren-

(1) Gratry, *De la connaissance de Dieu*.

dese un rayo que penetra en la celda donde Santa Rita oraba. La santa vuelve en sí, cae de las alturas de la gloria, y clavando sus ojos en el astro del dia, exclama: «¿Para qué vienes tan pronto al mundo? Para privarme con tu pequeña luz de la grande que llena de suavidades mi alma? Para quitarme el sosiego que siente mi alma en la quietud de la noche? Ó sol, déjame orar, déjame contemplar; porque más ve mi alma cuando entre sombras contempla, que mis ojos cuando participan de tus resplandores.»

Educada en la escuela de la oracion y de la penitencia pudo decir á sus hermanas al acercarse la muerte: «Ya se hermanas mias lo que es morir, por los continuos actos de cerrar los ojos al mundo y abrirlos á solo Dios (1).» Iba perdiendo las fuerzas del cuerpo, pero iban creciendo las de su espíritu: por sus oraciones sanaron los enfermos; iba creciendo el poder de su voluntad; á su imperio brotaron las rosas en una estacion contraria, y los árboles dieron su fruto. Finalmente, después de estos y otros mu-

(1) *Vida de Santa Rita de Casia* escrita por el R. P. Fr. José Licardo. Madrid, 1785. De este libro hemos copiado todos los pasages que se citan en el panegirico.

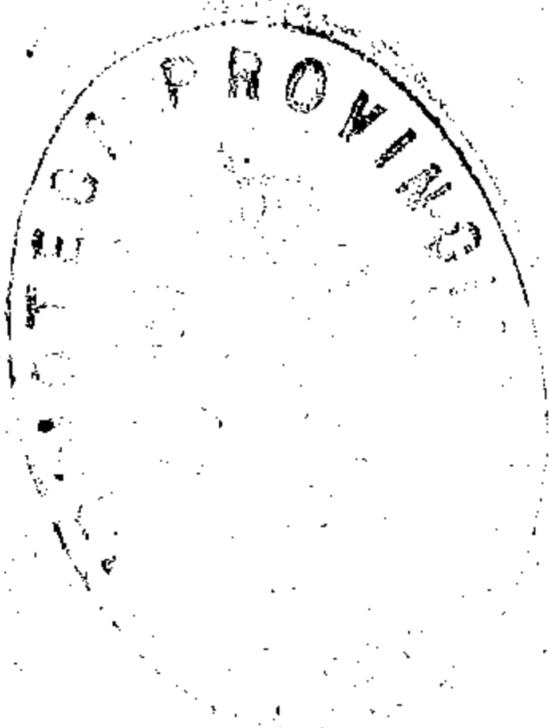
chos prodigios, Santa Rita murió, como suelen morir las Santas Esposas de Jesucristo. Están un día y otro de rodillas sobre los sepulcros; rezan por los muertos; dan á sus hermanas el adios de la eternidad, y asperjan su mortaja con agua bendita. Así, cuando les llega su turno, llaman á la muerte: si se acerca una festividad de la Virgen, oyen el toque de las campanas, despiden con mucho cariño á sus hermanas que se van al coro; ellas esperan cantar en la gloria acompañadas de los angeles el misterio que celebra la Iglesia. Se abrazan estrechamente con el Crucifijo; cuando ya no pueden moverse, levantan los ojos con una expresion sublime; rien, y hacen esfuerzos como si quisieran volar. Mueren abrasadas de amor; y las vírgenes que rodean su lecho de muerte les tienen envidia! Así murió Santa Rita de Casia. Dió la bendicion á sus hermanas, y espiró mientras decía: «Herманas mias, quedáos en santísima paz y caridad con el Señor:» y los ángeles se llevaron su alma!

Sea la muerte de Santa Rita para los jóvenes devotos que celebran en este día la memoria de su glorioso tránsito, la materia de sus pensa-

mientos y el mas eficaz estimulo que los mueva á imitarla, para llegar á la perfeccion. Porque, no hay remedio; ó hemos de subir por la santidad hasta la semejanza con Dios, ó hemos de descender hasta la irracionalidad por el abuso de todos los dones que hemos recibido de la naturaleza y de la gracia. Ahora bien, si el hombre no puede dudar en la eleccion de un destino sublime ó de un destino abyecto; si al tiempo que goza de una salud exuberante no quiere descender á este triste valle en que tiene preparada su tumba; si al verse lleno de esperanzas todavia no realizadas, de fuerzas sin empleo y de grandezas en perspectiva, no quiere ver cómo sus fuerzas declinan, cómo se marchita su belleza, cómo su entendimiento se entorpece al paso que sus sentidos, y cómo desmaya el corazon de que nacieron tantos nobles impulsos y los mas generosos arranques; si no quiere ver que su cuerpo, ya envilecido y afeado, haya de tiranizar al alma antes de volverse al polvo de que habia salido; si el hombre por último, no quiere este triste fin, es menester que elevando su alma al mismo Dios, se prepare á una santa muerte por una santa vida,

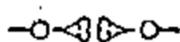
luchando consigo mismo, peleando contra sus pasiones, arrepintiéndose de sus pecados, pidiendo misericordia, y ejercitándose en la virtud para hacer el bien y borrar la huella de sus iniquidades. De esta manera en la hora de la muerte oirá como Santa Rita aquellas dulces palabras: »Levántate, amiga mia, hermosa mia, paloma mia, y ven; muéstrame tu rostro, querida mia, que tu voz suene en mis oídos; pues tu voz es toda dulce, y tu rostro, todo bello. Aparecieron las flores; ya pasó el invierno;» que es decir, ya tuvo término esta vida tan desdichada y tan árida, para dar principio á la vida sin fin de la bienaventuranza, que os deseo á todos, en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. *Amen.*

FIN DEL TOMO PRIMERO.



# ÍNDICE

DE LOS SERMONES PANEGÍRICOS CONTENIDOS EN ESTE  
TOMO PRIMERO.



	<u>Páginas.</u>
ORÍGENES DEL PANEGÍRICO. . . . .	V.
<i>Sermon para el dia de TODOS LOS SANTOS.</i> . . . .	1.
— <i>para el dia de SAN EUFRASIO.</i> . . . . .	37.
— <i>para el dia de SAN GERÓNIMO.</i> . . . . .	77.
— <i>para el dia de SANTA ÚRSULA</i> . . . . .	115.
— <i>para el dia de SAN ILDEFONSO.</i> . . . . .	167.
— <i>para el dia de SAN BERNARDO.</i> . . . . .	205.
— <i>para el dia de SANTO TOMÁS DE AQUINO.</i> . . . .	257.
— <i>para el dia de SANTA RITA DE CASIA.</i> . . . .	301.

FIN DEL ÍNDICE.



## FE DE ERRATAS.

---

<i>Pág.</i>	<i>lin.</i>	<i>Dice.</i>	<i>Léase.</i>
56	21	las persecuciones de San Eufrasio.	las persecuciones de San Ignacio, lo que la Iglesia aplica á San Eu- frasio.
116	15	enemigos, con	enemigos, que con

